Esther Mucznik

AUSCHWITZ

CADA DÍA, UN DÍA MÁS



Esther Mucznik

AUSCHWITZ

Cada día, un día más

Traducción del portugués
Rosa Martínez-Alfaro

la esfera de los libros

Para Benjamín, mi primer nieto,
para que la memoria se transmita
de generación en generación.

«Cada día prefería morirme y, sin embargo,
cada día luchaba por sobrevivir».

SHLOMO VENEZIA, superviviente

Introducción

Fui a Auschwitz por primera vez el 17 de febrero de 1994, cuarenta y nueve años después de la liberación del campo. Entre los muchos miembros de parlamentos nacionales, gobiernos y del Parlamento Europeo que participaron en el viaje se encontraba Simone Veil, entonces ministra de Estado de Francia. Era la primera vez que esta superviviente de Auschwitz-Birkenau volvía al lugar donde fue deportada por los nazis el 13 de abril de 1944.

Simone Jacob —este era su apellido de soltera— llegó a Auschwitz con dieciséis años, acompañada por su madre Yvonne y por su hermana Madeleine. La familia fue capturada por la Gestapo en Niza y llevada al campo de Drancy, cerca de París, uno de los tres campos más grandes de Europa de reagrupamiento de los prisioneros antes de ser deportados por los nazis. Al padre y al hermano, Jean, los enviaron a un campo de Lituania, de donde nunca volvieron, y Simone, la madre y la hermana a Auschwitz-Birkenau, donde llegaron la noche del 15 de abril. Siguiendo el consejo de un prisionero, en la selección inicial, Simone afirma tener dieciocho años para de evitar así, o por lo menos para postergar, las cámaras de gas. El número de matrícula tatuado en su brazo es 78.651 y el trabajo al que es obligada consiste en descargar piedras de camiones, cavar trincheras y aplanar el suelo.

Meses más tarde, frente a la llegada inminente del ejército soviético, los alemanes obligan a los prisioneros a abandonar Auschwitz, llevándolos a lo que se conoció como las «Marchas de la muerte» hasta el campo de Bergen-Belsen, en Alemania. La saturación de este campo y la falta de higiene y de cuidados médicos provocan una terrible epidemia de tifus que contagia a la madre y a la hermana de Simone: la primera muere el 15 de marzo

de 1945, y la hermana, que estuvo a punto también, se salvó gracias a la llegada de las tropas británicas el 15 de abril de 1945.

Simone sobrevive y llega a Francia el 23 de mayo con su hermana Madeleine. A ellas se une la otra hermana, Denise, que había entrado en la Resistencia a los diecinueve años y que fue deportada al campo de Ravensbrück. Las tres son las únicas supervivientes de una familia formada por seis personas antes de la guerra.

En esa mañana gélida del 27 de enero de 1992, Simone Veil regresaba por primera vez al campo donde enterró su adolescencia. Su cerrado rostro no revelaba ni emoción ni tristeza. Presionada por los periodistas, se mantuvo en silencio la mayor parte del día. Pero al final de la tarde, en una ceremonia solemne muy emotiva junto al Memorial Internacional de Auschwitz-Birkenau, la tensión de aquella jornada acabó por explotar después de las palabras del obispo polaco disertando sobre los «holocaustos» que tenían lugar por todo el mundo… Era casi de noche, el frío intenso, y estábamos cerca de los antiguos crematorios y cámaras de gas. Simone Veil no se contuvo: «¿Holocaustos? ¿Cómo puede hablar de holocaustos en abstracto y en plural en este día y en este lugar, donde fueron asesinadas más de un millón de personas, entre ellas cientos de miles de niños?».

No recuerdo la respuesta, si es que la hubo. Pero a lo largo de estos veinte años y a pesar de haber vuelto varias veces a Auschwitz y visitado otros muchos campos de concentración y exterminio, nunca me he olvidado de aquella tarde en el mayor y más siniestro cementerio del mundo en el que la ministra de Estado se despojó del manto oficial y habló por todos aquellos que nunca tuvieron sepultura.

El obispo tenía razón en una cosa: el «nunca más» no existió. Han sucedido nuevos genocidios y masacres y, desgraciadamente, continúan sucediéndose. Tal como las tentativas de minimizar,

relativizar o diluir el Holocausto. Pero por muy trágicos y terribles que sean todos los acontecimientos que han marcado la segunda mitad del siglo XX hasta hoy, aquello que impropiamente se denominó Holocausto solo tuvo lugar una vez: para darnos cuenta de ello tenemos que ir a la raíz del acontecimiento, analizar el contexto en el que se desarrolló, comprender sus mecanismos y sus características inéditas y sin precedentes.

El propósito de este libro es contribuir a ese fin a través de la descripción y el análisis del funcionamiento de lo que se transformó en el símbolo máximo de un proyecto sin precedentes de aniquilamiento de una parte de la humanidad: Auschwitz-Birkenau. Otros campos, como Treblinka o Sobibor, compartieron con Birkenau su inmensa e inédita capacidad destructiva. No obstante, de todo el universo de campos de concentración nazis, Auschwitz es el que mejor extiende la política racial y los valores de Estado de Hitler y Himmler: allí fue donde la dinámica nazi de destrucción humana alcanzó su punto culminante y donde también el proceso —concentración, extorsión, trabajo esclavo y exterminio— fue, de lejos, el más «perfecto». Oiremos la voz de las víctimas y de los verdugos, el insoportable silencio de los niños masacradas, de mujeres y hombres violentados en bárbaras experimentos «médicos». Queremos entender de qué materia está hecha la extraordinaria capacidad de supervivencia humana y, parafraseando a Primo Levi, por qué razón unos sucumben y otros se salvan. Y, finalmente, cómo seres humanos «normales» de un mundo «normal» pudieron crear el más monstruoso de los planetas destinado a hombres, mujeres y niños, a quienes les fue negado el derecho a compartir la especie humana…

¿Por qué un libro así? Porque no todo se ha escrito todavía, ni lo será nunca. La historia del Holocausto, como la de otros acontecimientos históricos, nunca es definitiva. Escrita en el presente, la historia modifica constantemente el enfoque del pasado.

Y a pesar de todos los trágicos acontecimientos que se han verificado en estos últimos setenta años, el Holocausto sigue siendo un acontecimiento inédito en la historia de la humanidad: si nos queremos comprender como personas y como europeos, el conocimiento de ese momento negro de nuestro siglo XX es indispensable.

Como refirió Imre Kertész en su discurso de atribución del Premio Nobel en 2002: «El problema de Auschwitz no es saber si debemos mantener su memoria o guardarla en un cajón de la Historia. El verdadero problema de Auschwitz es su propia existencia e, incluso con la mejor voluntad del mundo, o con la peor, nada podemos hacer para cambiarlo».

Nota al lector

El término «campos de concentración» —en alemán: *Konzentrationslager**— se usa generalmente para definir todos los campos del sistema nazi. En realidad, el término global de «campo de concentración» incluye campos de prisioneros de guerra, campos de tránsito y campos de exterminio. Con el inicio y el posterior desarrollo de la guerra, sus características fueron evolucionando y cambiando, pero en lo esencial mantuvieron su vocación inicial.

Los prisioneros constituyeron desde el principio una importante fuente de recursos de trabajo forzado para los nazis. Así, se extendió una vasta red de campos de internamiento a partir de los cuales los presos eran obligados a construir fortificaciones militares, puentes y caminos o a trabajar en fábricas, especialmente para el esfuerzo de guerra alemán. Con el tiempo, la distinción entre los campos de trabajo y los campos de internamiento o concentración se fue diluyendo en la medida en que, en estos últimos, los presos también eran forzados al trabajo esclavo.

Con el inicio de la guerra, los campos de concentración pasaron a recibir diferentes tipos de prisioneros provenientes de las áreas ocupadas por los alemanes. El número creció drásticamente con la división de la Unión Soviética en junio de 1941, dando origen a campos de prisioneros de guerra, algunos de ellos en complejos de concentración ya existentes como Auschwitz, o a nuevos campos como el de Lublin —más tarde conocido como Majdanek—, construido en el otoño de 1941, inicialmente como campo para prisioneros de guerra. En esos dos campos en particular, miles de prisioneros de guerra soviéticos murieron fusilados o gaseados.

Los campos de tránsito como Drancy, en Francia, Westerbork, en Holanda, o Caserne Dossin, en Bélgica, funcionaban como campos de reagrupamiento, sobre todo de judíos en tránsito hacia los campos de exterminio. A pesar de que a veces también funcionaron como campos de concentración, como por ejemplo de Theresienstadt, su vocación principal era la de reunir a los presos para la deportación con destino a los campos de trabajo o de exterminio.

Estos últimos, como indica claramente el nombre, eran campos orientados casi exclusivamente a la muerte de sus prisioneros. Contrariamente a los campos de concentración, estos son algo inédito y sin precedentes en la historia dela humanidad. A excepción de algunos prisioneros adscritos a diversos trabajos, normalmente relacionados con el proceso de aniquilación, ni siquiera había selección ni trabajo esclavo. Funcionaban exclusivamente como fábricas de muerte. Es el caso de Chelmno, creado en 1941, Belzec, Solibor y Treblinka, en 1942. Al contrario que los demás, eran campos que los nazis mantenían en secreto total. Eran los *vernichtungslager** —los campos de destrucción o de exterminio.

A pesar de sus diferencias, existe un elemento común a todo tipo de campos: el hecho de que los presos —hombres y mujeres, niños y ancianos— se encarcelasen sin juicio previo, solo por ser quienes eran: miembros de la Resistencia u opositores, judíos o gitanos, polacos o rusos, homosexuales o testigos de Jehová…

I. EL UNIVERSO DE LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN NAZIS

Cuando Geoffrey Megargee y Martín Dean, investigadores del Museo del Holocausto de Estados Unidos y editores de la *Encyclopedia of Camps and Ghettos, 1933-1945*,[1] iniciaron en el año 2000 los estudios sobre el número de guetos y campos nazis en la Europa ocupada por Hitler, la expectativa rondaba los 7.000. Sin embargo, el número al que llegaron finalmente en 2013 sobrepasaba de largo todo lo que hasta entonces se podía pensar: 42.500 guetos y campos en toda la Europa ocupada, desde Francia a Rusia, incluyendo Alemania. Los campos documentados incluyen no solo los centros de exterminio, sino también los campos llamados eufemísticamente de «reeducación» —en los que se «trataban» a los opositores de todos los orígenes—, los campos de trabajo esclavo para el esfuerzo de guerra alemán, los campos de prisioneros de guerra y los centros donde las mujeres embarazadas «no arias» eran obligadas a abortar o mataban a sus bebés en el momento de nacer, así como burdeles donde se las forzaba a tener sexo con militares alemanes.

La investigación llevada a cabo por los dos investigadores apunta los siguientes números: 30.000 campos de trabajo esclavo; 1.150 guetos para judíos; 980 campos de prisioneros de guerra; 500 burdeles de esclavas sexuales y miles de otros centros utilizados para la «eutanasia» de viejos y enfermos, abortos forzados, «germanización» de niños raptados para ser educados como alemanes o de reagrupamiento de víctimas hacia centros de exterminio. Solo en Berlín los investigadores documentaron 3.000 «casas de judíos» donde los confinaban y cerca de 1.300 en Hamburgo.

Campos nazis y guetos en la Europa ocupada por Hitler
(1933-1945)



El mapa que los investigadores crearon para identificar los guetos y los campos muestra una Europa marcada por incontables puntos negros de muerte, tortura y esclavitud —mayoritariamente centrados en Alemania y en Polonia, pero que se extienden en todas direcciones—. «La mayoría de las personas ha oído hablar de Auschwitz, Dachau o Buchenwald», afirma Geoffrey Megargee, «pero lo que la gente no saben es que estos y otros campos tenían decenas, cientos y, a veces, hasta miles de campos dependientes». Lo que, en su opinión, hace poco creíble la alegación extensamente generalizada de desconocimiento de la existencia de los espacios de concentración.

1933-1936: los campos de concentración como medio de represión política

Los primeros campos de concentración se crearon después del establecimiento del régimen nazi en 1933 y corresponden a la ascensión y consolidación de su poder. En esta primera fase, se destinaba sobre todo a los presos políticos alemanes, adversarios del régimen, y en julio de 1933 ya había detenidas alrededor de 27.000 personas en aproximadamente setenta campos bajo lo que se llamaba «custodia protectora». El objetivo de esos campos era liquidar a la oposición política, aislándola y quebrando su resistencia. Nacen por toda Alemania casi espontáneamente en los lugares más diversos: sótanos, estadios, fábricas abandonadas. Estaban normalmente bajo la autoridad de las SA-*Sturmabteilung* («Divisiones de Asalto»), milicia al servicio del partido nazi, entrenada ya en la violencia ejercida contra la república de Weimar. [2]

En efecto, un mes después de su llegada al poder, los nazis ejecutaron medidas drásticas contra los que se oponían al régimen, fundamentalmente después del incendio del *Reichstag*.[3] Estas medidas permitían al gobierno la detención por tiempo ilimitado y sin proceso judicial de todos los que eran clasificados como «enemigos del pueblo y del Estado», y eran parte de los decretos de emergencia que abolieron los derechos democráticos fundamentales. Sebastián Haffner, opositor alemán, cuenta en sus *Memorias:* «El terror de 1933 fue ejercido por una turba sedienta de sangre (las SA —en ese momento las SS— no desempeñaban el papel que tendrían más tarde) (…). El cuadro observado desde el exterior era el del terror revolucionario: una turba salvaje y desenfrenada irrumpía de noche en las casas y arrastraba a víctimas indefensas a los sótanos donde las torturaban. El proceso interno consistía en un terror represivo: gestión administrativa fríamente calculada, total cobertura policial y militar (…). Lo que sucedió fue una total inversión de los conceptos normales: ladrones y asesinos que actuaban como

policías en pleno ejercicio de la autoridad del Estado, tratando a las víctimas como delincuentes y proscritos, condenados a muerte de antemano».[4]

A lo largo del año de 1934, las SS-*Schutzstaffel* («Escuadrón de Protección»), comandadas por Heinrich Himmler, fueron asumiendo progresivamente el control de la máquina de terror de los campos y Theodor Eicke, general y dirigente de las SS desde 1930, fue nombrado inspector general de los campos de concentración y comandante del cuerpo de las SS y responsable de los mismos. Este siniestro organismo fue conocido con el mote de «calavera» por el símbolo de la calavera que sus miembros enarbolaban en la solapa. Entrenado para obtener el máximo de disciplina en el tratamiento de los prisioneros considerados enemigos del Reich, el organismo se hizo famoso por su extrema brutalidad. El lema que Eicke imponía a sus comandantes era «La tolerancia es señal de debilidad», incentivando una política de terror individual y colectivo, según la cual todos los derechos como seres humanos eran abolidos, incluyendo la duración totalmente arbitraria e imprevisible de su cautiverio. Publicitada por el régimen con la idea de paralizar a la oposición interna, la existencia de estos campos y del terror que allí reinaba, creó un clima de miedo entre la sociedad civil alemana. Haffner confirma: «Los rumores susurrados a escondidas de "¡Tenga cuidado, amigo! ¿Sabe lo que le pasó a X?", rompían cualquier oposición de una forma mucho más eficaz».

En sus *Diarios,* Victor Klemplerer también da cuenta de ese clima de miedo. El día 22 de marzo de 1933 escribe: «La señora Wiechmann estuvo aquí en casa. Cuenta cómo todos se inclinan ante la esvástica en su escuela, en Meissen; todos con miedo a perder el empleo, observándose y desconfiando unos de otros. Un joven con la esvástica aparece en la escuela para resolver un simple asunto oficial. Inmediatamente, una clase de alumnas de catorce años empieza a cantar la canción de Horst Wessel, himno oficial del

partido nazi.[5] Está prohibido cantar en el pasillo y la señora Wiechmann se encarga de la supervisión. Hay que prohibir esos cantos, insisten sus colegas. ¡Prohíbanlos ustedes! ¡Si yo prohibiera esos cantos dirían que he prohibido una canción nacional e iría a parar a la calle! Las niñas siguen cantando…».[6]

Dachau, «campo-modelo»

El 20 de marzo de 1933, solo siete semanas después de la llegada de Hitler al poder, quedó establecido el primer campo de concentración en Dachau, cerca de Múnich, dirigido por Theodor Eicke. Dachau sirvió de modelo de referencia para los campos posteriores y la brutalidad ejercida, de acuerdo con un sistema implantado por Eicke, transformó el campo en un espacio de entrenamiento efectivo del terror nazi.

Los primeros detenidos de Dachau —socialdemócratas, comunistas, pacifistas, judíos y cristianos militantes, todos opositores del nuevo régimen— empezaron a ser instalados en los antiguos barracones de lo que fue una fábrica de explosivos en la Primera Guerra Mundial. Entre 1933 y 1939, el número de prisioneros subió a 35.575. Eran alemanes, austriacos, checos y polacos, incluyendo a 10.000 judíos enviados a Dachau en el seguimiento del *pogrom* de la «Noche de los cristales rotos»,[7] que tuvo lugar entre el 9 y el 10 de noviembre de 1938. A partir de 1939 llegan prisioneros de todos los países ocupados por Alemania, incluyendo judíos y gitanos por motivos raciales, testigos de Jehová que se negaban a servir en el ejército, sacerdotes que se oponían al control que los nazis ejercían sobre las iglesias, homosexuales y «asociales». Dachau se transforma, así, en un verdadero complejo de concentración. Será uno de los únicos campos creados en el periodo de 1933-1936 que pervivió hasta el final de la guerra.

A la entrada, encabezando el portalón negro, todavía hoy se puede ver la inscripción «*Arbeit Macht Frei*» (El trabajo nos hace libres). En el campo se mantenía fijo un cuerpo de las SS, así como agentes de la Gestapo —«Policía secreta del Estado». Los prisioneros se amontonaban en 34 barracones, cada uno con 208 prisioneros, número que aumentó al final de la guerra a 1.600. En total, estuvieron en Dachau más de 200.000 prisioneros de aproximadamente 30 países, sometidos a duros trabajos forzados, expuestos al frío y al calor extremos, a la tortura del hambre, a la falta de higiene y a las enfermedades, en particular el tifus, y siendo el blanco permanente de todo tipo de torturas.

Al final de la guerra, el complejo de Dachau contaba con 169 comandos de trabajo esclavo diseminados en Baviera, en particular en las fábricas Messerschmitt, BMW y aeronáutica, en la región de Wurtemberg y en las zonas fronterizas con Austria. Algunos estaban compuestos exclusivamente por mujeres. Cerca de 11.000 prisioneras trabajaban en esas condiciones en las empresas Agfa en Múnich o en las de construcciones mecánicas de Michel-Werke, en Augsburgo.

A finales de 1940, después de una convención ratificada entre el III Reich y el Vaticano, se envió a Dachau sacerdotes de varias nacionalidades, católicos y protestantes hasta entonces dispersos por distintos campos. En el denominado «bloque de los sacerdotes» estuvieron alrededor de 3.000 religiosos, de los que cerca de 2.500 eran católicos, más de la mitad polacos. Alrededor de un millar murió en Dachau, sobre todo en el terrible año de 1942.

Entre ellos se encontraba Karl Leisner, ordenado padre en el mismo campo y beatificado en 1996 por Juan Pablo II. Miembro de la Resistencia anti nazi desde el primer momento, Leisner opuso al saludo de «*Heil, Hitler»,* el suyo propio: «Cristo es mi pasión, Heil». En Dachau también estuvo el teólogo protestante Martín Niemöller, fundador de la Liga de los Pastores de Urgencia contra las

medidas anti semitas. Niemöller consiguió congregar a cerca de 6.000 pastores protestantes que rechazaban obedecer las órdenes nazis, por lo que fue destituido de sus funciones y jubilado intempestivamente en 1933. Lo encarcelaron en 1937 y lo enviaron, primero, al campo de Sachsenhausen, y a partir de 1941, a Dachau.

En este campo funcionaba también un centro de experimentos «médicos» dirigido por Sigmund Rascher, médico SS alemán, donde los prisioneros servían de cobayas para testar la eficacia de nuevos medicamentos. Los enfermos y los considerados inútiles eran transferidos al castillo de Hartheim,[8] uno de los centros llamados de eutanasia abiertos en el período nazi. En ese local siniestro —ligado a Mauthausen y a Dachau— fueron asesinados con gas cerca de 30.000 enfermos y deficientes mentales y físicos por parte de médicos, psiquiatras, enfermeras y administradores cuya ideología no santificaba la vida, sino la «pureza» racial.

El día 26 de abril de 1945, mientras se extendía una epidemia de tifus que se cobró numerosos muertos, los guardias SS organizaron la evacuación de 7.000 prisioneros en dirección al sur. Los supervivientes que permanecieron en el campo fueron liberados por las tropas americanas el 29 de abril. Según los registros del campo, en él murieron más de 30.000 personas.

Eli Bohnen, rabino capellán norteamericano que acompañó a los militares en la liberación del campo de concentración de Dachau el 29 de abril de 1945, escribió lo siguiente en sus memorias: «Me sentí en la obligación de tener que pedir disculpas al perro que nos acompañaba por el hecho de pertenecer a la raza humana. Cuanto más nos adentrábamos en el campo de concentración y veíamos los esqueletos cubiertos solo por la piel y las instalaciones características del exterminio, más inferior al animal me sentía, porque, como persona, yo pertenecía a la raza responsable de Dachau».

1936-1939: la preparación para la guerra

En la segunda fase que va hasta el inicio de la guerra en 1939, los nazis extendieron el grupo de los presos a los elementos considerados «asociales» y «delincuentes», términos vagos que incluían a prostitutas, mendigos o vagabundos, gitanos, homosexuales o testigos de Jehová. En esos años, las vacantes de prisiones estaban relacionadas con los preparativos bélicos y con las necesidades del plan cuatrienal que requerían una gran cantidad de mano de obra. Es sobre todo en este momento cuando surge la decisión de utilizar a los prisioneros como fuerza de trabajo para las construcciones militares y civiles que formaban parte del plan. Se crean los campos de Sachsenhausen (1936), Buchenwald (1937) y Ravensbrück (1939) —único campo destinado prioritariamente a mujeres—, Neuengamme y Stutthoff, este último cerca de Danzig, en territorio conquistado por los alemanes. Sin embargo, además de la explotación del trabajo esclavo, el objetivo principal en esta fase es la represión y la humillación de los prisioneros, con vistas a su «reeducación». Se produce, no obstante, una alteración significativa que Eicke introduce y que constituye una etapa importante en la escalada de la violencia nazi: quien no fuese reeducable —los recalcitrantes, los que persistían en sus posiciones y actitudes— podía ser «eliminado».

Con la anexión de Austria y de los Sudetes en 1938, crece el número de prisioneros políticos, lo que obliga a la construcción de campos de concentración en estos territorios, tales como el de Flossenbürg, cerca de la frontera con Checoslovaquia, y el de Mauthausen, en Austria, al lado de una cantera de piedra donde se obligaba a trabajar a los detenidos. Las durísimas condiciones de vida y de trabajo que soportaban causaron un índice de mortandad extremadamente elevado.

La prisión y el confinamiento de judíos alemanes y austriacos, solo por su condición de ser judíos, empiezan en 1938, en particular después de la ya referida «Noche de los cristales rotos», durante la que se detuvo a 36.000 personas. Presentada en París como una reacción espontánea de la población al asesinato del diplomático alemán Von Rath a manos de un judío, el *pogrom* fue en realidad una escenificación montada por Goebbels. Es el propio Rudolf Hoess, comandante de Auschwitz, quien lo afirma en sus memorias: «En noviembre de 1938, Goebbels llevó a cabo la famosa escenificación la "Noche de los cristales rotos" (…). En todo el Reich se rompieron los cristales de los comercios judíos, fueron destruidas tiendas e incendiadas las sinagogas. A los bomberos se les impidió combatir los incendios. Para "defenderlos contra la ira del pueblo", todos los judíos que todavía tenían un papel en el comercio y en la industria fueron detenidos y enviados a los campos de concentración con la mención de "judíos en detención preventiva"».[9]

Uno de estos detenidos cuenta así su llegada al campo de Dachau: «Estuvimos toda la noche de pie en formación. No nos dieron autorización para ir al baño. Por momentos llegaban nuevos grupos de prisioneros. Por la mañana temprano nos condujeron a un barracón y tuvimos que desnudarnos completamente… así, desnudos, llegamos a una sala lateral, donde nos raparon la cabeza. En una tercera sala nos dieron ropa interior y un traje de algodón con rayas azules. Después nos registraron y nos llevaron nuevamente al patio. No podíamos reconocernos con esos trajes… Los hombres de las SS se reían a nuestra costa, golpeándonos indiscriminadamente y dándonos puntapiés. A mi lado había un hombre grande y fuerte, profesor de matemáticas. Cuando el SS le dio un golpe, él se lo devolvió y el SS cayó al suelo. El comandante de puesto, que vio lo sucedido, dio orden de prender al profesor. Trajeron el tronco de un árbol y allí lo ataron. Fueron necesarios cuatro hombres para reducirlo. Después, nos obligaron a formar un

círculo a su alrededor y el comandante declaró en voz alta que el judío Itzik sería castigado con 25 latigazos. En ese instante se reveló ante mis ojos el espectáculo más degradante para la dignidad humana que jamás había visto. Un hombre gigantesco de las SS azotó 25 veces con un látigo de cuero al preso maniatado. Este gritaba de dolor mientras la sangre le escurría por todo el cuerpo. Durante los últimos azotes ya no gritaba, parecía estar desmayado. Después lo desataron, le pusieron sal y pimienta en las heridas y lo arrastraron así, inconsciente. Nunca más lo volvimos a ver».[10]

1939-1941: instrumentos de terror y de explotación de los prisioneros

Con el inicio de la guerra, en septiembre de 1939, la estructura y el funcionamiento de los campos se modifican significativamente, transformándose en instrumentos de terror para la población de los países ocupados. En todos esos países se instalaron *campos de trabajo forzado* donde se encerró a miembros de las élites nacionales, miembros de la Resistencia antinazis, y todos los sospechosos de oposición a la ocupación. Los encarcelamientos masivos se destinaban a someter a la población ocupada y a explotar el trabajo de los prisioneros. Hasta el final de la guerra, los prisioneros de los campos estuvieron obligados a trabajar en la industria de armamento para la economía de guerra alemana. Antes utilizados como castigo, los trabajos forzados se transformaron, en particular a partir de 1942, en una obligación oficial dirigida por un departamento específico creado por las SS, la WVHA, *Wirtschafts-Verwaltungshauptamt,* Departamento Central de Administración Económica, para supervisar la utilización de los

prisioneros de los campos como mano de obra esclava para empresas públicas y privadas alemanas.

Más allá de los campos de trabajo nacieron otros tipos de lugares de concentración: *los campos de detención y los campos de tránsito,* que a partir de 1942 servirían fundamentalmente como campos de internamiento y de deportación de los judíos de Europa hacia los campos de exterminio; y los *campos de prisioneras de guerra,* primero para soldados polacos y, después del inicio de la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, para prisioneros de guerra soviéticos. Estos últimos fueron masivamente asesinados en esos campos: uno de los peores fue el campo de Poniatowa, próximo a Lublin, en Polonia, donde murieron de hambre y de tifus cerca de 22.000 soviéticos. Según un estudio estimativo del Holocaust Memorial Museum en EUA, de los cinco millones y medio de prisioneros de guerra soviéticos durante la guerra, murieron 3,3 millones, es decir, una tasa de mortalidad del 57 por ciento. De los restantes, 1,6 millones fueron repatriados. Así y todo, el destino que los esperaba no fue mucho mejor: más del 80 por ciento acabaron condenados a trabajos forzados en la URSS, dado que para Stalin la captura o la capitulación de sus soldados suponía un acto de traición.

A lo largo de todo este periodo (1933-1941), las condiciones de vida de los prisioneros se fueron agravando: entre 1933 y 1936 el trabajo, la comida y el alojamiento todavía eran tolerables y la duración de la prisión podía ser de alrededor de un año. Pero con el pasar del tiempo, las condiciones empeoraron drásticamente, y el hambre, los malos tratos y la dureza del trabajo los conducían inexorablemente a la muerte. Los presos no tenían la menor capacidad de decisión sobre sus vidas: las SS cronometraban rigurosamente todo el día y, a la más mínima desobediencia, se les castigaba severamente con patadas, privación de alimentos e incluso

con la muerte. La jerarquización y organización de los prisioneros dependían de su origen nacional o del motivo de su prisión. Algunos desempeñaban funciones de jefe de barracón o como *kapos*[11] —designados por los nazis para controlar y vigilar los equipos de trabajo—. Gozaban de algunos privilegios en cuanto a ropa, comida y espacio propio en los barracones y, en muchos casos, eran muy crueles con los otros prisioneros para ser bien vistos por la jerarquía nazi. En general, esas funciones se atribuían a detenidos alemanes por delitos comunes y, en Auschwitz, también a polacos. En la escala más baja estaban los soviéticos y los judíos, que desde el comienzo de la guerra tuvieron muy pocas posibilidades de sobrevivir. En octubre de 1942 todos los judíos que se encontraban en los campos de concentración dentro del Reich fueron trasladados a Auschwitz o Majdanek, donde la mayoría fue exterminada.

Robert Antelme estuvo preso en Buchenwald y después en Dachau. En su libro *L'espèce humaine* (*La especie humana),* publicado en 1947 y dedicado a Marie-Louise, su hermana asesinada en los campos, cuenta: «El *kapo* de las cocinas sale del barracón para poner a los hambrientos en fila ordenada: *Keine diszipline, Kein Rab,* grita (sin disciplina no hay comida). Los camaradas saben lo que significa la disciplina, que es la disciplina de los *kapos* de delito común. Esto quiere decir que el carpintero que hace pequeños trabajos para el jefe del barracón y que le fabrica juguetes para navidad, o la mujer que duerme con el jefe del barracón y otros amigos, tenían más derecho a su sopa. Lo que significa que Lucien ya había venido a buscar varias marmitas para él y para aquellos con quienes las cambia por tabaco; y eso sin contar a los propios *kapos*… Relato aquí lo que viví. El horror no es gigantesco. En Gandersheim[12] no había ni cámaras de gas ni crematorios. El horror aquí era la oscuridad, la ausencia total de

puntos de referencia, la soledad, la opresión incesante, el aniquilamiento lento. El fin de nuestra lucha no era sino la reivindicación desesperada, y casi siempre solitaria, de mantenernos humanos hasta el fin».[13]

1941-1945: campos de exterminio y la «Solución final»

Hasta el comienzo de la guerra, el número de judíos en los campos concentración era pequeño y normalmente se los encarcelaba, en su mayoría, por razones políticas. La primera gran oleada de detención de judíos se produjo, como ya hemos dicho, en 1938, después de la «Noche de los cristales rotos». Pero prácticamente hasta 1941 la política nazi con respecto a los judíos había consistido, sobre todo, en expulsarlos del espacio dominado por el gran Reich alemán: hasta 1938 el objetivo con los judíos alemanes era hacerles la vida tan insoportable, que emigrar les resultara la única solución posible. La política fue exitosa: de los cerca de 500.000 judíos alemanes, la mitad se marchó de Alemania, en especial al aplicar las leyes de Núremberg, en 1935, que en la práctica anulaban su cualidad de ser ciudadanos alemanes. Una de esas leyes, la «Ley de protección de la sangre alemana y de la honra alemana», que prohibía los matrimonios y relaciones extramatrimoniales entre judíos y «súbditos del Estado de sangre alemana», refleja la visión racial nazi y lanza las bases de su política posterior.

Sin embargo, con la anexión de Austria y de los Sudetes en 1938, la invasión de Checoslovaquia en marzo de 1939 y, sobre todo, con el inicio de la guerra el 1 de septiembre de 1939 y el *Blitzkrieg,* que marca el avance imparable del ejército alemán hasta la ocupación de Francia en 1940, Alemania se encuentra de repente con una población judía infinitamente superior a la suya en el

momento de la ascensión al poder de Adolf Hitler en 1933. Eran millones los judíos bajo du dominio, cuya «cuestión» trataría de solucionar Hitler. Así, en una primera fase, la solución nazi se asienta en dos líneas principales: deportar y concentrar. Además, en 1939 se inicia el plan Nisko-Lublin, que preveía la deportación de unos 100.000 judíos a una reserva situada cerca de Lublin en el *Generalgovernement;* y en 1940, Adolf Eichmann elabora el plan de deportación judía la isla de Madagascar bajo la dirección de la policía y de las SS al ritmo de un millón de personas al año, lo que, según la previsión de Eichmann, permitiría una Europa *Judenrein,* es decir, «limpia» de judíos en relativamente poco tiempo. En realidad, para un Reich planificado para mil, cuatro, cinco o diez años, no marcaría ninguna diferencia… Sin embargo, ambas tentativas fracasaron: la primera daría lugar a finales de 1941 al primer centro de exterminio, el campo de Chelmno. La segunda opción será abandonada después de la derrota alemana contra la marina británica en 1940.

Las esperanzas de la cúpula hitleriana se volcaron, entonces, en otra solución: la deportación de los judíos al vastísimo territorio de Siberia, después de lo que Hitler preveía que sería una victoria relámpago, tal como había ocurrido en Europa central y occidental: la invasión alemana de la Unión Soviética. Como es sabido, Alemania invadió la URSS el 22 de junio de 1941, pero el *Blitzkrieg* no se produjo. A pesar de las enormes pérdidas en vidas humanas, el ejército soviético resiste y, a partir de agosto, el propio Hitler empieza a dudar de la victoria. Es entonces, precisamente, cuando se inicia el giro que conducirá a la eliminación de los judíos europeos, cuya decisión política data del otoño de 1941 y que se consagrará en la Conferencia de Wannsee el 20 de enero de 1942. Convocada por Reinhard Heydrich, la reunión estaba destinada a coordinar la aplicación de la «solución final de la cuestión judía», o

sea, en el lenguaje eufemístico nazi, la liquidación del judaísmo europeo. En ella participaron los altos representantes del gobierno, del partido nazi y de las SS, entre ellos Adolf Eichmann, encargado de hacer el acta de la conferencia. Durante la reunión, Heydrich anunció que la política oficial alemana con respecto a los judíos era su aniquilación total, lo que todos, en realidad, ya sabían, porque esa había sido la práctica frecuente de los últimos meses, efectuada con su propia participación o conocimiento.

La responsabilidad de poner en práctica la «Solución final» recayó sobre las SS y el Servicio Central de Seguridad del Reich (RSHA). Entre sus principales dirigentes estaban Heinrich Himmler, jefe de las SS; Reinhard Heydrich, jefe de la RSHA* y, después de su muerte,[14] Ernst Kaltenbrunner. Adolf Eichmann, que dirigía desde 1939 el departamento de los «asuntos judíos» en la Gestapo, se convirtió en una figura central de la máquina de exterminio. Una carta de Göring —designado por Hitler como su sucesor tras el inicio de la guerra en 1939— a Heydrich con fecha de 31 de julio de 1941 confirma la implicación y participación del propio Hitler: «La solución final de la cuestión judía debe ser implantada en la esfera de la influencia alemana en Europa». Hitler es, sin duda, el hombre que da la orden de iniciar los preparativos del exterminio.

Babi Yar: la muerte a tiros

El asesinato de judíos arranca con la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, con la llamada «Operación Barbarossa», [15] antes incluso de la decisión oficial de liquidación total. En los documentos alemanes de la época, además de los judíos, peligrosos por definición, surgen como blanco de los nazis los comisarios políticos comunistas y los miembros de la élite intelectual de la URSS, que constituían una amenaza para el control alemán de las

zonas conquistadas. En un mensaje del 2 de julio dirigido a los jefes máximos de las SS y de la policía, representantes de Himmler en los diversos países, Heydrich da las siguientes instrucciones: todos los funcionarios del partido comunista, los elementos radicales y los cuadros judíos del partido o del Estado, deben fomentar los *pogroms** locales. Y el 17 de julio, Heydrich ordena la ejecución de todos los prisioneros de guerra judíos. Las tropas extranjeras están acompañadas por «comandos especiales», los *Einsatzgruppen,*[16] cuya misión es la ejecución en masa de la población judía que se encontraba en su radio de acción, del Báltico hasta el sur de Bielorrusia. El número total de víctimas de asesinato llevado a cabo por esos comandos, como el apoyo de parte de la Wehrmacht[17] y de elementos reclutados entre la población local, se estima en más de 1.600.000 personas.

El barranco de Babi Yar, próximo a Kiev, en Ucrania, quedará para siempre como el símbolo de esas matanzas desenfrenadas. Aproximadamente 100.000 fueron los judíos, gitanos y soviéticos asesinados allí entre 1941 y 1943. El 19 de septiembre de 1941, las tropas alemanas llegan a Kiev. Dos días más tarde colocan carteles, en ucraniano, en edificios de muchas calles que proclamaban que los judíos, comunistas, comisarios políticos y resistentes serían exterminados. Se prometía una suma de 200 rublos por cada miembro de la Resistencia o comunista denunciado. Los ancianos que no se podían mover fueron arrastrados fuera de sus casas por los alemanes o por los porteros y abandonados en las calles; morían de frío o de hambre bajo la mirada indiferente de los transeúntes. Sarah Maximovna Evenson, una anciana, fue animadora de grupos políticos antes de la revolución y responsable de redacción del periódico *Volyn,* en la ciudad de Jitomir, para el que escribía con regularidad. También fue la primera traductora al ruso del escritor alemán Lion Feuchtwagner y de muchos otros escritores. La edad y

la enfermedad no le permitieron salir a tiempo de Kiev de forma que, después de la denuncia de la portera, los nazis asaltaron su apartamento y no dudaron en arrojarla por la ventana.

La caza de las élites soviéticas y judías se prolongó durante varios días, pero no significaría más que un preludio al asesinato masivo que se produciría después. Una semana más tarde a la llegada de los alemanes a Kiev, los días 27 y 28 de septiembre, un nuevo aviso, escrito en ucraniano y en ruso avisaba: «¡Judíos de la ciudad de Kiev y alrededores! El lunes, día 29, a las siete de la mañana, preséntense con sus objetos personales, dinero, papeles, bienes y ropas de abrigo en la calle Dorogojistkaia, cerca del cementerio judío. Todas las ausencias serán castigadas con la muerte». Este decreto, que condenaba a 70.000 personas a muerte, no estaba firmado.

Aquella madrugada del 29 de septiembre, procedentes de todos los puntos de la ciudad, los judíos de Kiev se pusieron en marcha en dirección al cementerio. Muchos pensaban que serían transferidos a la provincia, pero algunos comprendieron que Babi Yar significaba la muerte y escogieron el suicidio. Esta procesión de muerte duró tres días y tres noches y a medida que se acercaba al barranco de Babi Yar iba creciendo el murmullo, una mezcla de lamentos, llantos y lágrimas. Los alemanes habían organizado un simulacro de centro de registro a cielo abierto, pero la multitud que esperaba al final de la calle, a lo largo de la barrera levantada por los alemanes, no podía verlo. Metódicamente divididas en grupos de treinta o cuarenta, se conducía a las personas con escolta al «registro». Documentos y bienes eran confiscados, y los carnés de identidad y las tarjetas sindicales lanzadas, cubriendo el suelo con una espesa capa de papeles rotos. A continuación, los alemanes obligaban a todo el mundo, mujeres, niños y ancianos, sin excepción, a desnudarse. Juntaban las ropas, las doblaban y les arrancaban las alianzas de los dedos. Al final de esta expoliación siniestra, los verdugos conducían

a los grupos de condenados al borde de un inmenso y profundo barranco y les disparaban a quemarropa. Los cuerpos caían, a los niños los tiraban vivos al precipicio…

Lev Ozerov cuenta que una rusa, Tamara Mikhassieva, mujer de un comandante judío del ejército rojo, se dirigió a Babi Yar con la esperanza de poder salvar a su marido. Empezó yendo a la fila del registro. A su lado había una señora mayor con sombrero, una mujer joven, una criatura y un «hombre alto y de hombros anchos». El hombre tomó al niño de la mano. Observó a Tamara con atención y le preguntó si era judía. Ante la negativa y con la afirmación de que solo su marido lo era, el hombre le dijo: «Salga de aquí, pero espere solo un poco, salimos juntos». Tomó al niño en su regazo, le besó los ojos y se despidió de su mujer y su suegra. Con voz áspera e imperiosa habló en alemán y la patrulla abrió la barrera para que pasaran. Se trataba de un alemán que vivía y había creado una familia en Rusia y en aquel momento acompañaba al hijo, a la mujer y a la suegra a la muerte. Tamara iba detrás de él. La vereda estaba repleta de gente, pero ellos iban a contra corriente de la multitud. Del lado del barranco se oía ladrar a los perros, las ráfagas de las ametralladoras y los gritos de las víctimas ahogados por el ruido ensordecedor de los altavoces y por música de baile. El hombre que conducía a Babi Yar a la mujer, el hijo y la suegra se detuvo en la calle Obroutchskaïa, señaló la multitud que avanzaba lentamente, resignada, solemne y silenciosa, y dijo: «A usted se le ha dado la posibilidad de vivir. A mí, que soy alemán, se me ha dado la posibilidad de vivir. Y ellos, ellos van a ser fusilados».[18]

Entre el 29 y el 30 de septiembre de 1941, 33.771 judíos fueron asesinados en Babi Yar. Al final de esta terrible masacre, algunos viejos judíos que se habían escondido regresaron a Kiev y se sentaron junto a la Sinagoga Vieja. Nadie se atrevía a aproximarse ni a dejarles comida o agua, porque ese simple gesto podía significar la muerte inmediata. Los judíos murieron unos tras otros hasta quedar

solo dos. Al ver esto, un transeúnte fue a hablar con el centinela alemán que había al final de la calle y le sugirió que disparase a los dos ancianos en vez de dejarlos morir de hambre. «Aquel reflexionó un instante e hizo lo que se le sugirió».[19]

Pero la siniestra historia de este lugar no termina aquí. En la primavera de 1942 se construyó un campo de concentración para comunistas en la parte de arriba del barranco, dirigido por Paul von Radomsky, que instauró un régimen sádico y cruel. Uno de los prisioneros, de nombre Davydoff, soldado del ejército ruso, cuenta: «Un día llegó al campo un contingente de cautivos. Al mediodía sonó el gong, reunieron a toda la gente en el patio y anunciaron que iban a ser fusilados unos guerrilleros ucranianos. Arrodillados en medio de la explanada, se veía a unos sesenta hombres con las manos atadas por detrás y agentes de la policía a sus espaldas. De repente un miembro joven de la policía gritó: "¡No, no dispare!". Había descubierto que uno de los prisioneros era su hermano. Los nazis habían preparado a propósito este espectáculo para que un hermano matase al otro. Un alemán corrió entonces derecho al agente y le quitó la pistola. Solo así el joven disparó; después, vomitó e inmediatamente se lo llevaron. Tenía diecinueve años, y el hermano al que mató unos veinticinco».[20]

En agosto de 1943, con la aproximación del ejército soviético, los nazis intentaron borrar las huellas de las matanzas de aquellos dos años. Así pues, empezaron por enviar a los presos a excavar en los barrancos donde yacían los cadáveres: «Los cavadores abrían las zanjas, exponiendo capas de cadáveres en descomposición de un gris azulado; los cuerpos estaban tan comprimidos que sus miembros se encontraban completamente enmarañados. Desenredar los cuerpos era una tortura. El mal olor obligaba a los alemanes a taparse la nariz y algunos vomitaban. Los guardias se sentaban en la orilla del barranco, cada uno con una botella de *vodka* en el suelo, entre a las botas; de vez en cuando echaban mano de la botella y

todos los alemanes se encontraban en estado de embriaguez perpetuo».[21] A continuación, se quemaban los cuerpos y se asesinaba a los presos que realizaban ese trabajo. De esta manera, los nazis intentaron erradicar Babi Yar de la historia.

«Operación Reinardt»: la muerte con gas

Como ya se ha referido, en Babi Yar murieron asesinadas en total muchas decenas de miles de víctimas, incluyendo judíos, gitanos y prisioneros de guerra soviéticos. Las masacres nazis se extendieron por todo el territorio soviético y supusieron una etapa decisiva en la escalada de violencia nazi. Sin embargo, el método de las ejecuciones masivas llevadas a cabo esencialmente por los *Einsatzgruppen* se volvió rápidamente insuficiente, demasiado visible y simultáneamente perturbador para muchos soldados alemanes.[22] En efecto, a partir de agosto de 1941, los *Einsatzgruppen* también comienzan a matar a las mujeres y a los niños. Himmler considera que esa forma de exterminio resulta demasiado penosa para los alemanes: el gas tóxico sería más fácil… Entre el verano y el otoño de 1941, el régimen nazi decide crear campos exclusivamente dedicados al exterminio, principalmente situados en la región de la Polonia ocupada en 1939, cuyo método era el de la asfixia por gas, al principio con monóxido de carbono.

La dificultad era que no había precedentes: «Nunca en la historia de la humanidad se había llevado a cabo la muerte programada», escribe Raul Hilberg. «No existían prototipos ni registros administrativos».[23] No obstante, la imaginación de los alemanes no tenía límites y las dificultades fueron superadas con lo que más tarde se denominaría la *Aktion Reinardt*, en homenaje a Reinardt Heydrich, jefe de la policía de seguridad del Reich,

asesinado por la resistencia checa en Praga en 1942. El plan era la creación de centros dedicados exclusivamente al exterminio.

Chelmo, cerca de Lodz, fue el primer campo de muerte en entrar en funcionamiento el 8 de diciembre de 1941: hasta su desmantelamiento en 1944 causó 320.000 víctimas, asesinadas por asfixia con monóxido de carbono en furgones de gas. Le siguieron Belzec, Sobibor y Treblinka. El comando de la operación, así como los campos de Belzec y Sobibor, se estableció en la zona de Lublin, en la región oriental del *Generalgouvernement,*[24] junto a los territorios ocupados de la Unión Soviética y lejos del centro europeo. En efecto, esa era la principal preocupación del régimen: instalar los campos de exterminio en lugares aislados, lo más lejos posible de las poblaciones, construidos de manera que no se adivinase desde fuera lo que se hacía dentro. Otra de las preocupaciones era la proximidad de las vía férreas para el transporte de las víctimas y de sus bienes para enriquecer los depósitos del Reich. Finalmente, la instalación de los campos cerca de la frontera oriental del *Generalgouvernement* obedecía a una campaña de disimulo hacia las propias víctimas diciéndoles que iban a ser «reinstaladas» en el este para trabajar.

El campo de Belzec funcionó entre marzo y diciembre de 1942; alcanzó la suma de 600.000 víctimas. En Sobibor murieron 250.000 personas entre abril de 1942 y octubre de 1943. Y en Treblinka asesinaron a 870.000 personas entre julio de 1942 y agosto de 1943, la mayoría deportadas desde el gueto de Varsovia. El proceso inicial consistía en gasear con los vapores mortíferos de los tubos de escape de los camiones; más tarde el gas se bombeaba a cámaras herméticamente selladas. Así encerradas, desnudas, las víctimas se asfixiaban y morían en pocos minutos. En una primera fase, los cuerpos eran transportados a unas fosas gigantescas; más tarde, para borrar las pruebas, eran desenterrados y quemados. Todo este proceso, desde la llegada de las víctimas hasta su aniquilamiento,

tardaba cerca de dos horas, lo que permitía a esta industria de muerte una rapidez aterradora en la sustitución de nuevos contingentes.

La primera experiencia de asesinato en masa en una cámara de gas se realizó en Auschwitz en septiembre de 1941 con prisioneros de guerra soviéticos. Pero los alemanes ya habían probado el uso del gas a partir de 1939 «en vidas que no valía la pena ser vividas»,[25] como parte de su programa T4,[26] la eutanasia, causando la muerte de aproximadamente 5.000 niños y más de 70.000 adultos, deficientes y enfermos mentales en Alemania. Es, en efecto, al inicio de la guerra cuando Hitler firma una orden, con fecha de 1 de septiembre de 1939, que permitía a su jefe de cancillería, Philipp Boulher, y a su médico personal, Karl Brandt, «conceder una muerte misericordiosa a los enfermos considerados incurables».[27] El verdadero responsable de este «holocausto psiquiátrico» era, sin embargo, Viktor Brack. El programa T4 tuvo lugar oficialmente como política de «salud pública» entre 1939 y 1941, fecha en la que se cerró debido a las protestas de las iglesias católica y protestante. No obstante, bajo otros nombres y formas, el exterminio de personas consideradas un lastre para la sociedad, se prolongaría hasta el final de la guerra.[28] Administrado conjuntamente por las SS, la policía y el personal médico, el T4 fue el precursor conceptual, técnico y administrativo de la «solución final», que se pondría en práctica en los campos de exterminio, lo que provocó entre 1942 y 1944 la muerte de casi 3.000.000 de personas.

A excepción de Auschwitz-Birkenau, donde se hacía una selección de los recién llegados para enviar a los más aptos a las fábricas locales, en estos campos no se seleccionaba entre los destinados a morir de inmediato y los que estaban en condiciones de trabajar. Solo se mantenían temporalmente con vida pequeños grupos constituidos sobre todo por judíos para ejecutar algunas de las tareas más sórdidas de la máquina de la muerte: ayudar a los

condenados a muerte a desnudarse y a entrar en las cámaras de gas, almacenar sus ropas y pertenencias, retirar los cadáveres y limpiar las cámaras de gas, enterrarlos y quemarlos o incinerarlos. Estos grupos, denominados *Sonderkommando** (comando especial), eran sometidos a un régimen de terror constante y periódicamente asesinados como testigos de un crimen sin precedentes.

Majdanek y Auschwitz, originalmente construidos como campos de concentración, se extendieron como campos de exterminio. Birkenau (Auschwitz II) era el centro de exterminio y sus subcampos funcionaban como campos de trabajos forzados. Más de un millón de judíos y decenas de miles de gitanos y prisioneros de guerra soviéticos fueron asesinados allí entre marzo de 1942 y noviembre de 1944 mediante la utilización del gas Zyklon B. El exterminio masivo comienza en marzo de 1942 y sus cuatro grandes cámaras de gas tuvieron la capacidad de matar a 12.000 personas al día. Los cadáveres se quemaban, a continuación, en unos hornos crematorios contiguos.

Majdanek, cerca de Lublin, funcionó entre septiembre de 1941 y julio de 1944, fecha de su liberación. El universo de los reclusos estaba formado por prisioneros de guerra soviéticos, civiles polacos, judíos de Polonia, Alemania, Checoslovaquia, Holanda, Francia, Hungría, Bélgica y Grecia y prisioneros venidos de otros campos. En el seguimiento de la insurrección del gueto de Varsovia en abril de 1943, muchos judíos polacos fueron deportados allí. En total, pasaron por Majdanek cerca de 500.000 personas de 54 nacionalidades, originarias de 28 países. De estas, cerca de 360.000 murieron, más de la mitad debido a las tremendas condiciones del campo, y el 40 por ciento asesinadas en las cámaras de gas.

Rudolf Vrba, natural de una ciudad próxima a Bratislava, estuvo en Majdanek antes de ser trasladado a Auschwitz el 30 de junio de 1942. Él y Fred Wetzler fueron dos de los rarísimos prisioneros de

Auschwitz que consiguieron huir del campo el 14 de abril de 1944. El 25 de abril de ese año divulgaron un informe muy preciso sobre los campos de Majdanek y de Auschwitz, las condiciones de vida de los prisioneros, su nacionalidad, el hambre, la tortura y la muerte que les esperaban. Este informe, que llegó a los aliados en junio de 1944, proporcionó por primera vez datos precisos y detallados sobre la estructura y la topografía de Auschwitz-Birkenau, la existencia y localización exacta de las cámaras de gas y de los hornos crematorios, además de las estadísticas mensuales, revelando la extensión de la máquina de muerte nazi. Y además alertaba de la inminencia del exterminio de «un millón de húngaros, Auschwitz está preparado para recibirlos…».[29] A pesar de no haber impedido estas muertes ni las de tantos otros, el informe sirvió más tarde como pieza de acusación en el juicio de los criminales de guerra nazis en Núremberg.

Vrba estuvo en Majdanek entre el 14 de enero y el 27 de junio de 1942; rápidamente comprendió cuál iba a ser su fin: «Yo había notado que había personas que desaparecían de nuestra sección; primero pensé que eran transferidas a otro lugar. Todos los días abandonaba el hospital una columna patética de enfermos, viejos y moribundos que se arrastraba hacia una construcción con una chimenea alta (…). También había notado que esas personas nunca volvían. Comprendí de lo que se trataba cuando oí a un *kapo* mandar a un detenido "llevar los ladrillos al crematorio". Vi al hombre llevar los ladrillos al edificio de la chimenea y entendí la razón por la que los destrozos humanos del hospital nunca regresaban…».[30] Más tarde Vrba escribió: «Majdanek era un precursor primitivo de Auschwitz».

El 3 de noviembre de 1943, entre las seis de la mañana y las cinco de la tarde fueron asesinadas 18.000 personas de ambos sexos, tiroteadas junto a inmensas fosas al son de música estridente destinada a ahogar el ruido de los tiros y los gritos moribundos. Más

tarde, sus cuerpos serían retirados de las fosas y quemados, no sin antes haber sido recogidos sus enseres. Las cenizas y los restos de huesos se guardaban en sacos que, después, servían de abono. Entre estos se encontraban los restos de Sammy, hermano de Rudolf Vrba.

«Voy a hacer un viaje largo y ahora eres tú el hombre de la casa»

Paul Norbert Sternberg no llegó a entrar en Majdanek. Murió en una marcha forzosa de más de veinte kilómetros por la nieve en febrero de 1943, cuando el vagón procedente de Drancy paró repentinamente, obligando a los prisioneros a hacer el resto del camino a pie. Su historia me la contó su hijo, Robert.

Paul Sternberg nació en Luxemburgo en 1910. Era comerciante de profesión y se había casado con Ellen Eichmann, originaria de Franklfurt. A finales de 1939, advertidos de la inminente invasión alemana, la familia Sternberg huyó de Luxemburgo con su hijo Robert de apenas unos meses de edad y, con la ayuda de un guía, se refugió en la pequeña ciudad de Langogne, al sudeste de Francia, después de atravesar a pie las montañas del macizo central. En Langogne, la Resistencia francesa, a la que pertenecía un tío de Robert, les consiguió papeles franceses falsos y el pequeño Robert Sternberg, como el resto de la familia, pasó a tener Sarré como apellido. Los años pasaron más o menos tranquilos hasta que un día la policía francesa llamó a la puerta. Robert tenía tres años pero se acuerda perfectamente de los policías uniformados que vinieron a buscar a su padre. Sobre todo, recuerda un episodio que lo marcaría para toda la vida: en el momento de la despedida, el padre lo tomó en brazos y le dijo: «Voy a hacer un viaje largo que puede durar mucho tiempo y ahora eres tú el hombre de la casa».

Nunca se supo quién lo denunció ni si hubo denuncia. Como cautela, madre e hijo se marcharon a Baraqueville, a ciento cincuenta kilómetros de distancia de Langogne, donde permanecieron hasta el final de la guerra en una casa con más de quince fugitivos. Robert recuerda que él y su madre dormían en la ferretería del edificio; el día lo pasaban en uno de los pisos de arriba, siempre con miedo de ser descubiertos. También se acuerda de ver a su madre, que en Suiza se había sacado el título de hostelería, trabajar en el campo como una campesina para conseguir sustento para los dos.

A su vuelta a Luxemburgo al final de la guerra, Robert, con solo siete años, tuvo que enfrentarse a su verdadera identidad, que para él era nueva, y no fue fácil adaptarse. Mucho más difícil fue la larga y dolorosa espera del regreso del padre. Cada vez que tocaban la campanilla, Robert corría a la puerta con la esperanza, siempre frustrada, de ver llegar a su padre. Pero no volvió nunca, igual que muchos familiares y amigos de los Sternberg. Mientras tanto, Ellen conoció al que sería su segundo marido, Max Nachmann, que vivía en Portugal. Así es cómo en 1950 la familia se trasladó a vivir a Lisboa. En el memorial de la sinagoga, una placa perpetúa la memoria de Ellen y Max Nachmann.

Robert hizo su vida en Lisboa, se casó y tuvo dos hijos, pero nunca dejó de intentar descubrir lo que le había acontecido al padre. Finalmente, en 1997, pudo saber a través del *International Tracing Service* de Alemania que, después de preso, Paul fue internado por la policía francesa en el campo de Gurs, cerca de la frontera española, destinado inicialmente a los refugiados republicanos españoles y más tarde a judíos y comunistas. De Gurs lo llevaron, el 2 de marzo de 1943, al campo de Drancy, al norte de París, de donde fue deportado cuatro días después al campo de Majdanek gracias a la colaboración franco-nazi.

Sin embargo, lo que intrigaba a Robert era que no había ninguna información sobre el lugar y la fecha de su muerte. Además de eso, en la ficha con su nombre en Yad Vashem, Instituto Nacional de Israel para la Memoria, Documentación y Educación sobre el Holocausto, a continuación de la palabra Majdanek hay dos puntos de interrogación, como si no existiese certeza de que Paul hubiera llegado allí. El tren que lo transportaba paró a decenas de kilómetros del campo, obligando a los prisioneros a una marcha forzada bajo la nieve implacable. Un amigo de la familia, de nombre Oppenheimer, reencontrado algunos años después de la guerra y que hizo la misma marcha con Paul, contó lo sucedido: en el vagón que los llevaba a Majdanek, con unos cuantos cientos de prisioneros, ambos escribieron en una hoja sus nombres y datos, pidiendo a quien la encontrase que avisara a las familias después de la guerra. A continuación, aprovechando una parada del tren, colaron la hoja por una ranura hacia el exterior. Al final de la guerra, un polaco que había encontrado el papel se puso en contacto con Oppenheimer, pero para Paul ya era demasiado tarde: exhausto y enfermo de los años pasados en la huída y en los campos de Gurs y Drancy, no resistió la marcha forzada del camino a la muerte. Su cuerpo yace en algún lugar de ese cementerio helado que fue Polonia durante la guerra.

La deshumanización puesta en práctica metódicamente

Desde el punto de vista nazi, la vida en los campos era un microcosmos del mundo exterior: «La idea de la lucha es tan vieja como la propia vida», dice Hitler en un discurso de 1928. «En esa lucha, el más fuerte, el más capaz, gana, mientras que el menos capaz, el débil, pierde. El combate es el padre de todas las cosas… no es por los principios de humanidad por los que el hombre vive o

es capaz de mantenerse más allá del mundo animal, sino solamente a través de la más brutal de las luchas».[31]

De manera general, los prisioneros se enfrentaban a su llegada a los campos con un mundo radicalmente opuesto al suyo antes de la guerra. La vida humana no tenía ningún valor y la deshumanización era un mecanismo puesto en marcha metódicamente. Despojados de su nombre, cabello y ropas, los prisioneros pasaban a ser solo un número. Todas las mañanas, antes del trabajo y por la noche al regresar, se les sometía a un toque de queda con una señal de llamada interminable durante el que tenían que permanecer de pie, en fila y en silencio, mientras gritaban sus números con «aquellos bárbaros ladridos de los alemanes que parecen liberar una rabia vieja de siglos».[32] Si faltaba alguien, les obligaban a esperar horas interminables bajo la nieve, la lluvia o bajo un sol implacable, hambrientos, sedientos y exhaustos hasta que se esclareciera el motivo.

El sufrimiento era una constante, así como los malos tratos. Los golpes y palizas, que podían acabar en muerte, eran parte de la rutina diaria; bastaba solo una transgresión irrisoria de las reglas o, simplemente, porque les apetecía a los guardias o *kapos,* cuya impunidad permitía la liberación de los instintos más irracionales. Los deportados dormían amontonados en tablas a modo de cama, que algunas veces podían tener algo de paja infectada de piojos y una manta inmunda. Las letrinas eran insuficientes, repugnantes, con una peste indescriptible, agravada por las constantes diarreas que provocaba la disentería endémica.

El factor dominante de forma absoluta y obsesiva era el hambre. Todos los testigos son unánimes en su evocación. Un hambre lacerante y permanente que llevaba a los presos a arriesgar su vida por una corteza de pan. Además de insuficientes por completo, los alimentos eran, por lo general, intragables y putrefactos. El agua potable también era escasa, lo que producía deshidratación. Robert

Antelme testifica: «Esta noche nos tenemos que acostar así, mañana también, con este agujero en el estómago que succiona, que nos succiona hasta la mirada. Con los puños cerrados, abiertos o vacíos, siento los huesos de mis manos. Cierro los maxilares, solo los huesos, nada que triturar, nada blando, ni la menor cosa que colocar entre los dientes. Mastico, mastico, pero no nos podemos masticarnos a nosotros mismos. Soy el que mastica, pero masticar el qué, comer el qué, ¿dónde está? ¿Cómo comer cuando no hay nada, cuando hay incluso menos que nada? Es posible que no haya nada. Sí, es lo que quiero decir: no hay nada. No se puede divagar. Calma. Mañana temprano habrá pan, no siempre habrá nada; calma. Pero ahora es imposible que sea de otra manera, no hay nada, tenemos que admitirlo. No puedo criar cualquier cosa que se coma. Eso es impotencia. Estoy solo. No puedo sobrevivir por mí mismo. Incluso sin hacer nada, el cuerpo desarrolla una inmensa actividad para desgastarse. Siento que me derrumbo, no puedo parar, me desaparece la carne, cambio de envoltura, el cuerpo se me escapa…».[33]

Los malos tratos, el hambre permanente, las deplorables condiciones de higiene y el trabajo forzado, casi siempre violento y bajo un clima inclemente, causaban muchas enfermedades, en particular disentería y tifus, que acortaban dramáticamente la vida de los prisioneros, no solo debido a la propia enfermedad, sino también porque era la vía más rápida para ser seleccionados para morir. Primo Levy cuenta: «Una noche se abrió la puerta del barracón (enfermería), una voz gritó: *Achtung* (¡Atención!). Acabó todo el ruido y se hizo un silencio tan pesado como el plomo. Entraron dos SS (uno de ellos con muchos galones, ¿tal vez un oficial?), sus pasos se oían en el barracón como si estuviese vacío; hablaron con el jefe médico y este les mostró un libro de registro señalando aquí y allá. El oficial tomó notas en un librito. Schmulek me tocó en las rodillas: *Pass´auf, pass'auf* (¡Cuidado!). El

oficial, seguido por el médico, pasea silenciosa y despreocupadamente entre las camas; lleva un látigo en las manos, golpea la punta de una manta que pende de una cama alta, el enfermo se apresura a recomponerla. El oficial sigue adelante (…). Ahora posa su mirada sobre Schmulek; saca el librito del bolsillo, controla el número de la cama y el número del tatuaje. Lo veo todo perfectamente desde arriba: hizo una crucecita al lado del número de Schmulek. Después sigue adelante (…). Al día siguiente, en vez del habitual grupo de personas con el alta, mandaron salir a dos grupos distintos. A los primeros los afeitaron, los raparon y los ducharon. Los otros salieron como estaban, con las barbas y los vendajes por hacer, sin ducha. Nadie se despidió de estos últimos, nadie les confió mensajes para sus compañeros sanos. Schmulek iba con ellos».[34]

Tan fuerte como la violencia física global a la que estaban sometidos era la angustia emocional de los prisioneros. La separación, después de la llegada, de las familias que habían llegado unidas; la inseguridad y la ansiedad sobre el destino de los hijos, padres y abuelos, provocaba un sentimiento de pérdida que acompañaba al prisionero de forma permanente: pérdida de los amigos, de la familia, de la comunidad. A veces, toda la familia era diseminada después de la llegada a los campos de exterminio, pero otras, dos o tres elementos de la misma familia, o incluso amigos, conseguían mantenerse juntos, lo que aumentaba las posibilidades de supervivencia. La muerte era omnipresente: la de los seres queridos, la que rodeaba a los prisioneros, y la inminencia de la suya propia. Las reacciones y los comportamientos eran diversos: unos se refugiaban en el pasado en busca de consuelo, otros imaginaban un futuro mejor. Unos aprendían a sobrevivir en una situación virtualmente desesperada recurriendo a la «ingeniosidad del campo», otros se daban por vencidos convirtiéndose en aquello que en la jerga de los campos se conoció como «muselmann».[35] Este

término era utilizado normalmente por los detenidos para referirse a aquellos que estaban al borde de la muerte debido al agotamiento, a la inanición o a la desesperación. Eran identificados por su rápido deterioro físico y psicológico: permanecían en un letargo continuo, indiferentes a lo que sucedía a su lado y no podían mantenerse de pie más que unos pocos minutos.

Mantener la dignidad, a pesar de todo…

La derrota alemana al comienzo de 1943 en Stalingrado cambia el destino de la guerra. El avance soviético en dirección a la frontera polaca lleva a los nazis a liquidar los últimos guetos y algunos campos de trabajos forzados. A la mayoría de los presos los matan en el mismo campo, otros son evacuados al oeste. Pero, sobre todo, es a partir del verano y del otoño de 1944, frente al cerco cada vez más próximo de los soviéticos en el este, y de los americanos y británicos en occidente, cuando comienzan a ser destruidos los campos de concentración de Polonia. Así, sus prisioneros son evacuados hacia los que todavía estaban en funcionamiento en Alemania y en Austria, en marchas que fueron conocidas como las «marchas de la muerte». En efecto, los presos pateaban muchos cientos de kilómetros cubiertos con trapos y congelados, sin comida y sin descanso; morían de hambre y frío, exhaustos. Entre enero y abril de 1945, a medida que se aproximaba el final de la guerra, los alemanes iban evacuando campo tras campo, arrastrando en las marchas a cientos de miles de prisioneros. Algunas duraban semanas, y causaban miles de muertos que iban cubriendo las carreteras de Austria occidental y de Alemania central. El trayecto se hacía normalmente a pie y algunas veces en vagones donde se apiñaban más de cien personas por vagón, sin agua ni comida.

Quien se retrasara, parase o cayera era matado a tiros inmediatamente.

En los últimos diez meses de la guerra murieron o fueron asesinados en las «marchas de la muerte» cerca de 250.000 prisioneros de los campos de concentración. Mordehai Shadmi fue evacuado de Buchenwald a Terezin en abril de 1945: «Todos los días caían compañeros por el camino y ahí se quedaban. Los ecos de los disparos que se oían a continuación eran el veredicto: ejecutado en el sitio. Muchos de los compañeros que caminaban conmigo decían: «No tengo fuerzas». Yo mismo, sombra de hombre, intentaba infundirles ánimo: un día más, aguanten unos días más. Yo conseguí resistir porque a veces recibía una pequeña patata del joven soldado de las SS al que le cargaba las mochilas. En ocasiones me arrastraba y comía hierbas del camino y todo tipo de hojas (…). Nuestras filas enflaquecían día tras día. Un día antes de nuestra llegada a Terezin no podía ponerme de pie… De los 800 que habíamos partido, solo quedábamos 200 o 250».[36]

Contrariamente a lo que se piensa, a pesar de las dificultades, la resistencia en los campos sí que existió, adoptando diversas formas. Organizaciones clandestinas, revueltas y actos de sabotaje tuvieron lugar en varios campos, en particular en los campos de Treblinka, Sobibor y Auschwitz-Birkenau. Las tentativas de fuga eran pocas y raras las posibilidades de éxito. Algunos reclusos se arrojaban contra las barreras electrificadas de las alambradas para suicidarse.

Además del combate permanente y desesperado por sobrevivir, el desafío más difícil para cada hombre, cada mujer, en el terrible universo de concentración nazi, era mantener su humanidad contra el sistema metódica y perversamente implantado por los nazis para destruirla. No todos lo consiguieron. La historia de los muertos-vivos nos habla de todo, desde la más baja perfidia hasta del heroísmo más improbable. Entre ellos estaba Robert Antelme, para quien la convicción de la derrota final del nazismo era la fuerza que los

animaba hasta el fin: «No hay especies humanas», escribió, «solo hay una especie. Porque somos seres humanos como ellos es por lo que, en definitiva, los SS serán impotentes frente a nosotros. Precisamente porque intentaron poner en causa la unidad de esta especie, es por lo que ellos serán finalmente destruidos».

[1]1 The United States Holocaust Memorial Museum, *Encyclopedia of Camps and Ghettos*, *1933-1945*, Indiana University Press.

[2]República proclamada en Weimar, Alemania, justo después del final de la Primera Guerra Mundial, basada en un régimen de democracia parlamentaria. Su duración fue de doce años, prácticamente hasta la toma de poder de Hitler.

[3]En febrero de 1933, el edificio del parlamento de Alemania *(Reichstag)* fue destruido por un incendio, aparentemente provocado por los nazis con el objetivo de fortalecer su poder, culpando a sus opositores comunistas.

[4]Haffner, Sebastian, *História de un alemão. Memórias 1914-1933*, Dom Quixote, 2004, p. 109.

[5]Himno oficial del partido nazi y segundo himno nacional del III Reich, cuya letra fue escrita por Horst Wessel, miembro de las SA, muerto en 1930.

[6]*Os diários de Victor Klemperer, testigo clandestino de un judío en la Alemania nazi, 1933-1945*, Companhia das Letras, São Paulo, 1999, p. 17.

[7]La «Noche de Cristal» o «de los cristales rotos» debe su nombre a los miles de añicos de vidrio que cubrían las calles de las principales ciudades alemanas después de la destrucción violenta por parte de los nazis de los comercios, sinagogas y casas particulares de judíos. El gobierno impuso a la comunidad judía una multa de mil millones de marcos para restaurar los años que él mismo causó.

[8]Relativamente poco conocido, Hartheim se llamaba durante la Segunda Guerra Mundial «Castillo de la Muerte», porque se situaba en un antiguo castillo de la familia Schloss Hartheim del siglo XII. Hasta otoño de 1941, médicos, psiquiatras, enfermeras y administradores llevaron a cabo el exterminio de enfermos físicos y mentales en nombre de la pureza racial.

[9]Hoess, Rudolf, *Le commandant d'Auschwitz parle*, Éditions La Découverte, París, 1995, 2005, p. 160.

[10]Citado por Israel Gutman en *Holocausto y memoria*, p. 240, Yad Vashem, Jerusalén, 2003.

[11]Se trataba de un prisionero en un campo de concentración designado para dirigir y controlar un grupo de trabajo *(Kommando).* El término se extendió después peyorativamente a todos los que colaboraban con los nazis en los campos.

[12]Campo satélite de Buchenwald.

[13]Antelme, Robert, *L'Espèce humaine,* Gallimard, 1957, p.71.

[14]Reinhard Heydrich fue asesinado por la Resistencia checa en mayo de 1942.

[15]Nombre del monarca Frederico Barbarossa del Sacro Imperio Romano-Germánico, uno de los líderes de la 3ª Cruzada en el siglo XIII.

[16]Unidades móviles de la política encargadas de la ejecución de judíos y comunistas en los territorios ocupados y a partir de julio de 1941 en la URSS en el marco de la invasión nazi. Hasta 1943, los *Einsatzgruppen,* activamente ayudados por el ejército regular alemán y por las unidades locales, sobre todo ucranianas y lituanas, llevaron a cabo el exterminio de 1.250.000 judíos y de cientos de miles de soviéticos, incluyendo prisioneros de guerra.

[17]Fuerzas Armadas alemanas entre 1935 y 1945.

[18]Ozerov, Lev, en *Le livre noir, textes et témoignages,* Ilya Ehrenburg y Vassili Grossman, Actes Sud, 1995, para la traducción francesa, p. 75.

[19]Citado por Fierdländer, Saul, *Les années d'extermination, l'Allemagne nazie et les juifs, 1939-1945,* Éditions du Seuil, 2008 para la traducción francesa, p. 335.

[20]Citado por Kuznetsov, Anatoly, en *Babi Yar,* Livros do Brasil, 1966, p.226.

[21]Kuznetsov, Anatoly, *op. cit.*, p. 277.

[22]A propósito de la ocupación nazi en la URSS, la lectura de la obra *Las benévolas,* de Jonathan Littell, proporciona una descripción impresionante.

[23]Hilberg, Raul, *La destruction des juifs d'Europe,* III, Editions Gallimard para la traducción francesa, 2006.

[24]Unidad territorial creada por los nazis en octubre de 1939 en la Polonia ocupada. Cuando Alemania invadió Polonia, dividió el país en tres zonas: el sector occidental fue anexado al III Reich; el oriental fue ocupado por la URSS; y el sector central fue transformado en una unidad semiautónoma destinada a servir como «basurero racial», depósito inagotable de mano de obra esclava y sede del exterminio en masa. El gobierno general alemán *(Generalgouvernement)* tenía su sede en Cracovia y era administrado por Hans Frank. Estaba dividido en cuatro distritos con sedes en Cracovia, Varsovia, Radom y Lublin, a los que se unió Lvov, en Galitzia, después de la invasión de la URSS.

[25]«Permitir poner fin a las vidas que no valen la pena ser vividas», título de la monografía editada en 1922 de Karl Binding y Alfred Hoche.

[26]El nombre del programa T4, como pasó a ser conocido después de la guerra, proviene de la dirección (Tiergartenstrasse, 4) del departamento que coordinaba el programa en Berlín.

[27]Hilberg, Raul, *op. cit.*, p. 1608.

[28]En los juicios de Núremberg al final de la guerra, el número total apuntado fue de 275.000 víctimas.

[29]Informe sobre los campos de concentración de Auschwitz, Birkenau y Majdanek, redactado por Rudolf Vrba y Alfred Wetzler.

[30]Vrba, Rudolf, *Je me suis évadé d'Auschwitz*, Editions Ramsay, 2004.

[31]Rees, Laurence, *Auschwitz, os nazis y a solução final*, Dom Quixote, 3ª edição, 2010, p. 35.

[32]Levi, Primo, *Se isto é um homem,* Editorial Teorema, 1988, p. 17.

[33]Antelme, Robert, *op. cit.*, p. 151.

[34]Levi, Primo, *op. cit.*, 1988, p. 53.

[35]Algunos investigadores consideran que el término «muselmann» tiene origen en la hipotética semejanza entre un moribundo en un campo de concentración y la imagen de un musulmán que reza postrado en el suelo.

[36]Citado por Israel Gurman en *Holocausto y memoria,* Yad Vashem, Jerussalén, 2003.

II. AUSCHWITZ, EPICENTRO DE LA INDUSTRIA DE LA MUERTE

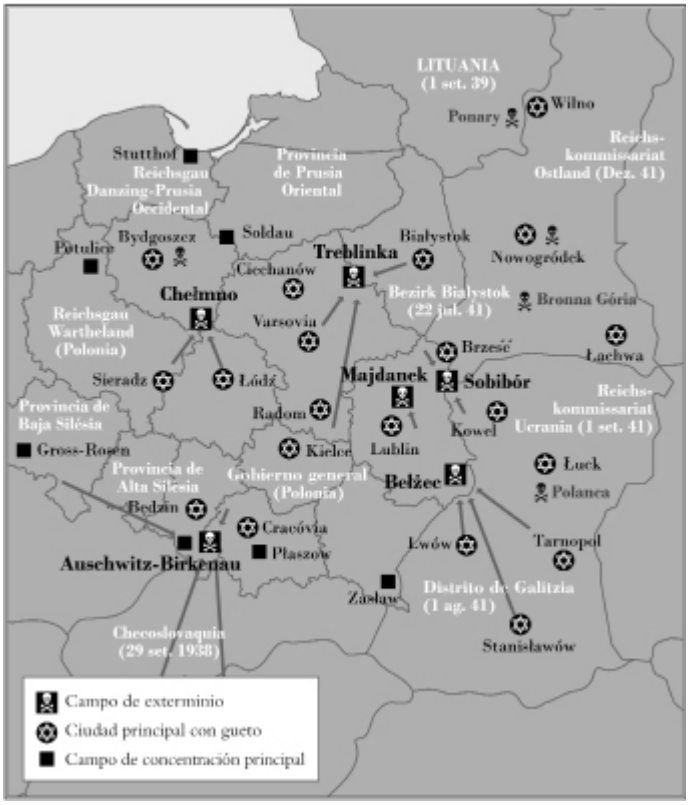
Auschwitz está considerado hoy el símbolo máximo del Holocausto y de la política genocida de Hitler. Sobre todo a partir de 1942, en que se convierte en el epicentro de los crímenes del nazismo, un lugar único en el que se conjuga el más vasto campo de deportación del universo de concentración nazi y el mayor centro de exterminio de la historia del III Reich.

Por todo ello, Auschwitz se ha convertido en sinónimo del mal absoluto. Como se ha mencionado anteriormente, allí tuvo lugar la primera experiencia de asesinato en masa en una cámara de gas en septiembre de 1941 con prisioneros de guerra soviéticos. Fue ahí donde judíos y gitanos sirvieron de cobayas para los diabólicos experimentos realizados por médicos y enfermeros nazis. Más de un millón de seres humanos de quince países europeos fueron gaseados y más de doscientos mil hombres, mujeres y niños murieron de hambre, de frío, de enfermedades, de extenuación y de brutalidad, o simplemente de soledad y de desesperación absoluta…

Con todo, Auschwitz no empezó siendo un campo de concentración, y mucho menos de exterminio. Situado en los alrededores de la ciudad de Oswiecim, nombre polaco de Auschwitz, el campo fue construido en el siglo XIX para albergar a los inmigrantes de la provincia de Galitzia, en aquella época una de las más pobres del Imperio austrohúngaro, que intentaban llegar a Berlín o a Viena. En aquel momento se componía de dormitorios de ladrillo para tres mil operarios y noventa barracas de madera para alojar a más de nueve mil trabajadores, además de otras construcciones, como una capilla, un teatro, un hospital… La población del campo sobrepasó rápidamente la de Oswiecim, que

contaba con cerca de catorce mil habitantes, la mitad de los cuales eran judíos. Y la estación de trenes, hecho que en el futuro tendría una gran importancia, estaba a poco más de un kilómetro y unía la ciudad, vía Cracovia, con el corredor ferroviario que iba hasta Hamburgo pasando por Breslavia y Berlín. Al final de la Primera Guerra Mundial, con las alteraciones de las fronteras, Oswiecim pasó a formar parte de Polonia y lo que antes era un centro de inmigrantes, pasó a servir como caserna militar donde hasta 1938 se instaló la base del 21º Regimiento Polaco de Caballería.

El Holocausto en la Polonia ocupada



Jan Karski (cuyo verdadero nombre era Jan Kozielewski), más tarde emisario de la Resistencia Polaca en el exilio y uno de los primeros que divulgó en Occidente el exterminio de los judíos en

Polonia, fue movilizado el día 23 de agosto de 1939. Curiosamente, horas antes, Karski había estado en una recepción ofrecida por el hijo del entonces embajador de Portugal en Varsovia, César de Sousa Mendes, hermano de Arístides de Sousa Mendes. El joven «tenía aproximadamente la misma edad, veinticinco años, y éramos buenos amigos. Sus cinco hermanas eran guapas y extremadamente encantadoras. Solía encontrarme con frecuencia con una de ellas y aquella noche me sentía impaciente por volver a verla».[1] Según Karski, la velada fue alegre y relajada, «bebimos buenos vinos y bailamos sin parar… y para acabar, Helena de Sousa Mendes ejecutó para nosotros, junto con el hermano, los complicados pasos del tango portugués».

Nada en las animadas conversaciones de aquella noche hacía presuponer la invasión alemana inminente. Sin embargo, horas después Karski recibe una orden secreta de movilización: tiene cuatro horas para abandonar Varsovia y unirse a su regimiento acantonado en Oswiecin. La invasión de Polonia por Alemania, el 1 de septiembre de 1939, seguida por la de la Unión Soviética, el día 17 del mismo mes, tal y como estaba previsto en el pacto firmado por Molotov y Von Ribbentrop entre la URSS y Alemania, cambiará no solo su destino, sino el del que más tarde será el campo de Auschwitz.

En efecto, por medio de sus respectivos ministros de asuntos exteriores que dieron nombre al pacto, la URSS y Alemania habían firmado el 19 de agosto de 1939 un pacto de no agresión que permitiría a Alemania atacar Polonia el 1 de septiembre de 1939 sin temer ninguna intervención soviética. En el ámbito del pacto había incluida una cláusula secreta que preveía el reparto de Polonia y Europa del Este entre las esferas de influencia soviéticas y alemanas. De acuerdo con este plan, el ejército soviético ocupó y se anexionó Polonia Oriental en otoño de 1939.

Aniquilado el ejército polaco por parte de los alemanes, el regimiento de Karski en Oswiecim recibe la orden de retirada hacia el este, pero, antes de atravesar la frontera, los rusos obligan a los militares polacos a que depongan las armas: «¡Soldados y oficiales polacos! ¡Deponed vuestras armas (…)! Cualquier intento de conservarlas será considerado traición (…)». Cuando los militares polacos entregaron el último cañón y la última bayoneta, se llevaron la sorpresa de ver dos pelotones de soldados soviéticos saltando de los camiones y colocarse a cada lado de la carretera con las pistolas y ametralladoras apuntándoles: «Los tanques que había delante de nosotros rodearon las torres para apuntarnos con los cañones. Éramos prisioneros del Ejército Rojo. En mi caso, extrañamente, ni siquiera tuve la oportunidad de pelear contra los alemanes».[2]

La masacre de Katyn

Tras un viaje en tren de cuatro días llegan a Ucrania, al campo de prisioneros de Kozielsk, al sudeste de Kiev. Inmediatamente se dan las instrucciones de separar a los soldados rasos de los oficiales y, entre ellos, a los que en la vida civil eran policías, magistrados, abogados o altos funcionarios. El altavoz los designa como «los que han oprimido a los comunistas y a las clases trabajadoras de Polonia». Los colocan aparte, en barracones de madera, y unos meses más tarde, entre abril y mayo de 1940, cerca de veinte mil oficiales polacos serán secretamente asesinados y enterrados a las órdenes de Stalin, cuatro mil de los cuales en las fosas comunes de Katyn, zona forestal cerca de Smolensk, en Rusia. Con esos asesinatos, ejecutados por orden de Lavrenti Beria, jefe de la NKVD, la policía política soviética, se aniquila deliberadamente a la *intelligentsia* polaca. Karski logra escapar y más tarde unirse a la Resistencia.

En sus memorias, Janina Bauman confirma: «Stefan, mi padre y Jozef, junto con miles de otros oficiales y soldados, fueron detenidos por los rusos, desposeídos de sus vehículos y hechos prisioneros (…). Enseguida fueron transferidos aún más hacia el este y encerrados en un campo de internamiento llamado Kozielsk. Entonces, Stefan fue separado de mi padre y de Jozef, ya que eran oficiales y él solo un soldado raso sin uniforme (…). Mi padre nunca volvió a Rusia. Justo después de la guerra, la Cruz Roja Internacional confirmó su muerte y la del tío Jozef en Rusia. En la primavera de 1940, por orden de Stalin, miles de oficiales del Ejército Polaco fueron asesinados de un disparo en el bosque de Katyn…».[3]

Icek Erlichson estuvo preso en Starobielsk en uno de los campos de detención civil y militar de la región de Katyn. Milagrosamente consiguió escaparse y, escondido junto con otros fugitivos en el bosque, presenció las ejecuciones de Katyn. Su libro *Tasting the Paradise,* publicado en portugués,[4] es un testimonio personal sobre el infierno de los gulags en el país del comunismo y sobre la masacre de los militares polacos, negada a lo largo de décadas por los soviéticos.

Icek nació en el *shtetl** de Wierzbnik, una pequeña aldea con población mayoritariamente judía, cerca de Kielce, en Polonia. Después de la ocupación del país por parte del ejército alemán y después de la llegada del Ejército Rojo, Icek decidió, junto con algunos jóvenes amigos, partir a la Unión Soviética: «Personalmente deseaba hacerlo no solo para salvarme de la ocupación nazi —que todavía no había mostrado su verdadera cara a nuestro *shtetl*—, sino por la oportunidad de poder pisar aquel suelo legendario, el suelo donde "todos son iguales", donde la justicia imperaba con prosperidad para todos, independientemente de la religión, raza o nacionalidad».[5] Tal y como para muchas personas de su generación, para Icek la Unión Soviética era la tierra de la Gran

Revolución de Octubre, del socialismo tan soñado, el paraíso hecho realidad. Así y todo, las ilusiones se desvanecen rápidamente y de forma cruel: hecho prisionero como judío y como polaco nada más atravesar la frontera, los años pasados en el «paraíso» se transforman en una odisea infernal e interminable por los campos soviéticos de trabajo, de «reeducación» y de muerte. Es entre una prisión y otra cuando presencia, escondido en el bosque de Katyn, la masacre de los polacos. Acompañado por uno de los cuatro detenidos con los que ha huido, Icek se topa en un momento determinado con varios camiones atestados de prisioneros al lado de unas trincheras excavadas en zigzag. Disimulados en el denso bosque, presencian el descenso forzoso de los prisioneros de los camiones, los empujones de los guardias y los soldados con el arma el ristre y acompañados por el ladrido ensordecedor de los perros. A continuación, los detenidos «fueron empujados violentamente dentro de las trincheras (…). Vimos cómo se mantuvieron abrazados los unos a los otros, hombro contra hombro, y cómo los soldados los rodearon de repente con sus ametralladoras. El ladrido de los perros aumentaba, pero entre eso y los berridos de los soldados, pudimos escuchar el sonido penetrante e ininterrumpido de los tiros (…). Poco a poco se fueron atenuando los gritos de los soldados y los gemidos de las víctimas. Un silencio palpable se hizo en el lugar donde, momentos antes, se oía tan terrible sonido (…). Varios soldados empezaron a tapar las sepulturas. Entonces tuve la certeza de dónde conocía a aquellos soldados, ¡eran los guardas de nuestro campo de Katyn!».[6]

En la primavera de 1943, los nazis exhumaron los cadáveres polacos, acusando a los soviéticos de la masacre. Una comisión de investigación internacional concluyó que la masacre había sucedido en 1940 bajo mando soviético. Pero tras la recuperación del territorio de Smolensk por el Ejército Rojo unos meses más tarde, en otoño de 1943, los soviéticos desenterraron de nuevo los cadáveres negando

las culpas de matanza y acusando a los alemanes. La versión soviética se hizo consensual en Occidente y solo en 1989, con el colapso del poder comunista, Mijaíl Gorbachov admitió finalmente la ejecución de los polacos a manos de la policía soviética, poniendo fin al macabro intercambio de acusaciones.

Por ironía del destino, fue muy cerca de Smolensk donde sesenta años más tarde, el 10 de abril de 2010, tuvo lugar el accidente de aviación que costó la vida del presidente polaco Lech Kaczynsky y otras noventa y cuatro personas, generando un nuevo intercambio de acusaciones, esta vez entre Rusia, que responsabilizó a la tripulación polaca de la tragedia, mientras Polonia echaba las culpas a los controladores aéreos rusos por haber permitido un intento de aterrizaje con una niebla intensa. Quizás dentro de sesenta años se llegue a saber la verdad…

Oswiecim se convierte en Auschwitz

Los nazis sentían un enorme desprecio por los polacos. En un documento enviado a Hitler en mayo de 1940, Himmler afirmó que su destino era ser un pueblo de esclavos sin educación: «La población no alemana de los territorios orientales no debe recibir una educación superior a la de la escuela primaria. El objetivo de la escuela primaria será solo enseñar aritmética sencilla, como contar hasta quinientos como máximo, escribir el nombre y aprender qué es voluntad de Dios obedecer a los alemanes, ser honesto, trabajador y portarse bien. Considero que es innecesario que aprendan a leer».[7]

En ese documento, que refleja con una claridad siniestra la ideología racial nazi, Himmler va más lejos: «Hay que separar a los que tienen sangre valiosa de los que tienen sangre que no sirve». Así se quitaron a las familias y se enviaron a Alemania, para ser

educadas lejos de sus padres biológicos, a los niños polacos entre seis y diez años cuya sangre era considerada racialmente aceptable. El drama personal y familiar de aquellos niños no preocupaba a Himmler; se enmarcaba perfectamente en la doctrina nazi que clasificaba y jerarquizaba a los seres humanos en función de su raza y de su sangre.

La represión alemana se ejerce en primer lugar sobre las élites culturales y religiosas polacas: hombres y mujeres son fusilados, otros son hechos prisioneros y enviados a campos de concentración del Reich. No obstante, rápidamente las prisiones de la Alta Silesia se saturan y en diciembre de 1939, los servicios de la policía nazi abrazan la idea de crear en aquella zona un campo de «cuarentena» para prisioneros polacos antes de transferirlos a Alemania. La elección recae en Oswiecim (Auschwitz), a sesenta kilómetros al oeste de Cracovia, zona de Polonia anexada a Alemania cuyas instalaciones dependen del ejército alemán. A Rudolf Hoess, en aquel momento administrador del campo de Sachsenhausen, se le encarga que verifique *in loco* su viabilidad y este considera las antiguas instalaciones como adecuadas, a condición de que se hagan algunas reformas. Himmler aprueba su informe y decide la creación en el lugar de un campo de concentración, abandonando la idea inicial de hacer de él un campo provisional de «cuarentena».

Nombrado comandante del nuevo campo, Hoess llega a Auschwitz el día 1 de mayo de 1940 acompañado de algunos miembros de las SS. En sus memorias, escribe: «La tarea de la que fui encargado no era nada fácil. Se trataba de transformar en el más corto espacio de tiempo posible, un campo cuyos edificios estaban bien construidos pero que en estado de total degradación e infestados de bichos, en un conjunto capaz de asegurar la estancia o el paso de diez mil reclusos… Nada más llegar, las autoridades de Breslavia ya querían saber cuándo podría recibir los primeros traslados de presos…».[8]

Desde su llegada a Auschwitz, en mayo de 1940, Rudolfs Hoess creará un inmenso astillero para adaptar las instalaciones antiguas a las nuevas necesidades: a los edificios de ladrillo —denominados «bloques»* en la jerga del campo— se añaden otros, se aumentan los pisos y se construyen las mismas instalaciones de los otros campos de concentración: una plaza para el toque de llamada, el local de la *Politische Abteilung* (comando político de la Gestapo), cocinas, duchas, hospital, una cárcel, una horca y un crematorio. Se levantan barreras electrificadas de alambre de púas, se abren caminos y calles. Auschwitz se transforma en una inmensa ciudad fortificada.

Los primeros presos en llegar a Auschwitz, el 20 de mayo, son treinta alemanes prisioneros por delito común destinados a las funciones de *kapos,* procedentes del campo de Sachsenhausen, donde habían sido especialmente preparados para cumplir esa función y a quienes les correspondía poner en práctica los métodos brutales en vigor desde 1933 en los campos de concentración alemanes. Estos recibieron un número de matrícula del 1 al 30. En tanto que prisioneros alemanes del Reich con funciones de dirección, eran temidos por el resto de los detenidos. Este grupo de criminales y sus asistentes ocupaban un lugar privilegiado en el sistema de integración de los prisioneros y se beneficiaban de la protección de las SS. Como empleados del campo, estaban exentos de trabajar con los brazos y tenían derecho de vida y de muerte sobre los detenidos. Estaban mejor alimentados, calzaban botas de piel y vestían ropa hecha a medida, además de otros privilegios.

Vacek era uno de ellos. Antiguo criminal, era un tirano cruel. Forzaba a los presos a «sesiones deportivas» durante las que se les obligaba a saltar, arrastrarse y tenderse bajo una lluvia permanente de bastonazos. Cuando, exhaustos y ensangrentados, ya no podían reincorporarse, Vacek los golpeaba hasta la muerte. Cualquier pretexto servía: una nariz demasiado larga o llevar la gorra torcida

bastaban para sacarlo de sus casillas y para condenar al preso. Sordos, paralíticos, ciegos o heridos tenían el mismo destino. A los recalcitrantes se les sometía a un tratamiento especial antes de la muerte «misericordiosa»: bastonazos en las nalgas desnudas, suspensión del cuerpo por las manos atadas, privación de comida en una celda sin luz…[9]

A principios de junio de 1940 llegan 120 hombres de las SS procedentes de la guarnición militar de Cracovia y de los campos de Buchenwald, Dachau y Flossenbürg. A continuación, el 14 del mismo mes —día en que la Wehrmacht entra en París—, le toca a los primeros verdaderos prisioneros: 728 polacos, estudiantes y soldados, entre los que hay algunos judíos. En general, estos presos eran sospechosos de pertenecer a la Resistencia polaca, o ser miembros de la *intelligentsia*, y curas. Su primera tarea será construir el campo. Sin embargo, no serán suficientes: a petición de Hoess, el burgomaestre alemán de la ciudad de Oswiecim impone a la comunidad judía local que proporcione 300 trabajadores. Una vez resuelto el problema de la mano de obra, aún queda pendiente la cuestión de los materiales necesarios para la construcción. Hoess ha resuelto el primer obstáculo, le faltan los segundos. La solución que encontró no podía ser más simple y adaptada a la ética del campo: robar… Los prisioneros se vieron obligados a demoler las casas que anteriormente habían pertenecido a polacos para apoderarse de ladrillos, maderas y otros materiales. Robar, o en la jerga del campo «organizar»,* se convirtió así en una norma de comportamiento. Es el mismo Hoess el que reconoce que estaba obligado a «resolver rápidamente» la situación para conseguir de forma lícita o ilícita la gasolina necesaria para ir a la ciudad a obtener por los mismos medios, las ollas y cazuelas para las cocinas. Y en cuanto a la indispensable alambrada de púas, «no tenía ninguna otra opción a no ser la de robar la cantidad que necesitaba con la mayor urgencia».[10] El trabajo de los prisioneros era muy duro y violento

y en julio de ese mismo año, es construido el primer crematorio por la empresa alemana Topf & Söhne de Erfurt, destinado a quemar los cuerpos de los primeros muertos. Este crematorio empieza a funcionar el 15 de agosto de 1940.

En el campo de Auschwitz, más tarde llamado Auschwitz I, estaba el comando político central y la «lujosa»[11] vivienda del comandante Hoess, además de los barracones de los prisioneros y varios equipamientos de mantenimiento y provisiones. Estaba protegido por una doble cerca de alambrada de púas de cinco metros de altura recorrida por corriente eléctrica de alta tensión y profusamente iluminada de noche por una línea de proyectores. Cada veinte o treinta metros, la valla era interrumpida por torres de vigilancia con focos potentes que iluminaban todo el campo, en la parte alta de las cuales había un SS con una ametralladora en un trípode. Un espacio de tres metros de ancho con el suelo de gravilla separaba la cerca doble en toda su longitud. Quien fuese capturado intentando agujerear la alambrada, sería inmediatamente fusilado.

Birkenau y la «Solución final»

El 1 de marzo de 1941, Himmler visita el campo por primera vez y decide su ampliación: el objetivo es recibir treinta mil prisioneros más en el mismo Auschwitz y cien mil en un nuevo campo que se tiene que crear construido que será Birkenau, también llamado posteriormente Auschwitz II construido e inicialmente previsto para recibir prisioneros de guerra. La decisión también tenía objetivos económicos: permitir al mayor grupo de la industria química alemana, la I. G. Farben, la instalación de una fábrica en los alrededores, en cuya construcción se emplearía a diez mil detenidos. Entonces se inicia el proyecto de construcción de Birkenau, a tres kilómetros de distancia del campo principal, empezando por expulsar

a los habitantes de las aldeas de la zona. Actualmente, un memorial a la entrada del campo recuerda que en 1940 y 1941 los habitantes de aquellas aldeas fueron expulsados por el ocupante alemán y que Birkenau fue construido en el espacio de los edificios demolidos. Además, el campo debe su nombre a una de aquellas poblaciones, la aldea Bzrezinka (Birkenau en alemán), situada en un bosque de abedules, árboles inocentes que prestaron su bonito nombre al más hediondo de los lugares.

Birkenau, inicialmente previsto para prisioneros de guerra soviéticos, empieza a ser construido efectivamente el 8 de octubre de 1941. Sin embargo, los presos rusos apenas llegaron a ser diez mil y su función sería la construcción del campo. Hambrientos, agotados y maltratados, murieron a cientos. La arquitectura de Birkenau presupuso desde su inicio el hacimiento y la promiscuidad. Los barracones, en su mayoría de madera, estaban ocupados por 62 literas de tres camas, en cada una de las cuales de cuatro a seis prisioneros eran obligados a compartir el mismo jergón, o *coya*,* según jerga del campo. No hay intimidad ni privacidad posible, no existe ningún espacio para guardar un mínimo de pertenencias. Las letrinas se sitúan fuera de los barracones y están formadas por una sucesión infinita de orificios casi pegados los unos a los otros que van a dar a un desagüe de evacuación. Planeadas para siete mil prisioneros, llegarán a ser utilizadas por más de veinte mil. Cada construcción de letrinas tiene únicamente dos entradas en sus extremos. Birkenau es el espejo fiel de la política nazi de humillación y deshumanización de los prisioneros.

El plano del campo prevé cuatro sectores, cada uno de ellos programado para una categoría específica de prisioneros: campo masculino, campo de mujeres, campo de los gitanos, «campo de las familias» —este último destinado, como se verá, a judíos deportados de Theresienstadt. Al final, Birkenau ocupará un área de 170 hectáreas (720 metros de ancho y 2.340 metros de largo),[12]

rodeada por 16 kilómetros de alambrada de púas. Tendrá 300 barracones, incluyendo alojamientos, letrinas, cocinas y almacenes. Fuera de la alambrada, pero siendo parte integrante del campo, se incluye un comando político propio, dos barracones de cuarentena para mujeres que dejan el campo definitivamente y las enfermerías para los SS.

Hasta 1945, Birkenau albergó a la gran mayoría de los prisioneros del complejo de Auschwitz, judíos, polacos, alemanes, gitanos, en condiciones de vida infame e inhumana. Además del hacinamiento y la promiscuidad en los barracones donde se amontonaban los prisioneros, el agua disponible era insuficiente para la higiene, los pies siempre chapoteaban en lodo por falta de caminos adecuados. Los días de lluvia no había alternativa y se tenían que acostar con la ropa mojada.

En Birkenau también había diversas construcciones preparadas para el exterminio de los judíos. Simultáneamente campo de concentración y centro de exterminio inmediato, Auschwitz-Birkenau será la principal construcción de la «solución final», sobre todo a partir de 1942, después de la Conferencia de Wannsee. En el verano de ese año fatídico, Himmler considera que los centros de exterminio existentes en el marco de la «Operación Reinhardt» ya no logran llevar a cabo «las grandes acciones programadas», y elige Auschwitz por su situación privilegiada desde el punto de vista de las comunicaciones y porque su localización en la región «puede fácilmente aislarse y camuflarse».[13]

En febrero y marzo de 1942 empiezan a llegar los primeros traslados de judíos deportados de la Alta Silesia, Eslovaquia y Francia. Pero será en 1943 cuando Auschwitz-Birkenau alcanza su dimensión como centro principal de aniquilación de judíos. En este campo funcionaron cuatro inmensas cámaras de gas con sus crematorios adyacentes. Además de estos instrumentos de exterminio, en Birkenau había treinta depósitos para almacenar las

pertenencias robadas a las víctimas, una rampa de llegada y selección, una «sauna» —instalación oficialmente designada para desinfectar y descontaminar— y, fuera del perímetro del campo, dos casas abandonadas por sus habitantes expulsados que, al no haber sido destruidas, se utilizarían más tarde como lugar suplementario para gasear a las víctimas.

En octubre de 1942 entró en funcionamiento una tercera sección, Auschwitz III, construida en los alrededores de la ciudad polaca de Monowitz. Estaba compuesta por un campo de trabajoesclavo denominado Buna-Monowitz y por más de cuarenta y cinco campos anexos de trabajo igualmente forzoso. Ahí se instaló la fábrica de caucho sintético —Buna— propiedad de la I. G. Farben, que invirtió más de setecientos millones de *reichsmarks* (cerca de un millón y medio de dólares al cambio de 1942) en Auschwitz III.

Entre 1942 y 1944, las autoridades de las SS de Auschwitz establecieron 39 campos. Los que se dedicaban a la agricultura dependían administrativamente de Auschwitz-Birkenau: sus prisioneros trabajaban en grandes fincas, incluyendo la de agricultura experimental de Raisko; los otros campos, cuya actividad era de carácter industrial o militar para el esfuerzo de guerra alemán, dependían de Auschwitz-Monowitz. Sus trabajadores-esclavos trabajaban en minas de carbón, canteras, industria de la pesca y, sobre todo, en la producción de armamento. En todos esos campos, los prisioneros estaban obligados a trabajar hasta la muerte por extenuación, y eran rápida y fácilmente sustituidos por otros. Sujetos a selecciones periódicas, cuando se les consideraba demasiado débiles para trabajar o estaban enfermos, eran transportados a las cámaras de gas de Birkenau y se los asesinaba…

En su conjunto, y tal y como los demás campos de concentración, el complejo de Auschwitz respondía ante la Inspección General de los Campos de Concentración. Cuando este organismo integró el Departamento Central de la Administración Eonómica de las SS, el

SS-WVHA, en marzo de 1942, los comandantes de los campos de concentración pasaron a estar bajo la jurisdicción de dicho departamento.

Auschwitz fue el único campo de exterminio que unió dos sistemas totalmente diferentes: el sistema del campo de concentración y el sistema del exterminio. Como hemos visto, los campos creados en el marco de la «Operación Reinhardt» estaban únicamente dedicados al exterminio y no incluían la vertiente de trabajos forzados, a no ser la relacionada exclusivamente con la industria de muerte.

En resumen, a lo largo de su existencia, entre 1940 y 1945, el complejo de Auschwitz estuvo formado por tres campos principales, cuya división administrativa se formalizó en noviembre de 1943:

— Auschwitz I, abierto el 20 de mayo de 1940, fue el campo principal y esencialmente un campo de concentración. En él perecieron prisioneros de guerra y opositores políticos polacos y soviéticos, más tarde, judíos y resistentes de todas las nacionalidades.
— Auschwitz II (Birkenau), simultáneamente campo de concentración y centro de exterminio inmediato. Su construcción, iniciada el 8 de octubre de 1941, se destinaba en primer lugar a los prisioneros de guerra soviéticos, y a partir de 1942, a los judíos. En él fueron asesinadas más de un millón de personas, judíos en su inmensa mayoría y decenas de miles de gitanos. Bajo su jurisdicción también había algunos campos exteriores, en su mayoría explotaciones agrícolas y de cría de ganado.
— Auschwitz III (Monowitz), abierto el 31 de mayo de 1942, campo de trabajo para las fábricas I. G. Farben. Comprendía más de diez campos exteriores, mayoritariamente de explotación industrial.

Según los datos oficiales del Museo de Estado Auschwitz-Birkenau, a Auschwitz fueron deportadas 1.300.000 personas entre 1940 y 1944. Entre ellas, 1.100.000 eran judíos de diversas nacionalidades, pero solo 200.000 fueron registrados[14] en el campo, de los cuales 100.000 murieron en cautiverio. Los otros 900.000 fueron asesinados nada más llegar. En total, en Auschwitz-Birkenau se asesinó a un millón de judíos, sobrevivieron 100.000.

A continuación están los polacos: fueron deportados entre 140.000 y 150.000, de los cuales fueron registrados 140.000. Murieron entre 70.000 y 75.000. En cuanto a los gitanos, sinti y roma, fueron internados 23.000 hombres, mujeres y niños, la gran mayoría procedentes de países germánicos, todos registrados, de los cuales murieron 21.000. Finalmente, fueron deportados 15.000 prisioneros de guerra soviéticos, 14.000 de los cuales fueron asesinados. Entre los restantes se cuentan 25.000 prisioneros políticos, «asociales», checos, rusos, bielorrusos, ucranianos, yugoslavos, franceses, alemanes, austriacos o de otros países, todos registrados. Murieron entre 10.000 y 15.000.[15]

Cerca de 232.000 niños y adolescentes fueron deportados a Auschwitz, según Helena Kubica.[16] De este total, solo 22.342 fueron registrados, lo que significa que la gran mayoría fue directamente a las cámaras de gas… La casi totalidad de esos niños eran judíos, 216.000, entre los que 90.000 eran de Hungría y 9.800 de Francia. Se cuentan también 11.000 niños judíos y 5000 esencialmente polacos, bielorrusos, ucranianos y rusos.

Estos números nos ofrecen solo una pálida idea del inmenso agujero negro que fue Auschwitz-Birkenau. Aunque proporcionen la dimensión de la catástrofe, no cuentan la historia del insoportable sufrimiento de sus víctimas, ni la increíble eficacia y perversión de su burocracia asesina. Es lo que vamos a procurar hacer en los próximos capítulos.

[1]Karski, Jan, *O meu testemunho perante o mundo,* Editorial Bizâncio, 2011, pp. 31-32.

[2]Karski, Jan, *op. cit.*, pp. 43-44.

[3]Bauman, Janina, *A rapariga do gueto,* Pera da Lua, 2008. p. 238.

[4]Erlichson, Icek, *O sabor do paraíso – do terror nazi aos gulags soviéticos*, Bertrand Editora, 2013.

[5]*Ibidem*, p. 17.

[6]*Ibidem*, p. 79.

[7]Arad, Gutman y Margaliot, *El Holocausto en documentos*, Yad Vashem, Jerusalén, 1996, p. 219.

[8]Hoess, Rudolf, *Le commandant d'Auschwitz parle,* Éditions La Découverte, 1995, 2005, p. 130.

[9]Müller, Filip, *Trois ans dans une chambre à gaz – Auschwitz,* Pygmalion, 2008, p. 25.

[10]Hoess, Rudolf, *op. cit.*, p. 134.

[11]Declaración de Perry Broad, *Auschwitz vu par les SS,* Le Musée d'Etat d'Auschwitz-Birkenau, Oswiecim, 2007, p. 2002.

[12]Wieviorka, Annette, *Auschwitz, la mémoire d'un lieu*, Robert Laffont, 2005, p. 104.

[13]Hoess, Rudolf, *op. cit.*, p. 223.

[14]En Auschwitz-Birkenau eran registrados y tatuados los prisioneros destinados al trabajo. Los otros, sobre todo la gran mayoría de judíos, eran directamente enviados a las cámaras de gas.

[15]El historiador del Museo de Estado de Auschwitz-Birneau, Franciszeck Piper, cree que el número total de muertos en el complejo de Auschwitz puede haber sido mayor, aunque sin sobrepasar la cantidad de 1.5000.000.

[16]Forges, J. F. y Biscarat P. J., *Guide historique d'Auschwitz*, Éditions Autrement, 2011.

III. LAS SS EN AUSCHWITZ: LOS HOMBRES Y LA MÁQUINA

Una de las mayores perversidades del sistema de campos de concentración nazi fue el uso forzoso de las víctimas como sus propios verdugos. Así, en los campos exclusivamente dedicados al exterminio, bastaba con un puñado de SS para cumplir el objetivo: eran los mismos prisioneros los que tenían que garantizar por obligación el funcionamiento de la máquina de la muerte, como veremos más adelante.

Auschwitz era, sin embargo, un complejo de varios campos con una doble función, por eso a lo largo de su historia, el número de guardas de las SS fue creciendo. Según los archivos del Museo de Auschwitz, las estimativas señalan un número de 700 guardas SS en 1941, aumentando progresivamente —aunque con grandes variaciones— hasta alcanzar la cantidad de 4.480 hombres y 71 mujeres a mediados de enero de 1945, debido a las necesidades de evacuación final del campo. Pero el número total que sirvió en Auschwitz desde 1940 a 1945 fue bastante superior: entre 8.000 y 8.200 guardas de sexo masculino y 200 mujeres.

Según la misma fuente, la gran mayoría de los guardas tenía poca instrucción, solo la educación primaria. Solo el 5,5 por ciento tenía estudios universitarios, sobre todo médicos o arquitectos que trabajaban en el departamento de construcción de los diversos equipamientos. Eran en su mayoría de religió católica. Después estaban los luteranos y luego los ateos. Entre los miembros de las SS que pertenecían al NSDAP —el partido nazi—, los luteranos constituían el mayor grupo.

Gran parte de los guardas de las SS era de nacionalidad alemana, *Reichsdeutsche,* o si no, *Volksdeutsche* —detentores de

ciudadanía alemana en los países ocupados o en países-satélites del III Reich como Rumanía, Eslovaquia y Hungría—. El número de estos últimos fue aumentando progresivamente, llevando a Hoess a quejarse de que «miles de guardas apenas sabían hablar alemán».

Las guardas de sexo femenino solo empezaron a trabajar en Auschwitz en 1942, con la creación del campo de mujeres prisioneras y también debido al aumento del reclutamiento de hombres para el frente de combate. Aunque no perteneciesen a las SS, que era una organización exclusivamente masculina, las candidatas firmaban un contrato con la unidad responsable de los campos —la «calavera»— y contaban como miembros de las SS, siendo sometidas a las mismas reglas de disciplina. Hoess escribe que «a pesar de una propaganda muy activa por parte de las organizaciones femeninas del Partido Nacional-Socialista, había muy pocas voluntarias para servir en un campo de concentración». Las que se presentaban voluntaria o coercitivamente recibían durante algunas semanas una instrucción en Ravensbrück, después de la que se las «dejaba» con las detenidas. En una descripción que no deja de reflejar un poco de misoginia, Hoess afirma que eran, en general, de un nivel moral extremadamente bajo. A pesar de las «sanciones impiadosas, robaban por sistema y utilizaban a las prisioneras como intermediarias». Además, continúa Hoess, «se rebajaban hasta el punto de mantener relaciones con los propios detenidos masculinos y también mantenían relaciones lésbicas».[1]

Sadismo y corrupción

Los largos años de adoctrinamiento nazi y la influencia de la cultura militarista germánica, junto con el ambiente moralmente degradante del campo, condujeron a los guardas de las SS a una deshumanización progresiva, condicionando su comportamiento de

manera intolerable, incluso desde el punto de vista de las propias SS. Dos actitudes caracterizaban ese comportamiento: el sadismo y la corrupción.

Más allá del hambre, del frío, del trabajo extenuante, de la ausencia de higiene y la promiscuidad inherentes al universo de concentración concebido por el nazismo; más allá de los castigos por «infracción de la disciplina», de los experimentos médicos sobre seres humanos vivos y del gaseamiento de las víctimas —sufrimientos considerados «necesarios» porque formaban parte de los propios objetivos de Auschwitz—, los guardas se dedicaban a otro tipo de servicios por iniciativa personal. Entre ellos estaba, por ejemplo, la obligación de «hacer deporte», es decir, forzar a los prisioneros exhaustos a hacer ejercicio físico extenuante, a correr detrás de una gorra que un guarda SS hacía saltar con una ráfaga de tiros; o incluso a palizas según el humor de los guardas, a castigos totalmente arbitrarios, a humillaciones permanentes… Irma Grese era una de esas guardas, conocida por su sadismo: seleccionaba a judías guapas, bien formadas, y les laceraba el pecho a latigazos. Después, las víctimas eran llevadas a una médica prisionera forzada a operarlas sin anestesia, mientras Irma Grese presenciaba la escena con «las mejillas ardiendo, una agitación descontrolada y echando espuma por la boca».[2]

En general, este tipo de comportamiento individual no se reprimía. Las consecuencias del sadismo en los prisioneros eran irrelevantes para la administración del campo —lo que de verdad le importaba eran los efectos en la salud mental de los guardas. En ese sentido tomó dos iniciativas: la creación de un burdel, que se reveló impotente para frenar sus ímpetus perversos, y, más significativa, la sustitución de los guardas por los propios presos en la aplicación de la disciplina, incluyendo palizas y otros castigos. Esta última iniciativa tuvo un impacto profundo en los prisioneros, causándoles una inmensa angustia. El mismo comandante de Auschwitz lo confirma:

«Los que aún eran capaces de reaccionar, sentían un dolor inexplicable al ser tratados así por sus propios camaradas. La brutalidad y la perfidia de los guardas producían en ellos un efecto mucho menor que la crueldad de sus compañeros de infortunio: nada los abatía más que el sentimiento de absoluta impotencia frente a las torturas morales infligidas por estos últimos».[3]

La corrupción se reveló un problema mucho más complicado de resolver para la administración nazi. Las SS buscaban transmitir la imagen de ser una organización impoluta. Para Himmler, un SS no podía tener un ideal y al mismo tiempo llenarse los bolsillos, tener relaciones con judías o ahogarse en alcohol en orgías colectivas. Por eso, en 1941 se creó un «Tribunal de Excepción de las SS y de la Policía» para combatir la corrupción, dirigido por el juez Konrad Morgen. Morgen consiguió llevar a cabo algunas investigaciones en altos funcionarios de las SS, sobre todo en Auschwitz, donde se desplazó a mediados de 1943, alertado por el descubrimiento de un paquete personal procedente del campo con dos kilos de oro de dientes de las víctimas. Según su testimonio, confesado al final de la guerra en los juicios de Núremberg y en Frankfurt, en aquella visita suya a Birkenau en 1943, Morgen descubre «horrorizado», un ambiente decadente en los barracones de los SS: hombres de «ojos vidriosos», repantigados en cómodos sofás y servidos como pachás por «bellezas judías orientales» que, entre otras cosas, les cocinaban ricos manjares. Más grave todavía, Morgen encuentra «taquillas llenas de oro, anillos de diamantes y dinero de diferentes países». En una de esas taquillas encuentra también «testículos de toro recientemente muerto», supuestamente destinados a estimular la potencia sexual. Morgen, sin embargo, no puede hacer nada: el día 7 de diciembre de 1943, un oportuno fuego en los barracones de los hombres de las SS que guardaban ese expolio borra completamente las pruebas…

La corrupción se mantuvo ineluctable a lo largo de los años, en un crescendo mayor cuanto más se aproximaba el final de la guerra y la desmoralización con la perspectiva de la derrota de Alemania. De ella se beneficiaron ampliamente, no solo los simples guardas, sino también los grados más altos de las SS, aunque en estos casos generalmente sin consecuencias penales. Además, el tribunal solo incriminaba a dirigentes demasiado poderosos en último caso. Maximilian Grabner, Gerhard Palitzsch y Hans Aumeier, altos responsables de las SS en Auschwitz, fueron algunos de los dirigentes investigados por Morgen, pero sin consecuencias. Otro fue el mismo comandante de Auschwitz, Rudolf Hoess, acusado de haber dejado embarazada a una prisionera. Hoess llegó a ser interrogado, pero era un «pez» demasiado gordo. El tribunal fue blanco de amenazas y el caso debidamente olvidado…

«Mi honor se llama fidelidad»

Lo que se esperaba de las SS, independientemente del grado que ocupaban en la jerarquía, era obediencia absoluta y confianza ciega: «Mi honor se llama fidelidad», el lema grabado en los cinturones de todos los miembros de las SS expresa con total claridad que era la disciplina y no la ética la que mandaba en las SS.

En efecto, a todos los que entraban en la organización se les obligaba a prestar el siguiente juramento: «Yo te juro, Adolf Hitler, Führer y Canciller del gran Reich alemán, fidelidad y valentía. Te juro obediencia hasta muerte, a ti a los jefes designados por ti».

Rudolf Hoess, comandante del complejo de Auschwitz entre 1940 y 1043, obedece totalmente a esos requisitos. Debido a una reorganización general de Auschwitz causada por el creciente número de prisioneros y teniendo en cuenta sus buenos servicios, el 10 de noviembre de 1943 es trasladado a la Inspección General de

los Campos de Concentración como jefe de sección política con base en Oranienburg. A pesar de ese cambio, es su nombre el que aparece siempre asociado al mando de Auschwitz. Efectivamente, fue Rudolf Hoess el que lo construyó, organizó y modeló. Él lo transformó en la máquina de muerte más eficiente que se recuerda y fue también bajo su mando, por primera vez, cuando se utilizó masivamente el gas Zyklon B. Además, incluso después de 1943 siguió al mando del campo, habiendo asistido *in loco* y personalmente a la mayor operación del Holocausto: la aniquilación en 1944 de medio millón de judíos de Hungría.

En opinión de Eichmann, que lo conoció bien, «Hoess era un buen colega y amigo», incluso demasiado «limitado para conseguir dominar toda la complejidad de Auschwitz».[4] Limitado o no, Hoess fue un funcionario extraordinariamente celoso, igual que todos de los que se dijo en los juicios de Núremberg que «Hitler habría sido altamente inofensivo sin ejecutores tan eficaces». Según Langbeinm, Hoess fue uno de los únicos tres SS de Auschwitz condecorados con la Cruz al Mérito Militar con Espada, destinada a recompensar los servicios especiales frente al «enemigo»: Otto Moll, jefe máximo de las cámaras de gas, el enfermero Josef Klehr, que inyectaba el fenol mortal en el corazón de las víctimas, y el mismo Hoess.[5]

Rudolf Hoess combatió como voluntario en la Primera Guerra Mundial, donde se alistó a los dieciséis años. Al final de la guerra, condecorado con la Cruz de Hierro de Primera Clase, entra como voluntario al servicio de un cuerpo de francotiradores formado para combatir a los «rojos» en el Báltico después de la Revolución Soviética. En mayo de 1923, es apresado y condenado a diez años de prisión por el asesinato de un profesor de primaria sospechoso de ser un espía comunista. Liberado cinco años más tarde, se casa y se decida a la agricultura, aunque por poco tiempo, ya que al ser miembro del Partido Nacional-Socialista desde 1922, entra en las SS en 1934 por invitación de Himmler. Sus primeras funciones se

desarrollan en Dachau y después en Sachsenhausen —campos piloto de Himmler—, donde bajo la influencia de Eicke, se inicia en las ideas de este sobre el «enemigo de Estado» y el «tratamiento» adecuado a seguir. Sin parar de ascender en su carrera profesional, Hoess es nombrado comandante de Auschwitz el 8 de mayo de 1940.

En 1946, en su confesión escrita en prisión, Hoess afirma con una claridad luminosa: «Dos estrellas me sirvieron de guía a partir del momento en que regresé ya adulto de una guerra (1914-1918) a la que me consagré desde muy joven: mi patria y mi familia. El amor apasionado por la patria y mi conciencia nacional me condujeron hacia el Partido Nacional-Socialista y hacia las SS. Considero la doctrina filosófica *(weltanschauung)* del nacional-socialismo como la única apropiada a la naturaleza alemana. En mi opinión, las SS personificaban esta filosofía y las hacía capaces de llevar gradualmente al pueblo alemán a una existencia de acuerdo con su naturaleza».[6] La obligación que norteaba a las SS, «abdicar de su propia personalidad, reduciéndose a un estado de sumisión total», fue cumplida por Hoess con fidelidad y celo, incluyendo su corolario: la piedad es una traición a los ideales de las SS.

El comandante de Auschwitz describe sus impresiones después de gasear a los prisioneros rusos que presenció: «Por primera vez vi cadáveres gaseados en gran cantidad. El espectáculo me causó malestar y horror, aunque me hubiese imaginado que ese tipo de muerte causaría mayor sufrimiento (…). Era una orden y la tenía que cumplir. Pero debo confesar con franqueza que el espectáculo al que acababa de asistir me tranquilizó. Cuando supimos que se procedería en breve plazo al exterminio en masa de los judíos, ni yo ni Eichmann conocíamos los métodos que se emplearían. Pero ahora habíamos descubierto el gas y otros procedimientos».[7]

En enero de 1946, Hoess fue interrogado en la prisión de Núremberg, donde estaban detenidos algunos de los mayores

criminales nazis que se estaban juzgando. El interrogatorio lo llevó a cabo un psiquiatra americano, Leon Goldensohn, que había combatido en Francia y en Alemania en las filas del ejército americano. Poco después del final de la guerra, fue nombrado psiquiatra en la prisión de Núremberg, donde registró todas las entrevistas realizadas a los detenidos que acompañó diariamente durante siete meses. En una de esas entrevistas, Goldensohn le preguntó si no le perturbaba el hecho de que en Auschwitz, bajo su mando, se hubiesen asesinado a 2,5 millones de personas —número desvalorizado por el mismo Hoess. La respuesta es típica del pensamiento de Hoess: «Personalmente nunca maté a nadie. Yo era solo el jefe del programa de exterminio…».[8]

A lo largo de las sucesivas entrevistas, Hoess mantiene lo esencial de su justificación: «Eran las órdenes de Himmler y mi deber era ejecutarlas». «Pero ¿nunca protestó?», pregunta el psiquiatra. «No. Las razones que Himmler daba, yo las tenía que aceptar. Himmler decía que si los judíos no eran exterminados, serían ellos los que definitivamente exterminarían a los alemanes. Nunca me sentí culpable».

Así pues, sin culpa ni remordimiento, Hoess describe de forma detallada y minuciosa el funcionamiento de la máquina de exterminio que él creó: el número de hombres, mujeres y niños que cabían en las cámaras de gas, los beneficios del uso del Zyklon B, el tiempo que las personas tardaban en morir, cuántas horas se necesitaban para quemar dos mil cadáveres en los cinco hornos y, finalmente, todo lo que imaginó en su celo de burócrata para que «ninguna dificultad técnica obstaculizase el proceso de exterminio».[9] Su tono es neutro, impersonal. Habla de Auschwitz como si se tratase de una fábrica, de los prisioneros como de materia prima, de los cadáveres como de producto final. «¿Alguna vez tuvo pesadillas?». «Nunca…».

Hoess está lejos de la imagen de monstruo sádico que se podía esperar del organizador del mayor centro de exterminio del III Reich. Aunque tampoco es únicamente el burócrata cumplidor de órdenes y celoso de su aplicación cuya imagen pretende transmitir. Como la gran mayoría de los funcionarios de las SS, es un hombre convencido que cree en su misión. Forma parte del núcleo de personas cuya actitud ante la vida se identificada totalmente con la ideología nazi, capaces de llevar a cabo cualquier tarea impuesta por el *Reichsführer* SS – Himmler.

Hablando de Eichmann, Hoess acaba por confirmar eso mismo: «Eichmann creía que esa acción contra los judíos era necesaria y estaba plenamente convencido de su necesidad y de su justicia, *tal como yo*».[10] Por tanto, es un error ver a estos hombres como unos burócratas sin pensamientos ni convicciones. La mejor prueba de ello es la ausencia de remordimientos o de cualquier tipo de manifestación de arrepentimiento en la posguerra. Afirmándose como un «eslabón inconsciente» de la inmensa máquina de exterminio del III Reich, Hoess reconoce, sin embargo, que «las masas» nunca lo conseguirían ver de otra manera a no ser como un sádico cruel, una bestia feroz, como el asesino de millones de seres humanos. «Ellas nunca comprenderán que yo también tengo un corazón…».

Hoess fue ahorcado en Auschwitz el 2 de abril de 1947, en la misma horca en la que tantos inocentes fueron asesinados bajo sus órdenes. Su vida es un claro ejemplo del inmenso escándalo ético que Auschwitz representa como símbolo máximo del Holocausto. Revela como un hombre «normal», que se ve a sí mismo como patriota, funcionario responsable y buen padre de familia, puede en determinadas circunstancias convertirse en el responsable directo de uno de los mayores crímenes de la historia. Su vida muestra lo frágil

y tenue que puede ser la frontera entre lo normal y lo monstruoso, entre el bien y el mal más radical…

Estructura del mando en Auschwitz

La administración del complejo de Auschwitz se fue estructurando a medida de las necesidades que imponía su crecimiento en cuanto a prisioneros y en cuanto a funciones. Salvo algunas excepciones, la cadena de mano no se manchaba las manos directamente en la máquina de muerte: sobre todo en los escalones más altos, los SS podían organizar la aniquilación de cientos de miles de personas sentados a la mesa de sus despachos.

Seis departamentos constituían la estructura administrativa del complejo de Auschwitz.

El Departamento I reunía el personal del mando central de todos los campos de Auschwitz. Como se ha mencionado anteriormente, el primer y principal comandante fue Rudolf Hoess. Cuando fue trasladado a la Inspección Central de los Campos de Concentración, después de 1943, fue sustituido en el mando central del campo por Arthur Liebehenschel hasta mayo de 1944, y a continuación por Richard Baer, que permaneció allí hasta enero de 1945, o sea, hasta la evacuación del campo.

Himmler consideraba a Arthur Liebehenschel demasiado condescendiente con los prisioneros y en mayo de 1944, cuando se hizo necesario preparar el terreno para la liquidación de los judíos de Hungría, no dudó en sustituirlo por un hombre más adecuado para el cumplimiento de ese objetivo. En realidad, Arthur Liebehenschel no había pasado por la «escuela» de Dachau. Había servido doce años en el Reichswehr —Ejército alemán entre 1919 y 1935, momento en que se fundió con el recién creado Wehrmacht— y según varios testigos, tenía un comportamiento «menos brutal» que

su antecesor. En los juicios de Cracovia, al final de la guerra, quedó registrado: «No hay duda de que tras su llegada a Auschwitz, el acusado introdujo en el tratamiento de los prisioneros, una serie de reformas que mejoraron claramente su condición».[11] A pesar de ello, debido a su estatus, Liebehenschel fue condenado a la misma pena que Hoess, a la horca. Su sustituto, Richard Baer, «formado» en Dachau, fue realmente más eficaz.

En 1943, debido a la gran sobreexplotación del campo, tiene lugar la reforma organizativa del complejo de Auschwitz, que se subdivide, como hemos visto, en tres campos: el campo principal de origen (Auschwitz I), Birkenau (Auschwitz II) y Monowitz (Auchwitz III). Así se crearon, bajo el mando central, los puestos de los directores de los diferentes campos, responsable de los «informadores», de los jefes de los bloques de prisioneros y de los mandos de trabajo.

Josef Kramer, director de Birkenau, y Heinrich Schwarz, de Monowitz, quedaron en la memoria de los supervivientes por su crueldad con los prisioneros. El primero apaleaba bárbaramente a los detenidos hasta la muerte, en particular a las mujeres. Sobre el segundo, cuenta Langbein: «En otoño de 1942, cuando estábamos en fila para la señal de llamada nocturna, Schwarz, entonces comandante del campo, sacó de la fila a un anciano, delgado, completamente agotado, que apenas se sostenía de pie con su miserable vestimenta de rayas, frente al corpulento SS. Schwarz pegó brutalmente al *muselmann** y, a continuación, se acercó al cuerpo desplomado en el suelo; nunca olvidaré sus ojos desorbitados y su cara exaltada, con la boca echando espuma».[12]

El Departamento II reunía la sección política, de seguridad y vigilancia. Este departamento y el Departamento III, de la administración del campo, desempeñaron en Auschwitz un papel determinante en el proceso de exterminio. Los funcionarios del departamento político eran dirigentes de la Gestapo o de la Krippo

(policía de seguridad), y estaban apoyados por el servicio de seguridad establecido en Katowice, ciudad situada a aproximadamente treinta y cuatro kilómetros de Auschwitz. El jefe del departamento político respondía ante el comandante del campo y ante el departamento central de seguridad en Berlín (RSHA), pues recibía órdenes de ambos. Gozaba de numerosas prerrogativas: decidía el encarcelamiento y la liberación de los prisioneros, identificaba y elaboraba los ficheros personales de los detenidos, administraba los crematorios, vigilaba los comportamientos de los prisioneros y de los SS, combatía los movimientos de resistencia y comandaba la campaña de exterminio de los judíos. Estas funciones hacían del departamento político el más importante de la estructura organizativa de Auschwitz.

Los jefes de este departamento fueron Maximilian Grabner y su sucesor, Hans Schurz. Según el testimonio del SS Pery Broad, que trabajó allí entre 1942 y 1945, Garbner se convirtió en el personaje más importante del campo de Auschwitz gracias a «su brutalidad sin límites, a su amor propio y orgullo enfermizo, así como gracias a su hipocresía proverbial».[13] Era él, junto con Aumeier, director *(Lagerführer)* del campo de Auschwitz I, el que decidía el encarcelamiento de los prisioneros en la prisión del Bloque 11 destinada esencialmente a los políticos y a la vida y la muerte de estos en el «Muro de la Muerte», donde eran abatidos a tiros.

En el juicio al que fue sometido por corrupción demasiado visible —confiscación para beneficio personal del paquete anteriormente mencionado que contenía una gran cantidad de oro procedente de las prótesis dentales de las víctimas—, Grabner también fue acusado del asesinato de dos mil detenidos, ejecutados durante un periodo en que la prisión estuvo demasiado llena. Las muertes, camufladas bajo una pretendida epidemia, fueron denunciadas en el juicio, pero Grabner alegó en su defensa que había recibido órdenes del mismo RSHA —Servicio Central de Seguridad— para llevar a cabo las dos

mil ejecuciones. Con la «imposibilidad» de verificar la veracidad de la afirmación de Grabner, el juicio no siguió adelante, pero sus métodos revelan con claridad el tipo de personaje que dirigía el departamento político de Auschwitz.

En el seno del departamento político, la unidad más temida era la unidad de investigación, que llevaba a cabo los interrogatorios de los detenidos que eran blanco de denuncias. Los prisioneros vivían con el terror de que los sorprendieran contraviniendo las reglas o simplemente por no gustarles al SS de turno o al *kapo* que por infelicidad les apareciese por delante. Una de las causas de ansiedad permanente que los consumía era precisamente la imprevisibilidad del día a día, sujeto permanentemente a los humores arbitrarios de los jefes.

El miembro más «famoso» de esas unidades, conocido como «el tigre de Auschwitz», fue el SS Wilhelm Boger, que inventó el llamado «columpio de Boger». Según la joven prisionera de apellido Braun, que fue secretaria de Boger gracias a las seis lenguas que dominaba y a su práctica en taquigrafía, el «columpio de Boger» era un temible instrumento de tortura: «consistía en una barra de hierro de aproximadamente un metro de largo suspendida en el techo. El prisionero acudía completamente desnudo al interrogatorio y era colgado en la barra de hierro de las esposas que llevaba en los tobillos. Mientras Boger dirigía el interrogatorio, un guarda columpiaba el cuerpo violentamente a la vez que otro le golpeaba con un pie de cabra. Muchos prisioneros murieron así durante el interrogatorio, otros más tarde por las secuelas de la tortura».[14] Boger vivió tranquilamente en Alemania hasta que fue detenido en 1959 y condenado en los juicios de Frankfurt, entre 1963 y 1965, gracias al testimonio de Braun. Murió en prisión en 1977.

En su artículo publicado en la revista *California Literary Review,* Jassa Kessler cuenta que en un encuentro en Israel con

Frau Braun, en 1964, esta le confesó que, después de su declaración en el tribunal de Frankfurt, fue presionada en privado por el juez encargado del proceso alegando que el acusado, además de «anciano, era un conocido, exitoso y honrado ciudadano» y que su testimonio, a decir verdad, lo conduciría inevitablemente a la cárcel. Ante la confirmación de Braun de la versión que había declarado en el tribunal, el juez cogió una Biblia y le pidió que jurase ante él mismo y ante Dios que todo lo que había dicho en el juicio era la pura verdad. Lo que *Frau* Braun hizo con la conciencia bien tranquila… Este episodio revela hasta qué punto, en aquellos años, no solo la justicia alemana, sino la misma sociedad era complaciente con «sus» nazis, permitiéndoles en muchos casos vivir tranquilamente y escapar a la justicia con gran facilidad.

El Departamento III del comando de Auschwitz se ocupaba de todas las cuestiones relacionadas con los prisioneros. Agrupaba a los comandantes de cada uno de los campos y a los responsables de cada sector de los mismos. La expansión del complejo de Auschwitz dio lugar a la creación de los puestos de directores de sector en Birkenau y Monowitz. Karl Fritzsch, Hans Aumeier y Gerhard Palitzsch fueron algunos de los detentores de esos puestos. Los tres habían pasado por Dachau o Sachsenhausen y, a excepción de Fritsch, los otros acabaron condenados a muerte. Por los abusos que cometía, el mismo Hoess tuvo que transferir a Aumeier a un campo en Estonia. En cuanto a Palitzsch, este era conocido por su sadismo contra los prisioneros, que él mismo ejecutaba. La corrupción era otra de sus características, pues robaba tan descaradamente que acabó por ser llevado ante el tribunal de las SS. El Departamento III integraba también un nivel inferior: los jefes de los bloques, responsables de los barracones. Incluía, además, un servicio que se ocupaba de todas las cuestiones relacionadas con el trabajo y sus respectivos mandos en los almacenes y fábricas.

El Departamento IV se ocupaba de la administración y la economía del campo. Gestionaba su aprovisionamiento y especialmente los bienes robados a las víctimas. Estos se almacenaban en un depósito denominado «Canadá» en la jerga del campo. Una vez tratados, separados y clasificados, los bienes se enviaban a Alemania. La corrupción de los guardas tenía como base la codicia de los bienes que se acumulaban ahí.

El Departamento V era el encargado de las cuestiones de salud de los SS y de los detenidos. Se ocupaba de la desinfección y, en ese ámbito, gestionaba los depósitos de Zyklon B. A partir de la primavera de 1943, los médicos y las enfermeras de este servicio llevaron a cabo las selecciones en las rampas y la introducción del gas en las cámaras. Los médicos del departamento también hacían experimentos pseudocientíficos con los detenidos y eran tan temidos como los policías del Departamento III. Como veremos más adelante, el departamento de «salud» desempeñó un papel decisivo en el sistema de exterminio.

Finalmente, el Departamento VI se ocupaba del personal de las SS, incluyendo la asistencia y la formación, y la realización de actividades culturales, lúdicas y deportivas.

Disciplina y conciencia: ¿cómo proteger el alma?

Auschwitz funcionaba como una gran empresa, con su cadena de mando, sus departamentos sectoriales, sus funcionarios celosos del cumplimiento de sus quehaceres, redactando informes, circulares, planes y objetivos, pero cuyo objetivo era nada menos que el proceso de destrucción humana. ¿Cómo lidiaban estos hombres y mujeres con su propia conciencia? Es una cuestión que no dejamos de plantearnos.

En realidad, es muy probable que los nazis fuesen conscientes de que estaban subvirtiendo, de forma inédita y sin precedentes, la ética de la civilización a la que pertenecían. Muchos supervivientes recuerdan que los miembros de las SS se mofaban de los presos y les advertían: «Sea cual fuere el resultado de esta guerra, la guerra contra vosotros ya la hemos ganado nosotros; no quedará ninguno vivo para atestiguarlo, pero, aunque se escapara alguno, el mundo no creerá en él (…). Y aunque quede alguna prueba y alguno de vosotros sobreviva, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para poder creer en ellos (…)».[15]

Raul Hilberg, historiador del Holocausto, autor de la gran obra pionera *The destruction of the European Jews,* considera que los nazis buscaban «proteger su alma» de varias maneras, la primera de las cuales era el ejercicio de una disciplina de hierro en lo que se refiere a la apropiación indebida de los bienes judíos y las masacres no autorizadas: confiscación, sí, pero para el Reich; masacres, por supuesto, pero solo los autorizados. En su discurso en Poznan, en 1943, Himmler afirma: «Tomamos de los judíos sus riquezas. Di la orden rigurosa, ejecutada por el SS-*Obergruppenführer* Pohl, de que esas riquezas, como es natural, se entregasen al Reich sin ninguna reserva. No nos hemos quedado con nada para nosotros mismos. Los que individualmente han fallado, serán castigados en virtud del reglamento que he decretado (…). No tenemos derecho a enriquecernos ni siquiera aunque sea con un único abrigo de piel, un reloj, un marco, un cigarrillo o cualquier otro objeto (…)».[16] Como ya se ha referido, las excepciones a esta disciplina se hicieron práctica frecuente, pero no dejaba de haber una jurisprudencia sobre el asunto, tribunales y condenas diversas para tranquilizar las conciencias.

En relación al exterminio, Hilberg cita una frase del testamento de Hitler con fecha del 29 de abril de 1945, un día antes de su suicidio, afirmando que «los criminales judíos expiaron su culpa de

una manera humana». La humanidad a la que se refiere Hitler no consistía obviamente en proteger a las víctimas, sino a los verdugos del enfrentamiento y de la práctica directa y personal de la masacre: aprovechaban a los ucranianos, letones y lituanos para asesinar a las mujeres y a los niños, usaban a los judíos para enterrar e incinerar los cadáveres, y el mismo recurso utilizaban con el gas. Estas medidas no solo buscaban la eficacia del sistema, sino que también evitaban crear, en los alemanes, los problemas psicológicos que se pudieran derivar.

Había otros elementos en el sistema nazi que contribuían a calmar las conciencias: todos podían estar implicados en la máquina de destrucción, el agente del crimen no pertenecía a una «raza» especial de alemanes. Cualquiera, dentro de sus competencias, podía ser llamado a participar en el proceso de exterminio en algún escalón. Cualquier miembro de la policía podía ser destacado como guarda en un gueto o en un transporte, cualquier especialista de finanzas del Departamento Central de Economía y Administración podía ejercer un puesto de mando en un campo de exterminio o cualquier médico podía ser enviado para «seleccionar». «La máquina de destrucción», escribe Hilberg, «era una notable muestra de la población alemana. Todas las profesiones, todas las especialidades, todos las categorías estaban representadas (…)». No eran diferentes del resto de la población. Y siendo así, las cuestiones morales eran colectivas, no eran individuales. Al final de una conferencia de la policía en Cracovia en 1943, Hans Frank, gobernador general de Polonia, afirmaba: «Queremos recordar que todos nosotros, aquí presentes, figuramos en la lista de criminales de guerra del señor Roosevelt. Tengo la honra de encabezar esa lista. Así pues, somos todos, de alguna manera, cómplices en el contexto de la Historia mundial».[17] Eso explica en parte por qué razón, en el seno de la burocracia alemana, rarísimas fueron las voces de protesta.

La otra causa de ausencia de protesta fue la política de secreto llevada a cabo por la jerarquía nazi, procurando que solo conociesen el proceso de exterminio los que de alguna forma participaban en él. Esta política se extendía, naturalmente, al camuflaje en el lenguaje; en ningún sitio se mencionan términos como «masacres» o «instalaciones de exterminio». El lenguaje de la burocracia nazi utiliza expresiones como «solución final de la cuestión judía», «tratamiento especial», «evacuación», «instalaciones especiales»… Sin embargo, era imposible mantener indefinidamente un secreto semejante: entonces, este se acompañaba de la prohibición de cualquier tipo de crítica so pena de castigo con «impiadoso rigor». Por esa razón, ciertamente, muy pocas personas en Alemania tuvieron el valor de denunciar públicamente lo que estaba pasando.

El cura católico Bernhard Lichtenberg fue una de esas personas: en la catedral de Santa-Hedwige de Berlín, donde servía, rezaba abierta y públicamente por las víctimas judías. En noviembre de 1938 presencia el *progrom* de la «Noche de los cristales rotos» y ese mismo día proclama en su sermón en la catedral: «Afuera, la sinagoga que está ardiendo también es una casa de Dios». Como consecuencia de su persistente actividad antinazi, fue detenido en 1941 y condenado a dos años de prisión, sin cansarse nunca de afirmar que la posición del estado nacional-socialista sobre la cuestión judía era contraria al mandamiento cristiano de amar al prójimo. En la prisión, el obispo de Berlín le entregó una propuesta de la Gestapo prometiéndole la libertad a cambio de su silencio. Pero Lichtenberg la rechazó: en vez de eso, pidió acompañar a los judíos y a los no arios hasta Lodz, en Polonia. Frente a su intransigencia, la policía de seguridad del Reich ordenó su deportación a Dachau, pero Lichtenberg acabó por morir antes de eso en circunstancias poco claras.

«Teníamos el derecho moral»

No obstante, la disciplina, los castigos, el secretismo o el camuflaje no eran suficientes. Los hombres y las mujeres que participaban directa o indirectamente en la máquina de exterminio necesitaban justificaciones que tranquilizasen sus conciencias, argumentos que les permitiesen cumplir, si no con entusiasmo, al menos sin dudas ni sentimientos de culpa, los actos que les destinaban. Aquí es donde entra el papel de la propaganda, donde la prensa tuvo un papel crucial.

La base esencial de esa propaganda era que todas las acciones alemanas no pasaban de represalias, de acciones defensivas contra el enemigo. «Teníamos el derecho moral», afirma Himmler en su discurso de 1943, «de hacer frente a nuestro pueblo, de destruir a ese pueblo que nos quería destruir». El pueblo al que se refiere Himmler son los judíos: un pueblo «nocivo» que gobierna el mundo y trama la destrucción de Alemania y de su modo de vida. La teoría de la dominación judaica en el mundo y de la conspiración permanente contra el pueblo alemán penetró en todos los servicios, incluyendo la diplomacia.

Cuando Alemania empezó a perder la guerra después de la derrota de Stalingrado, la imagen vehiculada por la propaganda era la de que los judíos, además de creadores del capitalismo y del comunismo, eran la siniestra fuerza oculta que animaba el esfuerzo de guerra aliado capaz de borrar Alemania del mapa. El 5 de febrero de 1943, el periódico *Deutcher Wochendienst* daba las siguientes instrucciones: «Hay que insistir en el siguiente punto: si perdemos la guerra no caeremos en las manos de otros Estados, sino que seremos todos aniquilados por el judaísmo mundial. Un judaísmo firmemente decidido a eliminar todos los alemanes (…)». [18]

Nocivos, potenciales sepultureros del pueblo alemán, responsables del avance aliado, entre otras cosas, los judíos son también, según la propaganda alemana, un pueblo de delincuentes, criminales y tan nefastos como los gusanos. Un año más tarde, el mismo periódico volvía a publicar otras instrucciones: «Hay que insistir en lo siguiente: en el caso de los judíos no se trata tan solo de unos pocos delincuentes (como en todos los otros pueblos), sino de que el judaísmo en sí mismo bucea en las raíces de la criminalidad y que, por su propia naturaleza, es criminal. Los judíos no son un pueblo parecido a los otros pueblos, sino un pseudopueblo fundamentado en una criminalidad hereditaria (…)». [19] A su vez, el jefe de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores, Paul Schmidt, afirma en una visita a Eslovaquia: «La cuestión judía no es una cuestión de humanidad, ni una cuestión de religión, es exclusivamente una cuestión de higiene política.» La propaganda alemana usa las expresiones «limpieza», «desinfección», «expurgación». Además de un proceso de defensa el exterminio es también una operación de saneamiento.

Muchos libros, tesis de doctorado e institutos de investigación buscaron proporcionar a esos argumentos una base científica, ejemplificando con innumerables supuestas torturas infligidas por los judíos a los no judíos, sobre todo a los niños cristianos. Con este objetivo, se editó un libro de un investigador alemán, Hellmut Schramm, que reunía todos los mitos sobre los «crímenes rituales» practicados por los judíos a lo largo de los siglos. Himmler apreció tanto la obra que ordenó la investigación de todos esos «crímenes» en Rumanía, Hungría y Bulgaria, para «poder decir en nuestras emisiones de radio dirigidas a Inglaterra que en la ciudad X o Y ha desaparecido un niño y que se trata, sin duda, de un crimen ritual judío».[20]

¿Creían los alemanes estas acusaciones? En realidad, es difícil saberlo. Pero de lo que estamos seguros es que todo este lavado de

cerebro surtía efecto. Proporcionaba argumentos para el cumplimiento de una orden por inicua que fuese. Y el hecho es que no era imposible en estas circunstancias negarse a participar en esta o en aquella acción. Es significativo el caso del Batallón 101 de policías en la reserva, en Lublin, que constituye un tema de reflexión del libro de Christopher Browning.[21]

En la madrugada del 13 de julio de 1942, los hombres del Batallón 101 instalados en la ciudad polaca de Bilgoraj son llevados a la aldea de Jozefow, a unos treinta kilómetros de distancia. Son hombres de edad madura, la mayoría de origen obrero, y todos de Hamburgo. Como son demasiado viejos para el ejército, son reclutados como policías. Llegados a Jozefow, el comandante Wilhelm Trapp les informa de la misión que deben cumplir, misión que él mismo clasifica como «terriblemente desagradable». Se trata de llevar a cabo una redada contra los 1.800 habitantes judíos de la aldea: los hombres en edad de trabajar serán seleccionados y enviados a un campo de trabajo. En cuanto a los otros, mujeres, niños y ancianos, deberán ser ejecutados allí mismo por los hombres del batallón. El comandante deplora la misión, pero dice que las órdenes vienen de arriba, de las más altas autoridades. Para facilitar la tarea a sus hombres, les da algunos argumentos: en Alemania caen bombas sobre las mujeres y niños alemanes, los judíos de Jozefow apoyan a la Resistencia… Pero el poder de convicción es poco y el comandante deja la elección a sus policías: si no se sienten capaces cumplir la misión, serán exentos. Según Browning, de quinientos hombres, solo diez o doce eligen marcharse como opción. Se les obligará a entregar las armas y a esperar las instrucciones del comandante, además, excepto las insinuaciones de los compañeros, no sufrirán represalias. Entretanto, se rodea la aldea, los judíos son sacados a la fuerza de sus casas y llevados a la plaza del mercado. Los reticentes, los enfermos o los recién nacidos son ejecutados allí mismo. Los «judíos del trabajo» son seleccionados y escoltados por

una parte del batallón mientras la otra conduce a los condenados a la muerte en el bosque, donde serán asesinados a tiros. La matanza dura hasta la noche: ese día, 1.500 mujeres, niños, ancianos y enfermos pierden la vida. Al final, los policías son gratificados con una ronda de alcohol… Browning escribe que, durante las ejecuciones, otros miembros del batallón intentaron escapar, escondiéndose o huyendo. Con todo, la verdad es que, en el momento en que era posible optar, la abrumadora mayoría elegía simplemente obedecer.

Este caso no fue el único. Hubo otros en que incluso hombres de las SS se negaron a cumplir algunas tareas o pidieron la transferencia de sus funciones, sin consecuencias mayores. Incluso en el mismo discurso de Poznan a las SS el 4 de octubre de 1943, el mismo Himmler admitía excepciones: «Aquel cuyos nervios no aguanten más, el que sea débil, a ese podemos decirle: "Vete, jubílate"».

Pero, por lo general, solo una minoría muy pequeña lo hizo. Las razones serán múltiples y diversas, en particular el amor propio o no querer pasar por débil y cobarde a ojos de sus compañeros. Pero para Browning hay una razón más significativa: para los alemanes sujetos a una intensa cotidiana y violenta campaña antijudía, «los judíos estaban fuera de la obligación y responsabilidad humanas». [22]

[1]Hoess, Rudolf, *op. cit.*, p. 170.

[2]Gisela Perl, citada por Raul Hilberg, *op. cit.*, p. 1674.

[3]Hoess, Rudolf, *op. cit.,* p. 142.

[4]Poliakov, Léon, *Auschwitz*, Julliard, 1964, Gallimard/Julliard, 1990, 2006, p. 236.

[5]Langbein, Hermann, *Hommes et femmes à Auschwitz*, Editions Tallandier para la edición francesa, 2011, p. 305.

[6]Hoess, Rudolf, *Le commandant d'Auschwitz parle,* Éditions La Découverte, 1995, 2005, p. 220.

[7]*Ibidem*, p. 180.

[8]Goldensohn, Leon, *Les entretiens de Nuremberg*, Éditions Flammarion para la traducción francesa, 2005, 2009, p. 555.

[9]*Ibidem*, p. 534.

[10]*Ibidem*, p. 543.

[11]Langbein, Hermann, *op. cit.*, p. 316.

[12]*Ibidem*, pp. 317-318.

[13]Declaración de Pery Broad, *Auschwitz vu par les SS*, Musée d'Etat d'Auchwitz-Birkenau, Oswiecim, 2007, pp. 106-107.

[14]Kessler, Jassa, «Frau Braun and the tiger of Auschwitz», *California Literary Review,* 26 de marzo de 2007.

[15]Levi, Primo, *Os que sucumbem y os que se salvam*, Teorema, 2008, pp. 7-8.

[16]Hilberg, Raul, *La destruction des juifs d'Europe*, III, Gallimard para la traducción francesa, 2006, p. 1864.

[17]*Ibidem*, p. 1874.

[18]Citado por Hilberg, *op. cit.*, p. 1888.

[19]*Ibidem*, p. 1889.

[20]Hilberg, Raul, *op. cit.*, p. 1890.

[21]Browning, Christopher R., *Des hommes ordinaires*, *le 101*e *bataillon de réserve de 50 ans après,* Éditions Montorgueil, 1993.

[22]*Ibidem*, p. 127.

IV. ¿QUIÉNES ERAN LOS PRISIONEROS DE AUSCHWITZ?

«Aquí viven los muertos», así rezaba una inscripción grabada en un barracón de prisioneros. En realidad, en el universo de los campos de concentración creados por los nazis, los prisioneros eran un ejército de esclavos de uniforme a rayas, cuya función era trabajar para su propia destrucción. En la caldera diabólica de Auschwitz, los deportados eran manipulados y acondicionados por los nazis, que les obligaban a colaborar en la ejecución de su propia muerte. «Sin crueldad y sin efecto de masas», afirma H. G. Adler, «el campo de concentración no existe; estos dos factores se tienen que poner sistemáticamente en práctica para que el campo pueda funcionar y convertirse en lo que fue: un espacio de subyugación total y definitiva, sobrepasando los límites de todo lo que hace la vida digna de ser vivida».[1]

Para los prisioneros, el impacto nada más llegar al campo era terrible: el aspecto siniestro de las vallas de alambre de púas, la visión diabólica de las llamas saliendo de los crematorios, el olor nauseabundo de carne y pelos quemados, todo eso acompañado por la brutalidad con que eran recibidos, el alejamiento violento e inmediato de los familiares, el desconocimiento de lo que les esperaba, transformaba la llegada de los prisioneros en una pesadilla sin nombre. Todos los supervivientes hablan en sus memorias de ese terrible impacto inicial debido al cual, frente al ruido ensordecedor de los gritos de las SS, «rápido, rápido», y del ladrido amenazador de los perros, frente a las palizas y a la luz ofuscadora de los focos, se quedaban aturdidos, embrutecidos y sin reaccionar. La llegada al campo representaba una ruptura radical, el paso de una frontera, la

entrada en un universo totalmente desconocido, inesperado e imprevisible.

Tras la selección inicial, los niños, los ancianos y los enfermos o los considerados no aptos para el trabajo —en realidad, la gran mayoría— eran ubicados en la fila de la izquierda e inmediatamente se los asesinaba en las cámaras de gas; a los demás los situaban en la fila de la derecha y su final se retrasaba unos meses. Primo Levi escribe que entre los 500 hombres, mujeres y niños que llegaron en su traslado a Auschwitz, solo 96 hombres y 29 mujeres fueron elegidos para trabajar. A los demás, «los engulló la noche, simple y llanamente: ninguno seguía con vida al cabo de dos días».[2]

El número de los que se seleccionaban para la columna de la derecha dependía no tanto de su forma física como de las necesidades momentáneas del campo o del espacio que había. A estos les esperaba la caminata al campo principal (Auschwitz I) o a Monowitz (Auschwitz III), donde se les obligaba a desvestirse unos frente a otros, primer paso para su humillación y deshumanización. Después se pasaba a la «desinfección», al rasurado de todo el cuerpo, de la cabeza a los pies incluyendo los órganos más íntimos, a la ducha y a la distribución de ropa. A continuación, se efectuaba el registro del prisionero en un formulario con sus datos personales, que después se encaminaría al departamento político del campo y se copiaría en quince ejemplares para los diferentes sectores. Para finalizar, se le atribuía un número que sustituiría su nombre durante toda su estancia en el campo: «Entonces, por primera vez, nos percatamos de que nuestra lengua carecía de palaras para expresar aquella ofensa, la destrucción de un hombre (…). Ya nada nos pertenecía: nos quitaron la ropa, los zapatos, hasta el pelo; si hablábamos, no nos escuchaban y si nos escuchaban, no nos comprendían. Nos quitaron el nombre: si queríamos conservarlo, teníamos que encontrar en nuestro interior la fuerza para hacerlo,

para hacer que por detrás del nombre, algo nuestro, de nosotros tal y como éramos, pudiera sobrevivir».[3]

Grabar Auschwitz en la piel

Contrariamente a la idea generalizada que se tiene, Auschwitz fue el único campo en el que se tatuó la piel de los prisioneros, y solo se hizo a partir de la primavera de 1942. En los otros campos, el número se inscribía simplemente en un trozo de tela cosido en la camisa o en los pantalones. En los adultos, el tatuaje se solía hacer en el brazo izquierdo. En los pocos bebés nacidos en Auschwitz, y que por algún motivo se dejaban con vida, el tatuaje se hacía en el muslo, porque en el brazo no había longitud suficiente…

La decisión de grabar el número en la piel está relacionada con la propia evolución del campo de Auschwitz: al principio, como en los demás campos de concentración, los números se cosían en la ropa o se inscribían en el pecho de los prisioneros con tinta china. Sin embargo, con la llegada de los 10.000 prisioneros soviéticos en otoño de 1941, el número de cadáveres crece vertiginosamente y la identificación de los cuerpos se hace más difícil. Así pues, en estos prisioneros se prueba por primera vez el tatuaje de los números en la piel, que más tarde se practicará sistemáticamente en los judíos. Se hacía por medio de una especie de sello provisto de pequeñas agujas de aproximadamente un centímetro que grababan los números deseados con la tinta que se introducía en el sello. Después de ajustar los números, el sello se presionaba en el brazo del prisionero y a través de las agujas corría la tinta que inscribía el número de forma indeleble.[4] Los tatuajes los hacían los prisioneros encargados de esta función, cuyo grado de habilidad era muy relativo, lo que a veces les obligaba a repetir la operación, volviéndola dolorosa. Tras tatuar a los hombres, llegaba el turno de

las mujeres. Las judías, en primer lugar, y, a continuación, todos los prisioneros, hombres y mujeres, con una única excepción: los no judíos de nacionalidad alemana. Lo que revela que, a pesar de ser opositores al régimen o estar considerados socialmente delincuentes, la «raza» era lo más importante.

No hemos habituado a ver en el tatuaje de los prisioneros, la señal más visible de su deshumanización. Aunque, en realidad, este esconde un hecho mucho más terrible: el asesinato inmediato y sin registro, sin tatuajes, de la inmensa masa de hombres, mujeres y niños que fueron conducidos, nada más llegar, a las cámaras de gas. Es decir, a pesar de su futuro más que incierto, la persona tatuada podía respirar de alivio por estar vivo aunque fuera a corto plazo…

Pocos tatuados han borrado su número del brazo, por mucho que se trate una operación relativamente simple. Unos porque lo consideraron un testimonio de la veracidad de lo que ocurrió, otros por desafío, otros incluso porque formaba parte indisociable de su vida y de su identidad. Sin embargo, hubo quien lo hizo: fue el caso de Lili Jacob-Zelmanovic, superviviente de Auschwitz, la mujer a quien debemos el descubrimiento de lo que hoy se conoce como el Álbum de Auschwitz, único testimonio fotográfico de la llegada de los judíos de Hungría al campo, en 1944.

Lili llegó a Auschwitz con su familia el 26 de mayo de 1944 procedente de Bilke, en aquella época parte de Hungría. La llegada de su transporte a Birkenau y la selección en la rampa fueron fotografiadas por el reportero profesional de las SS, Karl Höcker, por orden de Richard Baer, recién nombrado comandante de Auschwitz en sustitución de Arthur Liebenhenschel. Lili tenía solo dieciocho años y fue la única superviviente de toda su familia. Después de Auschwitz, fue transferida al campo de trabajos forzados de Morchenstern, un subcampo de Gross-Rosen, y finalmente a Dora-Mittelbau, campo que también estaba bajo el mando de Richard Baer, donde por fin fue liberada por el ejército americano el 11 de

abril de 1945. Allí, mientras se recuperaba de la fiebre tifoidea en un barracón abandonado por los nazis, descubrió un álbum de fotografías en el cajón de una mesita de noche. El álbum contenía fotografías tomadas por el ya mencionado fotógrafo de las SS, del rabino de su ciudad, de sí misma, de muchos vecinos y familiares, incluyendo las de sus dos hermanos más pequeños, Ysrael y Zelig Jacob. En 1948, Lili emigró a Estados Unidos con el álbum del que nunca se separó durante treinta y seis años, pues era el único vínculo que le quedaba de su familia desaparecida. Sin embargo, no escondió que lo tenía: varios supervivientes pudieron descubrir allí también a sus familiares perdidos. El álbum también sirvió de prueba testimonial en los juicios de Frankfurt a principios de los años sesenta. Lili vivía modestamente con su marido en Miami, donde servía en un restaurante, y antes de morir tomó dos decisiones: entregó el álbum al Yad Vashem en Jerusalén para que permaneciese para la posteridad y decidió borrar la huella que le recordaba constantemente su doloroso pasado. De modo significativo, cuando se sometió a la cirugía de borrado de la parte de la piel tatuada con el número de Auschwitz, rechazó la anestesia local…

Todos iguales, pero unos más que otros…

No todos los prisioneros eran «iguales». Aunque la población prisionera de Auschwitz se renovase regularmente debido al altísimo nivel de muertes, también estaban los «antiguos prisioneros», a quienes se trataba con cierto respeto y quienes tenían, por lo general, más privilegios. Muchos no se cohibían y trataban a los novatos con desprecio, ironía y dureza. Una no ley no escrita, pero que se practicaba tácitamente en todo el complejo de campos de concentración, ponía a los recién llegados en los grupos de trabajo

más duros. Estar en un «buen» grupo significaba más comida, un dormitorio con menos personas y, a veces, ropa un poco más decente. Esta situación llevó a Primo Levi a escribir: «La estructura social de los campos se basa en la opresión de los no privilegiados por los privilegiados». Entre estos últimos estaban sobre todo los alemanes. El mismo comandante de campo, Rudolf Hoess, lo afirma: «Los *Reichsdeutsche* ocupaban casi todas las posiciones elevadas, por eso tenían lo suficiente para sus necesidades básicas. Y lo que no conseguían por la vía regular, lo "organizaban"…».[5]

El poder y los privilegios entre prisioneros estaban determinados, en primer lugar, por la jerarquía racial. Los prisioneros alemanes podían recibir encargos y raciones suplementarias, eran alojados en barracones menos hacinados y en las enfermerías tenían derecho a sábanas. Los polacos, checos y demás eslavos eran claramente menos privilegiados. En la cola se encontraban los gitanos y los judíos. Entre estos y los alemanes había un foso infranqueable: los alemanes tenían la posibilidad y el derecho de sobrevivir, por el contrario, los judíos estaban de antemano condenados a muerte; cada día que pasaba aumentaba la posibilidad de supervivencia de los alemanes, sin embargo, para los judíos, era un día menos de esperanza de vida.

El mando político del campo utilizaba a los prisioneros en el control de dos sectores separados: el de los bloques de los barracones de alojamiento y el de los equipos de trabajo. Respondían frente al mando de las SS, a quienes se les obligaba a rendir cuentas. Eran sobre todo los prisioneros alemanes los que ocupaban funciones de jefatura, pero con la disminución progresiva de reclusos alemanes y el aumento de la población prisionera de todos los países ocupados, los nazis recurrían también a polacos o checos e incluso, en algunos casos, a judíos. Más allá de su nacionalidad, lo que las SS buscaban en los detenidos a quienes les concedían funciones de jefatura era obediencia y dureza en el trato

de los detenidos. Por ese motivo se explica la predilección existente por los presos de delito común, que se identificaban más fácilmente con sus maestros de las SS, olvidándose de que ellos mismos eran también prisioneros. Como ya se ha mencionado anteriormente, para la mayoría de los detenidos, los malos tratos y las torturas infligidas por los propios «colegas», les causaban un impacto psíquico proporcional a su impotencia.

A veces, las SS buscaban en los detenidos competencias que escaseaban: el dominio de lenguas, de la medicina o de música eran algunas de ellas. En lo que respecta a esta última, fueron los polacos los primeros prisioneros en formar parte de la orquesta del campo, creada en enero de 1941. Todos los días por la mañana y por la noche, la salida y la llegada del grupo de trabajo estaba acompañada por la orquesta de Auschwitz, compuesta en gran medida por algunos detenidos que eran músicos profesionales. Tocaban no solo marchas militares o melodías sentimentales alemanas, sino también música de cámara, sobre todo de Schubert. Se les obligaba también a tocar frecuentemente ante la casa del comandante Rudolf Hoess.

Había conciertos oficiales de la orquesta y conciertos no oficiales. Jerzy Brandhuber recuerda: «Cuando un domingo llovía, la orquesta no podía tocar fuera. En la sala de música, silencio; pocas personas sentadas o de pie, perdidas en la gran sala. Al piano un húngaro, un virtuoso. En tanto que judío no tenía derecho a tocar con la orquesta. Por tanto, toca solo cuando la sala está vacía. Con el azul y blanco de su ropa miserable, toca, toca… y cuando miro por la ventana, ya no veo los muros rojos, no veo los camaradas que vienen y van por ahí fuera. Mozart, Beethoven, Schubert, Bach. Y después, de repente, la *Marcha Fúnebre* de Chopin. Cuando acaba, se queda inmóvil, las manos sobre las teclas. Sin palabras, os comprendemos a todos».[6]

En Birkenau, la orquesta se creó en el verano de 1942 con una mayoría de músicos judíos. Con el tiempo «acabó convirtiéndose en un lugar de peregrinación de los SS, así como de las personalidades del campo».[7] El campo de las mujeres tenía también una orquesta creada en junio de 1943, con cerca de cincuenta instrumentistas dirigidas por Alma Rosé, sobrina de Gustav Mahler. Estaba formada por mujeres de todos los países ocupados por Alemania, también tocaba a la salida y a la entrada del trabajo de las prisioneras. Igual que la orquesta de los hombres, acompañaba las ceremonias oficiales, los discursos del comandante, la llegada del transporte de los deportados, los ahorcamientos. Violette Silberstein, violinista, afirma que se beneficiaban de algunos privilegios tales como una ración suplementaria de pan y duchas más frecuentes. Uno de los asistentes asiduos era Josef Mengele, lo que les causaba gran angustia porque temían ser seleccionadas para sus macabros experimentos… Al final de la guerra, Violette volvió a Francia y abrió un restaurante en Havre, donde también cantaba. Hasta el día que oyó una vecina gritar: «Más vale que no la hubiesen dejado salir de allí, de donde vino». Violette vendió el restaurante y adoptó el apellido Ford.[8]

Políticos, opositores y resistentes

A excepción de los prisioneros alemanes de delito común trasladados de otros campos para servir como *kapos*, los primeros reclusos fueron polacos de sexo masculino que constituirían hasta el inicio de 1942 el mayor contingente de prisioneros de Auschwitz. El número indicado como más probable por Franciszek Piper, historiado del Campo-Museo de Auschwitz, es, como ya se ha mencionado anteriormente, entre 140.000 y 150.000 personas (incluyendo algunas mujeres), de las que cerca de 74.000 perdieron allí la vida.

En su mayoría eran «políticos», detenidos por pertenecer a la Resistencia nacionalista o comunista, o civiles presos en redadas. Normalmente portaban cosido en el pecho el triángulo rojo con la inicial P referida a su nacionalidad. También había judíos en esas circunstancias, pero eran detenidos individualmente por los mismos motivos.

De forma general, sabían que permanecerían en el campo hasta el final de la guerra y aunque estaban convencidos de la derrota final de Alemania, vivían con temor a no poder sobrevivir hasta el final. En efecto, la degradación progresiva de las condiciones del campo, las epidemias, la creciente escasez de alimentos, el hacinamiento, todos estos factores reducían las posibilidades de supervivencia. El riesgo de denuncia o de descubrimiento de pertenecer a un movimiento de resistencia también era otra posibilidad real, tanto es así que los diferentes grupos políticos luchaban ferozmente entre sí. A pesar de todo, entre los polacos, la solidaridad nacional era más fuerte que las divergencias políticas, lo que les permitió asumir algunas posiciones privilegiadas en el campo. La política de las autoridades del campo de dividir para reinar incentivaba a los prisioneros alemanes contra los polacos: para los primeros, los polacos eran fascistas y estos, en contrapartida, veían a los comunistas alemanes como enemigos.

La evasión, además de difícil, era arriesgada: el temor a represalias a los familiares o a los camaradas que permanecían en el campo contenía a muchos prisioneros. Geneviève Decrop escribe que en diciembre de 1940, debido a que un prisionero estuvo ausente en la llamada, el diez por ciento de los detenidos, privado de alimentación y obligado a permanecer de pie sin moverse, murió en un solo día.[9] A pesar de ello, sabiendo que podían contar el apoyo de la población civil de los alrededores, cerca de setecientos presos polacos intentaron la fuga, pero más de la mitad fueron atrapados o abatidos. Cuando se los capturaba vivos, eran fusilados

o ahorcados, y todo el campo obligado a desfilar ante el cadáver como forma de disuasión.

Con el avance de la guerra, el número de presos políticos de otras nacionalidades fue creciendo, sobre todo, checos, eslovacos, franceses, holandeses y belgas. En el centro del triángulo rojo con el que eran identificados, la inicial del país indicaba la nacionalidad, excepto la de los alemanes. La reputación de los diferentes grupos nacionales «arios» entre los presos políticos era variable: los checos estaban bien vistos, a los rusos se los consideraba desconfiados y salvajes, y los yugoslavos, sobre todo las mujeres, gozaban de gran estima por la valiente lucha de su pueblo contra el nazismo. En la organización clandestina del campo de las mujeres, eran las francesas las que lideraban. A pesar del error subyacente a cualquier tipo de generalización, era frecuente que la solidaridad nacional se sobrepusiera a la ideología o a la religión, incluso entre judíos.

No obstante, el triángulo rojo no era siempre sinónimo de espíritu solidario o de comportamiento ético: «No es la SS, sino el detenido el que, a pesar del triángulo rojo, roba y golpea a sus camaradas, que es el símbolo más atroz del campo de concentración. Porque él es la prueba viva de que la violencia corrompe y pervierte incluso a los que son víctimas»,[10] escribe Benedikt Kautsky. De la misma manera que a los criminales, a muchos prisioneros políticos alemanes se les instaba a ocupar puestos de jefatura porque la «raza» era preeminente. En realidad, a pesar de su oposición frontal al nazismo, muchos difícilmente se distanciaban de su país, ni siquiera del III Reich. Por otro lado, ser alemán y «ario» valía por sí solo muchos privilegios. Y hasta Langbein, austriaco, que luchó en la Guerra Civil española, y en Auschwitz perteneció a la dirección de la organización internacional de resistencia, lo confirma: «La lucha cotidiana por las necesidades elementales me la ahorraron. Tenía un trabajo fácil, un techo, alimentación suficiente, la posibilidad de lavarme y vestirme».[11]

A medida que la situación militar se iba deteriorando, las SS, presionados por Himmler, intentaban convencer a los prisioneros alemanes de que se vistieran el uniforme nazi. Incluso algunos opositores políticos, como Langbein, fueron incitados a cambiar de campo y engrosar las filas de las SS, aunque la preferencia de los nazis se centrase clara y casi exclusivamente en los «verdes», que eran los presos de delito común, mucho más permeables para asumir ese papel… Langbein se negó terminantemente a esa aproximación, pero afirma que, dadas las presiones cada vez mayores de Himmler exigiendo «voluntarios» para el esfuerzo de guerra, los «presos políticos» se encontraban en una situación difícil: «Habíamos acordado en Auschwitz que, al no haber alternativa, diríamos que sí a una llamada de la Wehrmacht y no a una incorporación en las SS. Oficialmente, nunca me pusieron a prueba. Ni en Auschwitz ni en Neuengamme, donde viví la última fase de la guerra, pues los antiguos combatientes de la guerra de España fueron invitados a alistarse…».[12]

Prisioneros de guerra rusos

El segundo grupo estaba formado por prisioneros de guerra rusos. Llegaron a Auschwitz a mediados de 1941 para la construcción del campo de Birkenau. Su estado ya era lastimoso debido a su estancia anterior en el campo de Lamsdorf, de donde vinieron a pie en una marcha que duró semanas, casi sin alimentos. Hasta 1942 estuvieron confinados en unos bloques en Auschwitz I formando un campo separado, el «campo de trabajo de los prisioneros de guerra rusos». Casi todos murieron debido al trabajo extenuante, el hambre, los malos tratos o gaseados. El mismo Hoess confiesa que el estado físico de los rusos era tan deplorable que ya no manifestaban reacción alguna. «Deambulaban sin rumbo y sin

expresión en la cara; se escondían en cualquier rincón para masticar cualquier cosa comestible que encontraban por casualidad, o para morir en silencio».[13] Además, también según Hoess, debido al hambre desesperada, los actos de canibalismo no eran raros: «Un día yo mismo me encontré a un ruso tendido entre dos pilas de ladrillos: le habían rajado el cuerpo con un cuchillo y arrancado el hígado».[14] De los 15.000 presos de guerra soviéticos registrados en el campo a partir de julio de 1941, al menos 8.200 estaban ya muertos en marzo de 1942, cuando el campo de prisioneros fue oficialmente disuelto. Los soldados rusos estaban considerados especialmente peligrosos, porque supuestamente también estaban imbuidos por la ideología bolchevique. En total, en el conjunto de los campos nazis perecieron cerca de 2,5 millones de soldados soviéticos.[15]

Criminales profesionales

El tercer grupo, que enarbolaba el triángulo verde, estaba compuesto por criminales profesionales, ex prisioneros y fichados. Desempeñaban con frecuencia funciones de colocación de los otros presos. La elección de asesinos, ladrones, traficantes y sádicos para este tipo de servicio no era ajena a la visión del mundo que reinaba en el universo de los campos de concentración nazis: la erradicación de todos los preceptos morales establecidos. «Para los nazis», escribieron Wetzler y Vrba en el informe elaborado justo después de su fuga de Auschwitz en abril de 19444, «golpear a un detenido hasta la muerte no es un crimen. Simplemente se registra que el número tal ha muerto. La causa de la muerte es totalmente accesoria». Himmler insistía permanentemente en la idea de que la piedad era una traición a los ideales de las SS. Los *kapos* y otras «eminencias» —nombre por el que se conocía a todos los que tenían

algunas funciones de jefatura— entendían rápidamente que solo instaurando el terror entre los prisioneros, ellos mismos podían sobrevivir como auxiliares indispensables de los SS; solo si reducían a un hombre hambriento castigándolo enseguida por haber robado pieles de pata, podrían ellos mismos ser recompensados por las SS con una sopa suplementaria; solo endureciendo la ley nazi y rompiendo la solidaridad y la ayuda entre los detenidos, podían mantenerse con vida. Hoess afirma «En los campos de concentración era la propia administración la que estimulaba y azuzaba las rivalidades, hasta el punto de jugar con las diferencias de razas y categorías, no solo con las políticas. Así se esperaba impedir una cohesión demasiado estrecha entre los presos, cohesión que no permitiría controlar a los miles de prisioneros. *"Divide y vencerás"*: el precepto de la alta policía es válido para un campo de concentración».[16]

Hans Aumeier, que actuaba bajo las órdenes de Hoess, va más lejos confesando que en Auschwitz se escogían como *Blockälteste* «jefes de bloques» a los que manifestaban tendencias sádicas. Franz Danisch era el más temido de todos. Su fórmula favorita era: «Para mí solo hay trabajadores o muertos». En los juicios de Núremberg, en 1945, Isaac Egon Ochshorn declaró que un día, Danisch, vanagloriándose de tener derecho de vida o muerte sobre los judíos, eligió arbitrariamente a sesenta y ocho hombres de una fila de cien para llevarlos a la cámara de gas. Como estos le imploraron que no lo hiciera, Danisch respondió: «El que logre aguantar tres golpes de mi matraca, será sacado de la lista porque probará que es capaz de sobrevivir».[17] Todos los que pusieron la cabeza perdieron la vida. Naturalmente, a Danisch lo ascendieron a *Lageralteste*, jefe de campo.

Los *kapos* formaban la aristocracia de los campos: tenían habitaciones individuales en cada barracón o bloque y se deleitaban

con copiosas comidas. Según algunos testigos, el olor de las chuletas y las patatas que freían en sus fogones se filtraba por las rendijas de las paredes hasta los prisioneros hambrientos. Muchas de aquellas comidas eran regadas con el aguardiente robado a las víctimas de las cámaras de gas. Sin embargo, no todos los «triángulos verdes» se comportaban de forma tan cruel con «sus» prisioneros. Hubo excepciones, sobre todo entre los *kapos* que estaban más abajo en la compleja jerarquía de las jefaturas de los campos. Otto Küsel, detenido nº 2, originario de Berlín, era uno de los más conocidos. A la cabeza de un comando de trabajo, siempre procuraba colocar a los prisioneros más recientes y todavía en forma en los trabajos más difíciles para ahorrarles los trabajos más duros a los más antiguos y, en consecuencia, más débiles. Otros *kapos* fingían golpear con fuerza a los prisioneros sin hacerlo de verdad, otros incluso dejaban caer a propósito cebollas, patatas o limones junto a un grupo de detenidos hambrientos. Así y todo, en su mayoría, la ferocidad con la que trataban a los prisioneros era su propia supervivencia y se limitaban a aplicarla con mayor o menor intensidad.

Los «asociales»: prostitutas y gitanos

Otro grupo estaba compuesto por los «asociales» identificados por el triángulo negro: prostitutas, sobre todo alemanas, lesbianas, «perezosos» y vagabundos. En el campo de mujeres, no eran las «verdes», o sea, las criminales, las que dominaban, sino las «asociales», especialmente las prostitutas. Casi todas alemanas, solían ser las jefas del bloque. También había algunas polacas. La jefa de bloque Sonja era «un terrible animal salvaje en un bellísimo cuerpo», afirma Wanda Koprowska. «Antes de ser presa en Alemania, era una chica de la calle. Nunca se separaba de su látigo,

con el que nos fustigaba sin razón».[18] Pero la más famosa por las peores razones fue Irma Grese, una de las guardas con mayor poder de Auschwitz Birkenau, y que llegó a tener a sus órdenes cerca de 30.000 prisioneras, en su mayoría polacas y húngaras. Su sadismo, la brutalidad sin nombre y las torturas perversas que infligía la convirtieron en la más odiada y temida de Auschwitz. Las víctimas que consiguieron sobrevivir a su crueldad nunca la olvidaron. En el juicio que la condenó a muerte en 1945, uno de los objetos utilizados como prueba fue una carta abierta de una de esas mujeres, Isabella Rubinstein. Dirigida directamente a Irma Grese, en nombre de todas las víctimas, la carta recuerda las terribles torturas a las que fueron sometidas por parte de ella y acaba diciendo: «Independientemente del resultado del proceso, nosotros, tus víctimas, ya te juzgamos. Te condenamos a vivir y sufrir los mismos tormentos que nos causaste y que nunca puedas ver la luz de la libertad».[19]

Los gitanos, aunque también considerados «asociales», lucían habitualmente un triángulo marrón. El 16 de diciembre de 1942, Himmler ordena la prisión y la deportación a Auschwitz-Birkenau de todas las personas de sangre gitana,[20] incluyendo a los «mestizos». Con una excepción: los gitanos «puros», reconocidos como miembros de las tribus más importantes que Hitler consideraba «descendientes directos de la raza indogermánica primitiva», de la que mantenían sus usos y costumbres. En efecto, desde 1938, los gitanos de reconocida «raza pura», se consideraban parte del *Volk* del Reich. Los otros fueron objeto de sedentarización forzada o enviados a guetos, como ocurrió en 1941 con la deportación de 7.000 gitanos al gueto de Lodz.

Hasta 1943, los gitanos son poco numerosos en Auschwitz. Con todo, en febrero de ese año llegan al campo por orden de Berlín cerca de 21.000 procedentes de Alemania y de los países ocupados: Polonia, Bohemia y Moravia, Rumanía, Hungría y Francia. Fueron

internados en la sección BIIe de Birkenau reservada para ellos, denominada *Zigeunerlager*, «campo de los gitanos» o «campo de las familias gitanas», porque permanecían juntos hombres, mujeres y niños. Vivían totalmente aislados de los otros presos y no fueron obligados a trabajar fuera de su propio sector. El campo tendrá una duración de 18 meses. El 22 de marzo de 1943, una primera selección conduce a la muerte a 1.700 gitanos sospechosos de padecer tifus. En mayo, serán gaseados quinientos más. Aunque podían vivir en familia, mantener sus propias ropas y estar obligados a raparse el pelo, sus condiciones de vida eran terribles: el hambre, el hacinamiento excesivo, la ausencia de agua potable y las epidemias causaron una mortalidad desenfrenada, sobre todo entre los numerosos niños, con frecuencia afectados por una extraña enfermedad: la noma, también llamada gangrena de cara. Muchas de estas criaturas, especialmente los gemelos, fueron blanco de experimentos «médicos» dirigidos por el criminal Mengele, llegado a Auschwitz en mayo de 1943 y nombrado médico jefe del campo de los gitanos. Como resultado de estos experimentos, la casi totalidad de estos niños murió.

En mayo de 1944 permanecían en el campo cerca de 6.000 gitanos. Entre mayo y agosto de ese año, alrededor de 3.000 serán enviados para trabajar a otros campos de concentración en el interior del Reich. Los otros 3.000 que quedaban fueron exterminados la noche del 2 al 3 de agosto de 1944 en la cámara de gas del crematorio V. Los testigos de esa liquidación hablan de los intentos de resistencia de los gitanos armados con cuchillos y cucharas, rápidamente neutralizados con extrema violencia por las SS, que, además de los disparos con revólveres y ráfagas de ametralladora, arrojaban a los niños contra las cajas de los camiones…[21]

Otto Rosenberg, gitano sinti, llegó a Auschwitz en 1942 con solo dieciséis años deportado desde Berlín. A pesar del tormento por el

que pasó y que relata en la entrevista publicada en un libro y traducida al portugués,[22] logró sobrevivir. El 1 de agosto de 1944, un día antes de la liquidación del campo de gitanos, forma parte del último traslado de 1.408 gitanos de ambos sexos a Buchenwald: «Sabe, hay una cosa que me deja muy pensativo: ¿por qué sobreviví? No puedo responderme a mí mismo. Toda la familia, todos mis hermanos, todos mis seres queridos y apreciados, ninguno tuvo la posibilidad de sobrevivir, aunque mis hermanos eran mucho más fuertes y resistentes que yo. ¡Yo era el más pequeño! No puedo comprenderlo. Me dicen: "Ahora eres libre, alégrate por eso". Nunca he podido sentirme muy satisfecho, de ninguna manera, porque mis hermanos me hacen falta siempre, hasta hoy. Cuando llegaban los días de fiesta y las personas celebraban, o las familias se sentaban juntas, me deprimía y me ponía nervioso. Era muy duro».

La pequeña Elsa Baker, de solo ocho años, forma parte del mismo traslado de Otto Rosenberg del 1 de agosto, pero su destino fue Ravensbrück. Criada en Hamburgo por padres adoptivos —lo que en aquella época no sabía— y arrancada brutalmente de su casa por la Gestapo una noche de principios de 1944, fue llevada al campo de los gitanos de Auschwitz-Birkenau. La razón aducida por los nazis, y que Elsa vino a saber de la forma más traumática, fue que su madre biológica era medio gitana. En Birkenau, la niña, habituada al cariño y a una educación esmerada y solícita, se enfrenta a un ambiente brutal en el campo, con la suciedad, el hambre y la enfermedad. Totalmente abandonada, sola y en estado de choque, Elsa no hubiese sobrevivido sin la compasión de una *kapo* que la dejó dormir en su propio cuarto «encima de una mesa tapada con una alfombra». Cuando la trasladan a Ravensbrück el 1 de agosto, sufre nuevos tormentos hasta septiembre, momento en que su padre adoptivo consigue liberarla. De vuelta a casa en tren con el padre y a pesar de la nube traumática que la envolvía, Elsa recuerda que su padre mostró sus enormes heridas que le cubrían las piernas a un

oficial del ejército alemán que iba en el mismo vagón preguntándole: «¿Para esto están luchando en el frente de combate?».[23] La niña recuperó su vida normal, pero la pesadilla de aquellos seis meses la marcaron psicológicamente para toda la vida.

La totalidad (y no solo en Auschwitz) de víctimas gitanas no ha sido fácil de establecer, en parte por la incoherencia de la propia política nazi antigitana que en ciertos lugares como la URSS no los estimó, al contrario, de lo que ocurrió en Rumanía o en la «zona libre» de Francia. Pero la razón principal es que durante décadas, el destino de los gitanos durante el Holocausto fue ignorado y subestimado. Sin embargo, una investigación reciente señala un número de muertos entre 150.000 y 2000.000 gitanos sobre un total de una población evaluada antes de la guerra en 830.000 personas, es decir, más del veinte por ciento.

Homosexuales y testigos de Jehová

Contrariamente a los campos de Dachau y Sachsenhausen, donde los homosexuales y testigos de Jehová eran numerosos, en Auschwitz formaron grupos relativamente pequeños. La homosexualidad en Alemania era severamente castigada por el régimen nazi y los homosexuales masculinos eran considerados «enemigos del estado», lo que explica su mayor presencia en los campos de «reeducación» creados después de 1933. Desde el principio, los presos homosexuales tenían su propia insignia, un triángulo rosa. A la homosexualidad femenina no se le atribuía la misma importancia, las lesbianas estaban incluidas en el grupo de las «asociales» y lucían el mismo triángulo negro: desde el punto de vista nazi, la mujer era una mera reproductora al servicio de la multiplicación de la «raza» y sus opciones personales totalmente irrelevantes. Se calcula que en Alemania fueron detenidos cerca de

50.000 homosexuales, y de estos entre 10.000 y 15.000 perdieron la vida en los campos.[24] No fueron objeto de exterminio directo, pero murieron por la dureza de las condiciones de detención y de trabajo y por los experimentos «médicos» de los que fueron víctimas, sobre todo castraciones completas y mutilaciones diversas. Para los nazis la homosexualidad era una tara y un factor de degeneración de la «raza» o, en el mejor de los casos, una enfermedad que podía ser tratada. Por tanto, desarrollaron una política de «tratamientos» que pasaba en parte por un trabajo duro, peligroso y humillante. Los presos con el triángulo rosa llevaban consigo el peso de la estigmatización general de la homosexualidad; ese hecho reducía radicalmente desde su inicio la capacidad de comunicación interna y con las estructuras de poder de los campos. Los *kapos* ridiculizaban y apaleaban a los homosexuales nada más llegar y los separaban con frecuencia de los otros presos. Hoess escribe que los homosexuales eran separados de los otros prisioneros para evitar a estos últimos y a los guardias el contagio de la «enfermedad». Para el comandante, la «cura» estaba en el trabajo arduo: el resultado habitual de su «tratamiento» era la muerte por agotamiento.

Igual que otros «enemigos» del estado nazi, los miembros testigos de Jehová fueron perseguidos y enviados, como grupo, a los campos de concentración, debido a su pacifismo radical y su rechazo a cualquier culto hacia un jefe que no fuese Dios. Entre otras cosas rechazaban el saludo «Heil Hitler», la jura de bandera o la pertenencia a las juventudes hitlerianas. Al inicio de la guerra se negaron a participar en cualquier actividad que contribuyese al esfuerzo de la guerra, incluyendo el propio ejército. En Auschwitz estuvieron presos algunos cientos de testigos de Jehová, sobre todo mujeres alemanas y holandesas, que llevaban un triángulo morado. Hoess las clasifica como «pobres locas, felices a su manera», pero afirma que «a pesar de su fanatismo» eran muy buscadas como

empleadas domésticas de las SS, porque «no era necesario vigilarlas (…), eran asiduas y celosas de su trabajo y aceptaban su destino como voluntad de Jehová». En los campos, los triángulos morados sobrevivieron con la ayuda de una red poderosa y de la fuerza de su fe. Al contrario que muchos otros presos, tenían una estructura de grupo en la que se podían integrar y a pesar de ser considerados hostiles a los judíos, a quienes calificaban de «asesinos de Cristo», denunciaban los crímenes del nazismo, que representaba a sus ojos el símbolo máximo de la mano del diablo. En opinión de Annette Wiewiorka, los testigos de Jehová se comportaron en los campos «como los mártires del inicio del cristianismo». En realidad, esos «incondicionales de la Biblia», como se les llamaba, aceptaban con resignación el sufrimiento e incluso la muerte, con la convicción fervorosa de una recompensa consistente en una edad de oro eterna, el «Armagedón».

Judíos de todos los países ocupados

A partir de 1942, los judíos constituyen el grupo principal de Auschwitz-Birkenau y el único destinado a la liquidación total. Fueron marcados por dos triángulos de color amarillo que formaban la estrella de David con la inicial del país de origen. La selección de los que serían inmediatamente asesinados, era realizada por los médicos de las SS en la rampa de llegada a Birkenau, la *Judenrampe*, que se inicia el 4 de julio de 1942 con un traslado de eslovacos y termina en noviembre de 1944 con el final del gaseamiento de medio millón de húngaros en la *Bahnrampe,* expresamente construida para tal efecto. De manera general, las SS consideraban que los judíos dejaban de vivir en el preciso instante en el que descendían de los vagones a su llegada al campo. Todas las humillaciones, toda la violencia por parte de las SS y de los

kapos, quedaban así legitimadas. Hilberg se acuerda cómo en Treblinka los alemanes habían adiestrado un perro, un enorme san Bernardo de nombre Barry, a lanzarse sobre los detenidos a la orden de: «¡Hombre, ataca a ese perro!».[25]

Como ya se ha mencionado, en Auschwitz-Birkenau perecieron cerca de 1.100.000 judíos, incluyendo cientos de miles de niños. Pero lo que convierte en único el asesinato de los judíos no es número de víctimas, sino la intención de los ejecutores. Solo en el caso de los judíos, los nazis proyectaron la eliminación física de cada hombre, de cada mujer, de cada niño. Como refiere Elie Wiesel: «No todas las víctimas eran judías, pero todos los judíos eran víctimas destinadas a la aniquilación». Todos los otros grupos anteriormente mencionados fueron objeto de terror nazi, pero únicamente los judíos estaban destinados a desaparecer de la faz de la tierra. Una vez más, es el propio comandante de Auschwitz quien lo confirma: «Fue en 1941 cuando el *Reichführer* juzgó necesario proceder a la aniquilación de todos los judíos sin ninguna excepción».

El posicionamiento jerárquico de los triángulos refleja las prioridades ideológicas de las SS, que acababan frecuentemente por ser asimiladas por los propios presos. Esta identificación, muchas veces inconsciente, hacía del color del triángulo un agente altamente eficaz de clasificación social. El resultado era una estratificación de los presos, de arriba abajo, que garantizaba el funcionamiento eficaz del principio de «dividir para reinar», esencial en el espacio de los campos de concentración nazi.

El estatus que se atribuía a los portadores de triángulos difería a veces de campo a campo y de periodo a periodo. No obstante, los que se encontraban generalmente en la cima eran los portadores de los triángulos rojos y verdes, o sea, lo presos políticos y los criminales. La categoría más baja en la jerarquía estaba siempre ocupada por los que lucían el triángulo amarillo, los judíos. Justo por encima de estos, estaban los portadores de triángulos negros, los

«asociales», y a continuación los portadores de triángulos morados, testigos de Jehová, potencialmente en mejor posición.

El estatus del triángulo rosa era en todos los campos claramente negativo, siempre por debajo de los triángulos rojos, verdes y morados. Incluso los triángulos negros y los marrones (gitanos) se encontraban en una posición relativamente mejor, como parecen confirmar los relatos existentes. Pero siempre en lo más hondo de la jerarquía estaban los triángulos amarillos, a no ser que estuvieran complementados con un triángulo rosa. Mientras los presos de delito común estaban allí por sus crímenes, los presos políticos alemanes por su oposición al régimen y los presos «arios» de otras nacionalidades por una más o menos comprobada oposición a la ocupación alemana, la «raza» fue el único criterio para los presos judíos de todos los países bajo dominio nazi, incluso para los gitanos.

[1]H. G. Adler, en Langbein, *op. cit.*, p.75

[2]Levi, Primo, *Se isto é un homem,* Editorial Teorema, 1988, p. 18

[3]*Ibidem*, pp. 25-26.

[4]Wieviorka, Annette, *op. cit.*, pp. 182-184.

[5]Término empleado en el lenguaje del campo que significaba sustraer géneros y bienes de las reservas, almacenes o cocina, teniendo en cuenta la escasez de las raciones oficiales. Para los prisioneros «organizar» sin ser pillado, estaba bien visto, contrariamente a la apropiación de bienes de los camaradas detenidos.

[6]Jerzy, Brandhuber, en Langbein, *op. cit.*, p. 136.

[7]Langbein, Hermann, *op. cit.*, p. 137.

[8]Testimonio de Violette Ford en la película franco-belga de Michel Daëron *La chaconne de Auschwitz,* 1999.

[9]Hoess, Rudolf, *Le commandant d'Auschwitz parle*, nota de Geneviève Decrop, Éditions La Découverte, 1995, 2005, p. 145.

[10]Citado por Langbein, Hermann, *Hommes et femmes à Auschwitz*, Éditions Tallandier para la traducción francesa, 2011, p. 165.

[11]Langbein, Hermann, *op. cit.*, p. 171.

[12]*Ibidem*.

[13]Hoess, Rudolf, *op. cit.*, p. 150.

[14]*Ibidem*, p. 151.

[15]*Ibidem*, p. 149.

[16]*Ibidem*, p. 148.

[17]Langbein, Hermann, *op. cit.*, p. 157.

[18]*Ibidem*, p. 173.

[19]La carta se publicó originalmente en el *Palestine Post* en 1945 y el 18 de abril de 2012 en el *Jerusalem Post.*

[20]Los gitanos prefieren los términos «sinti» y «roma», que pertenecen al romaní, lengua del gitano vernáculo. La etnia sinti está instalada en la Europa central desde la Edad Media y los roma o roms viven también en Europa desde la Edad Media, pero fuera de la zona de influencia germánica (Wiewiorka, *op. cit.,* p. 138).

[21]Rees, Laurence, *Auschwitz, os nazis e a solução final,* Dom Quixote, 2010, p. 342.

[22]Rosenberg, Otto, *A lente de aumento, os ciganos no Holocausto*, Organização de Ulrich Enzensberger, Âncora Editora, 2001.

[23]Rees, Laurence, *op. cit.*, p. 344.

[24]Memorial e Museu de Auschwitz Birkenau, Neander e Biedron, *Homosexuals. A separate category of prisoners.*

[25]Hilberg, Raul, *op. cit.*, p. 1663.

V. «LA DESTRUCCIÓN POR EL TRABAJO»

En septiembre de 1943, Oswald Pohl visita el campo de Auschwitz. El nombre de este hombre es relativamente poco conocido, sin embargo su papel en la máquina de muerte fue decisivo, sobre todo en la utilización de los prisioneros de los campos de concentración al servicio de las empresas de las SS. En junio de 1939, Pohl pasó a dirigir el departamento central de administración y economía, así como el de presupuesto y construcción, y el 1 de febrero de 1942, bajo su dirección, ambas instituciones dieron origen a un único gabinete: *SS-Witschafts-Verwaltungshauptant* (SS-WVHA), Departamento Central de Administración Económica. Un mes después, este organismo absorbía también la inspección de los campos. A través de la integración de los diferentes departamentos en el seno de la WVHA, Oswald Pohl detentaba el control absoluto del sector. Con esas funciones inspeccionaba la organización de los campos de concentración, dirigía la distribución de los prisioneros por los diferentes campos y la «rentabilidad» de los detenidos en el ámbito del trabajo esclavo.

A medida que avanzaba el conflicto armado, la importancia del aprovechamiento de la mano de obra de los prisioneros se convirtió en una cuestión esencial para la economía alemana, en especial para la economía de guerra. El 25 de enero de 1942, Himmler escribía: «Los campos de concentración se van a dedicar a las grandes tareas económicas en las próximas semanas», pidiendo que se prepararan para recibir a «cien mil judíos de sexo masculino y hasta cincuenta mil de sexo femenino».[1] El uso de los judíos como reserva de mano de obra era solo una etapa antes de su liquidación, pero teniendo en cuenta las reservas casi ilimitadas de mano de obra, eso no suponía un problema. Al menos, así se entendía y se practicaba

en Auschwitz, donde se aplicaba el principio de «destrucción por el trabajo»: hubo momentos en que, incluso cuando escaseaba la fuerza de trabajo debido a la corta duración de supervivencia de los prisioneros, los médicos del campo no se cohibían en enviar a la muerte a la práctica totalidad de los recién llegados.

El 30 de abril de 1942, Pohl envió a Himmler un informe sobre «la situación actual de los campos de concentración», dándole a conocer un reglamento que una semana antes había transmitido a todos los inspectores y comandantes de los campos. Su visión expuesta en los puntos números 4, 5 y 6 no podía ser más clara: «El comandante del campo es el único responsable de la explotación de la mano de obra. Esta explotación tiene que ser *agotadora* en el verdadero sentido de la palabra, a fin de que el trabajo pueda alcanzar el máximo rendimiento (…). La duración del trabajo es ilimitada, fijada exclusivamente por el comandante en función de su estructura y naturaleza, y todas las circunstancias que puedan limitar su duración (comidas, toques de llamada, etc.) deben reducirse al mínimo».[2]

Sin embargo, incluso en ese sentido, Auschwitz tiene características únicas y complejas: fue el punto de encuentro, aunque también de choque, entre dos visiones distintas y a veces contradictorias: trabajar y destruir. Dirigido por dos departamentos paralelos, el RSHA (Departamento Central de Seguridad de Reich), controlado por Heinrich Himmler, y el WVHA (Departamento Central de Administración y Economía), por Oswald Pohl, donde no siempre las visiones respectivas coincidían. A medida que progresaba el avance aliado, crecía el odio y la saña destructiva nazi antijudía. Pero a su vez, crecía también la necesidad de hombres y mujeres capaces de alimentar el esfuerzo de guerra alemán. La visión más pragmática de Pohl, que intentaba limitar la liquidación incesante e irracional de la reserva de mano de obra, se sobrepone a la visión de Hitler y Himmler, de carácter más ideológico, según la cual la prioridad es la

liquidación total del enemigo de siempre. Es esta la visión que acaba por vencer: como prueba está la masacre final e «inútil» de medio millón de judíos húngaros en un momento en que la derrota alemana ya no ofrecía dudas.

Pohl también dirigía el procesamiento de los bienes de las víctimas y estuvo directamente implicado en la gestión del exterminio de los judíos húngaros en 1944. Aunque con funciones diferentes, se mantuvo a la cabeza de la administración de las SS hasta el final de la guerra. Después de la derrota de Alemania, fue captura por las tropas británicas el 27 de mayo de 1946, y condenado a muerte el 3 de noviembre de 1947 por un tribunal militar americano —en el seguimiento de los primeros juicio de Núremberg— por crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra, como miembro de una organización criminal y por asesinatos en masa y crímenes en los campos administrados por las SS-WVHA bajo su dirección. En su juicio, Pohl no negó sus acciones, pero se presentó como un mero ejecutor y acusó al tribunal de orientar el juicio por el odio, influido por sus representantes judíos. Oswald Pohl fue ahorcado la noche del 8 de junio de 1951 en la prisión de Landsberg, en Alemania.

Así, cuando en septiembre de 1942, Pohl visita Auschwitz la doble finalidad del campo está clara: la de un espacio de concentración y exterminio y también la de una reserva de mano de obra esclava para las empresas alemanas y para el esfuerzo de la guerra. En sus confesiones, redactadas en la prisión de Cracovia antes del juicio que lo condenaría a muerte en la horca, el 2 de abril de 1947, Hoess confirma esta visión: «Antes de la guerra los campos de concentración servían solo para garantizar la seguridad del estado. Pero desde el principio de las hostilidades el *Reichsführer* les destinó un papel muy diferente. El internamiento pasó a ser un medio para obtener mano de obra necesaria. Cada prisionero era obligado a servir a las necesidades de la guerra, a transformarse en

un operario del armamento, y cada comandante tenía que explotar su campo con ese único objetivo».[3] Así se crea una vasta zona de cerca de cuarenta kilómetros, que incluía algunas aldeas, cuyos habitantes son expulsados y donde progresivamente serán creados establecimientos agrícolas e industriales en los que trabajarán los presos organizados en cerca de cuarenta comandos dependientes del campo. En 1943, el 63 por ciento de los 160.000 prisioneros de los campos que dependían del WVHA trabajaban en la construcción y en la industria —incluyendo las empresas privadas esencialmente dedicadas a la industria de guerra. A principios de 1945, ese porcentaje era del 74 por ciento de los 470.000 presos.[4]

Dentro de Auschwitz-Birkenau, los prisioneros estaban organizados en dos tipos de comandos: los de mantenimiento interno, cuyos prisioneros trabajaban en las cocinas, enfermerías, limpieza y carpintería, o como electricistas y fontaneros, entre otros; y los comandos que participaban en el aparato de exterminio: los *Transportkommando* que limpiaban los vagones después de la «descarga» de los deportados; los que trabajaban en el *Effektenkammer,* separando los objetos y bienes de valor de los recién llegados; y sobre todo los *Sonderkommando,* que trabajaban en los crematorios.

Las SS también contribuían al esfuerzo de la guerra de los campos de concentración con sus propias empresas: cementeras, derribos, productos alimentarios o maderas, eran algunas de las áreas a las que se dedicaban, en una provechosa relación con los administradores de los campos. Los prisioneros que trabajaban para las SS no duraban mucho tiempo: se les obligaba a descargar patatas, a correr o subir laderas a toda prisa con las carretillas abarrotadas de piedras. Tenían que cargar con pesadas cuerdas de goma o a trabajar en canteras, normalmente bajo la lluvia o la nieve,

sin ropa adecuada y hambrientos. Los que no conseguían mantener el ritmo eran sencillamente abatidos.

Moshé Garbarz que estuvo en Auschwitz-Birkenau cuanta: «Me acuerdo de Königsgraben (Canteras del Rey), quizás uno de los peores comandos (…). Transportábamos la tierra en una carretilla sin ruedas, uno de nosotros sujetaba el carro por delante y otro por detrás. Teníamos que correr. Muchas veces, la carga era superior a nuestras fuerzas y uno de nosotros caía. Entonces, el *kapo* apaleaba no al que había caído en el suelo, sino al más fuerte y al que permanecía en pie para enfrentarlo contra su camarada más débil. A veces, la maniobra tenía éxito… En ese comando, no llevábamos a cuestas a los muertos y a los heridos de vuelta al campo. Eran tan numerosos que tenía que ir un camión a recogerlos».

Robert Waitz, médico y profesor universitario, prisionero en Auschwitz describe un día de trabajo «normal»: «En verano, la diana es a las 4.30 h, la salida al trabajo a las 6 h y el regreso a las 18 h. En invierno, una hora más tarde. A mediodía hay una pausa de una hora para distribución de un litro de sopa en el lugar de trabajo. Vale la pena describir el momento de la salida. Los detenidos se amontonan en la plaza de la señal de llamada y ahí se quedan haga el tiempo que haga, llueva, nieve o haga viento. Están organizados por grupos de trabajo, cada uno de ellos encabezado por el *kapo* respectivo; la orquesta de los detenidos se instala cerca del portón de salida. El comandante del campo aparece delante del puesto de guardia y pasa revista a los centinelas que acompañan a los presos al trabajo. A continuación, se abre el portón, los músicos tocan unas marchas militares cuyo ritmo es calculado para que el desfile de 9.000 hombres dure entre 35 y 45 minutos. Los hombres avanzan en filas de cinco con la marmita debajo del brazo y la cabeza al descubierto; entre ellos se esconden los que están mal vestidos, los pequeños y los débiles (…). Los prisioneros que cojean demasiado,

los que tienen el cuello o la cabeza vendados son separados del grupo por el médico de servicio o por el jefe de equipo. Al final de la tarde, al regreso, se hace la misma ceremonia. Los desgraciados tienen que desfilar frente a la orquesta y se juntan en la plaza. Son frecuentemente registrados sin aviso previo, sobre todo en busca de alcohol que las SS confiscan para sí. Algunos *kapos* consiguen entrar en el campo todo lo que quieren, porque comparten el saqueo con las SS. La llamada puede durar una hora, a veces mucho más, sobre todo si hay un mínimo error… El toque de llamada es un ritual que se respeta escrupulosamente. Una vez en los bloques, los prisioneros esperan la distribución de la sopa, tras la que se les obliga a diversos registros, desde el control de la ropa, zapatos y bolsillos, hasta la caza de piojos. A las 21.00 h, el prisionero puede finalmente acostarse en su jergón de paja. Normalmente dispone nada más que de una manta y tiene que desnudarse. Solo puede dejarse puesta la camisa y los calzoncillos. Cualquier infracción es severamente castigada. La ropa y el calzado embarrado se guardan en el jergón, normalmente debajo de la almohada para que no les roben durante la noche. Es frecuente que dos hombres tengan que compartir el mismo jergón. La duración del sueño, casi siempre interrumpido por la necesidad de orinar, es insuficiente y el descanso casi imposible debido a la presencia de un compañero indeseable, normalmente sucio, maloliente y siempre molesto».[5]

A pesar de estar supuestamente dedicados al descanso, los domingos eran días peligrosos. Ese día, los *kapos* se entretenían buscando las infracciones de disciplina de los prisioneros: iban por los barracones en busca de mantas que sobrepasasen los milímetros autorizados o de una mínima mota de polvo. Era el día de los castigos de esas pequeñas infracciones que, en el ambiente febril de las jornadas de trabajo, pasaban desapercibidas. Era también el día de la «*kraft durch freude*» (salud para la alegría), según el

vocabulario nazi, en el que a los presos exhaustos, enfermos, hambrientos y moribundos se les obligaba a sesiones de ejercicio físico para mantener la forma.

«Cuando se compra un buen caballo, no se miran los pequeños defectos»…

La gran industria alemana estaba bien representada en Auschwitz, con una reserva constantemente renovada de mano de obra esclava: Krupp, Siemens Union, Deutsche Ausrüstungswerke, pero sobre todo la I. G. Farben. Este gran complejo industrial fue el primero en entrar en Auschwitz con su capital propio. La continuación de la guerra con Inglaterra y la invasión de la Unión Soviética habían convencido a Hitler y Göring de que era necesario dar prioridad absoluta a la producción de caucho sintético. La I. G. Farben era un gigante de la industria química, pionera en el sector, y la promesa de una abundante mano de obra esclava fue un poderoso incentivo para la instalación de una gran fábrica en Auschwitz. Más que una simple empresa, la I. G. Farben era, según define Hilberg, «un imperio burocrático y un importante componente del aparato de destrucción (…), un coloso sin cabeza que funcionaba como una máquina automática, que un día fue puesta en movimiento y que proseguía sin descanso su carrera para continuar produciendo y para desarrollarse».[6] Concentraba 56 empresas cuya producción abarcaba todo el sector químico. Después de largas y complejas negociaciones con las SS, la I. G. Farben tomó la decisión, en la primavera de 1941, de instalar próxima al campo de Auschwitz la fábrica de caucho sintético —Buna—y otra de ácido acético —producto utilizado en la industria química. En consecuencia, la mano de obra cualificada del campo se puso a disposición de la I. G. Farben, bautizada como I. G.-Auschwitz.

Situada en los alrededores de la ciudad polaca de Monowitz, a pocos kilómetros del campo central de Auschwitz (Auschwitz I), la I. G. Farben invirtió en ella, como ya se ha mencionado anteriormente, más de setecientos millones de marcos (cerca de 1,4 millones de dólares al cambio de 1942). De mayo de 1941 a octubre de 1942, las SS transportaban los prisioneros de Auschwitz I hasta la Buna, primero a pie, y más tarde en vagones. En octubre de 1942 se construyó el campo de Auschwitz III, llamado también Auschwitz-Monowitz, o simplemente Buna, para alojar a los prisioneros elegidos para el trabajo en la fábrica.

El superviviente judío italiano Primo Levi llegó a Auschwitz a finales de febrero de 1944 y fue elegido para trabajar en la Buna. En su libro *Si esto es un hombre*, describe así el lugar: «La Buna es grande como una ciudad; ahí trabajan, además de los dirigentes y técnicos alemanes, 40.000 extranjeros, se hablan quince o veinte lenguas diferentes. Todos los extranjeros viven en varios *Lager* (campos de concentración, en alemán) que circundan la Buna: el *Lager* de los prisioneros de guerra ingleses, el *Lager* de las mujeres ucranianas, el *Lager* de los franceses voluntarios y otros que no conocemos. Nuestro *Lager* (*Judenlager* —campo de los judíos, *Vernichtunglager*— campos de exterminio, *Kazett* —campo de concentración—) proporciona por sí solo 10.000 trabajadores procedentes de todas las naciones de Europa y nosotros somos los esclavos de los esclavos, a quienes todos pueden dar órdenes, y nuestro nombre es el número que llevamos tatuado en el brazo y cosido en el pecho».[7]

La elección de Auschwitz para instalar en él la Buna se determinó no solo por la abundancia de mano de obra, sino sobre todo por su bajo coste: la empresa pagaba a las SS seis marcos diarios por un obrero especializado y cuatro por uno no especializado. El coste de mantenimiento de un prisionero variaba entre 0,3 y 0,7 marcos al

día, permitiendo así una ganancia sustancial por ambas partes. Además, la satisfacción es evidente en el siguiente extracto de una carta escrita el 12 de abril de 1941 por el delegado principal de la I. G. Farben en Auschwitz, Otto Ambros, y dirigida a la dirección general de la fábrica: «El Dr. Eckell nos ha prestado un gran servicio; además, nuestra reciente amistad con las SS ejerce una acción positiva. Con motivo de una cena que nos ofreció la dirección del campo de concentración, fijamos todas las medidas relativas a las ganancias que obtendría la fábrica Buna de la organización, verdaderamente notable, del campo de concentración».[8]

En realidad, la cooperación entre las SS y la I. G. Farben era notable y complementaria a todos los niveles: las SS proporcionaban, por ejemplo, el material para los barracones construidos por la empresa, así como a los guardas, a los que la I. G. Farben añadía su política de fábrica. Cuando la I. G. Farben quería castigar a los prisioneros, las SS se encargaban de su aplicación y así sucesivamente… Pero, más allá de la cooperación fundamental, técnica y administrativa, la I. G. Farben fue más lejos y adoptó los métodos y la mentalidad de las SS, especialmente el ritmo infernal de trabajo: un día de 1944, un grupo de nuevos detenidos recibido por el representante de la I. G. fue avisado de que no habían ido allí a vivir, sino a «perecer bajo el cemento», aludiendo a la práctica de cubrir los cadáveres con cemento. En efecto, la esperanza de vida de un prisionero que trabajaba en la I. G.-Auschwitz era de tres a cuatro meses y de alrededor de un mes en las minas de carbón de la periferia. De los cerca de 35.000 prisioneros que pasaron por la Buna, al menos 25.000 murieron.[9]

Hay otro episodio que revela la identificación de los directores de la empresa con los métodos de las SS: un día estaban dos prisioneros, ambos médicos, trabajando en la Buna cuando pasó un grupo de altos cargos de la I. G. Farben que estaban de visita en la fábrica. Uno de los directores señaló a uno de los prisioneros y dijo

al SS que los acompañaba: «Este cerdo judío debería trabajar un poco más deprisa». Otro, que escuchó el comentario, corroboró: «¡Si son incapaces de trabajar, enviadlos a la cámara de gas!». Cuando acabó la inspección, al médico en cuestión, de nombre Löhner-Beda, lo sacaron del equipo de trabajo y le dieron patadas hasta que, ya moribundo, lo llevaron a las cámaras de gas.[10]

En su descripción de la Buna, Levi continúa: «La Buna es desesperante, esencialmente opaca y gris. Esta maraña interminable de hierro, de cemento, de lodo y de humo es la negación de la belleza. Sus calles y sus edificios se llaman como nosotros, con números y letras, o si no, con nombres inhumanos y siniestros. Dentro de su cerca no crece ni una sola mata de hierba y la tierra está impregnada de los residuos venenosos del carbón y del petróleo, y nada más hay vivo a no ser máquinas y esclavos: y ellas están más vivas que ellos».[11]

Al final de la guerra, los bombardeos de los aliados agravaron significativamente la vida de los reclusos, en gran parte debido a la furia de los alemanes que, frente a la derrota inminente, redoblaban la crueldad: «Su furor era como el de un hombre tranquilo que despierta de un largo sueño de dominación y se descubre arruinado sin poder entender por qué».[12] En agosto de 1944, la Buna fue destruida por un bombardeo aliado.

En 1961, Rudolf Vrba y otros supervivientes iniciaron un proceso judicial contra la I.G. Farben reclamando el pago del salario que les faltaba: un tribunal de la RFA ordenó la restitución a estos supervivientes de 2.500 marcos. En contrapartida, tanto el tribunal como la I. G. Farben se negaron al pago de indemnizaciones a los familiares de los que murieron como trabajadores esclavos al servicio de esas inmensas fábricas, lo que significa que la I. G. Farben se benefició de mano de obra gratuita al 90 por ciento.

Como ya se ha referido, otras grandes empresas alemanas se unieron a la I. G. Farben en Auschwitz. Krupp fue una de ellas, en

1943, consiguiendo de las SS la deportación al campo de aproximadamente 500 operarios judíos de dos empresas de Berlín. Otra fue la fábrica de explosivos Union, que empleó básicamente a mujeres, algunas de las cuales pagaron más tarde con la vida el valor de sustraer clandestinamente algunos explosivos para la Resistencia del campo. Además de estas empresas, también se instalaron otras unidades en campos satélites de Auschwitz: las empresas Hermann Göring de minas de carbón y la Siemens-Schuckert, entre otras, todas ellas basadas en la explotación de trabajo esclavo de Auschwitz III. El número medio de trabajadores-prisioneros de cada una de esas empresas era de 40.000.

Así pues, grandes empresas alemanas fueron totalmente conniventes con el nazismo y con su máquina de destrucción. Menos probablemente por adhesión ideológica que por ambición por el lucro, no obstante, su colaboración en la máquina de muerte tuvo un impacto decisivo en la aniquilación de cientos de miles de personas. En los juicios de Núremberg de después de la guerra, Alfried Krupp von Bohlen, quizás uno de los más importantes industriales de la época, lo reconoce: «Como respuesta a la pregunta de por qué razón mi familia se declaró a favor de Hitler, yo respondí: "Nosotros, hombres de la Krupp, no somos idealistas, sino realistas. La economía necesita un desarrollo sano y progresivo. Hitler tenía un plan y sabía actuar". Los ideales no existen. La existencia es un combate para mantenernos con vida por el pan y por el poder. Hablo con toda franqueza porque así es necesario en esta hora amarga de la derrota. En este combate implacable necesitábamos una mano fuerte y dura. La de Hitler lo era. Después de años bajo su dirección nos sentíamos todos muchos más a gusto… La mayoría del pueblo estaba de acuerdo con el gobierno, la nación entera se solidarizó con los objetivos que Hitler perseguía. Nosotros, hombres de la Krupp, nunca nos preocupamos mucho por la vida humana. Queríamos un sistema que funcionase bien y nos ofreciese la posibilidad de

trabajar con tranquilidad. La política no nos preocupaba. Cuando me interrogaron sobre lo que sabía a propósito de la política antijudía de los nazis, dije que lo ignoraba todo sobre el exterminio de los judíos y añadí: "Cuando se compra un buen caballo, no se ven los pequeños defectos" (…)».[13]

[1]Oficio de Himmler a Glücks, inspector de la WVHA, Hilberg, p. 1698.

[2]Poliakov, Léon, *op. cit.*, p. 88.

[3]Hoess, Rudolf, *Le commandant d'Auschwitz parle,* Édition La Découverte, París, 1995, 2005, p. 139.

[4]Hilberg, Raul, *op. cit.*, 1701.

[5]Waitz, Robert, *Témoignages strasbourgeois,* citado por L. Poliakov, *op. cit.*, pp. 226-228.

[6]Hilberg, Raul, *op. cit.*, pp. 1707-1712.

[7]Levi, Primo, *Se isto é um homem*, Editorial Teorema, 1988, pp. 74-75.

[8]Poliakov, Léon, *op. cit.*, p. 88.

[9]Hilberg, Raul, *op. cit.*, p. 1718.

[10]*Ibidem*, p. 1717.

[11]Levi, Primo, *op. cit.*, p. 74.

[12]*Ibidem*, p. 121.

[13]Poliakov, Léon, *op. cit.*, pp. 94-95.

VI. HAMBRE, ESPERANZA DE VIDA Y «MUSELMANIZACIÓN»

Uno de los peores flagelos del campo era el hambre. «El campo es hambre, nosotros somos el hambre, el hambre en su manifestación absoluta», escribe Primo Levi.

El suministro de víveres a los campos se hacía según un sistema de racionamiento elaborado por el Ministerio de Abastecimiento y Agricultura y su distribución a los prisioneros era responsabilidad exclusiva de la administración de Auschwitz. La cantidad ínfima de las raciones de comida que recibían, así como el trabajo agotador al que se les obligaba, hacía que los prisioneros se debilitaran hasta llegar al estado designado en la jerga del campo como «*muselmanización*».[1] Robert Waitz, que trabajó como prisionero en la enfermería del campo, describe ese estado: «En tales condiciones de vida, el preso agotado, subalimentado, mal protegido del frío, adelgaza progresivamente 15, 20, 30 kg. Pierde del 30 al 35 por ciento de su peso. El peso de un hombre normal baja hasta los 40 kg, pero entre los reclusos se ven pesos de 30 y de 28 kg. El individuo consume sus reservas de grasa, sus músculos, se descalcifica. Se vuelve lo que en la jerga del campo se llama "*muselmann*" (…). El estado de "*muselmann*" se caracteriza por la intensidad de la desaparición de la masa muscular que lo convierte solo en piel y huesos. Todo el esqueleto sobresale, en particular las vértebras, las costillas y la cintura pélvica. Otro hecho decisivo es que la decadencia física viene acompañada de una degradación intelectual y moral. Cuando esa doble decadencia se completa, el individuo presenta un cuadro típico: está completamente vacío tanto física como cerebralmente. Camina con lentitud, tiene la mirada fija, inexpresiva, a veces ansiosa. La

formación de ideas es muy lenta. El infeliz ya no se lava ni se cose los botones. Está embrutecido y soporta todo pasivamente. Ya no intenta luchar ni ayudar a nadie. Coge la comida del suelo, de la basura, se lo come todo sucio y crudo (…). En suma, el ser humano rebajado al estado de animal».[2]

Para Primo Levi, los «muselmänner» son la columna vertebral del campo: «Su vida es breve, pero su cantidad es enorme, son ellos, la masa anónima, continuamente renovada y siempre idéntica, la de los no-hombres que marchan y se fatigan en silencio; en su interior se ha apagado la centella divina, ya demasiado vacíos para sufrir de verdad. Se duda en llamarlos vivos: se duda en llamar muerte a su muerte, ante la que no tienen miedo, pues están demasiado cansados para poder percatarse de ella. Pueblan mi memoria con su presencia sin rostro, y si pudiese resumir en una única imagen todo el mal de nuestro tiempo, escogería esta que me es familiar: un hombre reseco con la cabeza gacha y los hombros curvados en cuyo rostro y en cuyos ojos no se puede leer ninguna señal de pensamiento».[3]

El mismo Levi confiesa que, después de una semana en el campo, dejó de tener ganas de lavarse. A un compañero que le pregunta por qué motivo ya no se preocupa por la higiene, este responde simplemente: «¿Para qué, si de dentro de media hora estaré trabajando de nuevo con sacos de carbón?». Sin embargo, de ese compañero es de quien recibe la primera y quizás la lección principal de supervivencia: «Lavarse es reaccionar, es no dejar que nos reduzcan a animales; es luchar por vivir, para poder contar, para dar testimonio; es mantener la última facultad del ser humano: la facultad de negar nuestro consentimiento».

El hambre se convierte en una sensación permanente y obsesiva. Ocupa la mente y las entrañas. Todas las energías permanecen concentradas en conseguir cualquier cosa para acallar el ansia dolorosa del cuerpo que no da tregua. El prisionero recibía un litro

de sopa a medio día y al final de la tarde. Esta consistía en una especie de agua caliente en la que flotaban algunos trozos de verduras secas que «más bien parecían pedazos de madera», a veces algunas hojas de col o nabo. Por la noche, la sopa era ligeramente más espesa: cuatro veces a la semana contenía unas escasas patatas, mal peladas y medio podridas, pero la fécula la hacía más espesa. Dos veces a la semana se distribuía una sopa de hojas de nabiza intragable, sin ninguna materia grasa, y una vez a la semana, una sopa de cebada ultra cocida que se parecía más bien a una papilla pegajosa. Exceptuando la sopa de nabiza, las demás contenían uno o dos gramos de materia grasa. Además de las sopas, los prisioneros recibían «porciones», que consistían en cerca de 300 o 350 g de pan «rico en salvado y con frecuencia con serrín». Junto con el pan, recibían cinco veces a la semana 5 g de margarina, o sea, un total de 75 g de materia grasa; una vez a la semana tenían derecho a un pequeño trozo de chorizo parcialmente vegetal (75 g aproximadamente) y alguna que otra vez a una o dos cucharadas de gelatina (20 g). De vez en cuando recibían dos cucharadas de queso blanco de leche desnatada (de 10 a 40 g). El agua no era potable. Para beber se distribuía diariamente medio litro de un sucedáneo de café sin azúcar…[4]

Hans Münch fue médico en Auschwitz entre 1943 y 1945. Alemán y miembro de las SS, fue reclutado como científico y enviado al Instituto de Higiene de las Waffen-SS en Raisko, a cerca de cuatro kilómetros del campo principal de Auschwitz. A petición de los aliados redactó, ya en la cárcel, en 1947, un informe titulado «Hambre y esperanza de vida».[5] En ese informe Münch afirma que para sobrevivir, todo ser humano necesita, en estado de reposo absoluto, 1500 calorías cada veinticuatro horas. Cualquier actividad suplementaria exige más calorías: incluso el simple hecho de permanecer de pie sin ninguna actividad, requiere un suplemento de 300 calorías. La necesidad de calorías aumenta con la dureza del

trabajo, de forma que un trabajador manual necesita de 4000 a 5000 calorías diarias. Ahora bien, escribe Münch, en Auschwitz la ración diaria del prisionero esclavo era aproximadamente de 1500 calorías, cuando en realidad la reposición de la fuerza de trabajo necesitaría, como mínimo, tres veces más. En ausencia de las calorías necesarias, el moribundo, a falta de grasa, cubre su déficit calórico con «sustancia viva» de su cuerpo, o sea, con las proteínas. Pero como el cuerpo humano no dispone de una reserva de proteínas, cada gramo que se consume así representa la pérdida de un tejido esencial para la vida y conduce inevitablemente a la muerte debido a la atrofia y la destrucción de todos los órganos.

Teniendo en cuenta esta situación, Münch calcula que para un preso medio, que consume como media 1.500 calorías en cada periodo de veinticuatro horas, la esperanza media de vida no sobrepasa los seis meses, lo que queda confirmado, según él, en las estadísticas del campo. Un suplemento de 300 calorías diarias para un trabajo pesado podría aumentar la esperanza de vida en un mes; 600 calorías, tres meses y medio más; y con un suplemento de 1.000 calorías diarias la esperanza de vida aumentaría dieciséis meses.

Sin defensa alguna, las epidemias causaban estragos ente los prisioneros. Münch escribe que la lucha contra las epidemias se consideraba una tarea capital en Auschwitz, porque era necesario impedir a toda costa la transmisión de las fiebres tifoideas al otro lado de la alambrada. «Así pues, era necesario hacer lo que fuera contra los *"muselmann".* Sin embargo, no se recurría a la vía normal, es decir, a la prevención a través de una mejor alimentación, sino que se luchaba contra la multiplicación de los *muselmänner* recurriendo a una generosa aplicación del "tratamiento especial" (entiéndase cámara de gas), como *prophylacticum magnum sterilicum auschwicience*».

Rudolf Vrba nunca olvidará el día 29 de agosto de 1942. Era miércoles, día en que los prisioneros recibían un suplemento de medio pan y un poco de salami. Ese día funesto, al volver del trabajo, exhausto y hambriento, todos sus pensamientos se concentraban en la perspectiva de los «manjares» que lo esperaban. Pero en cuanto pasaron el portón de entrada, Vrba se dio cuenta de que pasaba algo diferente. Normalmente, cuando llegaba su grupo de trabajo nocturno, todo estaba en calma y la gente ya acostada, pero aquel día el campo estaba en efervescencia y todos los equipos diurnos y nocturnos reunidos en la plaza de la llamada. Exhausto, con las piernas doloridas y muerto de hambre, Vrba fue obligado a permanecer, igual que los demás prisioneros, de pie en la plaza sin poderse moverse hasta las tres de la mañana, mientras que los *kapos* y las SS pasaban revista a las piernas de cada uno de los detenidos por separado. Cuando el SS pasaba por delante de ellos, este observaba sus piernas a la luz de un potente proyector y los obligaba a correr individualmente unos veinte metros y a volver al mismo paso. En efecto, la fiebre del tifus se diagnosticaba en primer lugar en las piernas hinchadas y con dificultades para correr. Así que, el objetivo de aquella prueba era seleccionar los que se habían contagiado, condenándolos a muerte inmediatamente. Si el jefe SS levantaba el dedo, el detenido era llevado a la fila de la derecha, donde se reunía con los que todavía podían seguir trabajando. Los demás, con las piernas hinchadas por la falta de comida y tambaleándose, eran llevados a la fila de la izquierda, que desaparecía en la oscuridad de la noche.

Vrba se encontraba en un estado de agotamiento total tras veinticuatro horas sin dormir, diez de las cuales había trabajado en la Buna y otras tantas marchado a pie en la plaza con el estómago vacío. Cuando llegó su turno, tenía las piernas infladas, aunque no mucho, y como los demás, hizo de tripas corazón para correr sabiendo que se jugaba la vida. A pesar de ello, no pasó el test y lo

enviaron a la fila de la izquierda con un camarada suyo. Milagrosamente, acabó salvándose: cuando ya estaba en la fila de los condenados, ambos fueron reconocidos por un *kapo* amigo que, dirigiéndose a ellos a bastonazos, los sacó del grupo de la muerte gritando: «¡Canallas! ¿No ven que están equivocados? Vuestra fila es la otra…». En la semioscuridad del amanecer de aquel día terrible, Rudolf Vrba vio partir al grupo que acababa de dejar en dirección a las cámaras de gas. Ellos dos salvaron por un tris, pero la mitad de la población del campo fue exterminada.

Aquel día, la persona que decidió la vida y la muerte de los prisioneros fue el *Oberscharführer* (sargento-jefe) Jacob Fries: «Fries», escribe Vrba, «es uno de esos brutos integrales que Auschwitz produjo (…). No era su estatura, ni su cara de gánster, ni su mirada fija o la indiferencia con la que nos observaba lo que lo destacaba entre todos nosotros. Era la atmósfera que emanaba de él, una atmósfera diabólica de muerte, algo que instintivamente me hacía pensar que en aquella ancha carcasa no había ni un ápice de piedad, ni un ápice de bondad, ni siquiera de respeto (…). Para mí, Fries es Auschwitz, y así lo será por siempre jamás».[6]

[1]Véase nota 35, capítulo I.

[2]Citado por Léon Poliakov, *Auschwitz*, Julliard/Gallimard, 2006, p. 102.

[3]Levi, Primo, *Se isto é um homem*, Editorial Teorema, 1988, p. 92.

[4]Waitz, Robert, *Témoignages satrasbourgeois,* citado por L. Poliakov, *op. cit.* p. 224.

[5]Hans Münch, *Faim et espérance de vie à Auschwitz,* 3 de noviembre de 1947.

[6]Vrba, Rudolf, *Je me suis évadé d'Auschwitz*, Éditions Ramsay, 2004, p. 98.

VII. «CANADÁ»: ROBO Y CORRUPCIÓN

Tras el asesinato de muchos prisioneros aquel 29 de agosto de 1942, los comandos de trabajo fueron reorganizados y Vrba entró en el que los detenidos llamaban irónicamente «Canadá», por una supuesta semejanza con el paraíso. En efecto, se trataba de un enorme depósito con los bienes confiscados a los deportados, en muchos casos, sus bienes más preciados. Esas pertenencias eran separadas y clasificadas por equipos de prisioneros para volver a ser reutilizadas, a continuación, por el Estado nazi de diversas maneras en el marco de una operación planificada en la que nada se dejaba al azar.

«Era un espectáculo increíble: un terreno rectangular de enormes proporciones, con vigilantes en cada esquina y rodeado de una alambrada de púas. Lo que me impactó nada más entrar fue la montaña de maletas y de sacos de todo tipo apilados en medio del terreno. Al lado había otro montón enorme de mantas y colchas, cincuenta mil, quizás cien mil. A la izquierda, me tropecé, horrorizado, con cientos de carritos de bebé, cunas de recién nacidos, unos aristocráticos, de ricos, otros modestos, de gente pobre. Más adelante había otro montón, esta vez de cacerolas y utensilios de cocina procedentes de las miles de casas de una docena de países diferentes, testigos patéticos y anónimos de millones de comidas que sus propietarios nunca más comerían. Cerca de unos barracones vi una fila de chicas jóvenes sentadas con un cubo a cada lado: el de la derecha estaba lleno de tubos de dentífrico que las jóvenes vaciaban en el de la izquierda. Esa manera de hacer, desperdiciando la pasta de dientes, me pareció contraria a la idea que yo tenía de los alemanes, pero más tarde comprendí el motivo: la probabilidad de que un tubo de cada diez mil contuviera

un diamante, escondite inocente de alguna familia que esperaba, así, comprar su libertad o incluso la vida…».[1]

En abril de 1941, una directiva del anteriormente mencionado Oswald Pohl ordenaba a la inspección de los campos de que estaba fuera de duda la restitución a sus familiares de los bienes confiscados a los judíos en los campos de concentración.[2] Así pues, se despojaba completamente a las víctimas de las cosas más insignificantes. Todo se confiscaba y todo se recuperaba según una cadena altamente eficaz: equipos de prisioneros recogían las maletas y los sacos que los recién llegados dejaban en los andenes o en los vagones; otras verificaban su contenido separando los diferentes objetos —alimentos, ropa, joyas, productos de aseo, dinero, documentos profesionales, fotos familiares— y se los llevaban a los equipos que se encargaban de clasificarlos y almacenarlos en sus depósitos respectivos. A continuación, ya cerca de las cámaras de gas, llegaba el turno de que los «peluqueros» cortasen el pelo a las mujeres y, al final de esta siniestra cadena, se les arrancaban los dientes de oro a los cadáveres y se aprovechaba la grasa humana de los cuerpos incinerados para ayudar a la combustión en los hornos crematorios. De esta manera, la extorsión y la confiscación de los bienes eran parte integrante e indisociable del proceso de exterminio.

«La muerte de unos es el pan de otros»

Kitty Hart formaba parte del equipo nocturno encargado de separar la ropa de las mujeres: «Teníamos que hacer paquetes de doce. La ropa se doblaba y se ataba cuidadosamente. Nos obligaban a hacer un número determinado de paquetes en un tiempo record. A continuación, los paquetes se apilaban en otro barracón y se transportaban a Alemania en camiones que partían diariamente con

los tesoros de las víctimas (…). Teníamos que palpar cuidadosamente la ropa en busca de oro y joyas escondidas, porque el Reich alemán quería oro, dólares, diamantes y otras piedras preciosas. El saqueo partía en sacos propios del campo. A pesar de que supiéramos que esconder aquellos objetos nos podía condenar a muerte, mis tres amigas y yo misma nunca entregamos dichos bienes. Preferíamos utilizar los billetes de banco como papel higiénico. También enterramos latas enteras llenas de oro y piedras preciosas. A veces, cuando podíamos, entregábamos esas piezas a los prisioneros que tenían contactos con la Resistencia polaca con la esperanza de poder, así, obtener armas y municiones para una futura insurrección…».[3]

A pesar de la estrecha vigilancia y de los violentos castigos de los *kapos* y las SS, los prisioneros más expertos lograban sustraer regularmente numerosos bienes, sobre todo comida, lo que les permitía mantener a él y a los suyos, si no la vida, al menos una condición mejor y organizar un verdadero mercado negro en los campos. «En ningún lugar del mundo», escribió Pery Broad, funcionario de la Gestapo en Auschwitz, en su declaración después de la guerra,[4] «la fórmula "la muerte de unos es el pan de los otros" fue tan verdadera como en este campo de exterminio». En realidad, las condiciones de vida en Auschwitz originaron una inversión total del valor de las cosas, para lo que contribuyó la existencia de «Canadá»: un poco de agua potable valía más que un anillo de brillantes, un diamante podía cambiarse por una manzana. La afirmación de una detenida «es más fácil obtener un reloj suizo de pulsera de oro que un instante de reposo» ilustra perfectamente esta realidad. «En Auschwitz», concluye el ex prisionero Hemann Langbein, «los relojes significaban mucho más que un simple instrumento de medida del tiempo».[5]

Sin embargo, eran las SS las que más se beneficiaban de la gigantesca corrupción que reinaba en Auschwitz consecuencia

directa y complementaria del gaseamento del millón de personas de todos los países, sobre todo de los judíos, a quienes se les aconsejaba llevar el máximo de bienes transportables con el argumento de la imposibilidad de obtener ropa, vajilla u otros utensilios en las regiones lejanas del este a donde supuestamente irían a trabajar y vivir. Con esa perspectiva, aparentemente plausible, la gente cargaba muchas veces no solo con ropa y objetos de primera necesidad, sino también con instrumentos médicos, productos farmacéuticos y, sobre todo, dinero en forma de divisas extranjeras, oro y joyas. Muchas de esas pertenencias iban a parar a manos de las SS, quienes se mostraban más interesados, sin embargo, por los bienes de los que se podían beneficiar de inmediato, como cigarrillos, perfumes, conservas finas y, evidentemente, dinero y piedras preciosas que les permitían otro tipo de placeres.

Liebehenschel, que asumió el mando de Auschwitz después de Hoess, intentó reprimir los robos. El 16 de noviembre de 1943 advertía, en una circular, que todos los bienes eran propiedad del Estado y que solo este podía decidir su utilización: «Quien toque la propiedad del Estado, se denuncia a sí mismo como delincuente y se excluye automáticamente de las SS».[6] Aparentemente, y según el testimonio de exprisioneros al final de la guerra, estas amenazas surtieron poco efecto.

La extorsión al servicio de las SS

Los bienes judíos también se utilizaban al servicio de los intereses propios de las SS. El gabinete de Pohl era generoso con los propios miembros de las SS, sobre todo con los soldados heridos y sus familias, con departamentos gubernamentales y con todos aquellos a quien pedía favores, de los que esperaba, a cambio, gratitud y

fidelidad. El 7 de septiembre de 1942, Pohl informaba a Himmler de que intentaba ofrecer a familiares de las SS, como regalos de Navidad, abrigos de mujer, guantes, ropa de niño y juguetes expoliados a los judíos. La «propiedad del Estado» era una poderosa tentación y un estímulo para la corrupción en toda la cadena de las SS, desde un simple guarda de los campos de concentración hasta el más alto nivel.

Es difícil calcular el valor total de la extorsión efectuada por los alemanes en Auschwitz a lo largo de los años, pero, teniendo en cuenta el número de víctimas, seguro que representó una suma astronómica. Algunos documentos de los archivos nazis dan una idea más precisa de cómo se repartían y distribuían todos esos bienes y, sobre todo, de qué tipo de bienes se trataba de recuperar. Un informe «secreto» del 6 de febrero de 1944 firmado por Pohl, cuando era director del Departamento Central de Economía de las SS, confirma la entrega de 825 vagones de ropa usada, zapatos y telas procedentes de los campos de Lublin —Madjanek y Auschwitz —, 570 de los cuales al Ministerio de Economía y el resto al Ministerio de Juventudes y otras administraciones alemanas. Entre los 570 vagones entregados al Ministerio de Economía había uno referido en el informe que merece una atención especial: se trata de un vagón de 3.000 kg de pelo de mujer. Este pelo se transformaba en fieltro industrial por decisión transmitida en una circular también «secreta» del 6 de agosto de 1942, firmada esta vez por Glücks, *SS-Brigadeführer* y general de la Waffen-SS:

«El jefe del Servicio Central de Economía y Administración, el *SS-Gruppenführer* Pohl, ha dado orden de recuperar el pelo humano en todos los campos de concentración. El pelo humano se transformará en fieltro industrial, después de ser enrollado en bobinas. Una vez peinado y cortado, el pelo de las mujeres servirá para fabricar zapatillas para los equipamientos submarinos y

calcetines de fieltro para la *Reichsbahn.* Así pues, después de desinfectarlo, el pelo cortado de las mujeres prisioneras será obligatoriamente conservado. En cuanto al pelo de los hombres, este solo se conservará si tiene una medida de 20 mm».[7] Al llegar a Auschwitz, en enero de 1945, los soldados soviéticos todavía encontraron toneladas de pelo almacenado, último vestigio de las vidas segadas de innumerables mujeres.

Más allá del pelo, los alemanes también recuperaban los huesos no incinerados. Los vendían a la empresa Strem, que los utilizaba para fines industriales. Otra importante fuente de saqueo era el oro procedente de los dientes extraídos a los cadáveres de todos los campos de concentración por orden de una circular de enero de 1943. En «Canadá» existía un taller de orfebrería en el que una parte de ese oro se transformaba en lingotes que, a continuación, se depositaban en el Reichsbank.

Parte del oro y de las piedras preciosas las recogían los *Sonderkommando* —comandos especiales que trabajaban en los crematorios y cuya función, como veremos más tarde en detalle, consistía en revisar y despojar de sus pertenencias a los cadáveres de las cámaras de gas antes de incinerarlos. El médico-prisionero húngaro Miklós Nyiszli, que dio testimonio de numerosas acciones de exterminio en Auschwitz-Birkenau, escribe que los dientes y objetos de oro que diariamente proporcionaban los cuatro crematorios producían, después de fundirlos, entre 30 y 40 kg de oro puro.

Aunque corriesen constantemente peligro de vida, esta función permitía a los *Sonderkommando* apropiarse, a veces, de una parte del oro y así corromper a sus guardas a cambio de determinados privilegios. Nyiszli cuenta cómo se desarrollaba el procedimiento:

«El oro va dentro del bolsillo del hombre del *Sonderkommando* hasta la puerta del crematorio. Allí, el

hombre se acerca al guarda de las SS e intercambia unas palabras con él. Este le da la espalda y se aleja de la puerta. En los raíles que pasan por delante del crematorio trabaja un equipo de operarios polacos, vigilados por un jefe. A una señal, el jefe de equipo trae un saco doblado y a cambio se lleva el oro envuelto en papel. Normalmente combinan un pedido más para el día siguiente.

El *Sonderkommando* entra entonces en la sala del guarda con el saco, del que saca un centenar de cigarrillos y un frasco de aguardiente. El guarda de las SS entra en la sala y se mete rápidamente el frasco y los cigarrillos en el bolsillo. Su satisfacción es evidente porque normalmente solo tiene derecho a dos cigarrillos al día y el alcohol está prohibido. Aquí, sin embargo, los cigarros y el aguardiente son indispensables, como estimulantes y como narcóticos (…). De esta manera pasan por aquí las mercancías más preciadas, tales como mantequilla, fiambre, cebollas y huevos (…). Las SS y los hombres del *Sonderkommando* se aprovisionan así de abundantes cigarros, alcohol y bienes de toda especie. Todo el mundo hace como que no sabe nada y nadie quiere saber, porque todos ganan con el tráfico».[8]

En realidad, el riesgo de los *Sonderkommando* es enorme, pero saben que no tienen nada que perder: cada cuatro meses, estos hombres son gaseados y sustituidos por otros. Con todo, para estos muertos en suspenso, se trata de un periodo atroz. Saben que están condenados a muerte y el trabajo al que están obligados les destruye el cuerpo y el alma, llevando a muchos de ellos a la locura: el oro se convierte así en una forma de aminorar el sufrimiento de los últimos momentos de vida…

La existencia de «Canadá» fue una fuente inagotable de corrupción en Auschwitz. Su comandante, Rudolf Hoess, interpreta el fenómeno a su manera: «Los bienes judíos eran causa de dificultades infranqueables en el campo. Los miembros de las SS no

siempre tenían fuerza suficiente para resistirse a la tentación de esos objetos preciosos de tan fácil acceso. Las penas de muerte y de prisión no eran un medio de disuasión suficiente. Los detenidos que poseían objetos de valor podían obtener mejores puestos de trabajo, favores de los *kapos* y de los *blockälteste* (jefes de bloque), o hasta estancias prolongadas en el *Revier* (enfermería) con cuidados especiales. Los controles más rigurosos resultaron impotentes para revertir esta situación. El oro judío fue el verdadero flagelo del campo».[9]

Como buen nazi, Hoess culpa a las propias víctimas de la incapacidad de las SS para resistirse a la tentación. No obstante, falta añadir un pequeño detalle a este escenario de Hoess: si la corrupción generalizada no se podía impedir, también fue porque el comandante mismo estaba enfangado en ella hasta el cuello… Es evidente que Hoess no robaba como un simple SS con acceso a «Canadá». No lo necesitaba: todos los antiguos prisioneros del campo sabían que la familia Hoess tenía sus proveedores habituales que abastecían la casa del comandante de tal forma que él mismo reconoce en sus confesiones que «a mi familia no le faltaba nada en Auschwitz. Todos los deseos de mi mujer y de mis hijos eran satisfechos inmediatamente. Nuestros hijos podían jugar libremente y mi esposa tenía su pequeño paraíso de flores…».[10]

El proveedor encargado de la familia Hoess era el criminal alemán Erich Grönke, funcionario civil de la administración del campo. Este hombre, afamado asesino cruel, fue ascendido por Hoess a ocupar un lugar de dirección en uno de los complejos febriles del campo en el que trabajaban más de ochocientos prisioneros —curtidores, sastres, zapateros, carpinteros y artesanos de todo tipo. Jerzy Rawicz, que trabajó allí como prisionero, fue testigo ocular de la fabricación de objetos encargados por Grönke para el comandante: «sofás de piel, lámparas, carteras, bolsos, maletas, calzado, muebles, diversos objetos de cuero y metal, juguetes, alfombras…

También se llevaban a la familia objetos pertenecientes a los judíos fallecidos en las cámaras de gas, parte de los cuales procedía de "Canadá"».[11]

El jefe de la cantina era otro proveedor de víveres de la casa de Hoess. Este entregaba regularmente carne, charcutería, fruta, alcohol y cigarrillos en una abundancia de la que los mismos alemanes del Reich estaban privados. Cuando Hoess partió a Hungría para ayudar a Eichmann a organizar el transporte de los judíos húngaros a las cámaras de gas de Auschwitz, no se cohibía enviar a su mujer cajas de vino. Jerzy Rawicz remata: «Al dejar definitivamente el paraíso de Auschwitz, se necesitaron varios vagones para cargar todos los bienes acumulados por esta familia de agricultores que eran los Hoess ante de que Rudolf hubiese iniciado su carrera en las SS».

En realidad, los beneficios de la corrupción eran directamente proporcionales a la posición en la jerarquía nazi y fueron creciendo a medida que aumentaban drásticamente los deportados, lo que llevó a la construcción de un segundo «Canadá» a finales de 1943 en Birkenau con cerca de treinta barracas. Así y todo, la ola creciente de bienes robados se volvió incontrolable —pilas de ropa se quedaban durante semanas al aire libre, cofres abarrotados de joyas y de billetes esperaban en sótanos a que hubiese alguien disponible para contarlos y registrarlos, a pesar de los diferentes equipos que no hacían otra cosa tanto de día como de noche.

Pero el hecho es que, según el propio Broad, las SS, que al principio de la guerra ni siquiera tenían medios para adquirir el armamento necesario, consiguieron algunos años más tarde «construir calles enteras con edificios suntuosos de representación o administración». Broad añade que Berlín estaba al corriente de esta situación, comandada por el juez Morgen para tomar medidas severas. Pero «la anarquía era tanta que los malhechores consiguieron asaltar el *bunker* donde se situaba la sección de

valores. Dado que el dinero de la maletas todavía no había sido contado, era imposible saber el montante de la suma robada».[12]

Nunca se sabrá el valor total de la monstruosa extorsión. Más allá de la gigantesca máquina de muerte, Auschwitz fue la mayor empresa de confiscación, robo y saqueo de la que se tiene memoria. Después de una semana de trabajar en «Canadá», Rudolf Vrba resume así el verdadero significado de Auschwitz: «Me encontraba en una fábrica de muerte, en un centro de exterminio donde miles y miles de hombres, mujeres y niños eran gaseados y quemados no solo porque fuesen judíos, motivación principal del Führer, sino también porque, por su muerte, ellos participaban en el esfuerzo de guerra alemán (…). Y, más tarde, descubrí también que todo eso servía no solo para reforzar la economía del Reich, sino también para desestabilizar la economía de los aliados por medio de los bancos suizos».[13]

[1]Vrba, Rudolf, *Je me suis évadé d'Auschwitz*, Éditions Ramsay, 2004, pp. 171-172.

[2]Hilberg, Raul, *op. cit.*, 1749.

[3]Citado por Léon Poliakov, *Auschwitz*, Julliard/Gallimard, 2006, p. 67.

[4]Declaración de Pery Broad, *Auschwitz vu par les SS*, V edición, Museo de Estado de Auschwitz-Birkenau, Oswiecim, 2007, p. 134.

[5]Langbein, Hermann, *Hommes et femmes à Auchwitz-Birkenau*, Oswiecim, 2007, p. 134.

[6]Hilberg, Raul, *op. cit.*, 1756.

[7]Citado por Léon Poliakov, *Auschwitz*, Julliard/Gallimard, 2006, p. 73.

[8]Nyiszli, Miklós, *Auschwitz*, *A Doctor's Eyewitness Account,* Penguin Books, 1960, 2011, p. 49.

[9]Hoess, Rudolf, *Le commandant d'Auschwitz parle*, Éditions La Découverte, Paris, 1995, 2005, p. 242.

[10]*Ibidem*, p. 191.

[11]Rawicz, Jerzy, *Auschwitz vu par les SS*, V edición, prefacio, Museo de Estado de Auschwitz-Birkenau, Oswiecim, 2007, pp. 13-14.

[12]Declaración de Percy Broad, *Auschwitz vu par les SS*, V edición, Museo de Estado de Auschwitz-Birkenau, Oswiecim, 2007, p. 146.

[13]Vrba, Rudolf, *op. cit.*, p. 179.

VIII. LAS MUJERES EN AUSCHWITZ: EL INFIERNO EN FEMENINO

Hasta la primavera de 1942, Auschwitz es un campo exclusivamente de hombres. Pero el 26 de marzo de ese año llegan cerca de 999 mujeres judías de Poprad, en Eslovaquia, y más o menos el mismo número de alemanas procedentes del campo de Ravensbrück —prisioneras políticas, testigos de Jehová, «asociales», criminales—, acompañadas de Johanna Langefeld, guarda mayor del campo.

Ravensbrück era un complejo campo de concentración y de trabajo esclavo con varios campos satélites situados junto a las fábricas militares donde las reclusas eran obligadas a trabajar doce horas a día con míseras raciones de comida, incluyendo adolescentes menores de edad. Una de sus funciones más importantes era la confección de uniformes militares. También fue un campo de entrenamiento para guardas al servicio de las SS: cerca de 3.500 mujeres alemanas recibieron ahí «formación», ejerciendo después funciones en Ravensbrück y en muchos otros campos, como Auschwitz.

Como ya se ha mencionado en capítulos anteriores, Ravensbrück fue un campo casi exclusivamente de mujeres, situado a aproximadamente ochenta kilómetros de Berlín, en pleno corazón de Alemania. Creado en 1939, funcionó hasta 1945. Cerca de 130.000 mujeres de diversas nacionalidades, sobre todo alemanas, polacas, rusas, ucranianas y francesas, pasaron por el campo, así como judías y gitanas. De ese total murieron 92.000. También estuvieron ahí muchos niños, principalmente gitanos y judíos, y casi todos perecieron. Los primeros años de funcionamiento del campo, las prisioneras eran ejecutadas con una bala en la nuca. Pero a partir de 1942, las condenadas a muerte eran enviadas a Auschwitz-Birkenau

y a otros centros de exterminio. Al final, serían asesinadas en dicho campo con inyecciones de fenol. Así que, se construyó un crematorio en 1943 y, a principios de 1945, se instalaron en él cámaras de gas en las que murieron alrededor de 2.300 mujeres. La mayoría de las prisioneras fue evacuada en las «Marchas de la muerte» en marzo de 1945 y cuando el Ejército Rojo llegó a Ravensbrück, el 30 de abril, solo quedaban 3.000 mujeres enfermas.

Ahí fue asesinada Olga Gutmann Benário, comunista judía alemana nacida en Múnic, mujer del dirigente brasileño, también comunista, Luís Carlos Prestes, con quien vivía en Brasil. Olga, cuyo verdadero nombre era María Bergner, conoció a Prestes en la Unión Soviética, donde trabajaba para la Internacional Comunista. En 1935 ambos se trasladaron a Brasil, donde fueron detenidos en 1936 después de un intento de insurrección militar fallida. A pesar de estar embarazada, Olga fue extraditada ese mismo año a Alemania por el gobierno de Getúlio Vargas. A su llegada a Berlín, fue inmediatamente detenida por la Gestapo y llevada a la prisión de mujeres de la Barnimstrasse, donde acabó teniendo a su hija, Anita Leocadia. La niña sería entregada al abuelo en Río de Janeiro, y Olga deportada, primero al campo de Lichtenburg, y en 1939 a Ravensbrück, donde sería gaseada junto a 199 mujeres el 23 de abril de 1942.

En ese campo también estuvieron mujeres resistentes de varios países ocupados de Europa —el mayor de esos grupos estaba formado por doscientas jóvenes patriotas polcas del *Armia Krajowa,* «Ejército del Interior» polaco clandestino. Entre las numerosas prisioneras destacan Geneviève de Gaulle-Anthonioz, sobrina del general Charles de Gaulle y miembro de la Resistencia francesa, y Margarete Buber-Neumann, militante del Partido Comunista de Alemania durante la República de Weimar. Refugiada en Moscú con su compañero Heinz Neumann después de la llegada al poder de Hitler, Margarete y Heinz acabaron por ser capturados

por las purgas de Stalin en 1937. Margarete fue internada en el campo de trabajos forzados de Karaganda, en el Kazajstán soviético, como «mujer de un enemigo del pueblo», y más tarde entregada a los nazis al abrigo del pacto germano-soviético de agosto de 1939.

Precisamente un año después, en agosto de 1940, Margarete llegó a Ravensbrück con cincuenta mujeres más, donde sobrevivió durante cinco años hasta el final de la guerra. Margarete Buber-Neumann escribió sus memorias como prisionera de Stalin y de Hitler. En la parte dedicada a Ravensbrück, traducida del alemán y editada en Francia,[1] relata la profunda amistad que la unió «en la vida y en la muerte» a otra detenida, Milena Jesenská, periodista, escritora y traductora, originaria de Praga. Amiga de Kafka entre 1920 y 1922, Milena tradujo al checo sus primeros cuentos y la novela *La metamorfosis*. Ella es la destinataria de las *Cartas a Milena* escritas por Kafka y editadas en 1925. Veinte años después, en Ravensbrück, donde fue deportada por resistirse a la ocupación nazi de Checoslovaquia, Milena hablaba con frecuencia de Kafka en sus conversaciones con Margarete, «en las que planeaba el recuerdo de un amor cuyo desenlace trágico era inevitable».[2] Enferma y sin fuerzas, Milena acabó muriendo el 17 de mayo de 1944. Su cuerpo fue incinerado en el crematorio de Ravensbrück.

En el verano de 1942 llegó a Ravensbrück, acompañado por un numeroso grupo de asistentes, el Dr. Karl Gebhardt, un médico famoso, profesor de cirugía en la Universidad de Berlín y jefe de la clínica ortopédica de Hohenlychen. Antes de su llegada se había instalado, en un rincón reservado de la enfermería del campo, una sala de operaciones dotada del equipamiento más moderno. Lo que pasó ahí se mantuvo en el mayor de los secretos —las mismas prisioneras que trabajaban en él tenían prohibido entrar—, pero la verdad acabó por saberse y Margarete la cuenta en su libro: se trasplantaron partes de los músculos y de los huesos de seis jóvenes prisioneras polacas en operaciones llevadas a cabo en simultáneo en

cada par de jóvenes por parte del cirujano y su equipo. «Las semanas pasan», escribe Margarete, «y nuestras polacas permanecen allí, cojeando en la enfermería, apoyadas en muletas. La pantorrilla de sus piernas está atrofiada, parecen piernas de niño, otras solo pueden andar con la punta de los pies…». Pero con ese tipo de experimentos, continua, muchas mujeres murieron de fiebre y de septicemia. «Las que logran "curarse" regresan con sus muletas a los barracones y las "cobayas" —como se les llama— formarán a partir de ese momento parte del paisaje del campo».[3] Geneviève de Gaulle-Anthonioz habla de 75 jóvenes —la más joven, Bacha, de solo catorce años—, algunas de ellas operadas hasta seis veces por Gebhardt «sin asepsia ni anestesia».[4]

Nazi de primer orden, Gebhardt es el responsable directo de la mayoría de los experimentos quirúrgicos pseudocientíficos practicados en prisioneros, no solo en Ravensbrück, sino también en otros campos de concentración, incluyendo Auschwitz. Debido a sus buenos servicios, durante la guerra fue el presidente de la Cruz Roja Alemana. Será uno de los 23 acusados en el juicio de los médicos en Núremberg y condenado a muerte por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Fue ahorcado en la prisión de Landsberg el 2 de junio de 1948.

«Que te golpee una mujer es muy, muy deprimente…»

Como ya se ha referido más arriba, las detenidas condenadas a muerte eran ejecutadas con una bala en la nuca, pero en 1942 muchas fueron directamente enviadas a Auschwitz-Birkenau, donde empezaron a instalarlas en los bloques 1 al 10 en Auschwitz I, separadas por un muro del resto del campo. Estos bloques servirán como campo de mujeres hasta que fueron trasladadas a Birkenau en agosto de 1942. Hasta esa fecha, el campo dependía

administrativamente de Ravensbrück. En ese periodo, entre marzo y julio de 1942, llegaron alrededor de 17.000 mujeres, en su mayoría judías, de las cuales 5.000 murieron antes incluso de su traslado a Birkenau (Auschwitz II).

El campo de las mujeres de Birkenau, el *Frauenlager,* se situaba en el Sector B1a y entre julio de 1943 y 1945, su población era exclusivamente femenina. En teoría, cada barracón estaba previsto para 180 detenidas, pero llegó a sobrepasar las 700 mujeres. Hoess confiesa que la situación de las mujeres era mucho peor que la de los hombres, debido a las deplorables condiciones del campo, agravadas por el hacinamiento siempre creciente. «Las causas de la mortalidad eran extremadamente numerosas», afirma Marie-Claude Vaillant-Couturier,[5] que llegó a Auschwitz el 27 de abril de 1942 en un transporte de París con 230 mujeres más. «En primer lugar, había ausencia total de higiene. Cuando llegamos solo había un grifo de agua no potable para 12.000 prisioneras. Como ese grifo estaba en los lavabos de las alemanas, solo se podía acceder a él pasando por las prisioneras alemanas de delito común que nos golpeaban de manera horrible. Así pues, era casi imposible lavarse o lavar la ropa. Estuvimos más de tres meses sin cambiarnos de ropa; cuando había nieve utilizábamos la nieve derretida para lavarnos. En primavera, cuando íbamos a trabajar, bebíamos y lavábamos nuestra camisa o los pantalones en el mismo charco de agua a la orilla de la carretera. A la vez, nos lavábamos en esa agua sucia. Las compañeras se morían de sed, porque solo nos distribuían medio cuarto de tisana dos veces al día».

«Otra causa de muerte y de epidemias era el hecho de que nos dieran de comer en grandes cuencos rojos que después de cada comida solo se pasaban por agua fría. Como todas las mujeres estaban enfermas y carecían de fuerzas durante la noche para ir al lugar que servía de letrinas y cuyo acceso era indescriptible, acababan por usar los cuencos para tal efecto. Al día siguiente, los

recipientes se llevaban a un montón de basura y, durante el día, otro equipo iba a recuperarlos, les pasaba un poco de agua fría y los volvía a poner en circulación».

«Los zapatos eran otro problema. Con aquella nieve y barro de Polonia, los zapatos de piel se estropeaban al cabo de ocho o quince días. Y así teníamos que quedarnos, con los pies helados y llenos de heridas. Teníamos que dormir con los zapatos llenos de barro, por miedo a que nos los robasen y, casi todas las noches, cuando nos levantábamos para ir al toque de llamada, escuchábamos gritos de angustia, "¡me han robado los zapatos!". Entonces, había que esperar a que el bloque se vaciase para buscar los que nadie quería: a veces eran dos del mismo pie o un zapato y un zueco. Con eso era posible acudir a la llamada, así y todo, para el trabajo era una tortura suplementaria, pues causaban rozaduras y llagas que se infectaban rápidamente por falta de cuidados. Muchas compañeras entraron en el *Revier* (enfermería) debido a las heridas en los pies y nunca más salieron».

Ruth A. llegó a Auschwitz en un transporte de Berlín el 21 de abril de 1943, día de su cumpleaños. En la entrevista que concedió a Michael Pollack, investigador del Centre National de Recherches Scientifiques (CNRS), cuenta que nada más llegar fue separada de su marido: las mujeres a la izquierda, los hombres a la derecha, las madres con hijos de la mano y los ancianos enfermos en medio. «Casi la mitad de la gente iba a la fila central, donde estaban estacionados los camiones de la Cruz Roja alemana, lo que aparentemente era tranquilizador. Y, después, vi a mi marido por última vez. Con sus maneras amables, tan gentil, me bendijo y me abrazó por última vez (…). Cuando nos separaron, yo ya sabía que lo había perdido, que no podría sobrevivir. Él, Karl A., que tuvo el mundo a sus pies, hijo de una gran familia, ¿cómo podría entender que a ojos de un SS no era nadie, nada de nada? De las mil personas de nuestro transporte, no más de doscientas fuimos

llevadas al campo».[6] En cuanto llega, Ruth contrajo tifus. Durante las tres semanas que permaneció en cuarentena, «no nos dieron casi nada para comer». Lo que la ayudó fue una sopa de ranas que algunas compañeras pescaban en un riachuelo junto al lugar al que iban a trabajar diariamente. A pesar de su debilidad, Ruth estaba obligada a comparecer a la señal de llamada todas las mañanas y mantenerse de pie, lo que solo podía hacer amparada por las compañeras: quien se cayese estaba condenada a muerte.

«Lo peor eran las ratas. Una noche tuve que ir a las letrinas y, de repente, veo un torbellino a mi alrededor, como una tempestad que levanta el polvo de la tierra (…). Eran cientos, miles de ratas, grandes como conejos (…). Había decenas muertas en el suelo. Y un SS me dijo: "Cógelas". Nunca había tocado una rata (…). A partir de ahí me habitué. Y en el bloque en el que dormía, las ratas circulaban de un lado a otro y por la noche pasaban por mi camastro, corriendo por encima de la espalda. Ya no me impresionaba».

Lo peor, en realidad, era el castigo físico, la humillación que destruye a las personas. Ruth continúa: «En uno de los comandos, mi trabajo consistía en separar los zapatos por pares, depositarlos en grandes sacos y cargar con los sacos de un lado a otro. El saco pesaba demasiado y no podía trasladarlo. Entonces, me senté completamente absorta, con la mirada perdida, y vino una guarda hacia mí con su pastor alemán y los guantes de cuero negro. Y me pegó con sus propias manos (…). Me golpeó hasta que me desmayé… ¡No me pregunte lo que significa que alguien te golpee! En lo más profundo algo se rompe en nosotros, en nuestro interior. Nos rompen la columna, psicológicamente algo se quiebra. Eso es lo peor. Además, que te golpee una mujer es muy, muy deprimente, muy triste…».[7]

La «hiena de Auschwitz»

La mayoría de las *kapos* de sexo femenino pertenecía al grupo de los triángulos «verdes» —las prisioneras de delito común— y al grupo de los triángulos «negros» —las «asociales»—. Vestidas con largas capas negras, con capuchas también negras por encima de un quepis gris que lucía la calavera de las SS y en la mano un látigo listo para actuar, las *kapos* SS —que en el campo tenían el nombre de «vigilantes» (*Aufseherinen*)— se asemejan a siniestras aves de rapiña. Según el propio Hoess, su papel contribuirá a hacer infernal la vida de las mujeres en el campo. «Formadas» en Ravensbrück y después enviadas a Auschwitz, su nivel moral era, según Hoess, extremadamente bajo: algunas, incluso, fueron llevadas a los tribunales de las SS por robo, utilizando a las prisioneras como intermediarias. Hoess también destaca las relaciones lésbicas que muchas de ellas mantenían con las reclusas como ejemplo de lo que él clasifica como el máximo exponente de depravación moral. Además de pistola, muchas de aquellas «vigilantes», que dirigían los comandos femeninos que trabajaban en el exterior, tenían perros a su disposición como instrumento de intimidación altamente eficaz. «Al contrario que los hombres», afirma Hoess, «todas las mujeres tenían miedo a los perros». Una de las diversiones de las *kapos* era azuzarlos contra las prisioneras.

La ya mencionada Irma Grese era una de las más crueles. A los dieciocho años se integró en las SS después de un corto empleo como enfermera en un sanatorio para dirigentes del partido. Asistió a las «clases» de *kapo* en Ravensbrück antes de que la enviaran a Auschwitz-Birkenau. Allí alcanzó rápidamente el puesto de *Aufseherin,* auxiliar de Maria Mandl, jefa del campo femenino (*Lagerführerin*) que, a su vez, solo estaba interesada en sus «preferidas», las que tocaban en la orquesta de mujeres de Auschwitz. Tristemente famosa en el campo de las mujeres, Irma Grese, denominada la «hiena de Auschwitz», acompañaba al Dr.

Mengele en sus selecciones para los «experimentos» o para las cámaras de gas. Con su eterno látigo en las manos, fustigaba a las detenidas con precisión y ferocidad, excepto a sus amantes temporales. Bisexual de gran voracidad, la «hiena de Auschwitz» también elegía entre los hombres, a la vez que era amante ocasional de Mengele. Irma Grese registraba sistemáticamente el equipaje de las deportadas judías parisinas, apoderándose así de ropa y calzado fino, de *lingerie* de moda y de perfumes con los que se rociaba copiosamente, con lo que advertía de sus rondas por el campo. En su juicio al final de la guerra, varias exprisioneras declararon contra ella revelando sus actos de sadismo, sobre todo cuando les azuzaba a los perros hambrientos. Irma Grese fue condenada a muerte y ahorcada el 13 de diciembre de 1945.

«Nadie debía ver una mujer sin ropa y sin pelo»

Al impacto creado por la atmósfera del campo y por la brutalidad de las SS y de las *kapos,* se añadía la despersonalización, que en el caso de las mujeres se vivía de forma doblemente dolorosa: la desnudez frente a los SS, la pérdida del pelo, la interrupción de la menstruación causada por el hambre y por el debilitamiento general, el raspado de todo el cuerpo, la atribución de la ropa de los muertos sin atender al tamaño ni a la forma, el tatuaje, todo ello contribuía a deshumanizar y des-feminizar a las mujeres. En cuanto llegaban, las mujeres seleccionadas para trabajar eran conducidas a un compartimento donde se las «rasuraba» de la cabeza a los pies, con la excusa de evitar piojos. Este trabajo lo llevaban a cabo *kapos* de las SS de ambos sexos y tenía como función principal humillar y rebajar a las prisioneras. Con una navaja oxidada, despachaban rápidamente la tarea, rapando también el vello púbico. Todo

sentimiento de vergüenza y pudor era ignorado. Algunas prisioneras recuerdan la terrible humillación de tener que desnudarse completamente y a toda prisa y ser llevadas a una mesa donde una mujer las agarraba mientras otra inspeccionaba sus orificios corporales.[8]

Para muchas mujeres, que les raparan la cabeza permaneció en su memoria quizás como la peor de las humillaciones sufridas en los campos. Rapar el pelo era no solo despojar a la mujer de su apariencia femenina, sino también quitarle un atributo fundamental de su sexualidad. La vergüenza de no tener pelo, conjugada con el dolor de la exhibición de su cuerpo doblemente desnudo —sin ropa y totalmente rasurado—, era usada por los nazis como instrumento para quebrar el espíritu de las mujeres e infundir el miedo en el grupo. Ese sentimiento de vergüenza crecía dramáticamente en presencia de los SS que escarnecían a las prisioneras y las miraban de forma lasciva. Algunas supervivientes recuerdan «las miradas cargadas de lubricidad y los chistes indecentes y humillantes». Jacobsen cita a una superviviente anónima de Ravensbrück que expresa el sentimiento de todas las mujeres de los campos: «Nadie debería ver (…) el estado en que queda una mujer obligada a exponer todo lo que hace de ella una mujer. Era un momento tan terrible… Era como si nos hubiesen arrancado la piel, como si no quedara nada de nuestra personalidad. Ya no éramos Helga, Olga, María o cualquier otra…».

Vrba describe una escena que se le quedó grabada en la memoria para siempre jamás y que ilustra la condición a la que habían llegado tantas mujeres en Auschwitz: «Una mañana en la que nos dirigíamos al depósito, sentimos un olor repugnante que se acercaba. De repente, al girar en una esquina, vimos una columna de mujeres prisioneras que se dirigía hacia nosotros y, entonces, nos dimos cuenta de dónde procedía el olor. ¡Nunca había visto a seres humanos en aquel estado! Franz (el *kapo*) mandó detenerse a

nuestra columna para dejarlas pasar. Se arrastraban por delante de nosotros con sus zuecos, que levantaban a su alrededor una nube de polvo, harapientas, con la cabeza rapada, algunas con trapos atados a la cabeza en un intento desesperado por mantener la dignidad. Sus caras, donde solo se veían los huesos, los ojos vacíos, ciegos a todo lo que las rodeaba, me helaron, literalmente. Estaban flanqueadas por una serie de *kapos* corpulentas, bien nutridas y radiantes de salud que las empujaban con el látigo en mano, aullando, amenazándolas y golpeándolas, mientras que unas cuantas mujeres de las SS vigilaban la escena acompañadas por sus pastores alemanes (…). Poco a poco, nos pasaron, primero una, después cinco, después toda la columna. Solo Dios sabe de dónde sacaban la poca fuerza que les quedaba: aquellas mujeres "*muselmann*" levantaban la cabeza, intentaban erguirse y cuando pasaban por delante de nosotros, una de aquellas heroínas enflaquecidas gritó:

> "¿Hay alguien de Eslovaquia entre vosotros?".
>
> Josef, Ipi y yo respondimos: "¡Sí, nosotros somos de Eslovaquia!".
>
> "¿Habéis visto a…?".

»No llegamos a oír el nombre que intentaba decirnos. Una *kapo* gigantesca la fustigó en plena cara. Se tambaleó, pero una compañera la agarró y la ayudó a seguir. La sangre que brotaba de la herida manchaba los harapos de las dos mujeres. Las miramos marcharse en silencio, conscientes de que nuestras palabras solo tenían como resultado poner los látigos en movimiento. Yo intentaba mantenerme tranquilo, pero no pude. Mientras las mujeres seguían caminando, sus caras grises se me aparecían como en una nebulosa hasta que, de pronto, una de ellas me surgió como un relámpago en la memoria. Era mi prima Eva. Eva de Topolcany».[9]

Debido al impacto físico y psicológico a la entrada del campo y a la desnutrición, la mayoría de las mujeres dejaba de menstruar. Por

un lado, el hecho se recibía con alivio por la imposibilidad de disponer en el campo de los más mínimos cuidados de higiene. Con todo, muchas mujeres vivían esa situación como la mutilación de su sexualidad y temían por su fertilidad futura. Las pocas que seguían menstruando no podían, debido a las condiciones en que se encontraban, mantener ningún tipo de higiene personal: como consecuencia, eran golpeadas por las *kapos,* humilladas y rebajadas por los SS. Por eso, afirma Jacobsen, es muy difícil concluir si la menstruación en los campos era positiva o negativa: en caso de que la tuvieran, las mujeres sufrían consecuencias desastrosas en términos de higiene personal, así como los castigos físicos y psicológicos causados por esas mismas consecuencias; si no tenían la regla, también sufrían por miedo a una infertilidad futura.

La violación era otra realidad en la vida de muchas mujeres. Los abusos sexuales perpetrados por los nazis sobre las prisioneras eran especialmente brutales. Ruth Elias, que estuvo en Auschwitz, afirma que el estado de las mujeres después de ser violadas era «indescriptible y deplorable». Ruth recuerda la cantidad de veces que los SS aparecían en el bloque y sin ningún miramiento agarraban a las chicas que estaban acostadas y se las llevaban para violarlas.

«¿Cuánto tiempo se tarda en esterilizar a mil judías?»

Los experimentos de esterilizaciones forzosas empezaron en diciembre de 1942 y se aceleraron a partir de abril de 1943. Este era el peor recelo de las mujeres y el mayor atentado contra su feminidad. El 7 de junio de 1943, el ginecólogo nazi Carl Clauberg, destacado en Auschwitz a petición propia para probar su método de esterilización total de mujeres, escribía a Himmler dando cuenta de sus brillantes resultados: «El método inventado por mí para

esterilizar sin cirugía el organismo femenino está prácticamente acabado. Se practica recurriendo a una única inyección a la entrada del útero que puede ser aplicada durante el examen ginecológico habitual que hacen todos los médicos».[10] Pero Himmler tenía prisa y lo que le interesaba era saber cuánto tiempo tardaría la esterilización de «mil judías». Clauberg no se hizo de rogar: «Un médico experimentado, que disponga de instalaciones adecuadas y de una decena de ayudantes (el número de ayudantes es proporcional a la aceleración deseada), podrá, según todas las probabilidades, esterilizar a varios centenares, incluso a mil mujeres, al día».

Para Himmler, todos los métodos eran válidos siempre que fueran rápidos. El 10 de julio de 1944 vuelve a insistir a Clauberg sobre el tiempo necesario para la esterilización de las mujeres judías y autoriza el acto: «Puede administrar la inyección necesaria en el marco de un reconocimiento médico rutinario». Pero le advierte: «Las judías no deben saber nada». Y va más lejos: «Deberán efectuarse experimentos profundos para asegurarnos de la eficacia de la esterilización, ocasionalmente a través de radiografías, procurando establecer, después de un plazo determinado, los cambios provocados. Eventualmente será necesario hacer una prueba práctica encerrando a una judía con un judío durante un plazo determinado para verificar enseguida los resultados».[11]

La destrucción de los ovarios con la radiación intensa era otro método de esterilización forzosa que se instituyó en Auschwitz y que se practicó frecuentemente en adolescentes de doce y trece años. Causaba dolores indescriptibles y aniquilaba definitivamente la capacidad de concebir. Era una victoria de los nazis sobre la naturaleza y un paso más en el intento de eliminación de las «razas impuras».

Incluso después del final de la guerra, muchas mujeres vivían obcecadas por el miedo a no volver a quedarse embarazadas. Paola

(Mansi) Veizner estuvo internada en Auschwitz. Su historia me la contó su hija Régine, que vivía en Bélgica y estaba casada con un portugués, Peter Weinreb, hijo de refugiados que vivieron prácticamente toda su vida en Portugal. De origen húngaro, Paola fue deportada de Bélgica el 19 de abril de 1942 en el transporte nº 20 que partió de la Caserne Dossin, uno de los grandes campos de tránsito de Bélgica. Ese transporte fue el único de Europa que fue tomado al asalto por la Resistencia belga y algunos prisioneros pudieron saltar de los vagones y salvarse. No fue el caso de Paola, que fue deportada a Auschwitz-Birkenau, donde permaneció de 1942 a 1945. Durante ese periodo fue sometida a experimentos ginecológicos por un asistente de Mengele y su gran miedo era no poder volver a quedarse embarazada. A pesar de los tormentos por los que pasó, Paola sobrevivió: de vuelta a Bélgica al final de la guerra, recuperó a la hija, que había sido escondida por amigos durante la ocupación, pero el marido nunca volvió de la deportación. Pasado un tiempo, Paola rehízo su vida. En la «sopa popular», donde comían muchos supervivientes encontró al compañero con quien compartiría el resto de sus días. Haim (Herman) Strassberg también era un superviviente de Auschwitz y tenía una historia semejante a la de Paola: también había estado casado, en su caso fue deportado con la mujer y sus dos hijos, pero ni la mujer ni los hijos regresaron, Herman era el único superviviente de la familia. Entonces, solos y con las familias respectivas destrozadas, decidieron unir sus vidas. Pero sucedió el milagro: en 1948, Paola se quedó embarazada y en 1949, a pesar de un parto difícil debido a las secuelas de Auschwitz, dio a luz a una niña, Régine: «Soy el milagro de la vida que despuntó de los escombros de la muerte». [12] Y sus ojos brillan con una mezcla de emoción y desafío.

La feminidad: fuente de humillación *versus* medio de supervivencia

Fuente de humillación y envilecimiento por parte de los nazis, la feminidad también fue en algunos casos un medio de supervivencia para las mujeres. La apariencia física no era indiferente en el momento de la selección de las prisioneras para trabajar o para enviarlas directamente a las cámaras de gas. Según un testigo anónimo citado por Jacobsen: «Lo más importante eran los seños, la firmeza de los senos. Mis senos me salvaron más de una vez… Cuando los alemanes nos veían, lo primero que nos miraban eran las tetas… porque mientras tuviesen buen aspecto, la persona contaba como animal de trabajo…».

La higiene personal y el cuidado con la apariencia se revelaron cruciales. Las heridas, las enfermedades, hasta incluso las canas, eran motivo suficiente para conducir a las mujeres a las cámaras de gas. Conscientes de ese hecho, muchas mujeres arriesgaban la vida por algunos artículos que supuestamente les salvarían la vida, al menos un día más con vida. Lucille E. lo arriesgó todo por «un trozo de tela largo y sucio, rojo óxido con reflejos verde aceituna. Me obsesioné por el deseo de poder cubrirme la cabeza rapada». A pesar de saber que podrían atraparla y condenada a muerte, Lucille no dudó en sustraer la tela: el deseo de esconder la vergüenza de no tener pelo fue más fuerte que el miedo a la muerte.[13]

Según Ruth Bondy,[14] en las mismas condiciones, con el mismo escaso alimento, las mujeres podían soportar el hambre más fácilmente y aguantar no mostrar decadencia más tiempo que los hombres. A pesar de ser obligadas a utilizar la ropa que les distribuían al azar, a veces conseguían ajustárselos al cuerpo remendando los agujeros con agujas hechas con astillas de madera e hilo extraído de los trapos que tenían a mano. Algunas hasta aprendían a planchar usando ladrillos calentados en los hornillos.

También cargaban pesados barriles de madera con sopa, tres a cada lado, solo para tener el privilegio de poder raspar lo que quedaba después de la distribución —la mayoría de las veces para los hijos, maridos o hermanos, cuando era posible.

Margareta Glas-Larsson, originaria de Viena, llega a Auschwitz-Birkenau el 7 de mayo de 1943. Consiguió «organizar» lo que en lenguaje del campo significaba adquirir algo que se quería o necesitaba sin causar daño a otro prisionero[15] —un pintalabios y tenía el máximo cuidado con su aspecto físico: «Me habría maquillado incluso si supiese que iba derecha a la muerte (…). Quería estar siempre guapa, agradar a los demás, y siempre mantuve ese deseo en la prisión, primero en la fortaleza de Theresienstadt y después en Auschwitz. Si no, no habría "organizado" también este pañuelo, porque me sentía muy humillada con la cabeza rapada. Incluso en la prisión, donde no había hombres, intenté teñirme el pelo… y me di cuenta de que las prisioneras que se descuidaban se volvían repugnantes y era horrible. Mi sentimiento estético se rebelaba contra eso…».

En realidad, Margareta, a pesar de que todas sus fuerzas le permitieron sobrevivir, pasó por momentos atroces que la llevaron incluso a intentar el suicidio. Uno de esos momentos fue cuando la operó de un pecho, abierto sin anestesia, un cirujano polaco, Wladislaw Dering, conocido por su participación en los experimentos de los médicos de las SS. Margareta nunca supo la razón de aquella «cirugía»: «¿Quizás quisiese analizarlo, quizás simplemente cortar mi pecho?». El único comentario que escuchó, ya tendida en la camilla, fue: «Es guapa, pero es judía y siempre será judía».[16]

Una de las personas que, por su amistad, ayudaron a Margareta a recuperar las fuerzas fue Alma Rosé, violinista y sobrina de Gustave Mahler. Como ya se ha mencionado en el libro, Alma dirigía la orquesta femenina del campo de mujeres, creada en junio de 1943 en Birkenau y formada por cerca de cincuenta mujeres. Todas

las mañanas la orquesta salía y atravesaba el campo tocando entre los cadáveres que yacían en el suelo, sin otro horizonte que el humo de las cenizas de sus familiares y amigos. Alma Rosé no soportaba la situación. Margareta cuenta que se rebelaba constantemente diciendo: «No soporto más ver lo que pasa aquí. No es posible que el mundo siga presenciando este espectáculo sin hacer nada. ¿Dónde están los americanos y los ingleses? ¿Por qué nos dejan morir aquí?».[17]

Alma acabó muriendo en abril de 1944 en Birkenau: «Alma Rosé no sabía luchar, quizás no quisiese. Vivía en otro mundo. Amor y decepción, sufrimiento y alegría, aspiraciones eternas y fe, todo eso se encontraba en su música que planeaba muy por encima del ambiente del campo. Para ella, aquello era simplemente el infierno. En realidad, era el infierno. Y yo creo que, en el fondo, ella ya no quería vivir más».

Sexualidad, prostitución y abuso de poder

«Para el 90 por ciento de los prisioneros, la sexualidad no existía», escribe Benedikt Kautsky. Los triángulos verdes eran la única excepción. El hambre crónica y el debilitamiento subsiguiente eran, sin duda, una de las principales razones. Pero no solo eso: médicos, psicólogos y diversos testigos también atribuyen la ausencia de deseo sexual a la angustia continua y a la omnipresencia de la muerte. A la vez que desaparecía el instinto sexual, desaparecía también el pudor. Ambas características formaban parte del plan de deshumanización de los prisioneros. Estos tenían que comparecer desnudos permanentemente, en las duchas, en las desinfecciones y en las selecciones: «Miles de cuerpos desnudos unos contra otros, pero no tenía nada de humano, sino de rebaño», escribe una testigo citada por Langbein. «Con un

litro de agua tenían que lavarse todas. Cogían un poquito de agua en la mano e intentaban asearse así, lo mejor que podían, delante del guarda que las vigilaba».[18] La omnipresencia de la desnudez en cuerpos que eran poco más que esqueletos más o menos repugnantes era, sin duda, un freno al deseo sexual. Este solo se manifestaba en los prisioneros bien nutridos y que no estaban directamente amenazados por la máquina de la muerte, sobre todo los funcionarios del campo, sobre todo alemanes. A pesar de todas las prohibiciones y sanciones, estos conseguían entrar en contacto con el campo de las mujeres y obtener los favores de las que lucían un mejor aspecto a cambio de alimentos diversos. «El papel que en la vida normal desempeñan las flores», dice Krystyna Zywulska, «lo desempañaba aquí la margarina».[19]

Aunque las relaciones sexuales estaban terminantemente prohibidas, éstas existían, incluso las relaciones amorosas entre reclusas y SS. La misma Krystyna Zywulska cuenta que un SS iba todos los días a ver a una prisionera judía de la que estaba enamorado asegurándole que no tenía ninguna responsabilidad sobre lo que estaba pasando en Auschwitz. Este caso es, sin embargo, una excepción. La mayoría de los SS que mantuvieron relaciones con detenidas intentaron librarse de ellas en cuanto se sintieron en peligro de ser descubiertos. El propio jefe de la Gestapo del campo, Maximilian Grabner, afirma que muchos SS no dudaron en asesinar a sus amigas en cuanto la relación se volvía peligrosa. Wilhelm Boger, su subordinado, llegó a matar a una prisionera polaca. La mayoría de estas relaciones permanecían ocultas, a no ser que llamasen demasiado la atención: el caso del SS Gerhard Palitzsch fue uno de esos. Según Hoess, después de la muerte de su esposa, «Palitzsch perdió la inhibición, empezó a beber y a coleccionar historias de mujeres». Lo pillaron infraganti con una judía y acabó encarcelado en el *bunker* mendigando pan con otros prisioneros.

Uno de los casos más flagrantes es el del comandante de Auschwitz, Rudolf Hoess, que mantuvo una relación extraconyugal con la prisionera Nora Mattaliano-Hodys. Nacida en Viena en 1903, Nora fue detenida en 1939 por sospecha de traición e incitación a la revuelta contra el Estado. Después de cumplir una pena de dos años y medio, fue deportada a Ravensbrück y a continuación a Auschwitz. Según el juez SS Konrad Morgen, presidente de la comisión constituida para investigar el asunto, «este fue el caso de abuso de poder más flagrante que encontró».[20] En efecto, las averiguaciones llevadas a cabo confirmaron que Nora trabajó como bordadora en casa de Hoess y que se benefició de un régimen especial hasta que se quedó embarazada. La médica Alina Brewda declaró que, en la primavera de 1944, Nora fue transferida al bloque de los experimentos donde se le atribuyó una habitación individual y que, una noche, Hoess fue al bloque y le ordenó que practicara un aborto a la detenida. También según el juez Morgen, «el comandante intentó liquidarla encerrándola en el *stehbunker* (donde no podía ni sentarse ni tumbarse), completamente a oscuras y privada de cualquier tipo de cuidados médicos».[21] El juez afirma que intervino a tiempo de salvarla y enviarla a una clínica en Múnich. A pesar de la flagrante infracción del reglamento, agravada por venir del propio comandante del campo, Oswald Pohl mandó archivar el caso, pero no pudo evitar el traslado de Hoess a Berlín.

En 1943, las SS abrieron burdeles en diez de los campos más grandes: Auschwitz I y Auschwitz-Monowitz, Dachau, Buchenwald, Mathausen, Flossenburg, Sachsenhausen, Dora-Mittelbau, Gusen, Neuengamme. Una de las principales razones de esta decisión tomada por Himmler era frenar el desarrollo de la homosexualidad entre carceleros y víctimas, sobre todo con los jóvenes en buen estado físico. Para estos últimos, entregarse a la homosexualidad era muchas veces una forma de escapar a los trabajos forzados, al hambre y a la enfermedad. Por otro lado, si los prisioneros se

negaban, podían ser enviados a la muerte. Sin embargo, si los pillaban, el castigo era la castración, tanto para los prisioneros como para los *kapos*. No obstante, la castración de prisioneros alemanes tenía que ser obligatoriamente comunicada y aprobada por las autoridades centrales: estas temían, en realidad, que el número de hombres estériles, susceptibles de ser liberados frenase el crecimiento de la «raza de los señores». Ese fue uno de los motivos que llevaron a Himmler a decidir la creación de burdeles en los campos. Otro, según sus propias afirmaciones, era un «incentivo para un mayor rendimiento».[22]

En 1942, una comisión de oficiales de las SS fue a Ravensbrück a seleccionar a mujeres destinadas a los burdeles de algunos campos. Las obligaron a desfilar desnudas frente a la comisión. La elección recayó en las que tenían los senos firmes u otros atributos físicos. Para incentivar el máximo de voluntarias, se les prometió la liberación en un plazo de seis meses, lo que, obviamente, no sucedió… En Auschwitz, el burdel funcionó para prisioneros «privilegiados» hasta la evacuación del campo, pocos días antes de su liberación el 27 de enero de 1945. Hasta el sexo se organizaba según criterios racistas nazis: había burdeles separados para los SS alemanes, para los SS ucranianos y para los operarios extranjeros del STO (Servicio de Trabajo Obligatorio). Cientos de mujeres forzadas a trabajar en ellos fueron víctimas de lo que se puede llamar una violación organizada. La mayoría eran alemanas, polacas, húngaras y checoslovacas, seleccionadas en base a su apariencia física y con edades comprendidas entre los veinte y los treinta años. La elección era parecida al proceso de selección en los campos: las más guapas y fuertes iban a las casas de los oficiales y, en general, a las de los SS, las demás se repartían en función del grado de importancia de los «clientes». Innecesario decir que ni judíos ni rusos tenían posibilidad alguna de acceso a los burdeles.

El «trabajo» duraba dos horas durante las que estaban obligadas a satisfacer aproximadamente a ocho hombres. A veces, de esas relaciones sexuales forzosas resultaban embarazos, aunque pocos llegaban a término. En la mayoría de los casos se las obligaba a abortar, a veces se las mataba y en raras ocasiones se les permitía tener el hijo. Incluso después de la guerra, muchas de estas mujeres siguieron siendo estigmatizadas bajo la acusación de haberse ofrecido voluntariamente. En algunos casos se puede incluso considerar que, para algunas mujeres, la prostitución era una oportunidad de sobrevivir un día más, una semana más, un mes más. Y a pesar de escépticos en cuanto a esa posibilidad, gran parte de los supervivientes no las condenaron porque sabían que, como todos, esas mujeres solo querían sobrevivir.

Sin embargo, la vergüenza, el pundonor, la dificultad en abordar esta cuestión, sobre todo en Alemania, explican en parte el silencio que rodeó este tema durante tanto tiempo. «Había directrices para no abordar este asunto con los visitantes», confiesa Insa Eschenbach, directora del Memorial de Ravensbrück. «Quería evitar los malentendidos, impedir que la presencia de los burdeles falsease y relativizase el horror de los campos…».

«Los alemanes hicieron de nosotras una asesinas»

El embarazo era una más que probable sentencia de muerte, incluso cuando las mujeres ya llegaban embarazadas al campo. «En 1942, cuando una mujer llegaba en estado al campo, ni ella ni el bebé permanecían con vida», escribe Anna Palarczyk.[23] A los bebés se los asesinaba con una inyección de fenol en el corazón. Con todo, en 1943 hubo un cambio: la prisionera podía dar a luz, pero el hijo no tenía derecho a la vida a no ser que tuviese el pelo rubio y los ojos azules. En ese caso, se le quitaba a la madre y se

llevada a ser educado como alemán. Incluso así, de los 700 niños que nacieron en Auschwitz, sobrevivieron menos de 50. Los demás «eran ahogados en un cubo con agua y sus cuerpos quemados».

Cuando la madre intentaba salvar a su hijo todavía era peor: una de aquellas mujeres pudo esconder al bebé durante cinco meses, pero acabó por ser descubierta y obligada a llevarlo a la muerte. Con él en brazos, el fin de ambos fue la cámara de gas. En un intento desesperado por salvar a las jóvenes madres, Alberto Benveniste, que trabajaba en la rampa de llegada de los deportados, gritaba en griego a sus compatriotas recién llegados de Salónica que le entregaran los hijos a los más ancianos: «Las madres jóvenes deben entregar sus hijos a la anciana más cercana: los ancianos y los niños están bajo la protección de la Cruz Roja».[24] Al conocer el verdadero destino de estos, Alberto intentaba, al menos, salvar a las madres.

Una joven checa de veintiún años llegó embarazada al campo y dio a luz allí. Ocho días después, Mengele la avisó de que sería «llevada» al día siguiente. Ella ya sabía lo que significaba. Cuando oscureció, una desconocida se acercó a ella con una jeringuilla en la mano: «Tiene que ser así, soy médico, tu hijo no vivirá pero a ti te tengo que salvar, tú eres joven». Al cabo de dos horas de resistencia, la joven obedeció: «Mi bebé ha muerto lentamente, muy lentamente a mi lado». La madre sobrevivió al campo, pero nunca más se perdonó a sí misma. «Los alemanes hicieron de nosotras unas asesinas», escribe Olga Lengyel.[25] Igual que ella, las enfermeras tampoco tenían elección. Así y todo, el tormento de la culpabilidad persiguió a estas mujeres para siempre.

[1]Buber-Neumann, Margarete, *Déportée à Ravensbrück*, Editions du Seuil, 1988.

[2]*Ibidem*, p. 80.

[3]*Ibidem*, p. 110.

[4]Gaulle-Anthonioz, Geneviève de, *A travessia da noite*, 1999, p. 10.

[5]Testimonio de Marie-Claude Vaillant-Couturier en los juicios de Núremberg, el 28 de enero de 1946.

[6]Ruth A. en Pollack, Michael, *L'expérience concentrationnaire*, Éditions Metailié, París, 2000, p. 100.

[7]Ruth A. en Pollack, Michael, *op. cit.*, p. 102.

[8]Jacobsen, Johanna Micaela, *Women's Sexuality in WWII Concentration Camps… Tool for Survival… Tool for Oppresion.* An oral History Project for UC Berkeley's English 1B, Section 7.

[9]Vrba, Rudolf, *op. cit.*, pp. 130-131.

[10]Poliakov, Léon, *op. cit.,* p. 157.

[11]*Ibidem*, p. 159.

[12]Entrevista realizada por la autora a Régine Weinreb el 17 de octubre de 2013.

[13]Johanna Micaela Jacobsen, *op. cit.*

[14]Bondy, Ruth, *Women in Theresienstadt and the family camp in Birkenau*, *women in the Holocaust.* Edición de Dalia Ofer y Leonor J. Weitzman, Yale University Press, p. 323.

[15]Des Press, *The Survivor*: *An Anatomy of life in the Death Camps*, Oxford University Press, Nueva York, 1976, p. 104.

[16]Declaración de Margareta Glass a Michael Pollack, *L'experience concentrationnaire*, Éditions Metailié, 2000, p. 60

[17]Margareta Glass a Michael Pollack, *op. cit.*, p. 62.

[18]Langbein, Hermann, *op. cit.*, p. 394.

[19]*Ibidem*, p. 395.

[20]*Ibidem*, p. 401.

[21]*Ibidem*, p. 402.

[22]*Ibidem*, p. 397.

[23]Citado por Langbein, Hermann, *Hommes et femmes à Auschwitz*, Éditions Tallandier para la traducción francesa, 2011, p. 241.

[24]*Ibidem*, p. 249.

[25]*Ibidem*, p. 243.

IX. EL «CAMPO DE LAS FAMILIAS» DE BIRKENAU Y LA EXTRAÑA HISTORIA DEL GUETO DE THERESIENSTADT

Entre el 6 de septiembre de 1943 y el 11 de julio de 1944, los nazis crearon en Birkenau un campo «familiar» destinado a 17.500 deportados de Theresienstadt. Empezó a funcionar el 8 de septiembre con un primer transporte de 5.006 judíos checos, 2.293 de sexo masculino y 2.713 de sexo femenino. Contrariamente a lo habitual, los recién llegados no tuvieron que pasar por la selección inicial entre los condenados a muerte inmediata y los designados para trabajar. Además, pudieron conservar su propia ropa y no se les rapó el pelo. A pesar de que los separaran en barracones diferentes, hombres y mujeres podían encontrarse momentáneamente. ¿Cuál es la razón de este aparente misterio? Para entenderlo es necesario que nos «desviemos» por la trágica farsa de Theresienstadt.

Theresienstadt, escenario de una impostura

El gueto de Theresienstadt cumplía una doble función: era un campo de tránsito y, a la vez, servía de camuflaje para la «Solución final». En una primera fase fue esencialmente un campo de tránsito para los judíos checos, más tarde para alemanes y austriacos, holandeses y algunos daneses, la mayor parte judíos. Cuando empezaron a llegar ahí, en noviembre de 1941, Terezin[1] era una ciudad donde vivía una población civil en torno a lo que había sido una fortaleza militar construida en el siglo XVIII, y los deportados vivían en las casernas. Progresivamente, sus habitantes originales fueron expulsados y los prisioneros pasaron a vivir en sus casas.

En realidad, era un campo especial para una población especial: viejos del Reich, científicos reconocidos, artistas famosos, judíos mutilados durante la Primera Guerra Mundial y condecorados por el ejército alemán. O sea, personalidades cuya desaparición podría alertar al mundo. Así pues, el gueto tuvo desde su inicio una función de propaganda destinada no solo al consumo interno alemán, sino también internacional. Así pues, se les «invita» a habitar una ciudad descrita como una apacible villa termal bajo la mano protectora de Hitler. Se les promete buenos alojamientos, alimentación, cuidados médicos, siempre que firmen un contrato de cesión de sus bienes al Reich. De esta manera llegan a Terezin trenes repletos.

En el Palacio de la Feria de Comercio, en Praga, lugar donde se encuentran reunidos miles de checos a la espera del toque de llamada para ser enviados hacia Terezin, la familia Weiss deposita sus bienes: «Dinero, joyas, plata y las llaves de nuestro apartamento».[2] El 13 de diciembre de 1941, antes de embarcar, el discurso de un oficial de las SS resuena por todo el inmenso recinto. Helga Weiss, que en aquel momento tenía doce años, resume así lo que escucha: «Vamos supuestamente a partir hacia nuevas tierras para huir de las persecuciones, para poder empezar una nueva vida. Cuidarán de nosotros, todo irá bien. Tenemos que sentirnos agradecidos por estar entre los primeros y por poder ayudar a construir el gueto y a prepararlo para otros que nos acompañarán en breve. Estos y otros elogios nos llegan a los oídos. Lo extraño es que nada de eso se corresponda con las cartas enviadas, secretamente, desde Terezin…».[3]

Y la verdad es que no se corresponde. Nada más llegar, las SS se apoderan de los equipajes sustrayendo todo lo que pueda tener algún valor. Hombres, mujeres y niños son despojados de sus bienes y obligados a dormir en el suelo. Los miembros de la misma familia son separados y obligados a trabajar para la industria alemana. «Ante nosotros», continúa Helga, «se yergue un gran edificio —

casernas, al parecer. Nos llevan al interior. Los hombres a la izquierda, las mujeres delante. ¿Cómo? ¿No puedo darle la mano a mi padre? ¡Deprisa, deprisa! ¿Acaso no lo habéis oído? Adiós, papá…».[4]

A principios de 1942, las SS empiezan a deportar a los judíos de Theresienstadt a otros guetos, campos de concentración y de exterminio en el este de Europa. En cuanto llegaban a los guetos de Riga, Varsovia, Lodz, Minsk y Bialystock, muchos eran inmediatamente asesinados o trasladados a otros campos de exterminio. También había transportes directos a Auschwitz, Majdanek y Treblinka. «Esta mañana, el *transport* se ha ido. Por supuesto, la noche anterior no hemos dormido nada. Nadie sabía si iba a formar parte de él, por eso todo el mundo ha hecho las maletas o ha ayudado a los que ya tenían la convocatoria en mano. Se ha marchado mucha gente que conocíamos. Ahora la caserna está como si alguien hubiese muerto. El *transport* se ha marchado y el estado de ánimo de los que se han quedado se ha agriado».[5]

En el mismo Theresienstadt, decenas de miles de personas murieron de enfermedades y de hambre o simplemente ejecutadas. Helga testifica el asesinato de nueve jóvenes, «obligados a cavar sus propias sepulturas (…) solo por haber enviado ilegalmente mensajes a sus madres».[6] En 1942, la tasa de mortalidad era tan alta que los alemanes construyeron un crematorio con cabida para quemar cerca de 200 cuerpos diarios. Entre los 140.000 detenidos en Theresienstadt, 86.934 serán deportados al este, donde 83.500 perecieron. En el propio campo murieron 33.430.[7]

«Un fenómeno sin precedentes en la historia de la cultura occidental»

Sin embargo, debido a la concentración excepcional de artistas, escritores e intelectuales, y a pesar de la amenaza permanente de las deportaciones, Theresienstadt tuvo una vida cultural muy rica e intensa: artistas como Bedrich Fritta y Leo Hass pintaban y dibujaban la vida del gueto, revelando la realidad que los nazis escondían; escritores, profesores, músicos y actores escribían, enseñaban, componían, daban conciertos y conferencias, representaban obras de teatro. Helga confirma: «Se han montado teatros en los sótanos. Ya he asistido a algunos espectáculos. En breve se estrenará *La novia vendida*».[8] Además de teatro y música, el gueto también contaba con una biblioteca de préstamos de 60.000 volúmenes.

La música fue fundamental en Theresienstadt y los nazis se dieron cuenta enseguida de que esta forma de arte podría ser un excelente medio de propaganda: algunos de los prisioneros se llevaron consigo sus instrumentos y daban espectáculos en los dormitorios. Maestros, poetas, compositores, ensayaban óperas, música vocal e instrumental. Incluso había un cuarteto formado por médicos. Se representaron *Las bodas de Fígaro* y *La flauta mágica* de Mozart. Un público exigente aplaudía el *Rigoletto* de Verdi, la *Tosca* de Puccini, la *Carmen* de Bizet. En 1942 se abrió un café-concierto que ofrecía espectáculos por la tarde y por la noche. Uno de los mayores éxitos fue la ópera *Brundibar*, del compositor checo Hans Krása: se representó cincuenta y cinco veces y la cantaban los niños del gueto. La obra, cuyo tema es la victoria del bien sobre el mal (personificado en *Brundibar*), acaba con estas palabras: «El que ama la justicia, el que le es fiel y no le tiene miedo, es nuestro amigo y puede venir a jugar con nosotros».

En 1944 se detiene a cinco pintores del gueto que son interrogados en presencia de Eichmann y se les acusa de hacer propaganda falsa para perjudicar la imagen de Theresiendstadt. Uno

de ellos, Bloch, es golpeado hasta la muerte. A Otto Ungar le destrozan la mano para que no pudiera volver a pintar y muere unos meses más tarde. Los otros serán deportados a Auschwitz, campo en el que fallece Bedrich Fritta. Leo Hass, que sobrevivió, adoptó al hijo de Bedrich, Thomas.[9] «Aquellos artistas deseaban por encima de todo ofrecer a la humanidad un testimonio de lo que era la vida en el gueto», escribe Ecléa Bosi. Escondidas o enterradas por ellos mismos, hoy sus obras están, en su mayoría, en el Museo Judío de Praga y en el Memorial de Terezin, y representan «un testimonio único sobre lo que fue Theresienstadt: un fenómeno sin precedentes en la historia de la cultura occidental».

Aproximadamente 15.000 niños pasaron por Theresiensatdt y el 90 por ciento fue asesinado en campos de exterminio. Algunos llegaron con sus familias, otros solos. Poco a poco se les va sacando de las casernas apiñadas y se les aloja en bloques según edad y lengua de origen: las madres con bebés tienen un «hogar» propio, los niños otro y los adolescentes también. Ruth Klüger, que entonces tenía doce años, fue colocada en el grupo de las niñas más jóvenes: «Éramos treinta niñas de la misma edad en un espacio que solo sería cómodo para dos o tres. Ahí dormíamos, ahí nos aseábamos, y solo teníamos derecho a una ducha quincenal en el sótano del edificio. El hambre era crónica así como las enfermedades, pero acabamos por transformar aquella comunidad de detención en una especie de movimiento de juventud cuyos principios se inspiraban en las diferentes corrientes, sobre todo sionistas».[10]

Los chicos vivían en un «hogar» de jóvenes de sexo masculino; había uno específico destinado a los aprendices que recibían formación para trabajar a partir de los catorce años en la industria de guerra alemana. Esa formación solo se permitía a los SS. La enseñanza de historia, ciencias, lenguas y literatura era clandestina. A pesar de la prohibición «estudiamos checo, geografía, historia y matemáticas con un *Betreuer* (monitor). Al fin y al cabo, tenemos

trece años y solo habíamos acabado la escuela primaria». Por la noche, en los saraos, los niños asistían a la lectura de poesía, al teatro de marionetas e incluso a óperas escritas para ellos. «Todos asistíamos a los saraos culturales; se recitaban poemas de Villon. Tuvieron en mí un efecto poderoso, aterrador y bonito al mismo tiempo…».[11] A pesar de la prohibición de la enseñanza regular, Theresienstadt hervía de gente altamente cualificada que había traído con ella las ideas e ideologías de Europa. Profesores de todos los niveles de enseñanza, incluyendo el universitario, reunían a grupos de niños para hablarles de cultura europea. Pero en cuanto se vislumbraba a los lejos la sombra de un uniforme, se veían obligados a interrumpir las clases. A pesar de ello, «ese mismo verano celebramos el sexagésimo aniversario del nacimiento de Kafka, y su hermana preferida, Ottla, participó en la organización de la fiesta. En Theresiensatdt la cultura se valoraba».[12] El 7 de octubre de 1943, Ottla acompañó voluntariamente a un grupo de niños deportados de Thereseinstadt a Auschwitz-Birkenau. Nadie sobrevivió.

Frederieke Brandeis, nacida en Viena, impartía clases de dibujo para los niños. Había sido alumna de la Bauhaus en Weimar, donde asistió a clases con Paul Klee y otros grandes maestros. Afamada arquitecta de interiores en Berlín, Viena y Praga, en Theresienstadt Frederieke hizo que los niños estudiaran los colores y la luz para hacer *collages* sobre dibujos. En 1943 organizó una exposición de las obras de los niños para los padres y adultos interesados. Contrariamente a los adultos, cuya preocupación era atestiguar lo que se vivía, los niños no dibujaban las literas triples donde dormían, ni la realidad gris y fea que les rodeaba, «sino sus antiguas casas (…) con plantas floridas en macetas en los alféizares de las ventanas, cortinas elegantemente recogidas y lámparas de techo que iluminaban la mesa en medio del salón». Todo lo que antes había formado parte de sus cortas vidas y cuyo bello recuerdo, dulce

y cálido, no querían perder. Frederieke Brandeis murió en Auschwitz en 1944.

En los bloques de los adolescentes se elaboraban varias revistas: *Kamarád, Rim-rim-rim* (señal de reunión del grupo), *Noviny, Vedem* (¡Adelante!), órgano de la «República *Skid*», que editó más de cincuenta números. En general, se trataba de revistas manuscritas con muchas ilustraciones a lápiz y acuarelas. Sus ejemplares, únicos, pasaban la noche de mano en mano. Estas publicaciones revelan lo que fue el día a día en el campo, pero también se escribía cómics y aventuras por capítulos: viajes a la estratosfera, expediciones polares, descubrimientos, piratas y *far west…*

La revista *Vedem* fue fundada por el joven Petr Ginz, que llegó a Theresienstadt en octubre de 1942. Petr destacó rápidamente por su ansia de saber, leer y estudiar. Entre otros escritos, elaboró un diccionario de checo-esperanto y un texto titulado «Andando por Terezin», donde entrevista a personas y hace comentarios sobre sus edificios, en especial el crematorio. Antes de que lo llevaran a Theresienstadt, Petr había escrito un diario sobre su vida entre 1941 y 1942. En 1944, con dieciséis años, el joven fue deportado a Auschwitz y asesinado en una cámara de gas. Su diario fue encontrado años más tarde y su hermana lo publicó con el título de *El diario de mi hermano,* y se tradujo a varias lenguas. Mucho tiempo después, en 2003, en el viaje sin retorno de la nave espacial *Columbia* que se desintegró al entrar en la atmósfera, el astronauta israelí Ilan Ramon llevaba consigo un dibujo de Petr Ginz, «El planeta Tierra visto desde la Luna». Hijo de padres asesinados en Auschwitz, el astronauta, antes de partir al espacio, quiso llevarse el dibujo del niño que también murió en el mismo sitio que ellos.

A pesar de la intensa actividad cultural, los niños del gueto presenciaban escenas terribles, como la deportación de sus padres,

los muertos por las calles, y roban alimentos y carbón para calentarse. Las escenas más crueles del gueto no se las ahorran. Helga presenció la deportación de su padre, que nunca regresó: «Todavía puedo verlo por las escaleras saludándome, sonriendo… ¡Oh, Dios mío! ¿Qué tipo de sonrisa era aquella? Nunca lo había visto así antes. Probablemente quería que fuese una sonrisa abierta, pero todo lo que mostró fue una mueca fallida (…). ¡No te creías que ibas a construir un nuevo gueto! Tus ojos brillaban raros y tu mano temblaba cuando me abrazaste contra ti la última vez. ¿Qué significaba? ¿Hasta pronto o un adiós?».[13]

La Cruz Roja Internacional visita el campo

El 17 de diciembre de 1942, los aliados emiten una declaración condenando el exterminio de los judíos. Un mes después se proclama la derrota del ejército nazi en Stalingrado. Ambos acontecimientos llevan al gobierno alemán a aceptar una visita a Theresienstadt de delegados de la Cruz Roja sueca y danesa y de la Cruz Roja Internacional. La visita, por un lado, tiene como objetivo la verificación de la situación real del gueto; para los alemanes, por otro, se trata de refutar las acusaciones de asesinato en masa haciendo creer que el gueto era un destino final y no un campo de tránsito hacia la muerte, lo que era en realidad. Así pues, en Theresienstadt se representa una farsa para demostrar lo felices que son los habitantes del gueto, designación que pasa, además, a ser sustituida por la de «zona de colonización judía». Se inicia, entonces, una gran operación de cosmética en el gueto: «Oímos decir que va a venir un comité internacional. Está en proceso una enorme limpieza y reorganización de la ciudad…».[14]

Primero se lleva a cabo una oleada de deportaciones para aliviar el hacinamiento y hacer desaparecer a personas cuyo aspecto podría

contrariar las condiciones «paradisíacas» del campo. Es el caso del transporte a finales de 1942 de 10.000 enfermos, cojos, moribundos, todos con más de sesenta y cinco años, denunciado por Helga en su diario. «Nos cruzábamos a diario con ellos, cerca de la cocina. Con muletas, ciegos, con una pequeña taza en las manos suplicando un poco de café, de sopa, raspando las cazuelas, los barreños sin lavar que se usaban para cocinar o escudriñando entre montones de patatas podridas, pieles y basura…¿Cuándo regresarán?».

Además de las deportaciones, los nazis plantaron jardines, pintaron las casas, renovaron los barracones, limpiaron las calles, les dieron nombres, forjaron una señalética que indicaba «Parque» o «Lavabos». Para mejorar el aspecto de las habitaciones, mandaron serrar «la tercera litera superior de todos los cuartos cuyas ventanas dan a la calle (…) y sus ocupantes no han tenido otra alternativa que hacer las maletas e irse (…). Las literas se han reconstruido y pintado con el mismo color marrón, las cortinas se han teñido de verde y, en la pared principal, cubierta por una sábana teñida del mismo tono verde, hay una enorme pintura de Praga».[15] Inauguraron salas de música, construyeron un salón de espectáculos para los visitantes y llevaron a cabo una selección de figurantes a los que se vistió con ropa nueva y se les instruyó sobre cómo debían comportarse y los riesgos a los que incurrirían con la desobediencia. Se abrieron tiendas y se emitió dinero falso: «Nos pareció raro que fuesen a empezar a vender cosas aquí, pero nadie imaginó que lo fuesen hacer así. Un *transport* entero vio cómo se confiscaban sus maletas y, de repente, había bienes a la venta. Hay una tienda con platos, maletas, ropa y sábanas, una perfumería y una mercería (…). Se ha impreso dinero especial: *Ghettogeld*».[16] Así se preparó el escenario para una de las representaciones más importantes, la película-propaganda sobre Theresienstadt cuyo título

no podía ser más explícito: *El Führer ofrece una ciudad a los judíos*. Fue obra de un prisionero, Kurt Gerron, actor y cineasta de renombre. Después del lanzamiento de la película, la mayoría del elenco y el director de la película fueron enviados a Auschwitz. Gerron y su esposa fueron ejecutados en las cámaras de gas de Birkenau el 28 de octubre de 1944.

Liderada por el suizo Maurice Rossel, la visita-inspección de los delegados de la Cruz Roja tuvo lugar el 23 de junio de 1944. Además de ver la película, los miembros de la Cruz Roja escucharon un magnífico *Requiem* de Verdi cantado por la coral de Theresienstadt. En el programa de actividades artísticas de la recién bautizada «zona de colonización judía» constaba también dos obras de teatro de Shakespeare y las óperas *Carmen, Tosca, La Flauta mágica y Brundibar.*

La delegación manifestó su admiración por las actividades artísticas, destacó la apariencia de la gente bien vestida, la vasta y agradable biblioteca, las instalaciones sanitarias, los 400 médicos (muchos eran profesores famosos) y concluyó señalando la unidad y armonía que parecía haberse alcanzado entre pueblos y lenguas diferentes. El personal de enseñanza les pareció «extremadamente cualificado» y el jardín de infancia (creado especialmente para esa visita), adecuado y moderno, así como la escuela, aunque un cartel señalase que los niños «estaban de vacaciones». «Todo el edificio fue pintado y remozado, se trajeron pupitres y, por la mañana, un enorme cartel que rezaba: "Escuela para niños y niñas". Tiene un aspecto realmente bonito, como un colegio de verdad, a no ser por el hecho de que no tiene alumnos o profesores. Con todo, este revés fue resuelto de forma bastante sencilla: una pequeña señal que anunciaba "*Ferien*" (vacaciones)».[17] El informe de la Cruz Roja también destaca que una cocina especializada preparaba el alimento de los pequeñines. Aquel día 23 de junio, los visitantes hicieron fotos

y se les regaló un álbum de acuarelas pintorescas sobre esa «ciudad normal de provincia».

Thereseienstadt es la mayor mentira del Holocausto: como refiere Ecléa Bosi, «allí todo es falso, menos sus niños. Los niños son niños, los maestros son maestros, los médicos son médicos, los artistas son artistas». Sin embargo, después del «éxito» de la visita de la Cruz Roja, niños, artistas y médicos se hacen dispensables. La oleada de deportaciones se extiende hasta otoño de 1944. Entre los deportados están los compositores Gideon Klein, Karel Reiner, Pavel Haas y Viktor Ullmann. Este último compuso una ópera titulada *Der Kaiser von Atlantis* (El emperador de Atlantis) que es una sátira a Adolf Hitler y a sus ángeles exterminadores; hace alusiones a autores condenados por el Reich, como Gustav Mahler. La obra no pudo ser nunca representada e, igual que los músicos, Viktor Ullmann será asesinado en Auschwitz. Los transportes para Auschwitz también se llevan a la mayoría de los niños del gueto, entre ellos al joven Petr Ginz. La revista *Kamarád* todavía publica su último número, donde los jóvenes quedan para reencontrarse después de la guerra en una determinada calle de Praga. Sin embargo, de los 8.764 niños y jóvenes deportados entre 1942 y 1944 a los campos de la muerte, solo sobrevivirá un centenar. Los jóvenes redactores de *Kamarád* nunca conseguirán cumplir su promesa…

Niños y profesores dejaron atrás sus 4.000 dibujos y pinturas, pero estos no se perdieron. Willi Groag, el último jefe del departamento de asistencia a menores del gueto se los llevó en una maleta a Praga cuando el gueto fue liberado en mayo de 1945. «La maleta contenía una colección de arte sin parangón de los niños del genocidio que preservaba, en acuarelas de colores vivos y contornos tenues a lápiz, instantáneas de la imaginación de los niños».[18] Gracias a Groag podemos hoy reconocer la mirada de esos niños,

sus angustias, sus miedos, pero también los sueños que nunca pudieron realizar.

Helga Weiss pasó tres años en Theresienstadt, después fue deportada a Auschwitz. Su lucidez se manifiesta a lo largo de las páginas de su diario y, a pesar de su juventud, los años que pasó en los campos (entre los doce y los quince años), la forzaron a madurar precozmente: «¿Se podrá comparar el tiempo pasado aquí con el pasado en el exterior? ¿Tendrá nuestra vida alguna cosa en común con el resto del mundo? Solo estamos separados de él por un par de murallas, pero ¿no habrá sido otra cosa lo que haya quebrado los lazos que nos unen a él? Un día, cuando se abran los portones de Terezin, cuando la alambrada se derrumbe y las murallas se arrasen, ¿seremos capaces de caminar lado a lado con los que permanecen en el exterior y han seguido su camino, sin interrupciones, a lo largo de la vida?».[19]

El campo de las familias en Birkenau: la continuación de la farsa con un final trágico

En el seguimiento de la inspección de la Cruz Roja a Theresienstadt estaba prevista también una visita a un «campo de trabajo» de judíos. Se trataba del «campo de las familias de Birkenau», cuyo funcionamiento se inició el 8 de septiembre de 1943 con un primer transporte de poco más de 5.000 deportados de Theresienstadt. En ese campo, BIIb, existía también un «bloque de jóvenes y de niños», el Bloque 31, creado por Alfred (Fredy) Hirsch, un joven educador alemán que había huido con la familia a Praga en 1935, siendo trasladado más tarde, en 1941, a Theresienstadt. Su función era organizar la vida judía en el gueto, en particular la de los niños y jóvenes, pero en septiembre de 1943 Fredy integra el grupo

de los 5.000 judíos deportados al «campo de las familias» de Auschwitz-Birkenau.

Entre esos 5.000 judíos deportados había un conjunto de 300 niños por debajo de los quince años. A cambio de la posición privilegiada de *kapo,* Fredy obtuvo de los alemanes la posibilidad de asumir el liderazgo del Bloque 31, en el que consiguió forjar un ambiente más alegre para los niños que se pasaban el día ahí, pues solo se reunían a los padres por la noche. Pequeños bancos sustituyeron a las literas y dibujos coloridos cubrieron las paredes siniestras. Profesores, improvisados o auténticos, daban clases de geografía e historia, y entretenían a los niños con juegos y pequeñas representaciones. Entre finales de 1943 y principios de 1944, los niños representaron la obra *Blancanieves y los siete enanitos,* a la que Mengele, siempre atento a posibles nuevos cobayas, insistió en asistir.

En el Bloque 31 también había una biblioteca clandestina. Su acerbo se resumía a ocho preciosos libros que pasaban de mano en mano bajo la atenta mirada de su responsable, la joven Dita Polachova, de solo catorce años. Entre esos libros se contaban *Una breve historia del mundo* de H. G. Wells, un libro de texto ruso y otro de geometría analítica. Para escapar a la vigilancia nazi, los libros entregados a la custodia de Dita eran diariamente escondidos en lugares diferentes. La historia conmovedora de esta «biblioteca» y de su guardiana dio origen a la novela de Antonio G. Iturbe *La bibliotecaria de Auschwitz,*[20] editado en portugués.

Otto Dov Kulka llegó con su madre en el mismo transporte de septiembre de 1943. Solo tenía diez años. Según el testimonio escrito en su precioso libro, editado en portugués, *Paisajes de la metrópoli de la muerte,*[21] los barracones donde funcionaba

el bloque de los jóvenes y de los niños se convirtió rápidamente en el centro de la vida espiritual y cultural del campo de las familias de Theresienstadt. «Digo esto en la plena acepción de las palabras: era un lugar donde se representaban obras de teatro y se daban conciertos —y todo esto, claro, a 150 o 200 metros de la rampa de selección y a 300 o 400 metros de los crematorios. La experiencia que recuerdo de allí constituye incuestionablemente la base moral de la manera en que encaro la cultura, la vida, casi todo, tal y como se formó en mí durante aquellos pocos meses, a los diez y once años, entre septiembre de 1943 y la liquidación del campo en julio de 1944».[22] Kulka recuerda también otro hecho que se cristalizó en su memoria: la organización de un coro infantil por parte de un maestro de nombre Imre, cuya música preferida, que ensayaba con los niños, era el *Himno a la alegría* de Schiller de la *Novena sinfonía* de Beethoven. Kulka se cuestiona hasta hoy: «¿Cuál habría sido la intención del maestro al decidir interpretar precisamente aquel texto, un texto que está considerado un manifiesto universal de todos los que creen en la dignidad humana, en los valores humanistas y en el futuro ante aquellos crematorios, en el lugar donde el futuro era, quizás, la única cosa definida que no existía?».[23] ¿Manifestación de protesta, de resistencia, de fe en el Hombre a pesar de todo? ¿O simplemente una carcajada sarcástica frente al contraste absoluto entre la promesa contenida en el *Himno* y la realidad infernal de las llamas que de noche y de día consumían vorazmente cualquier esperanza?

En diciembre llegaron a Birkenau más de dos transportes de 4.964 deportados de Theresienstadt con cerca de 200 niños, y Fredy consiguió un bloque más para todos ellos. Sin embargo, a pesar de ser relativamente más privilegiadas, las condiciones de vida en el «campo de las familias» eran muy duras: Kulka refiere que de las

5.000 personas que llegaron en el primer transporte, en septiembre de 1943, más de mil perdieron la vida en los primeros seis meses.

La existencia del «campo de las familias» y la diferencia de condiciones de vida respecto a otros prisioneros de Auschwitz-Birkenau se mantuvieron en secreto durante mucho tiempo, incluyendo a los propios habitantes de ese campo. ¿Por qué motivo los hombres, mujeres y niños oriundos de Theresienstadt se beneficiaban de un tratamiento privilegiado? ¿Estaban destinados a sobrevivir? La respuesta fue rápida y brutal: el 8 de marzo de 1944, casi todos los que formaron parte del primer transporte de septiembre, que había llegado seis meses antes, fueron gaseados sin siquiera pasar por el proceso de selección. Extrañamente, incluso para ellos mismos, antes de su ejecución se les ordenó que escribieran postales para el gueto de Theresienstadt y para sus conocidos en otros países con fecha 25 de marzo, es decir, dos semanas después de su muerte. Extrañamente también, los deportados del segundo transporte de diciembre mantuvieron su condición especial y en mayo de 1944 llegaron dos transportes más de Theresienstadt con más de 5.000 deportados. «Pero a partir de marzo», escribe Kulka, «todos los implicados vieron claro que el periodo de vida de cada transporte que se llevaba al campo especial estaba fijado en, justamente, seis meses». En efecto, en julio de 1944, el «campo de las familias» se liquida definitivamente: los prisioneros, incluyendo a los niños, son exterminados, a excepción de algunos hombres y mujeres seleccionados por Mengele para ir a trabajar a otros campos.

«Al día siguiente», escribe el médico-prisionero Miklós Nyisli, «el campo de las familias de Theresienstadt estaba silencioso y desierto. Vi un camión cargado de cenizas abandonar el campo en dirección a las aguas del Vístula. De esta forma, las hojas de llamada de Auschwitz se vieron reducidas a más de 12.000 "unidades", y una página sangrienta más se añadió a los archivos del KZ (campo de

concentración). La página contenía solamente una breve inscripción: "La sección checa del campo de concentración de Auschwitz se ha liquidado en esta fecha debido a un brote de tifus entre los prisioneros. Firmado: Dr. Mengele, *Hauptstürmführer* I Lageratz"».[24]

Como ya se ha referido anteriormente, algunos prisioneros del campo «familiar» escaparon ese día de julio de 1944 a las cámaras de gas. Debido a los duros bombardeos de Alemania por parte de los Aliados, los nazis necesitaban mano de obra para el esfuerzo de guerra alemán y las madres más jóvenes fueron autorizadas a presentarse para el trabajo. Sin embargo, después de seis meses en Birkenau, sabían perfectamente que si lo hacían, sus hijos tendrían que enfrentarse a la muerte a solas. Ruth Bondy,[25] que trabajó en el bloque de los niños de cinco y seis años, cuenta que, de las cerca de 600 madres, solo dos se presentaron voluntariamente a la selección; todas las demás decidieron permanecer junto a sus hijos hasta el final. A las madres jóvenes por debajo de la edad requerida de los dieciséis años se intentó hacerlas pasar como más mayores, decididas, sin embargo, a quedarse con los niños en caso de no conseguirlo; mujeres jóvenes con la edad adecuada intentaron maquillar y dar aplomo a madres más mayores para hacerlas parecer más jóvenes y saludables; una joven sedó a su bebé e intentó esconderlo entre la ropa para conseguir salvarlo, pero el niño acabó llorando y fueron descubiertos.

«Algunas madres», escribe Bondy, «venían a verme para saber mi opinión. ¿Qué debo hacer? Yo intentaba no darles una respuesta directa: "¿Cómo puedo saberlo? No tengo hijos". Pero ellas insistían y, entonces, les dije: "Si tuviese un hijo pequeño, me quedaría con él". Ellas estaban de acuerdo conmigo: su decisión ya estaba tomada, solo querían mi aprobación. Durante años cargué con el peso de esa responsabilidad, al fin y al cabo, aquellas madres eran muy jóvenes, podrían haber sobrevivido y fundado nuevas familias.

Sin embargo, cuando mi hija nació, me tranquilicé: nunca la habría abandonado en el momento en que más necesitaba mi abrazo».[26]

Aceptada para trabajar, la madre de Kulka se halla entre las mujeres que abandonan el «campo de las familias».[27] La despedida de ambos es narrada así por el autor: «En realidad son segundos, solo segundos, segundos de un adiós apresurado tras el cual mi madre dio media vuelta y se alejó en dirección a las estructuras grises del campo. Vestía una falda que ondeaba con la brisa ligera y me quedé mirándola caminar, mientras desaparecía a lo lejos. Esperaba que volviese la cabeza, esperaba una señal de cualquier tipo. No volvió la cabeza y se limitó a andar, anduvo hasta convertirse en un punto lejano, un punto que yo sabía que era aquella falda de verano, y desapareció».[28] El niño de once años nunca comprendió verdaderamente por qué razón la madre no volvió la cabeza para verlo por última vez: la explicación que encontró fue que, si lo hubiese hecho, su madre quizás no hubiese tenido el insoportable valor de dejarlo, a él y al padre, condenados a una muerte segura.

Milagrosamente, el pequeño Dov Kulka sobrevive: es elegido con algunos jóvenes más para trabajar en otro campo de Auschwitz. Pero solo más tarde, después de la guerra, Kulka obtuvo respuesta a su dolorosa interrogación: «Mi madre transportaba el embrión de mi hermano, un embrión de Auschwitz del encuentro que tuvo con mi padre». Su objetivo era salvarlo a él por lo menos, arrancándolo de la muerte más que segura que le esperaba a Kulka y al marido. Deportada al campo de Stutthof, junto a la ciudad polaca de Danzing, la actual Gdansk, dio a luz a un niño. Como los bebés no estaban permitidos en el campo y debido a la inminente aproximación de los soldados de las SS, las mujeres que trabajaban en el hospital acabaron con la vida del recién nacido para no ser capturadas y castigadas ellas mismas, probablemente con la muerte.

La madre de Kulka sobrevivió al parto y a la terrible «Marcha de la Muerte» que tuvo lugar después de la evacuación del campo el 9 de mayo de 1945, además de ser el último campo liberado por los aliados, y huyó con tres amigas más, pero acabó por no sobrevivir a la fiebre tifoidea que ya sufría desde Stutthof. Fue enterrada por las amigas en una pequeña aldea del estuario del Vístula, donde encontraron refugio.[29]

La liquidación del campo «familiar»

Aparte del campo de las familias gitanas, este fue el único campo «familiar» en el complejo de Auschwitz-Birkenau. Como se ha mencionado anteriormente, su breve existencia (septiembre de 1943-julio de 1944) estuvo vinculada a la expectativa de una visita de la Cruz Roja Internacional, después de la efectuada al gueto de Theresienstadt el 23 de junio del mismo año. De la misma manera que el gueto de Theresienstadt, el «campo de las familias» de Auschwitz era una farsa destinada a hacer creer a los observadores de la Cruz Roja Internacional que allí los judíos vivían felices y que los relatos de exterminio eran falsos. Eso explicaría las postales que los deportados fueron obligados a enviar con fecha de dos semanas después de su muerte en las cámaras de gas. Sin embargo, según Kulka «el informe extremadamente positivo de la comisión de la Cruz Roja que visitó el gueto de Theresiensatadt (…) hizo innecesaria la segunda parte de la visita al campo de Birkenau». La Cruz Roja abandona así el proyecto de ir a Auschwitz y el campo «familiar», en adelante «innecesario», también fue anulado un mes después, en julio de 1944.

El arquitecto de este siniestro plan fue, muy probablemente, Adolf Eichmann, a las órdenes de Himmler. Eichmann se desplazó a Auschwitz a finales de febrero de 1944 y el objetivo de su inspección

fue el «campo de las familias» de Theresienstadt. Los documentos presentados por Kulka en su libro son muy esclarecedores y tienen origen en el departamento de Eichmann, en la Cruz Roja Alemana y en la Cruz Roja Internacional, en Ginebra. En una carta enviada el 14 de marzo de 1944 al gabinete de Eichmann en el RSHA (Servicios de Seguridad del Reich), el representante de la Cruz Roja alemana advierte: «Teniendo en cuenta el número de peticiones del extranjero sobre los diversos campos para judíos, las visitas planeadas por la Cruz Roja Internacional a los campos parecen ser altamente aconsejables». «Durante dichas visitas», sigue diciendo el representante de la Cruz Roja Alemana, «sería adecuado distribuir pedidos de comida y artículos médicos a los enfermos (…) para que se pueda confirmar ante la Organización de Ayuda Internacional, en Ginebra, la recepción de dichos pedidos basados ante el testimonio ocular de un representante de la Cruz Roja Alemana»… El 18 de mayo llegó la respuesta del departamento de Eichmann, dirigida al director de Relaciones Exteriores de la Cruz Roja alemana: «El *Reichsführer* SS (Himmler) ha accedido a que se realice un viaje de inspección al gueto de Theresienstadt y a un campo de trabajo para judíos (en Birkenau), que será realizado por él mismo y por un representante de la delegación de la Cruz Roja Internacional».[30]

Como ya hemos visto, la primera de esas visitas al gueto de Theresienstadt se produjo el 23 de junio de 1944 y el informe presentado por la delegación de la Cruz Roja Internacional sobre las condiciones vigentes allí fue altamente positivo, además de que se les aseguró que Theresienstadt era un campo final y que luego no había deportaciones al este. «Y una vez que, al contrario de lo que se esperaba, la delegación no hizo más preguntas», la visita a Birkenau y la propia existencia del «campo de las familias», preparado para mantener y repetir la farsa de Theresienstadt se hicieron superfluas.

En Theresienstadt, y más tarde en Birkenau, en el «campo familiar», los judíos mantuvieron hasta el final las estructuras de su vida comunitaria, las actividades educativas y culturales. Lo mismo sucedió en los guetos y en otros espacios donde fue posible. Hasta el final intentaron evitar la desagregación del colectivo judaico, lo que nos hace preguntarnos: ¿acaso en lo más profundo mantenían la loca esperanza de sobrevivir, incluso después de haber presenciado la muerte de sus compañeros? Es posible, pero poco probable. La respuesta sea quizás menos obvia y más coherente con toda la historia judía: en cada etapa dolorosa de su historia, los judíos han procurado reforzar y revitalizar sus estructuras comunitarias y su cultura como forma de resiliencia, de supervivencia y de adaptación a las duras condiciones que los rodeaban. Por eso, donde se permitió, como en el «campo de las familias» de Birkenau, era posible tocar la *Himno a la alegría* de Schiller y Beethoven de camino a las cámaras de gas.

[1]Nombre de la ciudad en checo.

[2]Weiss, Helga, *O diario de Helga. A vida num campo de concentração pelos olhos de uma jovem*, Bertrand Editora, 2013, p. 56.

[3]*Ibidem*, p. 59.

[4]*Ibidem*, p. 63.

[5]*Ibidem*, p.76.

[6]*Ibidem*, p. 73.

[7]Bosi, Ecléa, *O campo de Teresin*, Estud. Av. Vol. 13, nº 37, São Paulo, Set./Dic., 1999. Instituto de Psicologia de la Universidad de São Paulo (IP-USP).

[8]Weiss, Helga, *op. cit.*, p. 81.

[9]Bosi, Ecléa, *op. cit.*

[10]Klüger, Ruth, *Refus de témoigner, une jeunesse.* Éditions Vivianne Hamy para la traducción francesa, 1997, p. 104.

[11]Weiss, Helga, *op. cit.*, p. 94.

[12]Klüger, Ruth, *op. cit.*, p. 118.

[13]Weiss, Helga, *op. cit.*, p. 123.

[14]*Ibidem*, p. 100.

[15]*Ibidem*, p. 100-105.

[16]*Ibidem*, p. 92.

[17]*Ibidem*, p. 106.

[18]Stargart, Nicholas, *Testemunhas da guerra, as crianças no regime nazi*, Tinta da China, p. 261.

[19]Weiss, Helga, *op. cit.*, p. 114.

[20]Iturbe, Antonio G., *La bibliotecaria de Auschwitz,* Planeta, 2013.

[21]Kulka, Otto Dov., *Paisagens da Metropole da norte. Reflexões sobre a memória y a imaginação.* Temas e Debates, Círculo de Leitores, 2013.

[22]*Ibidem*, p. 44.

[23]*Ibidem*, p. 57.

[24]Nyiszli, Miklós, *op. cit.*, p. 62.

[25]Bondy, Ruth, *Women in Theresienstadt and the family camp in Birkenau. Women in the Holocaust*, Edição de Dalia Ofer and Leonor J. Weitzman, Yale University Press, p. 323.

[26]*Ibidem*, p. 324.

[27]Bondy afirma que entre las seiscientas madres seleccionadas solo dos se presentan. Sin embargo, se trata de madres de niños de cinco y seis años y no de niños más mayores. Tampoco se sabe si la madre de Kulka se presentó voluntariamente o si la obligaron, aunque en el texto haya indicios de presentación voluntaria.

[28]Kulka, Otto Dov, *op. cit.*, p. 105.

[29]*Ibidem*, p. 107.

[30]*Ibidem*, anexo, pp. 187-191.

X. STELLA MÜLLER, UNA NIÑA SALVADA POR OSKAR SCHINDLER

Uno de los capítulos más difíciles y dolorosos del Holocausto es el tema de los niños. La mayoría era asesinada nada más llegar a los campos de exterminio. Salvo rarísimas excepciones, los niños que lograban sobrevivir eran adolescentes que tenían o aparentaban tener edad suficiente para trabajar, entre los catorce y los dieciocho años. Más que los adultos, su mundo y las referencias a las que estaban habituados se desmoronaban rápidamente: rodeados por la muerte, viendo a sus padres desparecer o ser golpeados y humillados, se hacían conscientes de su impotencia y fragilidad. Con frecuencia, las relaciones se invertían: frente a una eventual vulnerabilidad de los padres, eran los hijos los que les daban fuerzas. Más rápidamente que los adultos se apercibían de que su supervivencia dependía de todos los valores contrarios a lo que se les había inculcado en el seno familiar. Mientras muchos adultos se ilusionaban ante la realidad recurriendo a referencias de otras épocas y otros espacios, la atención de los niños se centraba brutalmente en el presente y para muchos la terrible experiencia por la que pasaban acababa por constituir una especie de «normalidad».

La historia de Stella Müller es una de las raras historias con final feliz, pero su experiencia entre los nueve y los quince años la marcó dolorosa e indeleblemente. Contada en primera persona, ilustra el horror sin nombre vivido por una criatura a quien la muerte ronda en cada momento.[1]

En 1939, Stella tiene nueve años. Su familia vive en Cracovia en un bonito apartamento y la vida es para ella una promesa radiante. En septiembre de ese año, Polonia es ocupada por Alemania y Stella todavía no lo sabe, pero su tormento se acerca peligrosamente. En

noviembre, su casa es requerida por las SS: los Müller disponen de media hora para salir. Se refugian en casa de la abuela Stella, donde permanecen hasta que entran en el gueto, creado en marzo de 1941. En efecto, es en ese momento cuando el gobernador alemán del distrito de Cracovia decide que, «por razones de higiene y seguridad, es necesario crear un barrio para los judíos». En el gueto se amontonan cerca de 18.000 judíos en una superficie de 600 x 400 m. A los cuatro miembros de la familia, a la que se añade la abuela, se les obliga a vivir en un apartamento de una sola habitación sombría y una cocina, el lavabo está en el patio.

Separada del mundo exterior por un muro que rodea el gueto, Stella inicia el aprendizaje del horror. En sus calles, soldados alemanes borrachos disparan indiscriminadamente a los transeúntes y al gueto afluye cada día más gente con noticias aterradoras de lo que ocurre fuera: los alemanes torturan y matan, incluyendo a ancianos y niños. En el propio gueto un niño muere asesinado, empujado por un alemán a un precipicio, y los tiros son cada vez más frecuentes.

En marzo de 1942 empiezan las deportaciones de Cracovia, sobre todo de intelectuales, pero es en junio y octubre de ese mismo año cuando tienen lugar las oleadas de deportación más importantes a los campos de la muerte. El día 1 de junio, el gueto se cierra definitivamente al exterior: 300 judíos mueren fusilados y 6.000, incluyendo muchos niños, son deportados al campo de Belzec. El 8 del mismo mes se produce una nueva deportación, de manera que el gueto va reduciendo así su población.

Stella presencia la entrada de muchos camiones con soldados alemanes armados hasta los dientes: a través de un altavoz se da la orden a todos los judíos, sin excepción, de que entren en sus casas y permanezcan allí hasta nueva orden. «Todas las personas que se vean asomadas a las ventanas serán ejecutadas». Aquel día, Stella estaba sola en casa. En el silencio de la muerte que reina en el

edificio, oye unos disparos, gritos estridentes y lamentos de dolor: los alemanes se llevan a los niños. También oye a la familia de al lado bajar al sótano de puntillas con la esperanza de no ser descubierta. «Estoy acurrucada en el suelo, en la esquina más sombría de la habitación y estrecho a *P'tit Maure* (pequeño moro, nombre del perro), cuyo cuerpo tiembla tanto como el mío (…). De repente, oigo unos gritos horribles en nuestro edificio. Reconozco las voces. Los han descubierto en el sótano: *"Rrrrrraus, rrrraus!"* (¡Fuera, fuera!), gemidos, lloros y después un tiro y un grito atroz: "¡Erna, hija mía!" (…). Tengo un miedo horrible, oigo el ruido de las botas. Sus botas con hierros, esas botas, cuyo estallido es imposible de olvidar, se acercan, están muy cerca… los pasos, los golpes en la puerta con la culata de las armas que estremecen las paredes, los cristales que crujen. En mi cabeza, un zumbido insoportable, en mi boca una saliva acre… *"Raus!".* No puedo, no puedo levantarme. Me van a sacar afuera… o, a lo mejor… aquí mismo… De pronto, seguro que es un milagro, oigo la voz de mi padre en las escaleras: "¿Qué pasa aquí?". Que llegue, que llegue rápido antes de que disparen, me apuntan dos pistolas. Me levanto con las piernas temblando. Mi padre entra con una carta y un atestado en mano…». [2]

Gracias a ese atestado de miembro del OD —el servicio de orden judío del gueto—, el padre de Stella logra evitar lo peor. Provisionalmente…

El 5 de febrero de 1942, Stella cumple doce años. La familia se muda nuevamente de casa, esta vez a un edificio reservado a los hombres del OD, donde se le atribuye a toda la familia la habitación más pequeña de una vivienda de cuatro estancias. En el edificio contiguo se crea una casa para niños de dos a diez años cuyas madres trabajan. Durante la tercera gran deportación el 27 y 28 de octubre, la mayoría a Auschwitz, Stella presencia desde su ventana

el rapto de niños por parte de las SS: «Se llevan a los niños de dos en dos y los obligan a subir a los camiones. Muchos llevan en brazos sus pequeños tesoros: muñecas, payasos (…). En nuestro cuarto reina un silencio de muerte, solo se oye los gritos de los niños y el vocerío hediendo de los alemanes. A muchas criaturas las tiran desde las ventanas directamente a los camiones, a algunas les disparan durante la caída en un ejercicio que parece divertir mucho a los alemanes. Una niña que no tiene más de cinco años intenta huir, corre con una muñeca que estrecha contra el pecho; un soldado la apunta y dispara: la niña se desploma abrazada a la muñeca, el charco de sangre a su alrededor no para de crecer…»[3]. Stella presencia todo eso y las escenas lancinantes de los padres de las criaturas al regresar del trabajo: unos se suicidan tirándose por las escaleras, otros enloquecen de desesperación. Además de los niños, también se deporta a los enfermos y al personal médico de los hospitales o se los mata allí mismo.

La liquidación final del gueto tiene lugar el 13 y 14 de marzo de 1943; los ancianos y los niños que quedan son fusilados en el gueto, aproximadamente unas 1.000 personas. Otras 2.700 son trasladadas a Auschwitz-Birkenau. A la gente que aún es capaz de trabajar, aproximadamente unas 400 personas, la deportan al campo de trabajos forzados de Plaszów, construido en el verano de 1942 en el espacio de dos antiguos cementerios judíos de Cracovia. El campo se va ampliando progresivamente y alcanza su mayor dimensión en 1944 con casi 23.000 prisioneros —entre los que había muchos polacos de la insurrección de Varsovia—, el mismo año en que se transforma en un campo de concentración. Hasta entonces, la mayoría de los guardas del campo habían sido colaboradores ucranianos de los nazis, luego son sustituidos por 600 «calaveras» de las SS. En total, en Plaszów se asesinó, individualmente o en grupo, a cerca de 8.000 personas, la mayoría de ellas bajo las órdenes de su comandante principal, Amon Göth. Fue en este campo

donde estuvo preso, en 1944, Simon Wiesenthal, más tarde conocido como el mayor «cazador de nazis» de la historia.[4]

Hoy queda poco de lo que fue el gueto de Cracovia, pero quien visita la ciudad no puede mantenerse indiferente ante el memorial instalado en la antigua Plaza Zgody, actualmente llamada Plaza de los Héroes del Gueto, donde se concentraba a los habitantes del gueto antes de deportarlos. En toda la extensión de la plaza, incluso en los tranvías, muchas sillas vacías evocan la marcha forzosa y abrupta de sus habitantes… En una de las esquinas de la plaza se conserva la antigua farmacia de Tadeusz Pankiewicz, el único farmacéutico polaco no judío que se negó a abandonar el espacio en que se instaló el gueto y que siguió proporcionando a sus habitantes todo tipo de medicamentos necesarios para su supervivencia. Con el paso del tiempo y a medida que las condiciones empeoraban, la farmacia se convirtió en un centro de ayuda mutua, un lugar de encuentro y de resistencia que contribuyó a salvar a muchos judíos. A lo largo de aquellos años, Tadeusz Pankiewicz y su equipo no dudaron en arriesgar su propia vida, manteniéndose en el gueto hasta el final.[5]

Plaszów, antecámara del infierno

La familia de Stella es trasladada al campo de Plaszów en marzo de 1943. Integra un grupo de aproximadamente 200 personas comandado por su padre, Zygmunt, miembro del servicio de orden judaico, el ya mencionado OD. Sabiendo que corre un enorme riesgo, Zygmunt decide incorporar a niños y personas que no constan en el registro previo para que así puedan salvarse, al menos temporalmente.

La llegada al campo, después de una caminata de largas horas por caminos embarrados, es para Stella un acontecimiento

profundamente traumático: los barracones inmundos y promiscuos, la espera torturante en la plaza a la señal de llamada a las cinco de la mañana que se prolonga durante más de cinco horas sin nada en el estómago, las letrinas hediondas, la crueldad de los *kapos* bajo la batuta del torturador Amon Göth —todo ello hace que el gueto pareciera un paraíso comparado con la realidad que descubre en Plaszów.

Stella acaba de cumplir trece años y aún está lejos de la edad permitida para trabajar. Los padres se hallan ante el dilema de llevarla a la «casa de los niños» que se construirá en el campo y en la que no se está obligado a trabajar o a falsificar su edad inscribiéndola en el registro como si tuviera dieciséis años, la edad mínima necesaria. Por decisión de la madre, que se niega a separarse de la hija, Stella irá a trabajar: le cortan las trenzas, le buscan un vestido que la haga parecer más mayor. Esta decisión, tomada por instinto y por la experiencia vivida en el gueto, salvará la vida de Stella, como se verá más adelante. Se le atribuye un puesto en la fábrica de cepillos, donde la madre también logra colocarse. El trabajo es duro y las manos le sangran, pero lo peor de todo es el hambre, los golpes de los *kapos,* la violencia atroz que la rodea. Con la curiosidad de una adolescente, Stella lo registra todo, en particular la colina alrededor de la que se cava una fosa muy profunda. «Posteriormente me doy cuenta de que se trata de la colina de las ejecuciones. Si miro a la izquierda veo piernas y brazos que sobrepasan los muros de la fosa». Más tarde, por orden de los alemanes, se ordena la destrucción de los restos humanos: los cuerpos se desentierran y se queman, lo que esparce por todo el campo un olor inconfundible: «Este olor no es comparable a nada; quien lo ha olido alguna vez, lo reconocerá siempre y nunca lo olvidará».[6]

¿Qué pasará por la cabeza de una adolescente que apenas ha salido aún de la infancia cuando observa y sufre en su propia piel la

crueldad sin nombre que la rodea? Stella describe otros episodios que se le quedarán grabados a fuego en la memoria: el suplicio infligido en la plaza del toque de llamada, ante todo el campo, a un prisionero desnudo de cintura para abajo, atado a una especie de caballete, a quien fustigan salvajemente hasta la destrucción de sus miembros inferiores; la humillación de los músicos de la orquesta del campo, obligados a tocar hasta la extenuación para los nazis que de vez en cuando les arrojan cerveza a la cara o trozos de comida que están obligados a atrapar con la boca como si fueran perros y sin dejar de tocar…

«Me esfuerzo por sobrevivir y eso es algo que no nos enseñan en la escuela», escribe Stella. No obstante, la supervivencia también se puede dar solo por una cuestión de suerte. Stella vivió esa experiencia el día en que, debido a la fuga de dos prisioneros, los nazis ordenan el asesinato de diez personas por cada fugitivo. Reunidos en la plaza de la llamada durante 24 horas sin comer y sin poder sentarse, los prisioneros aguardan, aterrorizados, el momento de la elección. De repente, mientras se acerca el alemán que selecciona las víctimas, a Stella la empuja una mujer que ocupa su lugar. Sin embargo, la mujer se equivoca en los cálculos y ella será la seleccionada para morir en vez de la joven: «Las lágrimas se me derraman por la cara. Lloro porque solo unos centímetros pueden decidir la vida o la muerte. Lloro de alegría por que aquella mujer quisiera mi lugar. Nunca olvidaré su cara. No quería morir. Era sobre mí sobre quien debía recaer la muerte, pero otra persona ha muerto en mi lugar. ¿Tendrá un sentido todo esto? Respondo a esta pregunta diciéndome que tanto podría haber muerto hoy como mañana o pasado mañana».[7]

«Un nazi bastante querido, pero muy raro»

A finales de 1943 empieza a correr entre los prisioneros el nombre de Oskar Schindler, industrial alemán, director de una fábrica de menaje de cocina contigua al campo de Plaszów. En ella trabajan alrededor de 900 detenidos. Stella había oído hablar de él. «Parecer ser un nazi bastante querido, pero muy raro. Se dice que en su fábrica los judíos no son golpeados y que comen mejor. Todos quieren ir allí, pero al parecer solo emplea a unos cientos de trabajadores».[8] En realidad, Stella tendrá que esperar todavía dos años más hasta que Oskar Schindler la salve, dos años de sufrimiento intenso, uno de ellos en Auschwitz-Birkenau.

El día 14 de mayo de 1944 quedará grabado para siempre en su memoria: en la plaza de la señal de llamada, cientos de SS con el arma en ristre rodean a los prisioneros. Toda la jerarquía del campo está presente, comandada por Amon Göth. A unos cuantos metros de distancia, en la carretera que lleva fuera del campo, están estacionados dos camiones. Una palabra circula entre los prisioneros: «¡Liquidación!». De repente, se oyen pequeños pasos: son los pasos de los niños de la «casa de los niños». Llegan en filas de cinco, son aproximadamente cien, escribe Stella, quizás más. En realidad, serán muchas más. A una orden del látigo de Göth, los camiones se acercan y se detienen junto a los niños, que permanecen inmóviles y silenciosos hasta que la plaza irrumpe en un grito afligido: padres y madres sollozan, imploran, forcejean bajo los latigazos de los guardas. Los niños, hasta ese momento petrificados por el terror, lloran, suplican «mamá, papá, no me dejes, tengo miedo, no me quiero ir…». Incapaz de soportar el sufrimiento, Stella se tapa los oídos y la cara, pero su madre la obliga a bajar las manos: ese simple gesto podría costarle la muerte. Stella escucha y graba los gritos, los lloros, las súplicas, los berridos y los latigazos de los guardas, el ladrido de los perros. «En los altavoces se oyen los acordes de un vals, el vals *Vuelve, madre*… Los camiones se dirigen a la salida después de forzar a los niños a subir. De ambos

lados vemos sus manitas extendidas pidiendo desesperadamente socorro».[9]

Göth, a quien el espectáculo parece divertirle, presencia la escena impasible, rodeado por su pequeña corte. Al final, abandona la plaza indiferente, con aire de gran aburrimiento. Después de los niños llegará el turno de los enfermos de la enfermería: en total, en aquel trágico día se deportaron a Auschwitz 1.500 personas entre niños, ancianos y enfermos. A los más incapacitados de estos últimos se les lleva a la fuerza a la colina de las ejecuciones y son asesinados a disparos.

Con la llegada de los transportes de Hungría y Checoslovaquia, las selecciones para la muerte aumentan y, con ella, el estado de permanente ansiedad de los prisioneros: «Me pregunto si esos hombres —porque se trata de hombres, con cabeza, brazos, piernas — tienen familia. ¿Serán capaces de sufrir, de amar, de tener miedo? No puedo comprender el odio desmesurado que nos tienen, a nosotros, que estamos presos e indefensos. Todo yo soy lamentos y lloro, inaudible e invisible. El reglamento también prohíbe las lágrimas».[10]

En el verano de 1944, con la aproximación del ejército soviético, el campo de Plaszów empieza a desmantelarse y sus prisioneros son transferidos a otros campos, sobre todo a Gross-Rosen y Auschwitz-Birkenau. Stella y su madre forman parte del grupo de mujeres evacuadas a Auschwitz. En los vagones sellados de ganado que las llevan a Birkenau, una única pregunta atormenta a Stella: «¿Vamos directamente a las cámaras de gas o todavía no?».[11]

Auschwitz: «Nos esperábamos lo peor, pero no lo imposible»

Somos así, siempre nos creemos que peor de lo que lo estamos pasando no es posible. «Nos esperábamos lo peor, pero no lo imposible», dijo una vez una superviviente. Pero lo imposible sucede y Stella lo sufrirá en Auschwitz-Birkenau.

A la llegada, la esperaba el ritual conocido: el rapado violento del pelo y de todo el cuerpo —«dolía muchísimo, porque el pelo no lo rapaban, lo arrancaban»—, unas gotas de agua hirviendo por el cuerpo y, allí mismo, la selección a las cámaras de gas de las mujeres más mayores y débiles. Stella y su madre escapan a la selección: el número de matrícula de Stella es el 76.372.

Las condiciones de hacinamiento, higiene y alimentación estaban muy por debajo de lo imaginable: como «cama», unos palés de madera sin nada encima, solo «una especie de trapo grisáceo» que hacía las veces de manta para dos personas y, por encima de la cabeza, una ventana con el cristal roto por donde entraba el frío helado del invierno polaco; piojos y ratas con sus chillidos aterradores; una sopa que no era más que «el agua fétida de lavar los platos en la que no flotaba más que un trozo de patata o de col»; unas letrinas siempre repletas de excrementos; unas gotas de agua sucia y no potable, portadoras del virus del tifus. Todo esto en el mayor clima de violencia y crueldad, bajo la amenaza diaria de selecciones durante la llamada matinal a la que, a veces, asiste *Herr Doktor* Mengele. Muchas mujeres, por miedo a ser elegidas para sus experimentos, se restriegan en la cara el polvo rojizo de los ladrillos para mejorar su aspecto…

Un día, Stella integra un grupo de mujeres cuya función es bajar a un sótano en el que se almacenan patatas y rábanos para seleccionar los menos pútridos. Entre las ratas y los ratones que pululan por allí, a una amiga de Stella, Janecska, también de Cracovia, incapaz de resistirse al hambre, la pillan comiéndose un rábano que aún no ha acabado de masticar. Las *kapos* se percatan de los movimientos de la boca y la golpean duramente, causándole

una lesión ósea muy grave. Janeczka morirá meses más tarde como consecuencia de las heridas.

En Birkenau, el estado físico de Stella empeora dramáticamente. La infección urinaria que ya había contraído en Plaszów se vuelve crónica, dolorosa e incontrolable. Como si eso no bastase, en las ingles le crece un enorme absceso en el que los piojos abundan. Stella arde de fiebre y pavor de ser seleccionada por Mengele para sus experimentos demoniacos. A pesar de los intentos de su madre para hacerse con un desinfectante de la enfermería y de la protección de algunas mujeres que se relevan de noche para impedir el ataque feroz de las ratas atraídas por el olor del pus, Stella entra en una especie de delirio comatoso. La ida a la enfermería, que todas temen por ser normalmente una antecámara de la muerte, se hace inevitable.

Sin embargo, Stella acaba por sobrevivir: la mujer que la salva de la muerte, su ángel de la guarda, se llama Mira. Es una médica que trabaja en la enfermería, también prisionera y cuya hija fue asesinada en las cámaras de gas: «Una mujer infeliz, una madre que perdió a su hija, una chiquilla parecida a ti. Quizás por eso no pude verte sufrir sin hacer nada…».

Mira venía del campo de Belzec, adonde la trasladaron desde el gueto de Lublin. Para Stella fue un faro en la oscuridad. En medio de tanta crueldad, de tanto odio, Stella encuentra en Mira, contra todas las expectativas, una bondad infinita: «¿De dónde proviene esa bondad y ese amor inmenso en ella, en una mujer que fue tratada de forma tan cruel por el destino? ¿Cómo podré un día comprender y organizar todo esto en mi pequeña cabeza?».[12]

En contacto con su madre y con otras mujeres amigas, y a pesar del estado de debilidad de Stella, Mira logra inscribirla en el transporte que parte hacia Brünnlitz, una aldea de Checoslovaquia a la que Oskar Schindler trasladó, en 1944, su fábrica de menaje de cocina de los alrededores de Cracovia. La madre de Stella, que se

niega a dejarla partir sin ella, también va en el transporte, así como algunas mujeres que habían podido permanecer juntas desde Cracovia. En total son 300 mujeres. Formarán parte de *La lista de Schindler.*

Brünnlitz y la lucha de Oskar Schindler

Pero ¿quién es ese hombre cuyo nombre se reveló frente el gran público en la película de Steven Spielberg? Oskar Schindler nació en 1908 en los Sudetes, región de Bohemia, en el seno de una familia católica de lengua alemana. Después de la anexión de este territorio por parte de Alemania, Schindler se alista en el Partido Nacional Socialista y en septiembre de 1939, después de la invasión de Polonia, marcha a Cracovia, donde se establecen muchos hombres de negocio alemanes tras la confiscación de las empresas y comercios pertenecientes a los cerca de 60.000 judíos que allí residen. Con el apoyo de las nuevas autoridades alemanas, Schindler asume la dirección de dos empresas judías de fabricación y venta de menaje de cocina y esmalte, en una de las cuales ejerce como mandatario de la administración ocupante.

En octubre de 1939, Schindler establece su propia fábrica de menaje de cocina y esmalte. Asistido con gran eficacia por Isaak Stern, contable experimentado, la fábrica se desarrolla rápidamente. En 1942 ya emplea a 370 judíos del gueto de Cracovia y a 430 polacos no judíos, lo que le granjea el respeto de los nazis y le permite el contacto con las SS al más alto nivel.

No obstante, a la vez, Schindler se percata progresivamente de la forma brutal con la que se trata a los judíos de Cracovia, lo que lo lleva a transformar su punto de vista y su comportamiento. A pesar del trato humano que siempre ha reservado para sus trabajadores, Schindler irá cada vez más lejos y procurará garantizar la

supervivencia de «sus» judíos, aun a costa de su propia seguridad. Basándose en el lema que defiende en los círculos nazis, «El trabajo es esencial para el esfuerzo de la guerra», Schindler consigue impedir la deportación de los trabajadores empleados en su fábrica, incluyendo mujeres, niños y discapacitados, todos ellos declarados por él mismo como indispensables y cualificados para trabajar.

Con la liquidación del gueto de Cracovia en marzo de 1943, muchos judíos son enviados al campo de trabajos forzados de Plasdów, incluyendo a la familia de Stella Müller, como ya hemos visto anteriormente. Aprovechando sus buenos contactos con el comandante del campo, Amon Göth, Schindler consigue autorización para instalar una filial de su empresa en el exterior del campo, en Zablocie, en la que emplea a cerca de 900 trabajadores, en su mayoría judíos, evitándoles así los horrores de Plaszów y la crueldad de su comandante.

En octubre de 1944, con la aproximación del ejército soviético, Schindler obtiene autorización para trasladar la fábrica a Brünnlitz, en los Sudetes, pudiendo así rescatar de la muerte a cerca de 1.100 prisioneros de los campos de Gross-Rosen y de Auschwitz.

A las 300 mujeres que vienen de Auschwitz las recibe el Schindler en persona, acompañado por otro alemán con el uniforme de las SS. En la revista que hace a las filas de las prisioneras puede leerse en su rostro, según Stella, «el horror, la compasión y la bondad». Contrariamente a lo habitual, no hay insultos, golpes, o cualquier tipo de violencia por parte de los guardas. A las mujeres las llevan dentro del campo, donde se les ofrece una sopa «caliente y deliciosa con un olor fantástico». Para Stella y para la madre, la mayor alegría es el reencuentro con el padre y el hermano, Adam.

Aquella misma noche, Schindler les dirige unas palabras: «Sé que habéis atravesado el infierno antes de llegar aquí: vuestro aspecto lo dice todo. En este lugar estaréis expuestas provisionalmente a muchas incomodidades y vicisitudes, pero sois unas mujeres muy

valientes, lo sé. La esperanza de poder traeros hasta aquí no era muy grande, pero todo eso pertenece ya al pasado. Cuento con vuestra disciplina, con vuestro amor por el orden; creo que lo peor ya ha pasado…».[13]

En efecto, a pesar de la intervención personal de Schindler, que se trasladó a propósito a Auschwitz, obtener autorización para dejar partir a aquellas 300 mujeres fue muy difícil. La contrapartida fue el compromiso de construir una fábrica de armamento. El trabajo es duro y exigente, las raciones alimentarias parcas y los guardas alemanes vigilan. Igual que las demás mujeres, Stella tiene que justificar el título de «operaria especializada», argumento bajo el que Schindler las requirió…

Con todo, para la adolescente Stella, que ahora tiene catorce años, Brünnlitz es el paraíso comparado con Auschwitz. Schindler y su esposa, Emilie, hacen lo posible para suavizar la vida de las prisioneras. Emilie invitaba con frecuencia a las guardas a tomar té para tratar de «ablandar» su comportamiento con las detenidas, y Schindler organizaba veladas durante las que emborrachaba a sus invitados alemanes. Según el relato de un prisionero obligado a tocar en una de aquellas fiestas, uno de los invitados le dijo a Schindler que ya había llegado el momento de liquidar el campo. La respuesta llegó rápido: «No, todavía no, deja a esos cerdos judíos que trabajen un poco más para el Reich, solo los dejaré cuando les haya exprimido hasta la última gota», palabras que merecieron abundantes elogios por parte de la asistencia.

Sin embargo, las inspecciones se suceden y Schindler corre un riesgo serio de que se descubra su juego. Los prisioneros lo sabían y, a su manera, intentaban demostrar su gratitud: en la noche de fin de año de 1944, invitaron al matrimonio a ir al taller de producción de la fábrica y les ofrecieron un gran ramo de flores de acero, confeccionado con los restos del metal usado en la producción. El regalo estuvo acompañado por deseos de «Larga vida a Oskar

Schindler», entonados en polaco y a la sordina. Emocionado, este garantizó a los prisioneros que: «mientras yo viva, vosotros viviréis también. La guerra acabará en breve, aguantaremos hasta el final (…). El camino recorrido hasta aquí ha sido muy difícil, tanto para vosotros como para mí porque, debo confesarlo, no ha sido fácil manteneros con vida. Aunque ninguno de nosotros sepa todavía a qué combates tendremos que enfrentarnos aún antes de parar, os pido que nunca dejéis de confiar en mí».[14]

Hasta el final de la guerra, Schindler intentó salvar sus vidas. En enero de 1945 le informan de que un tren sellado y cubierto por el hielo, de donde se escuchaban tenues susurros humanos, está bloqueado desde hace siete días, sin abastecimiento, en una estación próxima a Brünnlitz. Schindler no lo duda: envia un destacamento de prisioneros armados de hachas y sopletes para forzar las puertas y rescatar a las víctimas. Trece de aquellos hombres habían muerto congelados, pero Schindler consiguió autorización para emplear al resto en el campo.

Schindler celebra su cumpleaños ante la inminente derrota de Alemania. Los prisioneros le regalan una «carta de inmunidad» para garantizarle que no sería preso después de la liberación. La carta está escrita en tres lenguas —hebreo, inglés y ruso— y testifica que Schindler es el garante de la salvación y la supervivencia de sus trabajadores. En nombre de todos los prisioneros signatarios, el documento solicitaba que, donde quiera que los Schindler se encontrasen, fuesen tratados con el respeto y la estima de que eran merecedores. La carta la firmaron todos los prisioneros. También le regalaron un anillo de oro con la inscripción talmúdica «Quien salva una vida, salva a toda la Humanidad».

El 6 de mayo, Oskar y Emilie Schindler abandonan el campo en dirección a Occidente acompañados por diez prisioneros encargados de dejarlos en buenas manos. El 8 de mayo llega el ejército soviético. Por fin llega la liberación…

Entre los prisioneros se desata una fiesta. Entonan cánticos patrióticos polacos con lágrimas en los ojos, y el padre de Stella canta con ellos. Con todo, Stella no puede sentir alegría. «He perdido la capacidad de alegrarme. En mí, todo llora, me siento llena de tristeza y amargura, pero finjo que comparto su júbilo». Para la adolescente, cuya vida entre los nueve y los quince años ha estado privada de libertad, esta era simplemente inimaginable: «De la misma manera que anteriormente era incapaz de imaginarme la guerra, tampoco ahora soy capaz de imaginarme la libertad. Se abrirá una puerta, la cruzaremos con toda tranquilidad, nadie nos gritará, ningún verdugo nos estará esperando, no tendré que caminar en fila… No, simplemente no puedo imaginarme todo eso». [15] Stella regresó a Polonia con sus padres, pero la alegría de la liberación nunca le llegó, nunca pudo tener una vida normal. Como consecuencia del sufrimiento por el que pasó, sobre todo en Auschwitz, las llagas, las enfermedades, los maltratos, la malnutrición, pasó parte de su vida en hospitales y se vio obligada a recibir tratamientos constantes.

En el momento en que partía de Auschwitz-Birkenau, Stella fue abordada por una mujer: «¡No te olvides de Birkenau, nunca te olvides!». Y Stella nunca se olvidó: «A mi memoria acudían todos los asesinatos, los ahorcamientos, los muertos, los ancianos, los niños… Recordaba el gueto el día en que los alemanes destrozaron las cabezas de los bebés contra la pared. Durante toda mi vida tendría ante los ojos la imagen de los ahorcados y de los cadáveres devorados por los ratones».

En 1945 empezó a escribir. Durante años fue registrando sus memorias a medida que le venían a la cabeza. Solo a finales de los años ochenta se decidió a publicarlas. Sin embargo, en Polonia a nadie le interesaban, nadie conocía a Oskar Schindler, había llegado la hora del olvido. Fue necesaria la película de Steven Spielberg para que la escucharan y el libro se publicara en Alemania.

Schindler emigró a Argentina con la ayuda financiera de organizaciones judías y grupos de supervivientes. En 1957 regresó a Alemania, donde falleció el 9 de octubre de 1974 en Hildesheim. Según su propia voluntad, yace sepultado en el cementerio católico de Jerusalén. En 1962 fue reconocido por Israel como «Justo entre las Naciones», una distinción para aquellos que, aun a riesgo de su propia vida, no dudaron en salvar vidas judías. En su tumba reza un epitafio en dos lenguas: «Justo entre las Naciones», en hebreo; «El inolvidable salvador de 1.200 judíos perseguidos», en alemán.

[1]Müller-Madej, Stella, *Le libre de Stella, jeune fille de la liste de Schindler*, Éditions Le Félin et Arte Editions, 1997, Bolsillo, 2002.

[2]*Ibidem*, pp. 47-49.

[3]*Ibidem*, pp. 85-87.

[4]Sobre este tema, véase la excelente biografía de Simon Wiesenthal de Tom Seguev, Edições Matéria-Prima, 2011.

[5]Las memorias de Tadeusz Pankiewicz, *La pharmacie du guetto de Cracovie*, fueron editadas en francés en 1998 por Éditions Acte du Sud.

[6]Müller-Madej, Stella, *op. cit.*, pp. 142.

[7]*Ibidem*, pp. 154.

[8]*Ibidem*, pp. 177.

[9]*Ibidem*, pp. 183.

[10]*Ibidem*, pp. 197.

[11]*Ibidem*, pp. 239.

[12]*Ibidem*, pp. 282.

[13]*Ibidem*, pp. 301.

[14]*Ibidem*, pp. 319.

[15]*Ibidem*, pp. 320.

XI. VIDAS MUTILADAS: EXPERIMENTOS MÉDICOS EN AUSCHWITZ

«Pedimos perdón a las víctimas, vivas y muertas, y a sus descendientes». Así reza la declaración aprobada en mayo de 2012 por la Asociación Médica Alemana en Núremberg sobre la actuación de muchos médicos durante el régimen nazi. La asociación, refiriéndose a los terribles experimentos y otras acciones llevadas a cabo en esa época, reconoce que «contrariamente a su misión de curar, muchos médicos fueron culpables de violaciones de los derechos humanos».

En realidad, el ejercicio de la medicina en la Alemania de Hitler constituye uno de los aspectos más negros de la historia del Holocausto. Los nazis atribuyeron a los médicos un papel central en el programa de exterminio: estos no solo participaron activamente en la llamada «muerte misericordiosa», es decir, en el programa T4, referido en el capítulo I, asesinando a personas que el nazismo consideraba indignas para vivir, sino que eran ellos los que, cuando las víctimas llegaban a los campos de concentración o de exterminio, seleccionaban quién moriría inmediatamente y quién contribuiría todavía un poco más al esfuerzo de guerra alemán. También fueron médicos los que, a pesar de estar obligados por juramento a salvar vidas humanas, pusieron en práctica los experimentos pseudocientíficos más hediondos en niños, mujeres y hombres, a quienes pura y simplemente se les negaba el derecho a la vida y la integridad física.

La idea de que hay vidas que no tienen derecho a ser vividas se defiende en un libro de 1920 publicado por el abogado Karl Binding y por el psiquiatra Alfred Hoche, titulado *Die Freigabe der Vernichtung Lebensunwertwn Leben: Ihr Mass and*

Ihre Form (La autorización para destruir la vida que no merece ser vivida: su extensión y forma), en el que defienden que era moralmente legítimo aniquilar a todos los que sufrían enfermedades incurables o gravemente incapacitantes.[1] Estas ideas se enraízan en la enseñanza impartida en las facultades alemanas de medicina de Alemania desde el siglo XIX, que vehiculaba la visión de los promotores del racismo biológico, Arthur de Gobineau y Houston Stewart Chamberlain, creadores del mito de la superioridad de las razas «puras» sobre las «mestizas». El nazismo, sin embargo, irá mucho más lejos y defenderá no solo la supremacía de la raza aria, sino la necesidad de la «higiene racial», es decir, la liquidación de todo lo que la «contamina». Poco tiempo después de la ascensión de los nazis al poder, el profesor Ernst Rüdin, director del Instituto de Psiquiatría Kaiser Wilhelm, en Múnich, fue el principal mentor de un programa de esterilización compulsiva que durante cuatro años afectó a cerca de 300.000 personas, portadoras de enfermedades consideradas hereditarias, de acuerdo con la idea de «protección de la nación alemana de la degradación biogenética», defendida por la Orden de los Médicos.[2]

En 1939, con el inicio de la Segunda Guerra Mundial, el plan de esterilización dio paso al programa de la eutanasia de niños con diversas malformaciones. Ese mismo año, escribe Jorge Cruz,[3] un niño llamado Knauer, portador de anomalías en las extremidades y de ceguera congénita, fue el primero en ser ejecutado con el consentimiento de los padres y la autorización personal de Hitler. Seguidamente, se procede al registro nacional de todos los niños menores de trece años portadores de enfermedades hereditarias, que culminó con la muerte de más de 5.000 criaturas hasta el final de la guerra.

El programa de eutanasia de adultos también se inició en 1939. Todas las personas con dolencias «incapacitantes» eran asesinadas en cámaras de gas y quemadas con la complicidad de la clase

médica. Los certificados de defunción mencionaban falsos diagnósticos de muerte según la edad y sintomatología anterior de las víctimas. Por último, enfermos con deformidades menores, personas moderadamente seniles y mutilados de guerra, «niños difíciles» y otros casos semejantes, también eran seleccionados por los médicos para ser «sometidos a eutanasia». Este programa nazi fue el responsable de la muerte de al menos 70.000 personas en Alemania hasta 1941, orientándose después al exterminio de judíos, gitanos, polacos, rusos y alemanes opositores al régimen nazi.[4]

Entre 1942 y 1945 se realizaron aproximadamente setenta proyectos de investigación médica en los campos nazis, llevados a cabo por universidades e institutos de investigación alemanes que incluían numerosos tipos de experimentos con los prisioneros. Himmler manifestó desde el principio un gran interés por este tipo de actividad. En 1943, deseoso de proteger la experimentación, ordenó que todos los experimentos se sometiesen a su aprobación previa. Himmler no se limitaba a facilitarlos: seguía atentamente su desarrollo, estudiaba los resultados y hasta sugería algunas mejoras. Pero, por encima de todo, protegía a los médicos, asumiendo la responsabilidad de sus actos y no dudaba en contradecir a los posibles detractores, considerándolos unos «traidores».

En realidad, estos últimos eran pocos: en la IV Conferencia de Médicos, celebrada en mayo de 1943, Karl Gebhardt y Fritz Fischer presentaron una comunicación sobre las operaciones ya mencionadas en el capítulo VIII de trasplante de huesos en prisioneras polacas del campo de Ravensbrück. Después de la confesión del propio Fischer en 1945, se siguió un debate, pero ninguna crítica.

A los campos de concentración se envió aproximadamente a doscientos médicos. Su trabajo consistía dirigir las selecciones y participar en los ensayos médicos: inyecciones de fenol que se aplicaban directamente en el corazón o intravenosas para prolongar

la agonía, la inoculación del virus del tifus, inyecciones en los ojos para cambiar el color, esterilizaciones, castraciones, inyecciones subcutáneas que causaban tumores dolorosos, experimentos sobre las transformaciones del tejido muscular debido a la malnutrición, fueron algunas de las torturas pseudocientíficas infligidas a hombres, mujeres y niños, con la total y absoluta violación del código deontológico médico.

Muchos experimentos estaban destinados a justificar y aplicar las teorías racistas a través de la biología y promover la supremacía y la multiplicación de la «raza aria». Así, por ejemplo, 40 gitanos fueron sometidos a experimentos para probar que tenían una sangre diferente; 150 mujeres y hombres judíos asesinados en Auschwitz sirvieron para que los médicos pudiesen observar las particularidades de su cráneo.[5] En el marco de la «lucha racial» también se incluyen los experimentos realizados con enanos y gemelos. Otros ensayos se destinaban a desarrollar mecanismos de supervivencia en condiciones extremas de gran altitud, temperaturas de congelación o absorción de agua de mar. También se probaban vacunas y medicamentos para combatir enfermedades contagiosas, heridas o inhalación de gases químicos. Una serie de experimentos se destinó al descubrimiento del método más rápido y eficaz de aniquilar la vida humana, desde la esterilización completa de las mujeres a las inyecciones de cloroformo en el corazón de las víctimas y el uso de gas Zyklon B. Todos estos experimentos, que implicaban sufrimientos insoportables, se practicaban en seres humanos y, evidentemente, en contra de su voluntad.

«El carnicero de Auschwitz»

Entre todos los médicos SS que «trabajaron» en Auschwitz, hay un nombre que dejó en los supervivientes un recuerdo indeleble:

Josef Mengele, médico-jefe del campo, más conocido como «el carnicero de Auschwitz» o incluso como «el ángel de la muerte». Desde 1943 hasta la evacuación del campo, en enero de 1945, fue el responsable de la muerte de aproximadamente 400.000 personas. Era a él al quien encontraban los deportados cuando bajaban de los vagones dirigiendo la selección inicial con un látigo en la mano; volvían a enfrentarse a él en las selecciones parciales cuando «con un gesto negligente con el dedo índice señalaba a las víctimas, silbando una aria de *Tosca*».[6]

Pero, en realidad, Mengele, doctor en medicina y en filosofía, no se limitaba a «seleccionar». Según el médico Miklós Nyiszli, que llegó a Auschwitz en mayo de 1944 deportado de Hungría con un grupo de prisioneros formado por 26 médicos, 6 farmacéuticos y sus familiares respectivos, en cuanto llegaban los transportes, varios guardas recorrían las filas de prisioneros en busca de gemelos y de enanos. Algunas madres, creyendo que los tratarían mejor, los entregaban sin vacilar. Ignoraban que poco después morirían en manos de Mengele. «Aquí sucede», escribió Miklós Nyiszli, «algo único en la historia de las ciencias médicas del mundo entero. Dos hermanos gemelos mueren juntos y simultáneamente, y se tiene la posibilidad de hacerles la autopsia a la vez (…). En Auschwitz hay varias decenas de gemelos y todas esas posibilidades. Por eso, Mengele nada más llegar separa en la rampa a los enanos y los gemelos. Con el mismo objetivo los sitúa la fila de la derecha y los llevan al barracón de los que todavía no van a morir donde se benefician de una buena alimentación y de buenas condiciones de higiene para que no exista posibilidad alguna de contagio de uno de ellos y, en consecuencia, no puedan morir por separado. Tienen que morir juntos y con buena salud».[7]

Convencido de que había sido «elegido» para descubrir la causa de los nacimientos múltiples, Mengele permanecía horas al microscopio y en la mesa de disección con la bata y las manos

ensangrentadas, examinando y comparando obsesivamente. Los gritos de las víctimas, el humo negro de los crematorios, el olor a carne quemada, no le incomodaban. Después de cada selección, Mengele regresaba a ese infierno humano, en cuyo ambiente se sentía como en casa.

«Entre los malhechores y los criminales, el tipo más peligroso es el médico criminal», escribe Nyiszli, «especialmente si está investido de poderes tan grandes, como los de Mengele. La vida y la muerte de cientos de miles de personas estaban en sus manos y no dudó en usar su poder de acuerdo con su criminal visión de la Humanidad».

Miklós Nyiszli, el médico Sonderkommando

El testimonio de Miklós Nyiszli, escrito en 1946, es excepcional. Nombrado por Mengele médico-jefe de los crematorios, Nyiszli fue, como él mismo refiere, testigo ocular y participante involuntario del trabajo en los crematorios de Auschwitz, en cuyas llamas desaparecieron más de un millón de seres humanos. «Expedí muchos atestados de disección y de descubrimientos en medicina legal que firmé con mi número tatuado. Envié esos documentos por correo, remitidos con la firma de mi superior, Dr. Mengele, al Instituto de Investigación de la Raza, Biología y Antropología, uno de los centros médicos más cualificados del III Reich».[8]

A pesar de ser prisionero, Nyiszli estaba lejos de la situación de los demás detenidos. No solo porque su situación personal en cuanto a la alimentación, vestuario y comodidad en el campo era totalmente diferente, sino sobre todo por la función que desempeñaba: diseccionar a los muertos e identificar las patologías. Además, como médico-jefe de los crematorios, dependía exclusivamente de las órdenes directas de Mengele, de manera que pasó a vivir y a ejercer en el centro de la máquina de exterminio

nazi: «De repente, lo comprendí todo y me quedé paralizado de miedo. Nada más llegar al portón principal, me di cuenta de que estaba en el patio de la muerte. Una muerte lenta que extendía sus garras sobre mí. Sentí que estaba perdido. Ahora entendía por qué me dieron ropa de civil. Ese era el uniforme del *Sonderkommando* —el comando de los muertos-vivos».

Además de su trabajo de anatomía y de laboratorio, Nyiszli también era el responsable de la asistencia médica de todo el personal de las SS en los crematorios, más o menos unos 120 hombres, y de los 860 prisioneros del *Sonderkommando.* Podía circular por los cuatro crematorios desde las 7.00 h a las 19.00 h.

Un día, Nyiszli recibe el historial médico de dos gemelos pequeños en un ataúd. «Levanté la tapa, dentro había dos gemelos de dos años. Ordené a dos de mis hombres que colocasen los cuerpos en la mesa de disección [que se encontraba dentro de los crematorios]. Abrí los historiales y los examiné. Análisis clínicos minuciosos acompañados de rayos X, descripciones y dibujos, que indicaban las diferentes características de aquellos dos pequeños seres desde un punto de vista científico. Solo faltaba el informe patológico y mi trabajo consistía en hacerlo. Los gemelos habían muerto al mismo tiempo y en aquel momento yacían tendidos lado a lado en la mesa de disección.

Eran ellos —o sus pequeños cuerpos— los que debían resolver el secreto de la reproducción de la raza. Dar un paso al frente en el descubrimiento del secreto de la multiplicación de la raza de los seres superiores destinados a gobernar, esa era la meta. En el futuro, ¡cada madre alemana debería engendrar en su vientre el máximo posible de gemelos! El proyecto, concebido por los teóricos del III Reich, era una locura absoluta. Y aquellos experimentos fueron confiados al Dr. Mengele, médico-jefe del KZ de Auschwitz, el famoso "médico criminal". El objetivo inmediato era la producción de

alemanes puros para sustituir a los checos, los húngaros y los polacos, todos condenados a la destrucción…».[9]

Al día siguiente, al diseccionar los cadáveres de cuatro pares de niños gemelos gitanos de menos de diez años, Nyiszli hace un descubrimiento que lo horroriza: los cuatro niños habían muerto por una inyección de cloroformo en el corazón, lo que les provocó la muerte inmediata por colapso cardiaco. «El descubrimiento que hice del secreto más monstruoso de la ciencia médica del III Reich me hizo temblar las piernas. No solo mataban con gas, sino que también lo hacían con inyecciones de cloroformo en el corazón».[10]

Como ya se ha referido en uno de los capítulos anteriores, el «campo de los gitanos» se liquidó el 2 de agosto de 1944, exterminando a 3.000 hombres, mujeres y niños en una sola noche. Los guardas SS con sus perros invadieron los barracones y sacaron a todo el mundo fuera, obligándolos a formar.

A la mañana siguiente, todos estaban ya transformados en cenizas. Éstas seguían amontonadas en el patio del crematorio a la espera de ser recogidas. Sin embargo, por orden expresa de Mengele, los cuerpos de los doce pares de gemelos no se entregaron a las llamas. Antes de enviarlos a la cámara de gas, Mengele los había marcado con una tiza especial. En ese grupo había gemelos de varias edades, desde recién nacidos hasta adolescentes de dieciséis años. «En aquel momento», escribe Nyiszli, «estaban tendidos en el suelo del depósito de cadáveres. Cuerpos de niños morenos y de pelo negro. El trabajo de clasificarlos por pares era agotador. Tenía que tener cuidado en no mezclarlos, pues si sucedía algo que inutilizase la investigación de aquellos especímenes raros, sería yo quien pagaría con mi vida».[11]

Después de la disección, Nyiszli entregaba los cadáveres a los miembros del *Sonderkommando* para que los quemaran y guardaba los órganos que tuviesen interés científico para el análisis y la selección de Mengele. Después, estos se enviarían al Instituto

Antropológico de Berlín-Dahlem con la etiqueta «Material de Guerra - urgente».

Además de las muertes con gas y con las inyecciones de cloroformo en el corazón, Nyiszli constató la muerte por disparo. Una noche, cuando todavía se encontraba en la sala de disecciones, oyó tiros en el compartimento contiguo, acompañados de gritos dilacerantes. Contó setenta disparos y, cuando se hizo el silencio, fue a ver lo que había pasado. «Era una escena dantesca: ante mí yacían esparcidos los cuerpos desnudos de setenta mujeres. Retorcidas, bañadas en su propia sangre y en la de las demás, se entrelazaban formando un conjunto diabólico. A medida que mis ojos se iban acostumbrando a la oscuridad de la habitación, descubrí horrorizado que no todas estaban muertas. Algunas todavía respiraban, movían los brazos y las piernas lentamente; con la mirada vidriosa, intentaban levantar la cabeza ensangrentada. Levanté la cabeza de alguna de ellas, de dos o tres que todavía vivían, y me di cuenta de que, además de la muerte con gas e inyecciones de cloroformo, también había una tercera manera de matar: con una bala en la nuca».[12]

«Urgente: defensa nacional»

En otoño de 1944 llegaron a Auschwitz los supervivientes del gueto de Lodz. Después del gueto de Varsovia, Lodz era el mayor gueto que los alemanes crearon en 1939 en Polonia. Llegó a albergar a 500.000 personas, pero, tras cinco años de cautiverio, solo quedaban 70.000. Éstos son los prisioneros que llegaron a Auschwitz ya en un estado lastimoso. Nada más poner los pies en la rampa de llegada al campo, el 95 por ciento fue seleccionado para colocarse en la fila de la izquierda y solo el 5 por ciento en la derecha, donde ganaban el «privilegio» de vivir unos meses más.

Entre los deportados había un hombre jorobado de unos cincuenta años, acompañado por su hijo de 15, lisiado en un pie. Para los ojos ávidos de Mengele, ambos representaban una oportunidad para demostrar la degeneración de la «raza» judía: ordenó que salieran inmediatamente de la fila y los envió al crematorio I, donde trabajaba el Dr. Nyiszli. Obedeciendo las órdenes de «el carnicero de Auschwitz», padre e hijo fueron asesinados a tiros por los guardas y los dos cadáveres depositados en la sala de disección.

«Ya casi de noche», escribe Nyiszli, «después de haber enviado al menos a 10.000 personas a la muerte, el Dr. Mengele entró. Después de escuchar atentamente mi informe sobre los análisis realizados a las dos víctimas, dijo:

»—Esos cadáveres no se quemarán. Hay que prepararlos para enviar sus esqueletos al Museo Antropológico de Berlín. ¿Qué sistemas conoces para la preparación de esqueletos?».

Nyiszli le explicó que el método más rápido era «cocer los cuerpos en agua hirviendo hasta que la carne se pudiera desprender fácilmente de los huesos». Después, «lo que quede, se sumerge en gasolina para disolver toda la grasa seca del esqueleto, se elimine el olor y se quede blanco». Ese fue el método que Mengele ordenó que se llevase a cabo.

Así pues, los cuerpos se metieron en dos calderos y dos hombres del *Sonderkommando* se encargaron de avivar y mantener el fuego encendido el tiempo necesario. «Tras cinco horas examiné los cuerpos y vi que las partes blandas ya se desprendían con facilidad del hueso. Ordené apagar el fuego, pero que los cuerpos no se sacaran hasta que se enfriasen».[13] Según Nyiszli, esta historia macabra no acaba aquí: mientras esperaban a que se enfriase el agua del caldero, cuatro prisioneros polacos, ignorando lo que había dentro, empezaron a comerse algunos trozos de carne pensando que se trataba de alimento para los *Soderkommando.* Cuando

estos acudieron e informaron del tipo de carne que se estaban comiendo, los polacos se horrorizaron…

Después del baño en gasolina, el ayudante de laboratorio unió los esqueletos y los envolvió en grandes sacos de un papel especial y los envió a Berlín con el sello: «Urgente: defensa nacional».

«El Dr. Mengele estaba satisfecho, como si las dos víctimas representasen un fenómeno médico extremadamente excepcional. Y, sin embargo, lejos de ser una anormalidad extraordinaria, aquello era común a miles de hombres de todas las razas y climas. Pero la máquina de propaganda nazi nunca dudó en enmascarar sus mentiras monstruosas con una pátina científica. El método siempre funcionó, pues aquellos a quienes se dirigía la propaganda tenían muy poca o ninguna capacidad crítica y aceptaban como un hecho consumado todo lo que llevaba el sello del régimen».

«Desde el punto de vista nazi», continúa Nyiszli, «cuando la raza de los superhombres consiga su victoria final, después de haber ganado la guerra y de haber conquistado todo el espacio vital para sus necesidades, entonces, los esqueletos de esos lisiados y enanos se expondrán en un gran museo para que todo el mundo pueda disfrutar del hecho de que sus antepasados hayan liberado el Reich de Mil Años y la Humanidad de esos pueblos degenerados».

A pesar de formar parte del décimo segundo *Sonderkommando* condenado a la liquidación, igual que los demás, al cabo de cuatro meses, Nyiszli logró sobrevivir al final de la guerra debido a una conjugación de factores, entre ellos su papel, considerado indispensable por el propio Mengele. Él mismo da cuenta de ello: «En la sala de disección y en el laboratorio yo dejaba de ser un humilde prisionero del KZ y, por consiguiente, podía defender y explicar mis puntos de vista, como si aquello fuese una conferencia médica de la que yo era miembro».

A cambio de sus servicios, Nyiszli pidió y obtuvo de Mengele la autorización para ir a buscar a su mujer y a su hija al campo

femenino, salvándolas así de la muerte. Al enterarse de que el campo en el que estaban se iba a liquidar, las convenció voluntariamente de que se unieran a un transporte de 3.000 mujeres que saldría de allí hacia un campo agrícola de Alemania. Después de la liberación, la familia se reencontró en casa, pero los recuerdos y su desempeño a las órdenes de un médico criminal siempre atormentaron su memoria. Nyiszli ya era libre, «libre, pero no de mi pasado sangriento, no del luto profundo que se apoderó de mi mente y amenazaba mi salud. Volvería a ejercer, sin duda… pero me juré que, mientras viviese, nunca más diseccionaría un cuerpo».[14]

Mengele no fue el único ni el primer médico en promover experimentos con cobayas humanos. El responsable de todos los ensayos pseudocientíficos en los campos de concentración fue Ernst-Robert Grawitz, médico comandante de las SS y director de la Cruz Roja alemana. En agosto de 1941, Grawitz aconseja a Himmler la técnica del gas para el exterminio en masa. Y en junio de 1943 preconiza la inoculación del virus del tifus en cobayas humanos en el campo de concentración de Sachsenhausen. También supervisó personalmente los experimentos en prisioneros de Dachau en 1944. En los últimos momentos de la guerra trabajó como médico personal de Hitler en el *Bunker* donde se escondía en Berlín. Frente al avance soviético, pidió autorización para huir de la ciudad, pero Hitler no se lo permitió, humillándolo públicamente. Sabiendo lo que le esperaba, Grawitz se hizo explotar junto a toda su familia.

Otro hombre que tuvo un papel siniestro en los experimentos con seres humanos fue Viktor Brack. El 28 de marzo de 1941, Brack, responsable del programa T4, envía a Hitler un informe donde da cuenta de los ensayos de castración y de esterilización por medio de rayos X, y le solicita una orientación «desde un punto de vista teórico o práctico». Brack escribe: «En cuanto a las personas que deben ser definitivamente esterilizadas, es necesario aplicar los tratamientos con rayos X tan intensos que den lugar a la castración

con todas sus consecuencias. En efecto, las dosis fuertes de rayos X destruyen la secreción interna tanto de los ovarios como de los testículos, mientras que las dosis más flojas solo disminuyen temporalmente la potencia sexual (…). La dosificación puede alcanzarse de diversas formas y el tratamiento se puede efectuar sin que el paciente se aperciba (…). Este método presenta, sin embargo, un inconveniente: sin pantallas de protección de plomo es imposible salvaguardar las otras partes del cuerpo, lo que provoca quemaduras en los tejidos de alrededor. Las quemaduras serán tanto más fuertes cuanto más intensa sea la radiación y la sensibilidad del individuo».

«En la práctica, hay una forma de hacerlo: por ejemplo, convocar a las personas en una ventanilla para que rellenen formularios o interrogarlas reteniéndolas durante dos o tres minutos. Mientras tanto, el funcionario sentado detrás de la ventanilla regula el aparato de forma que haga funcionar dos tubos al mismo tiempo —la radiación tiene que ser bilateral. Un dispositivo que contenga dos tubos puede esterilizar de 150 a 200 personas al día, y dos decenas de dispositivos esterilizan de 3.000 a 4.000 personas al día. Que yo sepa, no se prevén deportaciones con mayor cantidad de personas al día (…)».[15]

Con el consentimiento de Hitler, los experimentos de radiación se llevaron a cabo durante varios años, sobre todo en hombres y mujeres jóvenes, testando las cantidades necesarias para su esterilización. En septiembre de 1943, cerca de cien jóvenes polacos fueron esterilizados con rayos X y operados sucesivamente durante cuatro semanas para observar el resultado de la radiación por medio de la extracción y el análisis de uno o de los dos testículos. El médico prisionero Marc Klein, que trató a alguno de los jóvenes de las infecciones subsiguientes, atestiguó más tarde que los jóvenes habían estado sometidos a radiaciones de diferente intensidad para establecer la dosis necesaria para su castración. Sin embargo, en

1944, un adjunto de Brack, el médico aviador Horst Schuman, aun reconociendo que Hitler hubiese puesto a su disposición «el material humano necesario», advertía al *Reichführer* del fracaso de este método, pues exigía «un gasto innecesario».[16] Como contrapartida, «la castración operatoria apenas dura seis o siete minutos y es, por tanto, más segura y rápida que la castración por medio de los rayos X».

Es difícil llegar a creer que estos hombres se estén refiriendo a otros seres humanos. Los términos que emplean revelan la más siniestra insensibilidad e indiferencia ante el dolor y el sufrimiento atroz que sus macabros experimentos causaban en las víctimas. Cuando estas no morían debido a los «tratamientos», sufrían secuelas físicas y psicológicas para el resto de sus vidas. Con todo, nada de eso perjudicaba el sueño tranquilo de aquellos que habían jurado salvar vidas. Al fin y al cabo, solo se trataba de vidas que no merecían vivir…

«Hay valores más importantes que la vida»

No todos los médicos SS actuaban con la misma deshumanización. El ya mencionado Hermann Langbein, austriaco, que estuvo en Auschwitz entre 1942 y 1944 como preso político, *mischling* (de sangre «mezclada»), fue secretario de Eduard Wirths, médico SS del campo. Por tanto, estaba bien situado para observar el comportamiento del cuerpo médico. Como miembro de la dirección de la organización internacional de la Resistencia, su función clandestina era observar a los médicos para aprovechar sus divergencias e influir en alguno de ellos. Así pues, su testimonio estaba sólidamente fundamentado.

En su libro traducido al francés con el título *Hommes et femmes à Auschwitz,* Langbein cita a algunos de aquellos médicos SS o a su servicio que constituyeron una excepción a la regla. Hans Münch era uno de ellos: mientras pudo, se negó a participar en las selecciones y encontró siempre la manera de esquivar las tareas más crueles. Según el prisionero Marc Klein, también médico: «Su relación con los prisioneros era siempre cordial y era un ejemplo rarísimo, pero no único, de un médico SS que siguió siendo un ser humano debajo su uniforme». Además, Münch fue el único médico de los cuarenta acusados en el juicio de Auschwitz al final de la guerra, en Cracovia, que fue exculpado. Los testigos confirmaron que se mantuvo al margen de la máquina de la muerte, que ayudó a algunos prisioneros a establecer contacto con sus respectivas familias y que les consiguió comida y alimentos.

Langbein cita el caso de otro médico, Hans Delmonte, quien, después de asistir por primera vez a una selección, se negó a continuar desempeñando esas funciones, afirmando oficialmente que «prefería que lo enviaran al frente de combate, o incluso que lo gasearan, a hacer algo semejante». Sin embargo, obligado a participar en las selecciones, Delmonte acabó más tarde por suicidarse. Otros tres nombres de médicos que manifestaron una clara repugnancia a obedecer las órdenes de exterminio fueron Bruno Kitt, Horst Fischer y, sobre todo, Eduard Wirths, a quien Langbein dedica un capítulo entero de su libro.

Wirths estuvo en Auschwitz desde 1942 hasta su evacuación en 1945. Así pues, sus reticencias sobre la máquina de exterminio fueron las que más consecuencias prácticas tuvieron en los prisioneros. Era un profesional concienzudo, preocupado por la salud de sus enfermos y no dudaba en dar preferencia en su trabajo a prisioneros competentes, menospreciando a las SS, lo que le valía la animadversión de estos últimos. El comandante del campo en persona, Hoess, confirmó: «Innumerables veces, Wirths me dijo que

no podía conciliar aquellas masacres con su conciencia de médico y que sufría enormemente por ello. Pedía constantemente a [Enno] Lolling otro destino, pero resultaba en vano (…). El exterminio de los judíos le producía escrúpulos que me él mismo me confesaba». Según Hoess, en diez años de servicio en los campos, nunca conoció a mejor médico: «Correcto en su relación con los prisioneros, intentaba siempre ser justo con ellos».

«Sin embargo», sigue diciendo el comandante de Auschwitz, «en mi opinión, era demasiado bueno y, sobre todo, muy confiado, de manera que su gentileza la explotaban a menudo los detenidos, sobre todo las mujeres. Favorecía especialmente a los prisioneros médicos y me dio la impresión de que con frecuencia los consideraba como colegas, lo que era altamente inconveniente para el campo». [17]

En realidad, Wirths intentó disminuir los abusos que se practicaban y trató concienzudamente a muchos prisioneros, salvándolos de una muerte segura. Con todo, él mismo no pudo resistirse completamente a la tentación de utilizar el «material humano» para ciertos experimentos. Utilizó a algunas mujeres como cobayas para establecer un diagnóstico precoz de cáncer de útero. Aunque no les dejaba secuelas, aquellos experimentos causaban un gran sufrimiento físico y psicológico. También inoculó en cuatro prisioneros, aparentemente con buena salud, el virus del tifus exantemático para probar un nuevo medicamento. Como consecuencia, dos de aquellos hombres acabaron muriendo. Al final de la guerra, Wirths fue capturado por los ingleses. Incapaz de enfrentarse a su pasado, se suicidó en septiembre de 1945.

Debido a la malnutrición crónica, a unas condiciones de higiene catastróficas, al terror y a la brutalidad física y psicológica, en Auschwitz se desarrollaron muchas enfermedades y epidemias. La más corriente y mortífera era la disentería, que afectaba a más del 50 por ciento de los prisioneros. La tuberculosis o el tifus

exantemático eran también causa de muerte frecuente. Además de todo eso, el trabajo agotador, las temperaturas heladas o ardientes, la violencia y el sufrimiento permanente causaban innumerables y diversas enfermedades.

Los «hospitales» del campo eran verdaderas antecámaras de la muerte: en primer lugar, debido a la ausencia total de medicamentos y de instrumentos a la altura de las necesidades; en segundo lugar, debido al hacinamiento de los enfermos, a las pavorosas condiciones higiénicas, al contacto permanente con enfermedades contagiosas y con todo tipo de microbios. André Lettich describe así la enfermería de los hombres situada en el Bloque 7: «El Bloque 7 era un edificio de ladrillos igual a todos los demás. Sin embargo, a distancia se percibía un olor a estiércol y a fermentación de heces. Un letrero en la puerta advertía irónicamente: "Enfermedades infecciosas". Cuando se abría la puerta, la primera reacción era de retroceso, pues el ambiente era vomitivo, violento, denso, irrespirable. Solo se oían gritos y gemidos. En los catres, de ocho a diez enfermos compartían jergones en los que no cabían ni cinco personas apretadas (…). Todas las enfermedades, todos los traumatismos estaban presentes en esta cárcel inmunda y patológica: tifus, neumonías, edemas, brazos y piernas fracturadas, cráneos rotos. Unos encima de otros (…), ver aquella masa humana era pavoroso: todos de una delgadez indescriptible, la mayoría completamente desnudos, dado que la ropa manchada ni siquiera era sustituida».[18]

La mayoría de los prisioneros tenían terror a que los llevaran al «hospital» y escondían sus dolencias hasta el límite de las fuerzas. Además del infierno con que deparaban allí, las enfermerías eran regularmente el blanco de selecciones para las cámaras de gas. Dos o tres veces a la semana, los enfermos eran transportados en camiones a las cámaras.

Para los médicos-prisioneros que ejercían en el «hospital», su actividad les suponía graves problemas de conciencia. El dilema al

que se enfrentaban era a la vez sencillo y extremadamente difícil: no hacer nada para ayudar a los enfermos, limitándose a obedecer las órdenes, solución más fácil pero contraria a su propia ética médica; o intentar actuar a su favor, lo que, además de poner en riesgo su propia seguridad, los obligaba, debido a la enorme escasez de medios, a seleccionar aquellos que tenían más posibilidades de sobrevivir. «Esa elección», escribió Robert Waitz, él mismo médico y también prisionero en Auschwitz-Monowitz, «era, para un profesional digno de ese nombre, uno de los problemas más dilacerantes al que nos enfrentaban». Muchos médicos decidieron, por tanto, dar los pocos medicamentos de que disponían —muchos de ellos robados de las enfermerías de las SS— a jóvenes que tenían más posibilidades de supervivencia. Así y todo, ese no podía ser el único criterio, la realidad era mucho más compleja: ¿cómo decidir, por ejemplo, entre una madre de familia numerosa y una adolescente con la vida por delante?

Muchos supervivientes expresaron públicamente su reconocimiento a los médicos que los curaron y sin los que nunca habrían salido vivos de Auschwitz. En contrapartida, por parte de todos los que acabaron por morir por falta de tratamiento, solo tenemos silencio. Sin embargo, es difícil, remata Kangbein, juzgar a esos hombres y mujeres que se encontraron en la más dolorosa encrucijada de sus vidas. Como prisioneros, su margen de maniobra era muy reducido y las SS tenían diferentes medios para disuadir cualquier ayuda por parte del personal médico. Robert Waitz cita como ejemplo enfermos que eran operados y tratados de acuerdo con todas las reglas pero que después de curarse eran enviados a las cámaras de gas.

Hubo médicos que llevaron su colaboración al extremo, pensando únicamente en salvar su propia vida, como Maximilian Samuel, de Colonia, que a pesar de ser judío, era un ardiente nacionalista alemán —lo que no le impidió acabar en las cámaras de gas. Hubo

otros como Mira, ya mencionada en el capítulo anterior, que con gran valentía logró salvar a la joven Stella. Muchos lo hicieron, arriesgando sus vidas, intentaban a toda costa conseguir medicamentos, escondían o falsificaban los historiales de los enfermos seleccionados para las cámaras de gas, intentaban artimañas para no colaborar en los crueles experimentos pseudocientíficos, o se negaban frontalmente a practicarlos.

Adelaide Hautval fue una de ellas. Hija de un pastor protestante y originaria de Lorena, fue deportada de Francia a Auschwitz en 1943 por haber defendido a sus colegas judíos. Como se había negado a practicar esterilizaciones, fue enviada al campo de las mujeres, donde nuevamente se negó a poner en práctica los experimentos de Mengele. Su vida estuvo pendiente de un hilo, pero fue salvada *in extremis* por intervención del Dr. Wirths. Hasta el final, Adelaide Hautval no aceptó nunca que pudieran la señalaran con el dedo como ejemplo. Solo decía: «Soy feliz por creer que hay valores más importantes que la vida».[19]

Para Hermann Langbein, que los «hospitales», creados por los alemanes para servir como antecámaras de la muerte, fuesen a veces refugios de salvación se debe a muchos médicos y enfermeros prisioneros. También fue en ellos donde la Resistencia encontró, a veces, sus apoyos más sólidos. «En la balanza», escribe Langbein, «pesan menos algunos errores y ciertas elecciones dolorosas, que la certeza de haber mantenido, en la atmósfera envenenada de Auschwitz, una faceta humana».[20]

[1]Cruz, Jorge, *A bioética e o Holocausto*; Platão. *A República,* Fundação Calouste Gulbenkian, 2001.

[2]Desgraciadamente, esta teoría tuvo muchos adeptos, incluyendo otros países. El actual gobierno de Suecia acaba de reconocer que entre 1934 y 1974, miles de mujeres de etnia gitana fueron esterilizadas para impedir la reproducción de su «raza».

[3]Cruz, Jorge, *op. cit.*

[4]Véase nota 26, capítulo I.

[5]Hilberg, Raul, *La destruction des juifs d'Europe,* III, Gallimard, 2006, p. 1746.

[6]Levy, Robert, en Poliakov, *Auschwitz*, Gallimard/Julliard, 1990, 2006, p. 146.

[7]Nyiszli, Miklós, *Auschwitz*: *A Doctor's Eyewitness Account*, Penguin Books, p. 35.

[8]*Ibidem.*

[9]*Ibidem*, p. 36.

[10]*Ibidem*, p. 74.

[11]*Ibidem*, p. 130.

[12]*Ibidem*, p. 77.

[13]*Ibidem*, p. 129.

[14]*Ibidem*, p. 162.

[15]Poliakov, Léon, *op. cit.*, p. 153.

[16]*Ibidem*, p. 156.

[17]Langbein, Hermann, *Hommes et femmes à Auschwitz*, Éditions Tallandier, 2011, para la traducción francesa, p. 362.

[18]*Ibidem*, p. 216.

[19]*Ibidem*, p. 238.

[20]*Ibidem,* p. 239.

XII. BIRKENAU Y LA «SOLUCIÓN FINAL»: DEL MURO DE LA MUERTE A LAS CÁMARAS DE GAS

Como hemos visto, la primera experiencia de asesinato en una cámara de gas se llevó a cabo en Auschwitz. La iniciativa de utilizar el gas Zyklon B se debe al SS Karl Fritzsch que, en ausencia laboral del comandante del campo, Rudolf Hoess, asumió la decisión. Más tarde, él mismo se jactaba de haber sido el «inventor» del exterminio de los prisioneros con gas. Sin embargo, el proceso de liquidación ya estaba previsto desde el principio y el gaseamiento de los detenidos se hacía en la prisión del campo, situada en el Bloque 11, cuyas ventanas estaban tapiadas. Estaba destinado prioritariamente a hombres y mujeres sospechosos de actos de resistencia, de preparación o complicidad de evasión, o de contactos con el mundo exterior.

El gas Zyklon B lo fabricaba la empresa Degesch, creada en 1917. Era un poderoso pesticida que contenía un 95 por ciento de ácido cianhídrico, porcentaje que más tarde subió a casi el 100 por cien, lo que permitió aumentar la capacidad mortífera del producto. Un documento de Dagesch indica que, entre 1942 y 1943, la empresa entregó 27.434,5 kg de Zyklon B a todos los campos, de los cuales, 19.652,69 solo para Auschwitz. Según las declaraciones de Hoess y de miembros del *Sonderkommando,* una cantidad mucho menor de gas era suficiente para matar a un millón de personas en Auschwitz.[1]

«El bloque de la muerte»

En el primer y segundo piso del Bloque 11 se hacinaban más de cien presos en grandes celdas. En el sótano, en pequeños cubículos sin luz, de altura tan reducida que era imposible ponerse de pie, se encerraba a los reclusos más «peligrosos». Filip Müller, prisionero durante tres años en Auschwitz, atestigua: «Los SS nos llevaron al Bloque 11, cuya puerta de entrada estaba cerrada, contrariamente a lo que se practicaba en otros bloques. El *Oberscharführer* [jefe de destacamento SS] Plagge la abrió y nos mandó entrar. Bajamos por un laberinto de pasillos que conducían a las celdas y a los calabozos subterráneos del bloque; el silencio solo era perturbado por el tintineo de sus llaves. Nuestro carcelero abrió la puerta enrejada, cuya cerradura rechinaba, y entramos en el pasillo central. Nos inundó un hedor sofocante. El suelo oscurecido y oleoso del corredor por el que se accedía a las celdas tenía las paredes encaladas de blanco y la luz era denegrida. La celda a la que nos empujaron a Maurice y a mí no tenía ventana ni sistema de aireación. Medía cerca de 3 x 3 metros. Cuando el guarda cerró la puerta de hierro, la oscuridad era total…».[2]

Todos los sábados por la mañana, las celdas «se limpiaban»: tras una breve reunión para examinar los informes de los detenidos, la comisión, compuesta por un médico y por los jefes del bloque, bajaba al sótano conducida por el comandante del campo. El objetivo era sacar a los presos condenados a muerte. Los llevaban a los lavabos y los obligaban a desnudarse. Como ya se ha referido anteriormente, el tatuaje indeleble de los números a la llegada de los prisioneros al campo solo se efectuó a partir de marzo de 1942. Después del registro de los condenados a muerte, los llevaban a un muro de ladrillos que separaba el Bloque 11 del Bloque 10 —hoy bautizado como el «Muro de la Muerte»— en el que se adosaba una especie de tela negra. Entonces, se ejecutaba a los detenidos con una bala en la nuca y de cara al muro. Una vez muertos, los cadáveres eran recogidos por otros presos que se los llevaban en

camillas y los depositaban, a continuación, en un rincón antes de que los transportaran al crematorio.

Müller cuenta: «Un día, el sótano del Bloque 11 se llenó de una actividad febril. Oímos abrirse la puerta de hierro y las rejas de acceso a las celdas y, por lo que pudimos deducir, un grupo de SS bajaba al sótano. Mandaron abrir las puertas de las celdas, unas detrás de otras, y cada vez oíamos un berrido: *Achtung!* Por el timbre de las voces, reconocí el graznido ronco de Aumeier,[3] el alcohólico, y los berridos del jefe de la Gestapo, Garbner. Se informaban de los motivos de la detención de los ocupantes de las celdas y, después de ponerse de acuerdo, daban a conocer sus decisiones. Oíamos: "¡Vamos! ¡Sal de ahí!", verdadero veredicto de muerte para aquellos a los que se dirigían. Cuando llegaron a la altura de nuestra celda, esperamos, llenos de miedo y angustia. Pero pasaron de largo. La "selección" de los candidatos a muerte duró aproximadamente una hora. El epílogo tenía lugar en el muro de las ejecuciones. Desde nuestra celda no podíamos ver lo que pasaba afuera, pero oíamos los lamentos desesperados, las súplicas y los lloros, las invocaciones a Dios, y también las proclamaciones de la fe patriótica, en polaco y en ruso: "¡Viva Polonia Libre!", "¡Viva Stalin!". A Aumeier no le gustaba aquel tipo de escenas. Con la intención de hacerse entender por sus víctimas, se servía de las pocas palabras que conocía de su lengua *"Szybko, szybko"* (deprisa, deprisa) y los desgraciados eran despachados al Más Allá como sobre una alfombra voladora. Abrumados por la angustia, nosotros permanecíamos sentados en el suelo de nuestra celda escuchando cada disparo que nos llegaba sofocado por un silenciador. Así éramos testigos a distancia de las ejecuciones. Si cada detonación representaba un muerto, entonces, ese día fueron abatidos más de cien presos. La muerte hizo una siega de prisioneros abundante en el atrio del Bloque 11. Cuando todo terminó, el silencio solo fue interrumpido por la orden: "¡El equipo de abastecimiento, vamos, a

trabajar!" Más tarde nos trajeron nuestra ración de sopa. La engullimos ávidamente, olvidando todo el resto».[4]

En una celda del Bloque 11 estuvo preso el sacerdote franciscano Maximiliano Kolbe. Nacido en 1894, fue hecho prisionero en febrero de 1941 e internado en la prisión de Pawiak, en Varsovia. Tres meses más tarde fue deportado a Auschwitz, donde se le atribuyó el número 16.670. Después de la fuga de un preso de su bloque, las SS deciden, como represalia, matar al azar a uno de cada diez presos del bloque. Entre ellos hay un obrero polaco de nombre Franciszek Gajowniczek. Casado y padre de un hijo, el hombre se lamenta amargamente: «¿Qué será ahora de mi mujer y de mi hijo?». Kolbe oye el llanto de Franciszek y toma la decisión de salvar la vida al operario ofreciéndose para ocupar su lugar, lo que las SS aceptan. Kolbe será asesinado dos semanas más tarde con una inyección de fenol.

Maximiliano Kolbe fue beatificado por el papa Pablo VI en 1971 y, en 1982, canonizado como «mártir de la caridad» por el papa Juan Pablo II en presencia del hombre al que salvó, Franciszek Gajowniczek. Juan Pablo II tomó el mismo la responsabilidad de la decisión y lo declaró «Santo Patrono de Nuestro Difícil Siglo». En su discurso en aquel momento afirmó: «Maximiliano no murió, dio su vida… a su hermano». Maximiliano Kolbe es hoy uno de los santos de la Iglesia Católica y un símbolo del catolicismo polaco.

La «Solución final»: ¿cuándo empieza?

El 31 de julio de 1941, Göring encargaba por carta a Heydrich, jefe de seguridad del Reich, que iniciara «todos los preparativos necesarios desde el punto de vista organizativo, práctico y financiero para una solución global de la cuestión judía en la esfera de influencia alemana en Europa (…). También te responsabilizo de que

me envíes rápidamente el marco global de las medidas (…) preliminares con vistas a la ejecución de la solución final de la cuestión judía…».[5] Y en agosto del mismo año, el *Führer* afirma: «No descansaré mientras no extraigamos, nosotros también, las últimas consecuencias con respecto a los judíos». Tanto la carta de Göring como la afirmación de Hitler, a la que le suceden muchas otras en el mismo sentido, denotan una escalada decisiva en la retórica nazi antijudía.

A partir de otoño de 1941, el discurso de Hitler se vuelve cada vez más claro y amenazador. En efecto, paralelamente a la impotencia creciente del ejército alemán para derrotar a los soviéticos, aumentan la rabia y el odio contra los judíos, enemigo antiguo y siempre culpado —esta vez acusado actuar contra Alemania bajo el uniforme bolchevique. Durante todo el mes de octubre se suceden las diatribas que destilan un odio creciente. El día 17 de ese mes, durante una comida, Hitler afirma que «la condición previa de cualquier cambio es la eliminación de los judíos», y el día 21 avisa: «Exterminando esa peste, prestaremos a la Humanidad un servicio que el pueblo alemán no puede entender todavía».[6] En diciembre, sobre todo después del ataque japonés a la base naval norteamericana de Pearl Harbor, Alemania, según palabras de Hitler, declara la guerra a Estados Unidos. Sus intenciones en cuanto a los judíos las aclara Goebbels en un discurso secreto el 12 de diciembre: «En cuanto a la cuestión judía, el *Führer* está decidido a hacer tabla rasa (…). La guerra mundial está ahí, el exterminio de los judíos debe ser la consecuencia necesaria (…)».[7]

Efectivamente, en ese otoño de 1941 se deciden algunas de las principales medidas preparatorias del exterminio sistemático: la introducción, el 1 de septiembre, de la estrella amarilla para todos los judíos mayores de seis años y, el 18 de septiembre, las deportaciones masivas al este. El 6 de diciembre, los camiones de

gas de Chelmno, el primer campo de muerte, estaban operativos y su capacidad mortífera era de 1.000 personas al día. Le seguirán Belzec, Sobibor y Treblinka en el marco de la llamada «Aktion Reinhardt». La campaña de exterminio, iniciada con las matanzas de judíos y bolcheviques llevadas a cabo sobre todo por los *Einsatzgruppen,* se organiza entonces sistemáticamente a partir del primer semestre de 1942 mediante decisiones político-administrativas que van desde la instauración en Alemania de un comando unificado y con responsabilidades claramente definidas —en particular con la Conferencia de Wannsee—, hasta la negociación con las autoridades de los países ocupados. El objetivo es instituir un sistema organizado y eficaz de deportación, selección, trabajos forzados y exterminio. Paralelamente, sobre todo a través de Goebbels, la propaganda antijudía sigue en aumento: su esencia es que se trata de una lucha de muerte entre la raza aria y el «microbio judío»…

El 18 de mayo de 1942 hay un atentado en Berlín en el lugar donde se celebra la exposición antisoviética «El paraíso soviético» y, el 27 del mismo mes, Heydrich es el blanco, como ya se ha referido anteriormente, de un ataque bomba por parte de la Resistencia checa, acabando por morir el 4 de julio. Como represalia a este ataque, los alemanes arrasan la totalidad de la aldea de Lídice, cerca de Praga, en la que supuestamente estarían escondidos los resistentes: todos los hombres de la aldea son asesinados, las mujeres deportadas a campos de concentración y los niños enviados en su mayoría a Chelmno y gaseados después. Un pequeño grupo de estos niños, de aspecto «ario», fue llevado a Alemania y «germanizado». Probablemente en la secuencia de estos dos atentados, los días 3, 4 y 5 de julio de 1942 se celebra una reunión entre Hitler y Himmler destinada a acelerar el programa de exterminio.

Es también en ese periodo cuando se decide transformar Auschwitz en el mayor centro de exterminio del Reich. Ese mismo verano, Rudolf Hoess es convocado por Hitler. En su declaración, Hoess afirma, aunque con dudas, que el encuentro se celebró «en verano de 1941», pero la mayoría de los historiadores considera que el comandante de Auschwitz se equivocó de año y que, en realidad, recibió la convocatoria en el verano de 1942 y no en el verano de 1941. A decir verdad, según acabamos de ver, la decisión concreta de exterminar la *totalidad* de los judíos de Europa solo se tomó en el transcurso del otoño de 1941. Hoess escribe: «Fue en el verano de 1941 (ya no me acuerdo bien de la fecha exacta) cuando fui súbitamente convocado a Berlín por el *Reichführer* SS (Himmler) a través de uno de sus ayudantes de campo. Contrariamente a sus hábitos, me recibió a solas y me declaró lo siguiente: "El *Führer* ha dado orden de proceder a la 'Solución final' del problema judío. Nosotros, los SS, somos los encargados de ejecutar esa orden. Los centros de exterminio ya existentes en la zona oriental no tienen medios para llevar a cabo las grandes acciones que están previstas. [8] Así pues, para ese fin he elegido Auschwitz, primero, por su situación favorable desde el punto de vista de las comunicaciones y, después, porque la localización destinada a una acción de estas características puede fácilmente ser aislada y camuflada en esa región (…). Le espera un trabajo duro y penoso, al que se tendrá que dedicar por completo y abstraerse de las dificultades que le aguardan. Los detalles le serán comunicados por el *Sturmbannführer* Eichmann de la RSHA, que se reunirá con usted en breve. Las administraciones participantes serán informadas por mí en el tiempo necesario. Tiene que guardar silencio total sobre esta orden, incluso ante sus jefes jerárquicos. Después de su conversación con Eichmann, me enviará sin demora los planos de la instalación propuesta (…). Los judíos son los enemigos eternos del

pueblo alemán y tienen que ser exterminados. Todos los judíos sobre los que podamos poder la mano deben ser aniquilados sin ninguna excepción, desde ya, durante la guerra. Si no conseguimos destruir hoy las bases biológicas de la judería, serán los judíos los que más tarde aniquilarán al pueblo alemán».[9]

Eichmann se desplaza a Auschwitz en agosto. Junto con Hoess, discuten el plan que van a poner en práctica, empezando por el proceso de exterminio. Eichmann explica que el único método posible es el gas: la inclusión de mujeres y niños en el plan de liquidación hacía que el método del fusilamiento resultase demasiado costoso para los SS que lo realizaran. Después de estudiar los diferentes tipos de gas que ya habían sido utilizados en los camiones y en el exterminio de deficientes, acordaron el empleo de un gas de uso más «práctico», el Zyklon B.

La muerte anónima

El primer crematorio que se construyó en Auschwitz, en agosto de 1940, se situaba en el antiguo depósito de municiones de cuando el campo había sido una caserna militar. Igual que todos los crematorios instalados en los campos de concentración, se encarga su fabricación a la firma Topf & Söhne, de Erfurt, la misma empresa que más tarde presentará el método «avanzado» para acelerar el proceso de incineración de los niños diezmados en las cámaras de gas: «Para poner los cuerpos en el horno, recomendamos un simple tenedor de metal sobre cilindros. Cada horno medirá 60 x 45 cm, ya que no se utilizarán ataúdes. Para transportar los cadáveres de los lugares de almacenamiento a los hornos, sugerimos el uso de carretillas ligeras, cuyo diagrama a escala sigue en anexo. *Heil Hitler*!»[10]

Este primer crematorio permitía la incineración de 70 cuerpos en 24 horas, lo que hasta ese momento era suficiente. Sin embargo, en marzo de 1941, Himmler visitará el campo y ordenará su ampliación —más tarde será Auschwitz-Birkenau o Auschwitz II. El objetivo era instalar allí la gran fábrica de I. G. Farben y, simultáneamente, poder recibir a 100.000 prisioneros de guerra soviéticos por medio de la planeada invasión de la URSS, la llamada «Operación Barbarroja» emprendida el 22 de junio de 1941. El número de 100.000 prisioneros rusos previsto por Himmler nunca se materializó. Así y todo, la llegada en la segunda mitad de 1941 de 9.908 prisioneros de guerra soviéticos, de los que 1.255 mueren asesinados el mismo mes en que llegan, aumenta drásticamente el número de muertos y, como consecuencia, la necesidad de más cámaras de gas-crematorios —*Krematorium,* en alemán, cuyo término indica en Auschwitz el complejo indisociable de cámaras de gas/hornos. El tratamiento reservado a los soviéticos por los nazis era tan atroz, que su tiempo medio de vida no sobrepasaba las dos semanas. Para justificar el altísimo índice de mortalidad, las SS recurrían al método más tarde que emplearán con los judíos: a todos los que nada más llegar se los destina a una muerte inmediata, ni siquiera se les registra…

Con el acuerdo de Eichmann, la localización que se elige para el proyecto de Himmler fue una finca en la aldea de Brzezinka —Birkenau en alemán—, a tres kilómetros de Auschwitz, cuyos habitantes fueron expropiados y expulsados a tal efecto. El campo estaba relativamente aislado y protegido de las miradas indiscretas por pequeños bosques y setos, además de estar muy cercanos a las vías del tren. Las cámaras de gas se instalaron en dos viviendas cuyas ventanas se tapiaron, las paredes interiores se demolieron y se colocaron puertas especiales totalmente estancas e impermeables al gas. Los dos edificios empezaron a funcionar en 1942, el más

pequeño en marzo y el más grande en junio: se les llama, respectivamente, *Bunker I* y *Bunker II*.

En septiembre de 1941, Hoess probó el funcionamiento del gas Zyklon B retomando el experimento de su adjunto Fritzsch, pero en una escala más vasta: sus dos «cobayas» fueron 600 prisioneros de guerra soviéticos y 250 polacos considerados ineptos para el trabajo. Dada la exigüidad del Bloque 11 y la falta de condiciones adecuadas, el gaseamiento se produjo en la propia morgue del crematorio, evitando así el transporte de los cuerpos. Hoess lo presencia protegido por una máscara de gas. Cuando el Zyklon B se introdujo por dos orificios perforados en el techo, los prisioneros empezaron a gritar «gas» e intentaron forzar las puertas, evidentemente sin éxito. Según cuenta Hoess en sus memorias, el médico le aseguró que las víctimas no sufrían. Para el comandante de Auschwitz, la gran ventaja de la utilización del Zyklon B era que no hacía la correr sangre, con lo que se evitaban los posibles problemas psicológicos en los SS. La morgue de Auschwitz fue, por tanto, la primera cámara de gas, más tarde sustituida por dos búnkeres en Birkenau.

En su confesión, Hoess escribe que los judíos empezaron a llegar masivamente a Auschwitz a principios de 1942. En febrero y marzo de ese mismo año llegan los primeros transportes originarios de la Alta Silesia y de Eslovenia, a continuación los de Francia — esencialmente los hombres y mujeres presos el 16 de julio en el Velódromo de Invierno en París. En la última mitad de 1942 llegan deportados de Francia, Bélgica, Holanda y diversas regiones de Polonia. «La gran decisión operacional sobre las deportaciones de Francia, Holanda y Bélgica», escribe Sauk Friedländer, «se tomó después de la muerte de Heydrich en una reunión organizada el 11 de junio de 1942 por Eichmann en el RSHA».[11]

Hasta mayo de 1944, el 80 por ciento de los judíos deportados no llegaba a entrar en el campo. Eran seleccionados en la *Judenrampe,* rampa de los judíos que estaba en el exterior, entre

Auschwitz y Birkenau, en la prolongación de la estación de Oswiecim. A pie o en camiones, recorrían los tres kilómetros hasta el *Bunker I*, también llamado «Casa Roja» por el color de los ladrillos. Disponía de dos cámaras de gas con pequeñas aperturas para la emisión del Zyklon B, así como dos barracones para que los condenados a muerte se desnudaran. La capacidad de exterminio era de 800 personas. A cerca de quinientos metros de distancia funcionaba el *Bunker II,* con tres cámaras de gas. Mientras el primero se destruyó a finales de marzo de 1943, el *Bunker II* se reactivó en el verano de 1944 para la liquidación de los judíos húngaros.

«Al bajar del tren», escribe Hoess, «se entregaban a la Gestapo, que los dirigía en dos secciones hacia la instalación destinada al exterminio y designada como *Bunker*. A los enfermos que no podían trasladarse hasta las cámaras de gas, se los abatía con una bala en la nuca. El equipaje se quedaba cerca de la vía del tren, de donde se recogía para llevarlo al sitio en que se hacía la selección. Ese lugar estaba cerca de la estación y se llamaba "Canadá". Una vez en el *Bunker*, los judíos recibían la orden de desnudarse; se les decía que iban a entrar en una cámara de limpieza de piojos. Todas esas cámaras —había cinco en total— se llenaban al mismo tiempo. Se cerraban las puertas estancas y se vertía el gas por los orificios. Al cabo de media hora, las puertas se abrían —había dos en cada compartimento— y se sacaban los cadáveres en unos pequeños vagones hasta las fosas. La ropa que se acababan de quitar se enviaba al centro de selección».[12] Todo se hacía bajo la vigilancia de la Gestapo y en presencia obligatoria de un médico, que era quien decidía previamente quién debía morir al instante. Enfermeros especialmente formados para el trabajo de desinfección se encargaban de introducir el gas en las cámaras.

Todas estas tareas, sigue diciendo Hoess, es decir, la ayuda para sacar la ropa, la entrada al *Bunker* y su evacuación, la retirada de los cadáveres, excavar las fosas y cubrirlas después de llenarlas de cuerpos, «lo hacía un "comando especial" [el *Sonderkommando*] formado mayoritariamente por judíos que vivían aparte y que serían igualmente exterminados después de cada acción importante de acuerdo con las órdenes de Eichmann». Según las mismas órdenes, también había que extraer los dientes de oro a los cadáveres y cortar el pelo a las mujeres, trabajo que también ejecutaba el *Sonderkommando.*

Himmler vuelve a Auschwitz

En aquella época, los cadáveres de las víctimas gaseadas en los dos búnkeres se enterraban en fosas comunes próximas. Durante el verano de 1942, debido al intenso calor, los cadáveres se hincharon y rompieron la fina capa de tierra que los cubría: «una materia oscura emergió del suelo, exhalando un olor apestoso y contaminando el agua de la capa freática. Numerosos cadáveres azulados cubiertos de gusanos yacían al borde de las fosas».[13]

Entonces, se decide la construcción de las nuevas instalaciones que conjugaban crematorios y cámaras de gas. El gran cambio que dio origen a la mayor máquina de muerte conocida en la Humanidad se determinó durante la segunda y última inspección que Heinrich Himmler hizo a Auschwitz, el 17 y 18 de julio de 1942. En aquellos días, Himmler insiste en conocer el funcionamiento completo del campo. Acompañado por el *Gauleiter* Bracht y Schmauser, «el *Reichsführer* asistió atentamente a todo el proceso de exterminio, empezando por la llegada de los transportes y acabando por la evacuación del *Bunker II.* En aquel momento todavía no se

incineraba los cuerpos».[14] Según Hoess, Himmler no hizo comentario alguno, se mantuvo en silencio todo el rato. Durante el gaseamiento «observaba discretamente a los oficiales y adjuntos que encargados, incluyéndome a mí». Deseoso de mostrar el funcionamiento perfecto de su trabajo, Hoess había previsto aquel día la llegada de un transporte especial de 3.000 judíos holandeses, que había salido de Holanda el 14 de julio, y su masacre según las nuevas reglas. De acuerdo con la descripción de un miembro del *Sonderkommando,* Himmler llegó a las 8.00 h y el «espectáculo» debía empezar una hora más tarde. A las 8.45 h las cámaras de gas, con sus falsas duchas y letreros recomendando «calma» y «limpieza», ya estaban abarrotadas de hombres, mujeres y niños. En la parte alta de la cámara, un SS con la máscara de gas reglamentaria esperaba preparado para, a la señal establecida, verter los cristales azules del Zyklon B. A las 8.55 h la tensión era insoportable, pero Himmler no daba la señal: todavía no había acabado de desayunar…

En el interior de la cámara de gas, los hombres y las mujeres, al percatarse de lo que significaba una «ducha» en Auschwitz, empezaron a gritar y a golpear las puertas, pero el ruido quedaba amortiguado por la insonorización de las paredes. El tormento de la espera duraría aún dos horas más. A las 11.00 h aparece el automóvil que trae a Himmler y Hoess. Himmler escucha atentamente las explicaciones sobre el proceso en curso, se dirige tranquilamente hacia la puerta sellada y echa un vistazo rápido a las víctimas por el tragaluz. Por fin, todo el mundo está en sus puestos y se da la orden para lanzar el gas. El SS levanta una placa redonda, vierte rápidamente el gas granulado por la apertura y la cierra enseguida: debido al calor de los cuerpos amontonados, el granulado se gasificará en pocos minutos y asfixiará rápidamente a las víctimas. Hoess espera el tiempo considerado necesario para la buena circulación del veneno e invita respetuosamente a Himmler a

que compruebe el resultado. Este vuelve a echar un vistazo por el tragaluz y lo que ve parece impresionarlo positivamente. Vuelve a mirar varias veces el interior de la cámara de muerte y, cuando todos sus ocupantes están muertos, sigue el proceso posterior con el máximo interés y cuidado: la evacuación de los cadáveres, la confiscación de los dientes de oro y el pelo de las mujeres, la disección de los cuerpos de personas cuya apariencia denotaba riqueza, no fuesen a esconder en su interior joyas, incluso diamantes, el traslado de los cuerpos a las fosas. Himmler presenció toda aquella operación hasta el final. Entonces, miró el reloj. Era la una del mediodía, la hora de comer.

Aquel final de tarde, Himmler participa en una cena servida en su honor por el *Gauleiter* Bracht. Hoess también es invitado y comparece con su esposa. Según su declaración, Himmler, contrariamente a sus costumbres, estaba de un humor excelente, «habló de temas variadísimos, incluyendo la educación de los niños, las nuevas construcciones, libros y cuadros (…). Los invitados se fueron a dormir muy tarde. Bebimos muy poco durante la cena. Himmler, que nunca tomaba alcohol, bebió algunas copas de vino tinto y fumó, cosa que no hacía habitualmente. Todo el mundo estaba imbuido por el encanto de su buen humor y de su brillante conversación. Nunca lo había visto así».[15]

Al final de la inspección, Himmler le dice a Hoess que los transportes aumentarían todos los meses, que los judíos incapaces de trabajar tenían que ser aniquilados implacablemente y que también había que eliminar a los gitanos. Lo que tendría como consecuencia evidente, no solo el crecimiento exponencial de cadáveres, sino también el problema del destino que dar a los cuerpos. En efecto, el drástico y continuo aumento de llegada de deportados suponía no solo la necesidad de ampliar los espacios de exterminio, sino también la de hacer desaparecer los cuerpos, lo que desde el punto de vista alemán era mucho más difícil. Hoess

confirma: «A finales de 1942 fue cuando empezamos a incinerar los cadáveres. Al principio, una gran hoguera servía para quemar los 10.000 cuerpos con subproductos de petróleo y después con alcohol etílico. En las fosas, las incineraciones proseguían sin interrupción de día y de noche (…), pero enseguida constatamos que a largo plazo el método no resultaba. Cuando el tiempo era malo o el viento demasiado fuerte, el olor se esparcía por muchos kilómetros a la redonda y la población de los alrededores empezaba a hablar de la incineración de judíos, a pesar de la propaganda contraria del partido y de los órganos administrativos. Todos los SS que participaban en la acción de exterminio tenían órdenes severas para callarse (…), pero incluso los castigos más duros no podían impedir las fugas de información…».[16]

A finales de 1942, todas las fosas comunes se limpiaron. La orden vino de Himmler tras su visita a Auschwitz: había que abrirlas todas y quemar los cadáveres para que nunca se llegase a saber el número real de muertos. Hoess se dedica a esa tarea en cuerpo y alma. Para ello, se traslada a Chelmno y a Treblinka con el fin estudiar los métodos de exterminio e incineración, y procede «con todos los medios posibles a una planificación acentuada» que dará lugar a la construcción de dos grandes crematorios más: los crematorios-cámaras de gas III y IV, cuyo funcionamiento se inaugura en la primavera de 1943. Cada uno de ellos disponía de cinco hornos con capacidad para incinerar en veinticuatro horas cerca de 2.000 cadáveres. Disponían de un sótano con compartimentos para que las víctimas se desnudaran y cámaras de gas con aireación en las que cabían, según Hoess, 3.000 hombres en cada una. Más tarde la empresa Topf & Söhne, de Erfurt, será la encargada de construir un crematorio más, el V, capaz de incinerar 1.500 cadáveres en veinticuatro horas.

A partir del verano de 1942 es cuando Auschwitz se convierte en el centro de la destrucción de los judíos europeos, sobre todo

después de la segunda visita de Himmler a Auschwitz. Los crematorios III, IV y V entraron en funcionamiento en la primavera de 1943, acelerando drásticamente los «tratamientos especiales», o sea, las acciones de gaseamiento y quemado de los cuerpos. Estos alcanzan su punto culminante en el verano de 1944 con la llegada, con una cadencia inédita en los anales del Holocausto, de cientos de transportes de judíos húngaros, cuya inmensa mayoría fue asesinada justo a su llegada. En ese periodo los efectivos del «comando especial» alcanzan la cantidad récord de 1.000 hombres.

Así pues, a pesar de funcionar como tal desde 1942, es solo en 1943 cuando Auschwitz-Birkenau alcanza su máxima capacidad en el proceso de destrucción de los judíos de Europa, sobrepasando todos los terribles records de los campos de Treblinka o Belzec el año anterior. Los transportes llegan sin interrupción: en la primavera de 1943 son los judíos griegos, sobre todo de Salónica, cuya deportación se prolonga hasta agosto de 1944; en septiembre de 1943 es el turno de los primeros judíos de Italia y de los judíos de los últimos guetos de Polonia, sobre todo de Lodz, el último gueto, liquidado en mayo de 1944. Sin embargo, es con la llegada de los judíos de Hungría, a partir de mayo de 1944, cuando la máquina de muerte de Auschwitz-Birkenau adquiere unas proporciones que la convierten en el símbolo de la destrucción humana, tal como hoy es conocida: entre mayo y julio de 1944 mueren asesinados alrededor de medio millón de hombres, mujeres y niños.

Para los prisioneros, los crematorios suponen la materialización permanente de la muerte, el aviso constante, a través del humo y del olor, de la precariedad de su existencia, de la inminencia de su propio fin. En la más perversa invención de destrucción humana, aunque la muerte venga causada por el gas, son los crematorios los que se convierten en el mayor campo de exterminio. Probablemente porque la reducción a cenizas hace la muerte anónima. Acaba con el

proceso de negación del individuo que se inicia con su entrada en el campo…

«¿Qué epidemia causaba tantos muertos?»

Imre Kertész llegó a Auschwitz en 1944 procedente de Hungría. Solo tenía quince años y esa experiencia, junto con la de Buchenwald, adonde irá a continuación, la marcó para toda la vida. En 2002, Kertész recibió el Premio Nobel de Literatura por el conjunto de su obra, de la que destaca el libro *Sin destino*,[17] parcialmente autobiográfico. Cuando llegó a Auschwitz no tenía la menor idea de lo que la esperaba y el relato que hace es el de un adolescente al que le da el nombre de Köves György, que llega sin ninguna idea preconcebida, no solo del lugar en el que aterriza, sino también del comportamiento de los propios alemanes: «En cuatro años de instituto (liceo) no había oído una sola palabra sobre el tema». Así que, se trata del descubrimiento progresivo del horror visto por los ojos de un joven ingenuo que deprisa comprenderá lo que le rodea. «En aquel momento debimos de empezar a apercibirnos seriamente del olor. Sería difícil intentar describirlo con exactitud: algo dulzón y en cierta manera pegajoso, con la suma de algunos productos químicos, ahora ya conocidos, pero con una intensidad tal que temí vomitar el pan que me acababa de comer. No fue difícil encontrar el culpable: era una chimenea que había a la izquierda de la carretera, un poco más lejos. Se trataba de la chimenea de una fábrica, se veía enseguida, y esa fue la explicación que el jefe dio a los adultos, una fábrica de curtidos (…). En realidad, poco a poco se fue sabiendo y ya no sé cómo, que aquella chimenea no era la de una fábrica de curtidos, sino de un *krematorium,* es decir, de un horno de incineración, como me explicaron después. A partir de ese momento empecé a observarla

mejor: era una chimenea compacta y tallada, con la boca ancha y achatada, como si la hubiesen golpeado desde arriba. Confieso que, aparte de un cierto respeto —además del olor, naturalmente, con el que nos atascábamos como en una especie de lodo ardiente de pantano—, no sentía nada. Solo que, a lo lejos, veíamos una chimenea y otra, y en el borde luminoso del cielo, otra más, maravillados de que dos de ellas escupiesen un humo como la nuestra, y los que podían distinguir más a lo lejos, por detrás de un remedo de bosque raquítico, veían una nube de humo que se elevaba. Y, de verdad, tenían razón y se preguntaban, justamente, pensaba yo, *qué epidemia causaba tantos muertos* (…). Puedo afirmar que antes de caer la noche del primer día, ya me había puesto al corriente de todo (…). Allí mismo, ante nuestros ojos, estaban siendo quemados nuestros compañeros de viaje, todos los que habían querido ir en los camiones y todos los que el médico, por razones de edad y por cualquier motivo, había considerado no aptos, así como los niños y con ellos sus madres y todas las otras mujeres que en breve lo serían, aquellas en que ese estado se notaba ya, como decían».[18]

Kertész escribe que no se enteró de todo de una sola vez, sino que fue uniendo todos los detalles que iba observando. El contraste entre lo que pasaba con todos los detalles que nunca más volvería ver y los jardines bien cuidados que rodeaban el lugar donde se gaseaba a la gente, el esmero con que la despojaban de sus bienes —prometiendo devolvérselos a la salida—, la amabilidad con que la conducían a su propia muerte, le daban la impresión de que se trataba de «un juego de mal gusto, de una especie de macabra partida estudiantil», y en lo más profundo sabía que no era así porque, le decían que estaba en un *Vernichtungslager* y no en un *Arbeitslager.* Es decir, que estaba en un campo de exterminio y no de trabajo. Como él misma puede comprobar durante la señal

de llamada de la noche, cuando lo primero que ve es «el color del cielo y de un fenómeno: las bengalas, los fuegos artificiales de las llamas y las chispas que se veían en la parte izquierda. A mi alrededor muchos susurraban, murmuraban, repetían: los crematorios».[19]

Kertész solo estuvo tres días en Auschwitz, luego lo enviaron a Buchenwald y Zeitz, donde permaneció hasta la liberación. En su libro cuenta que hay cosas que solo se comprenden del todo en un campo de concentración: por ejemplo, que siete días pueden ser siete años. «Nunca me habría imaginado que me transformaría tan deprisa en un viejo arrugado. Normalmente, se necesitan cincuenta o sesenta años por lo menos. En un campo fueron suficientes tres meses para que el cuerpo me traicionase. Puedo garantizar que no hay nada más penoso, que más desanime, que comprobar y presenciar día tras día lo que muere en nosotros». En realidad, él casi murió: «Algo se quebró irremediablemente en mí y empecé a pensar que cada mañana era la última en que despertaría…». Afortunadamente, Kertész sobrevivió y nos dejó uno de los testimonios más dolorosos sobre el Holocausto.

Secreto, eficacia y eliminación de las pruebas

Los responsables de la materialización de la «Solución final» tenían tres preocupaciones: el secreto, la eficacia, y la eliminación de las pruebas de las matanzas. Aunque de forma desigual, relativamente se resolvieron las tres.

El secreto se mantuvo durante mucho tiempo gracias a varios factores, el primero de los cuales se debió al empleo de un lenguaje codificado, tanto escrito como oral: el «este» designaba genéricamente los campos de exterminio; el «tratamiento especial» se refería al gaseamiento; «baños de desinfección», «el trabajo

libera» y otras tantas expresiones que, empezando por la misma «Solución final de la cuestión judía en Europa», pretendían ocultar la realidad del proceso de liquidación masivo. El camuflaje del lugar de las masacres —ya hemos visto, por ejemplo, que Birkenau estaba alejado de las miradas y de los oídos— o la utilización de camiones de la Cruz Roja para apaciguar el temor de los que eran conducidos a muerte eran algunos de los medios que los nazis empleaban. La prohibición de hablar y la obligación de mantener el secreto, era otra de las reglas. Sin embargo, en realidad, nada de esto habría funcionado si no hubiese sido por la indiferencia de la propia población, sobre todo alemana y polaca, las primeras porque no se cuestionaban la desaparición de sus propios conciudadanos y, las segundas, porque no veían lo que estaba pasando ante sus narices.

La eficacia fue, sin duda, lo que mejor se resolvió con la aplicación en los campos de muerte del sistema industrializado de las grandes empresas, el trabajo de producción en cadena: todos los pasos de las víctimas y de los verdugos obedecían a unas reglas precisas y a una orden predeterminada desde la rampa de llegada hasta las cámaras de gas. La utilización del gas Zyklon B contribuyó decisivamente a esa eficacia: «La experiencia demostró», escribe Hoess, «que el uso del Zyklon B provocó la muerte con seguridad y rapidez, sobre todo en espacios secos y estancos, bien repletos y con el mayor número posible de orificios para introducir el gas. Nunca vi a una única persona gaseada que sobreviviera en Auschwitz después de verter el gas en las cámaras de exterminio». [20] En realidad, el Zyklon B era «eficaz» porque se ahorraban también a los SS: el crimen se volvía, así, invisible e inaudible… Para el buen encadenamiento de las operaciones, los nazis contaban con la disciplina y la sumisión de los guardas y los funcionarios, por un lado, y con la sorpresa, la incredulidad y la ignorancia de lo que les esperaba, por otro lado, a las víctimas. Los rumores que se pudiesen

oír, las advertencias o incluso las posibles informaciones no se asimilaban, pura y simplemente.

Para los nazis, quizás la parte más difícil fuera hacer desaparecer las pruebas, en especial los cadáveres. Los crematorios —cámaras de gas + hornos de incineración— resolvieron de alguna manera el problema de los restos humanos, pero, además de tardíos, los hornos no daban abasto para la cantidad astronómica de cadáveres, de manera que hubo que quemarlos al aire libre. Por otro lado, la obsesión del comandante nazi por proseguir con el exterminio, incluso cuando la guerra ya estaba irremediablemente perdida, llevó a las SS a mantener la máquina de muerte en funcionamiento hasta el final, lo que dificultó su destrucción total: en Auschwitz, el último crematorio fue demolido en la madrugada del día de la llegada del Ejército Rojo, el 27 de enero de 1945…

Así y todo, sin duda, la «huella» que por encima de todos hizo imposible guardar el secreto, el camuflaje y el borrado de pruebas, fueron los supervivientes: los hombres, las mujeres y los niños, testigos vivos de un crimen sin nombre. Hoy ya están desapareciendo por ley natural de vida, pero su voz, escrita, grabada y filmada, permanece en sus descendientes y, esperemos, que en nuestra memoria colectiva.

[1]Forges, Biscarat, *Guide historique d'Auschwitz*, Éditions Autrement, 2011, p. 50.

[2]Müller, Filip, *Trois ans dans une chambre à gaz d'Auschwitz,* Pygmalion, 2008, p. 51.

[3]Hans Aumeier llegó a Auschwitz en febrero de 1942 y fue director del Departamento III, que se ocupaba de los prisioneros. Véase cap. III.

[4]Müller, Filip, *op. cit.*, p. 61.

[5]Documentos de Núremberg, citados por Friedländer, Saul, *Les années d'extermination. L'Allemagne nazie et les juifs, 1939-1945*, Éditions du Seuil, 2008 para la traducción francesa, p. 309.

[6]Friedländer, Saul, *op. cit.*, p. 351.

[7]Goebbels, citado por Friedländer, *op. cit.*, p. 359.

[8]Según un mensaje enviado en enero de 1943 por Hermann Höfle, general de las SS, dirigido al jefe adjunto de la Policía de Seguridad, Franz Heim, el número de judíos exterminados en los campos de la «Aktion Reinhardt», el 31 de diciembre de 1943, era de 1.274.166 (en Friedländer, p. 594).

[9]Hoess, Rudolf, *Le commandant d'Auschwitz parle*, Éditions La Découverte, 2005, anexo I (noviembre de 1946), p. 223.

[10]Nogueira, Paulo, revista *Piauí*, nº 52, enero de 2011.

[11]Friedländer, Saul, *op. cit.*, p. 470.

[12]Hoess, Rudolf, *op. cit.*, anexo I (noviembre de 1946), p. 228.

[13]Müller, Filip, *op. cit.*, p. 88.

[14]Hoess, Rudolf, *op. cit*, anexo I (noviembre de 1946), p. 230.

[15]Este extracto no consta en la edición francesa, pero su traducción del original alemán la cita Fiedländer, p. 505.

[16]Hoess, Rudolf, *op. cit.*, pp. 233-234.

[17]Kertész, Imre, *Sem destino*, Editorial Presença, 2003.

[18]*Ibidem*, p. 77.

[19]*Ibidem*, p. 83.

[20]Hoess, Rudolf, *op. cit.*, p. 243.

XIII. «SONDERKOMMANDO», LOS PRISIONEROS DE LAS CENIZAS

Entre 1943 y 1945, un grupo de prisioneros judíos, algunos polacos y unos pocos prisioneros de guerra soviéticos vivieron más que cualquier otro detenido en el centro de la catástrofe. Formaban parte del *Sonderkommando* —comando especial—, encargados de la más abominable de las tareas: el funcionamiento del aparato de exterminio de Birkenau en el marco de la materialización de la «Solución final de la cuestión judía». La casi totalidad de este comando, que se renovaba cíclicamente, acabó siendo asesinada por las SS del campo. Su vida tenía una duración aproximada de unos cuatro meses. Al final de ese periodo, una compañía de SS reunía al comando y ametrallaba a todos sus miembros. Media hora después llegaba un nuevo grupo designado para ser *Sonderkommando.* Se les obligaba a quitarles la ropa a sus compañeros muertos, de los que, poco después, no quedarían más que cenizas. La primera tarea de cada *Sonderkommando* era quemar a sus predecesores. Nyiszli cuenta que durante sus vivitas médicas siempre había alguien incapaz de soportar sus funciones que le imploraba un veneno rápido e indoloro.

El comando tenía como papel principal ayudar a las SS a hacer entrar a la gente en los vestuarios —antecámara de la muerte—, ayudarlos a desnudarse y a entrar en las cámaras de gas. A veces, ellos mismo tenían que levantar la tapa de los orificios por donde las SS vertían el Zyklon B. «Hasta este momento», escribe Shlomo Venezia, «nunca lo había dicho antes, pues me resulta difícil admitir que debíamos abrir y cerrar la tapa una vez que se echaba el gas. Pero esa es la verdad».[1]

A continuación, tenían que reunir la ropa y los objetos personales, retirar los cadáveres de las cámaras de gas, incinerarlos en los hornos crematorios o quemarlos en las fosas y transportar las cenizas para enterrarlas o esparcirlas. Debido a la naturaleza intrínseca del trabajo que estaban obligados a realizar, se encontraban en el meollo de la máquina de muerte, tenían acceso a los hechos más ocultos del exterminio en masa. Entrar en el *Sonderkommando* significaba no salir de él nunca más, como los «constructores de las tumbas de los faraones egipcios», citados por Heydrich, que se vanagloriaba de estar en el origen de la creación de los comandos especiales destinados a morir, precisamente por el conocimiento al que tenían acceso.[2] De ahí que vivieran completamente aislados de los demás prisioneros, con los que tenían prohibido comunicarse. De cierta forma, eran prisioneros invisibles.

Las SS garantizaban a los miembros del *Sonderkommando* unas condiciones de vida mejores que al resto de los prisioneros desde el punto de vista de la alimentación, el alojamiento y el vestuario. La intención era, por un lado, mantener su forma física sin la que la incineración de miles de cadáveres no podría llevarse a cabo en los plazos previstos, por otro lado, también era corromperlos para asegurarse su cooperación. El *Sonderkommando* trabajaba por turnos de doce horas al ritmo de un servicio de día, que empezaba a las seis de la mañana, y otro de noche, que empezaba a las seis de la tarde. También había otras tareas relacionadas con las acciones de exterminio: ayudaban en la rampa cuando llegaban los vagones y transportaban los cadáveres que encontraban allí a los crematorios; cuando el grupo recién llegado era poco numeroso, se ejecutaba a la gente directamente con una bala en la nuca y no con gas: el *Sonderkommando* era el encargado de sujetarlos durante la ejecución y de llevarlos al

crematorio: «Teníamos que agarrar a las víctimas por las orejas, el alemán disparaba y, antes de que la persona cayese, debíamos ser lo suficientemente hábiles como para bajarles la cabeza porque si no, la sangre brotaba como si fuese una fuente. Si por casualidad, un poco de sangre salpicaba a un SS, este nos echaba las culpas y no dudaba en castigarnos o incluso matarnos allí mismo».[3] Otro grupo de unos quince miembros del comando tenía como función limpiar y secar el pelo ya cortado de las mujeres, otros trituraban con un mazo de madera los huesos humanos que el fuego no había podido destruir para reducirlos a polvo. El *Sonderkommando* también destruía libros, documentos de identidad y otros objetos personales que la dirección del campo consideraba sin interés. La tarea final a la que fueron obligados los pocos hombres que quedaron en el *Sonderkommando* a partir de noviembre de 1944 fue la de borrar las pruebas del crimen: demolieron las paredes del crematorio IV, incendiado durante la revuelta de octubre de 1944; desmantelaron los hornos en los crematorios II y III; abrieron agujeros en las paredes para destruirlas posteriormente con explosivos; transportaron las cenizas a los arroyos y aplanaron el suelo de las fosas donde habían quemado y enterrado cadáveres.

Durante todas las etapas de su trabajo, el *Sonderkommando* estaba estrictamente vigilado y controlado por miembros de las SS con la ayuda de los *kapos*. Se exigía de ellos un comportamiento que disipase los recelos o las sospechas de los condenados a muerte. Por eso, se solían reclutar entre los mismos transportes destinados a las cámaras de gas para poder así comunicarse en la misma lengua de los condenados. Se les obligaba a ocultar a las víctimas el destino que les esperaba e incluso a divulgar falsas informaciones, por lo menos en presencia de los SS. A veces, los prisioneros del *Sonderkommando* prevenían en secreto a los demás detenidos del peligro que corrían, pero cuando los descubrían

se les castigaba con una muerte atroz, normalmente se les arrojaba vivos a los hornos. Franciszek Piper, director científico del Museo de Auschwitz, escribe que los miembros del «comando especial» era reclutados en la ignorancia de la tarea que iban a desempeñar: en una maniobra de despiste, se les preguntaba la profesión y se les prometía un trabajo en mejores condiciones que a los demás detenidos. Pero, a pesar de comer y dormir mejor, a todos sus miembros les repelía el trabajo que estaban obligados a cumplir y todos eran plenamente conscientes de que estaban contribuyendo a la aceleración del exterminio de sus hermanos. Por eso, sigue diciendo Piper, «en todos los prisioneros del *Sonderkommando,* esa tarea les causaba, en primer lugar, un choque psicológico que después les provocaba depresión y a veces los llevaba al suicidio». Ese fue el caso de Menachem Litchi, de Grecia, que el 18 de mayo de 1944 se arrojó al fuego junto al cadáver que transportaba. Un sargento alemán de nombre Grinberg lo ejecutó con una bala en la cabeza para evitarle el sufrimiento.[4] También Shlomo Venezia, deportado a los veintiún años de Salónica a Auschwitz-Birkenau el 11 de abril de 1944, afirma: «No hay nada más duro que llevar personas a la muerte (…). Los primeros diez o veinte días estuve en constante estado de choque por la enormidad del crimen, después, dejé de pensar. Cada día prefería morirme y, sin embargo, cada día luchaba por sobrevivir».[5]

A pesar del choque inicial, una parte de los detenidos del comando especial acababa habituándose, de manera que se hacía indiferente al destino de aquellos cuya muerte les debía su propia vida. Pero para la mayoría, entre los que había algunos judíos practicantes, su trabajo era una tortura constante que solo acabaría con su propia muerte. Sufrían con las víctimas, muchas veces familiares y amigos, y el sentimiento de culpa los atormentaba permanentemente porque se sabían cómplices, aunque forzados, del crimen contra hombres, mujeres y niños, la gran mayoría de su

mismo pueblo. Cuando se enfrentaban a la presencia de familiares o conocidos, los miembros del *Sonderkommando* los incineraban aparte, recogían las cenizas de cada uno en latas separadas e inscribían el nombre del muerto, la fecha de nacimiento y la fecha de su asesinato. A continuación, enterraban las latas y siempre que podían rezaban el *Kadish* —la oración judía de duelo.

Algunos de esos hombres vieron con claridad que el lazo que los unía a la Humanidad estaba condenado y que la única salida era la revuelta. Expuestos ellos también al proceso de eliminación gradual, eran conscientes de que disponían de un tiempo extremadamente limitado. Así, concibieron un plan único en la historia del campo y que dio origen a un levantamiento general. Frente a los retrasos sucesivos impuestos por la resistencia central del campo, llevaron a cabo una revuelta desesperada. Como veremos más adelante, más de 400 integrantes de los *Sonderkommando* fueron asesinados y la revuelta no logró parar el proceso de exterminio, pero demostró que aquellos hombres todavía conservaban en su interior la fuerza de decir: «¡Basta!».

Voces de los escombros

Tras el final de la guerra, entre 1945 y 1980 se encontraron en diversos recipientes enterrados en la zona de los crematorios de Birkenau los manuscritos de cinco miembros del *Sonderkommando,* también llamados los «Rollos de Auschwitz» por Ber Mark —director hasta su muerte, en 1966, del Instituto Histórico Judío de Varsovia—, que los descifró y coligió en un libro en yidis.* Uno de ellos, escrito por Zalmen Lewenthal, da voz a esa dolorosa culpa y se interroga amargamente: «¿Por qué haces un trabajo tan vergonzoso, por qué vives, para qué, qué quieres

obtener con una vida así? (…)». Lewenthal se da a sí mismo la respuesta: para vivir, el hombre es capaz de inventar cientos de pretextos. «Y la verdad es que nos gustaría vivir a cualquier precio, queremos vivir porque estamos vivos, porque el mundo entero vive. Y todo lo que el Hombre desea y todo lo que está ligado a él, incluso por poco que sea (…), está ligado a la vida, incluso casi sin vida (…), he aquí la más pura de las verdades».[6]

Además del testimonio de Lewenthal, también se encontraron enterrados en Birkenau los manuscritos de Zalmen Gradowski y Lejb Langfus, ambos también en yidis, de Haïm Herman, en francés, y de Marcel Nadsari, en griego. Son testimonios preciosos que revelan el ritmo alucinante de las masacres, en particular la de los judíos de Hungría, y de la quema de los cuerpos. El terror constituye el telón de fondo del conjunto de los manuscritos —el pánico en las cámaras de gas, la visión de las víctimas muertas, pisoteadas y asfixiadas antes incluso de la inhalación del gas, el disfrute de las SS en humillar, martirizar y transformar la enorme masa humana en animales. Cuentan el sadismo que se aplicaba sin límites, se permitía todo contra los hombres, mujeres y niños situados fuera de la esfera humana.

Gradowski escribe que destruyeron para siempre jamás sus ganas de vivir: «Porque ya no querrás vivir en un mundo donde tales actos diabólicos se puedan perpetrar (…) porque huirás de un mundo donde vive el hombre. Encontrarás el consuelo junto a las fieras más salvajes y feroces, no en la convivencia entre esos demonios civilizados». Y añade: «No nos hemos apercibido de este lenguaje nuevo. La Shoah es el lenguaje del fin de la humanidad». [7]

Todos estos hombres fueron asesinados: Gradowski durante la revuelta del *Sonderkommando* en octubre de 1944, de la que fue uno de los líderes; Lewenthal, que también pertenecía a la Resistencia, sobrevivió a la revuelta pero desapareció,

probablemente asesinado en los últimos días de noviembre de 1944. A su vez, Lejb Langfus, rabino, escribió el 26 de noviembre de 1944 en su última página: «Nosotros, los 170 hombres que quedábamos, vamos a partir a la sauna*. Estamos seguros de que nos llevan a la muerte. Han elegido solo a 30 hombres para el crematorio IV».[8] Langfus sobrevivió a esa liquidación, pero fue asesinado a finales de 1944 o los primeros días de 1945 que precedieron a la evacuación de Auschwitz.

Los manuscritos de estos «prisioneros de las cenizas» contrarían la imagen que se elaboró sobre ellos durante muchos años después de la guerra: hombres despojados de humanidad, insensibles, amorales, corrompidos por un vaso de vodka, criminales sin piedad, cuyo único sentimiento sería el miedo a su propia muerte. La necesidad de dejar un testimonio de lo que pasaba en el campo, pero sobre todo su contenido, demuestra lo contrario. Esos hombres eran conscientes de que eran los únicos que podían transmitir al mundo el funcionamiento de la máquina de exterminio en su expresión más completa y detallada. Dadas las circunstancias en las que se hallaban y los riesgos que corrían, este haya sido quizás el mayor ejemplo de resistencia contra la deshumanización impuesta por los nazis. Gradowski escribe a un futuro e hipotético lector: «Querido descubridor de estos escritos. Tengo que hacerte una petición que, en realidad, es la razón esencial de escribir, que mi vida condenada a muerte tenga al menos un sentido. Que mis días infernales, que mi destino sin esperanza alcancen su objetivo en el futuro. Te relato solo una ínfima parte, un mínimo de lo que pasa en este infierno de Auschwitz-Birkenau. Podrás hacerte una imagen de lo que fue la realidad (…) y a partir de todo eso podrás representarte cómo fueron asesinados los hijos de nuestro pueblo».[9] O este texto más amargo de un autor desconocido: «Nosotros, todos los que vivimos aquí, en la fría indiferencia polar de los pueblos, olvidados del mundo y de la vida, sentimos, a pesar de

todo, la necesidad de dejar alguna cosa para la eternidad (…). Que se sepa lo que nosotros, muertos-vivos, sentimos, pensamos y decimos. Sobre las fosas donde yacemos enterrados vivos, el mundo danza una zarabanda demoniaca y sofoca alegremente nuestros suspiros y nuestras súplicas de socorro (…); y cuando no seamos más que ceniza esparcida por los rincones del mundo, todo hombre culto y respetable sentirá el deber de lamentarnos y pronunciar una oración fúnebre. Cuando nuestras sombras surjan en las pantallas y en los escenarios, las señoras compasivas se enjugarán las lágrimas con sus pañuelos perfumados y llorarán por nosotros, los infelices». [10]

Muchos de los miembros del *Sonderkommando* intentaban ayudar a los prisioneros del campo, sobre todo haciéndoles llegar comida. Shlomo Venezia cuenta que cerca del crematorio donde trabajaba, junto con algunos detenidos más de Salómica, había algunos judíos de Rodas que, como ellos, hablaban ladino.* Como los alemanes no entendían la lengua, los prisioneros de Rodas inventaron una melodía en la que les pedían que les enviasen comida y ropa. Les lanzaron un paquete con «un pan redondo envuelto en camisas», y después un segundo. Pero esa vez las cosas salieron mal. Moll, el SS responsable de los crematorios, un hombre cruel y sádico, pilló al prisionero que lanzó los paquetes y lo castigó con veinticinco latigazos que, para regocijo de los alemanes, se los tenían que proporcionar los otros presos.[11]

Los miembros del *Sonderkommando,* con frecuencia temidos, odiados o condenados, se enfrentaban con una realidad atroz: en primer lugar, eran testigos directos, oculares, de un crimen sin precedentes en la Historia de la Humanidad y, sobre todo, de destrucción de su propio pueblo. El resto de los prisioneros podían sospechar o incluso saber lo que pasaba, pero no lo veían. En cambio, el *Sonderkommando* no se podía enajenar o refugiarse

en ilusiones o vanas esperanzas: la masacre diaria de miles de inocentes era su día a día, la muerte su compañera diaria. En segundo lugar, estaban obligados a secundar a los alemanes en su hedionda tarea de asesinar niños, jóvenes, ancianos, mujeres y hombres, que los nazis habían decretado que estaban de más en este planeta. Y no solo se les obligaba a cooperar, sino que también debían ocultar a las víctimas su trágico fin.

Gideon Greif, historiador israelí que analizó la tragedia de los hombres del *Sonderkommando,* escribe que aquellos hombres ni siquiera tenían «derecho a llorar a su pueblo o a sus familiares que con sus propias manos eran obligados a lanzar a los hornos crematorios (…). Los alemanes les negaban el derecho, intrínseco a cualquier ser humano, de llorar, de sufrir y de guardar el luto de los miembros de su familia y de su pueblo. Los condenaban a la insensibilidad y a la indiferencia, a la pérdida de la noción de lo sagrado del alma y del cuerpo».[12] Shlomo Venezia confirma: «Incluso cuando me enteré de la muerte de mi madre y de mis hermanas, no lloré… el grifo de las lágrimas se había cerrado y ya no lloraba, a pesar de la tristeza y del dolor».[13]

Por otro lado, los hombres del *Sonderkommando* vivían con la angustia permanente de su propia aniquilación. Sabían que la entrada al comando era una condena a muerte porque estaban dentro del «secreto». Así pues, vivían con la dolorosa incertidumbre de que cada nuevo día pudiera ser el último. Y quizás lo peor de todo era que no solo se les obligaba a presenciar impotentes la masacre de sus hermanos, sino que su propia vida dependía de su muerte. La terrible perversidad del sistema hacía que su interés, consciente o no, fuese directamente proporcional a la llegada de una cantidad siempre creciente de transportes con miles de prisioneros. Una parada, o incluso una disminución de la actividad de la fábrica de muerte, significaba, de hecho, la amenaza de su propia vida.

La sucesiva aniquilación de los hombres del *Sonderkommando* a partir del verano de 1942 —fecha de la constitución del primero— dificulta la estimación de su número total hasta el final de la guerra. Al principio contaba con 80 prisioneros, pero su número no dejó de aumentar: en 1944 eran 1.000 hombres, mayoritariamente judíos polacos y judíos de diferentes países de la Europa ocupada. Se estima en aproximadamente 2.000, quizás más, la cantidad total de deportados que formaron parte del *Sonderkommando* entre 1942 y 1945.[14] Al final de la guerra, solo permanecían con vida algunas decenas.

Filip Müller – la odisea de un superviviente

Cuando Filip Müller llega a Auschwitz en abril de 1942, con solo veinte años de edad, el crematorio ya estaba en funcionamiento. Llegó en uno de los primeros transportes de Sered, en Checoslovaquia, empezó a trabajar en mayo en el crematorio I del campo principal de Auschwitz y después en la casa disimulada en medio del bosque de abedules de Brzezinka (Birkenau), en el *Bunker II* —más tarde *Bunker V*— transformado en cámara de gas, como ya se ha referido. Como miembro del «comando especial» *(Sonderkommando)* fue testigo directo y actor forzado durante alrededor de tres años de la destrucción de más de un millón de seres humanos. Su libro, cuyo título original en alemán es *Sonderbehandlung* («Tratamiento especial»)[15], es absolutamente excepcional: en primer lugar, porque solo una consecución extraordinaria de circunstancias permitió que Filip escapase al mismo destino de los otros miembros de los comandos especiales, que eran asesinados periódicamente para borrar de la faz de la tierra todos los testigos de las víctimas incineradas en los

hornos de alta presión de los crematorios o en las hogueras a cielo abierto que, en periodos de auge, ardían de noche y de día. Pero excepcional es también su decisión de transmitir «lo intrasmisible», en palabras de Claude Lanzmann, que lo entrevistó para su película *Shoah.* Revivir el infierno del que fue testigo directo debió de ser, sin duda, extremadamente doloroso. No sorprende, pues, que solo al cabo de treinta años se decidiera a escribir, prestando un inestimable servicio a la verdad histórica del Holocausto. Es sobre todo su testimonio lo que vamos a «escuchar» a lo largo de las páginas que siguen a continuación y que ilustran el capítulo más innoble de la era nazi.

«Flanqueados por los centinelas de las SS llegamos a un edificio extraño, con el tejado plano en cuya parte de atrás se erguía, hacia el cielo, una chimenea redonda de ladrillos rojos. Después de franquear una puerta de madera, los centinelas nos introdujeron en el edificio. Estábamos en un patio aislado del mundo exterior por un muro, a nuestra derecha se encontraba el edificio propiamente dicho con una entrada en el medio… Allí, un SS de porte garboso, pelirrojo y joven, de nombre Stark, hacía guardia. Llevaba las insignias de *Unterscharführer* (suboficial u oficial-adjunto) y exhibía amenazadoramente un *nunchako.* "¡Avanzad por aquí, cerdos!", gritó, golpeándonos para que entráramos y avanzáramos por el pasillo. Nos encontramos delante de varias puertas pintadas de azul y no teníamos ni idea de por dónde debíamos ir. "¡Enfrente, canallas!", berreó Starrk, y entonces entramos a un espacio impregnado de un humo húmedo, sofocante y áspero. En medio del humo pudimos distinguir los contornos de un inmenso horno. Estábamos en el lugar de incineración del horno crematorio de Auschwitz. Algunos judíos con la estrella amarilla se afanaban alrededor. A la luz de las llamas que podíamos ver a través del espeso humo, advertí dos grandes aberturas hechas en las paredes

de ladrillos rojos que las recubrían. Eran dos hornos crematorios de hierro fundido en los que los reclusos introducían los cadáveres amontonados en una carretilla. Entonces, Stark abrió bruscamente otra puerta y nos empujó brutalmente dentro de un inmenso hangar».

«Ante nosotros, entre maletas y sacos, yacían numerosos cadáveres de hombres y mujeres tendidos uno al lado de otro. Me quedé petrificado de horror. No sabía dónde estábamos. Stark rugía y nos golpeaba con el *nunchako:* "¡Venga, rápido! ¡Retirad los cadáveres!". Teníamos que hacer como los detenidos que acabábamos de ver (…). Poco a poco, empecé a darme cuenta de que los cuerpos que tenía delante eran los de las personas que acababan de ser asesinadas, pero lo que no podía imaginarme era cómo era posible matar a tanta gente de una sola vez. Prudentemente empecé a mirar a mi alrededor por la sala donde se amontonaban los muertos. Al fondo, en el suelo de cemento vi que había pequeños cristales azul grisáceo. Estaban diseminados por debajo de un orificio que había en el techo. En aquel sitio había un gran ventilador cuyas hélices giraban emitiendo un zumbido. En el espacio en el que estaban los cristales no había cadáveres, se amontonaban más cerca de la puerta… Empecé a mirar las caras de los muertos y me dio un sobresalto al reconocer a una antigua compañera del colegio…».[16]

En aquel momento, las víctimas entraban en las cámaras de gas todavía con la ropa puesta y era tarea del *Sonderkommando* desnudar los cadáveres con cuidado para aprovechar al máximo todas las pertenencias de las víctimas: «Era la primera vez en mi vida que tocaba un muerto; los cuerpos aún no estaban rígidos. Al intentar quitarle un calcetín a una mujer, lo rasgué sin querer. Stark, que me estaba vigilando, se abalanzó sobre mí, rabioso: "¿Qué estás haciendo? ¡Ten cuidado y date prisa! ¡Los objetos personales todavía pueden servir!" Para demostrarme cómo se hacía, él mismo empezó

a quitarle los calcetines a otra mujer, sin romperlos. El miedo a nuevos golpes, el espectáculo atroz de las pilas de cadáveres, el humo acre, el zumbido de los ventiladores, el destello de las llamas de los hornos, todo aquel caos infernal aniquiló mi pensamiento y, en mi desorientación moral, ejecutaba las órdenes como un autómata».

Mientras unos desnudaban a los muertos, otros revisaban las bocas con un asta de hierro en busca de dientes de oro. Cuando los encontraban, se los arrancaban con unas pinzas y los guardaban en latas. Luego las llevaban a un taller de fundición donde, tras un baño en ácido clorhídrico, los dientes y las prótesis dentarias se fundían en moldes en forma de barras con un peso determinado. Cada dos semanas venía una ambulancia a buscar el oro. «De cinco a diez kilos de oro al día se desviaban así al Tesoro del *Reichstadt*».

También se cortaba[17] el pelo de las mujeres y se guardaba en un espacio propio denominado «sala de secado de cabello». En ese lugar estaban esparcidas por el suelo las melenas de las mujeres gaseadas, de todos los tamaños y tonos, a lo largo de un espacio de cerca de 150 m2. Después de limpiarlo con amoniaco, el pelo se colgaba en tendederos instalados en las paredes y, a continuación, los prisioneros lo cardaban con grandes peines metálicos y los guardaban en sacos de papel. «Servían para la fabricación de hilos industriales o de costura para confección de calcetines de fibra para la tripulación de los submarinos o para la preparación de piezas de fieltro». En este lugar trabajaban sin interrupción quince prisioneros. [18]

Después del saqueo, los cadáveres eran pasto de las llamas y se transformaban en humo y ceniza. Entonces, se accionaba el ventilador y se obligaba a los presos del *Sonderkommando* a comprobar que la combustión funcionaba correctamente. En el sitio de la incineración había dos hornos a la izquierda y cuatro a la derecha, separados por una reguera de aproximadamente 15 metros

por la que circulaba una placa giratoria. Esta placa estaba destinada a recibir la carretilla cargada de cadáveres para los hornos. Cuando el número de muertos sobrepasaba la capacidad de los hornos o alguno de estos se estropeaba, los cuerpos se enterraban en fosas gigantescas. Una vez más, los miembros del «comando especial» se encargaban de agrupar cuerpos, desinfectarlos y cubrirlos de tierra.

«Sin saberlo», escribe Müller, «nos habíamos convertido en "presos clandestinos" y no podíamos tener contacto con el resto de prisioneros, ni siquiera con miembros de las SS no iniciados. Ya no participábamos en la llamada colectiva; estábamos inscritos en una lista especial donde figurábamos solo con el número de nuestra celda. Éramos invisibles».

Los alemanes fueron avanzando en la máquina de muerte con acciones cada vez más refinadas y eficaces para llegar al objetivo máximo. Rápidamente se dieron cuenta de que era más fácil que las víctimas se desnudaran voluntariamente antes de entrar a las cámaras de gas. Con un cinismo perverso, intentaban convencer a los recién llegados de que habían venido a trabajar y de que los tratarían bien, pero que antes, para su propio bien y evitar así epidemias, tenían que desinfectar sus ropas y ellos ducharse, después se les serviría una sopa. En el vestuario había un letrero que rezaba: «Sed limpios para ser libres» y todas las perchas tenían un número para que la gente se convenciese de que después de la «ducha» no tendrían dificultad en recuperar sus pertenencias. Para crear en los condenados una impresión de buena fe, llegaban hasta el punto de preguntarles y fingir que anotaban las profesiones de cada uno, prometiéndoles una ocupación adecuada a sus capacidades.

¿La gente llegó a creerse esta lúgubre puesta en escena? En algunos, afirma Filip, las palabras tranquilizadoras de los SS surtían efecto: al fin y al cabo, ¿qué es lo que más desea un ser humano que se aferra a la vida, sino algo que le permita alguna esperanza,

sobre todo cuando no tiene otra alternativa? No obstante, la mayoría permanecía inquieta y dubitativa, y con una angustia inmensa aceptaba quitarse la ropa y entrar en la «ducha». Cuando el último acababa de entrar, los SS cerraban la pesada puerta de hierro completamente estanca con gomas y echaban el cerrojo. A continuación, apagaban el interruptor de todas las luces y, entonces, llegaba un vehículo de la Cruz Roja con el gas Zyklon B. Mientras tanto, el SS de servicio subía a la parte alta crematorio, destapaba el orificio camuflado por la chimenea y, protegido por una máscara de gas, vertía los cristales azul grisáceo del Zyklon B. Cuando los primeros cristales ya en el suelo pasaban a estado gaseoso, las víctimas empezaban a gritar aterrorizadas e intentaban desesperadamente huir de la zona de donde salía el gas trepando por las paredes, una amalgama de cuerpos intentando escapar de los vapores mortales. Los nazis ponían entonces a trabajar los camiones estacionados delante del patio para que no se oyesen los gritos de los moribundos y sus golpes en la puerta. «Nosotros distinguíamos los sollozos, las llamadas de auxilio, las súplicas, el martilleo violento contra la puerta», escribe Müller. «Aumeier, Grabner y Hössler controlaban con su reloj de pulsera el tiempo hasta que se hiciera el silencio total. Todo el proceso parecía divertirlos mucho y, visiblemente satisfechos con esta victoria sin combate, no se cohibían en bromear: "El agua de la ducha debe de estar hirviendo para gritar tanto"».

Pasados unos diez o quince minutos, a veces menos, la cámara se abría para airear y evacuar el gas. El espacio en el que caía el Zyklon B estaba vacío. Los cadáveres se amontonaban verticalmente en capas, por debajo de las que estaban los niños y las personas mayores. Muchos cuerpos estaban aplastados contra la puerta, lo que demostraba el intento desesperado de forzarla. El estado de las víctimas asfixiadas era lastimoso, sangre, orina y excrementos cubrían algunos cuerpos, una u otra mujer había iniciado el parto…

Entonces entraban los miembros del *Sonderkommando* con las máscaras de gas, lavaban con mangueras los cuerpos, los separaban y los llevaban después a los hornos crematorios.

El exterminio con gas no era la única forma de liquidación colectiva en Auschwitz. Como ya se ha comentado en capítulos anteriores, cuando se trataba de un grupo de menos de doscientas personas se las conducía a la sala de cadáveres y allí se las mataba con un disparo en la nuca. Después se las incineraba en los hornos, así como a los cadáveres que venían del «hospital» de Auschwitz, víctimas de enfermedades, de agotamiento o de experimentos pseudo-médicos. En ese caso, «el espectáculo era horroroso y difícil de soportar», sigue diciendo Filip. «Había cuerpos rajados o diseccionados y muchos cadáveres de jóvenes, hombres y mujeres, tenían marcas de quemaduras en los testículos o en el bajo vientre, a veces, abscesos en el vientre o en los muslos (…). De vez en cuando, médicos SS venían del crematorio y actuaban como si estuviesen en un matadero. Antes de las ejecuciones, los médicos palpaban los muslos y los genitales de los hombres y de las mujeres todavía con vida como si fueran compradores de ganado para seleccionar los mejores especímenes. Después de la ejecución, se tendía a las víctimas en una mesa y los médicos diseccionaban sus cuerpos y extirpaban sus órganos, que echaban en un recipiente. Más tarde supimos que los órganos se enviaban al Instituto de Higiene Rajsko, donde se usaban en investigación».

Un día, Filip Müller supo por un prisionero que su padre había sido trasladado en un transporte procedente de Lublin. Entonces, empezó su búsqueda febrilmente y cuando encontró el bloque en que estaba, consiguió convencer al jefe del comando de los albañiles que admitiera al padre en su equipo. El padre ignoraba por completo el trabajo que desempeñaba su hijo y creía que era uno de los músicos de la orquesta del campo. Müller no tuvo valor para desmentirlo. Sabía que la gente necesitaba refugiarse en un mundo

imaginario en el que solo cabían esperanzas y deseos para sobrevivir. «Tenía ganas de gritarle: papá, te equivocas, tu hijo, el alumno del curso de violín del profesor Rihak ya no es músico, sino un agente funerario encargado de quemar cadáveres… Pero mi garganta se cerraba y no podía articular una sola palabra. Con los ojos llenos de lágrimas, huía y corría de vuelta al crematorio…».

A pesar de la ayuda que Filip pudo prestar a su padre durante un tiempo, este se debilitaba día tras días hasta que contrajo el tifus. Poco tiempo después, entre los cadáveres procedentes del «hospital» de Auschwitz al crematorio, Filip descubrió el de su padre. Mientras miraba el horno incandescente que consumía sus restos mortales, Filip creyó que no podría soportar más aquel sufrimiento: «Después de todas las escenas de violencia y de crueldad que acababa de vivir, pensaba que todo sentimiento y emoción se había apagado en mí. Sin embargo, aquella vez, las circunstancias eran tan atroces que por un momento creí que ya no sería capaz de aguantarlas más tiempo. Sin embargo, paradójicamente, el fin de mi padre reforzaba en mí, así lo sentía, unas ganas firmes de sobrevivir».[19]

[1]Venezia, Shlomo, *Sonderkommando*, A Esfera dos Livros, 2008, p. 77.

[2]Mesnard, Philippe, «Écrire au-dehors de soi», *Des voix sous la cendre. Manuscrits des Sonderkommandos d'Auschwitz-Birkenau*, Mémorial de la Shoah/Calmann-Levy, 2005, p. 217.

[3]Venezia, Shlomo, *op. cit.*, p. 89.

[4]Testimonio de Yakov Gabbay en entrevista a Gideon Greif, *Des voix sous la cendre. Manuscrits des Sonderkommandos d'Auschwitz-Birnekau*, *op. cit.*, p. 381.

[5]Venezia, Shlomo, *op. cit.*, p. 88.

[6]Manuscrito de Zalmen Lewnthal, en Piper, Franciszek, «Les conditions de vie et de travail spécifiques du Sonderkommando», *Des voix sous la cendre. Manuscrits des Sonderkommandos d'Auschwitz-Birnekau*, *op. cit.*, p. 347.

[7]Zalmen Gradowski, citado por Georges Bensoussan, prefacio, *Des voix sous la cendre. Manuscrits des Sonderkommandos d'Auschwitz-Birnekau*, *op. cit.*, p. 9

[8]Langfus, Lejb, *Des voix sous la cendre. Manuscrits des Sonderkommandos d'Auschwitz-Birnekau*, *op. cit.,* p. 113.

[9]Zalmen Gradowski, *op. cit.*, p. 180.

[10]Texto descubierto y publicado por *YIVO Bletter* (nº 27, primavera 1946), *Des voix sous la cendre. Manuscrits des Sonderkommandos d'Auschwitz-Birnekau*, *op. cit.*, p. 247.

[11]Venezia, Shlomo, *op. cit.*, p. 98.

[12]Greif, Gideon, «La tragedia de los hombres del *Sonderkommando*», en *Des voix sous la cendre*, *op. cit.*, p. 432.

[13]Venezia, Shlomo, *op. cit.*, p. 55.

[14]Saletti, Carlo, *Des voix sous la cendre, op. cit.*, p. 457.

[15]Müller, Filip, *Trois ans dans une chambre à gaz d'Auschwitz, op. cit.*

[16]*Ibidem*, p. 38.

[17]El pelo de las mujeres solo se cortaba a la llegada cuando estas eran seleccionadas para trabajar. Pero cuando las conducían directamente a las cámaras de gas, el pelo lo cortaban los equipos especiales del *Sonderkommando.*

[18]Müller, Filip, *op. cit.*, p. 104.

[19]*Ibidem*, p. 85

XIV. LA (IMPROBABLE) RESISTENCIA

¿De qué se habla cuando se habla de resistencia en Auschwitz? Espontáneamente se piensa, en primer lugar, en resistencia armada. Sin embargo, en Auschwitz el concepto tiene una aplicación mucho más vasta. Resistir en un campo de exterminio podía ser simplemente intentar proteger la vida humana del prójimo: compartir el currusco de pan con un amigo, esconder a alguien antes de la selección, conseguir un medicamento, ayudar a alguien más débil en el trabajo o incluso una simple sonrisa como manifestación de humanidad, eran actitudes de resistencia contra la deshumanización absoluta impuesta por los hombres de las SS. Las manifestaciones de solidaridad y altruismo se ejercían en primer lugar entre familiares, amigos o personas de la misma nacionalidad, lengua, convicciones políticas o religiosas. A pesar de que la privación de un pedazo de pan condujera a la muerte o una conversación en grupo pudiese abrir el camino hacia las cámaras de gas, a pesar de que la práctica religiosa estuviese proscrita y la fidelidad a las convicciones políticas fuese un crimen, esas actitudes existieron individual y colectivamente. En un sistema basado en el envilecimiento sistemático de las víctimas y en la destrucción de todos los impulsos humanos, dichos comportamientos eran un desafío intolerable para el sistema y se castigaban con frecuencia con la muerte de sus autores.

También se manifestaron espontáneamente comportamientos individuales más violentos contra las autoridades del campo, desde el apaleamiento de guardas hasta la introducción de piojos cargados de microbios de tifus en los uniformes de los esbirros de las SS. Müller cuenta un episodio que ilustra perfectamente esta revuelta individual: entre un grupo de deportados, obligados a desnudarse

antes de entrar a las cámaras de gas, había una joven muy guapa «con el pelo negro azabache» que llamó la atención de las SS. Mientras intentaba descalzarse atrayendo todas las miradas, provocaba a los SS con gestos sensuales. Sonriendo con aire cómplice, se levantó la falda dejando a la vista las ligas y, lentamente, empezó a quitarse las medias a la vez que observaba el resultado con discreción. Excitados, los alemanes concentraban toda su atención en ella y la devoraban con los ojos. Entonces, se quitó la blusa y se quedó solo en sujetador ante los pasmarotes nazis. Se apoyó con el brazo izquierdo en un pilar de cemento y levantó el pie para quitarse el zapato; la escena siguiente, sigue diciendo Müller, ocurrió a la velocidad del rayo: «Con un taconazo rápido golpeó violentamente la cara del SS que, gimiendo de dolor, se llevó las manos a la cabeza. Aprovechando el momento, la joven se abalanzó sobre él y le quitó la pistola. Se oyó un tiro y después otro, y el SS Schilinger cayó a tierra gritando».

Al día siguiente por la mañana se supo que el *Unterscharführer* Emmerich resultó herido y que Schilinger murió. Se supo también que la joven era bailarina y que murió por una ráfaga de ametralladora. Se obligó a todos los SS a desfilar ante el cadáver de Schilinger como aviso ante las consecuencias que conllevan un instante de descuido. Con todo, para los prisioneros, el acto de la bailarina confirmó lo que Primo Levi consideró el último recurso de los condenados a muerte: «la facultad de negar nuestro consentimiento».[1]

En realidad, esta acción sucedió en el marco de un tumulto desencadenado por un grupo de 1.700 judíos deportados de Bergen-Belsen a Auschwitz el 23 de octubre de 1943. De alguna manera, este grupo, escoltado directamente de la rampa de llegada a las cámaras de gas, adivinó qué les esperaba. Cuando una parte de los detenidos ya estaba dentro de la cámara de gas, los otros, que todavía permanecían en el vestuario, se amotinaron: arrancaron los

cables eléctricos y atacaron a los SS, apuñalando a uno de ellos y apropiándose de algunas armas. En plena oscuridad se produjo un tiroteo desordenado entre guardas y detenidos, y estos últimos acabaron siendo dominados y conducidos uno a uno a un anexo del crematorio donde murieron fusilados.

Este no es nada más que uno de los actos de revuelta espontánea y de desesperación que se produjeron en Auschwitz. Hubo muchos más, incluso a las puertas de la muerte, algunos que describió el comandante del campo en persona y otros que nunca sabremos. Solo quienes intuían o conocían su destino podían intentar resistir. Y estos fueron pocos: la ilusión y la mentira se mantenían hasta el final, así como la esperanza desesperada de sobrevivir…

Resistencia organizada

Si las acciones espontáneas eran arriesgadas, todavía más difícil era cualquier tipo de resistencia organizada. El análisis de las revueltas en los diferentes campos de concentración revela que en una situación de represión, de subyugación radical y de total aislamiento del mundo exterior, la gente difícilmente consigue organizarse. Revela también que la oposición concertada tuvo más probabilidades de desarrollarse entre los detenidos con funciones de alguna responsabilidad, mayor libertad de movimiento y el, factor decisivo, mejor alimentados. En Buchenwald, por ejemplo, donde no había cámara de gas, la resistencia organizada adquirió proporciones considerables —también debido al gran número de prisioneros políticos. En Auschwitz, donde proliferaban los *muselmänner**, muertos espiritualmente antes de serlo físicamente, y los *proeminent**, o sea, los más privilegiados que solo intentaban obtener favores para sí mismos, la tarea era mucho más compleja:

allí la resistencia organizada tuvo como protagonistas a los detenidos austríaco-alemanes y polacos con funciones en la administración del campo, y los judíos del *Sonderkommando* de los crematorios. Unos y otros reunían las condiciones básicas de cualquier tipo de resistencia: un estado físico satisfactorio y un mínimo de medios concretos a su alcance, sobre todo alguna libertad de circulación. Para la mayoría de los judíos, la creación de organizaciones de resistencia era prácticamente imposible: casi todos eran asesinados o morían antes incluso de conocer bien el campo. Incluso así, también surgieron entre ellos grupos de resistencia, en especial entre los sionistas yugoslavos, checos, alemanes y rusos, más cohesionados ideológicamente.

Las primeras organizaciones de resistencia empezaron a surgir en el campo después de la segunda mitad de 1940. Las fundaron principalmente prisioneros políticos polacos, que entonces eran el grupo más numeroso de presos. Tenían más posibilidades de establecer vínculos con la Resistencia polaca del exterior a través de los civiles que trabajaban en las oficinas o las obras de Auschwitz y que regresaban diariamente por la noche a sus casas, o también, por medio de los prisioneros polacos que lograban escaparse gracias al apoyo exterior. Debido a la gran cantidad de presos polacos, Auschwitz fue el campo con más conexiones con la Resistencia exterior. Lo que al mismo tiempo echa por tierra la versión de la ignorancia polaca sobre lo que pasaba allí, por muy secretos que fuesen los contactos.

Además de los grupos polacos, prisioneros de otras nacionalidades crearon grupos de resistencia en los años 1942 y 1943 entre los detenidos austriacos, franceses, rusos, alemanes, checos y yugoslavos, tanto en el campo de los hombres como en el de las mujeres, y entre los judíos de los comandos especiales —*Sonderkommando*. La fusión de los diferentes grupos en una organización internacional de resistencia —más tarde denominada

«Grupo de Combate de Auschwitz»— se dio en la primavera de 1943, en la secuencia de la estimulante derrota alemana de Stalingrado. El grupo se constituyó en Auschwitz I, debido a que en ese campo la población era más estable comparada con la Auschwitz-Birkenau. En efecto, en Auschwitz-Birkenau se localizaba la administración central de las SS y, por consiguiente, trabajaban más detenidos con cierta responsabilidad. En contrapartida, la situación en Birkenau era más difícil teniendo en cuenta el funcionamiento permanente de la máquina de exterminio de prisioneros, A pesar de ello, en ciertos sectores se formaron grupos, como el *Revier** (enfermería), que conseguían introducir medicamentos en el campo de manera clandestina u «organizándolos», es decir, desviándolos de la enfermería de los SS. El caso de los médicos-prisioneros del campo de los gitanos se hizo famoso: estos se negaron a emitir los certificados de muerte por enfermedad después del gaseamiento de los gitanos, acabando por ser ellos, también, el blanco de un castigo colectivo.

Ernst Burger, joven vienés que murió ahorcado por los nazis poco antes de la liberación del campo, desempeñaba un papel destacado en el «Grupo de Combate». Los resistentes llevaban a cabo acciones clandestinas diversas, la primera de las cuales era la lucha por la supervivencia de los presos. La difusión de informaciones sobre el frente de guerra era otra batalla importante: algunos prisioneros podían escuchar radios extranjeras, sobre todo de Londres, lo que desde el punto de vista psicológico era fundamental, porque permitía luchar contra la desmoralización a medida de la progresiva derrota alemana. La resistencia también pasaba información al exterior sobre lo que pasaba en el campo a través de redes clandestinas, intentaban organizar evasiones, actuaban en la sustitución de funciones de responsabilidad de los prisioneros de delito común por políticos, saboteaban la producción y preparaban una insurrección general del campo que debía de coordinarse estrechamente con la

resistencia militar polaca, la *Armia Krajowa.* Esta llegó a enviar a la región a un oficial encargado de establecer el contacto con los *partisans* de los alrededores y con la organización del campo, pero la insurrección general nunca tuvo lugar, en parte debido a la represión violenta por parte de los nazis.

La evasión de Rudolf Vrba y Alfred Wetzler

En enero de 1944 se empieza a construir una nueva vía férrea para permitir descargar a los prisioneros directamente en el interior de Birkenau por una rampa cercana a las cámaras de gas y sus respectivos hornos crematorios, la *Bahnrampe*.

Según informaciones que la Resistencia pudo conseguir, los nazis se preparaban para exterminar un nuevo contingente de «un millón de personas». Ya no se haría ninguna selección a la llegada, el único destino de todos los deportados sería la muerte inmediata. Los camiones que anteriormente transportaban aquellos en quienes recaía la sentencia de gaseamiento, se sustituirían por vagones más eficaces para los transportes masivos que se avecinaban. También se supo que las viejas fosas, donde se quemaban los cuerpos antes de la construcción de los crematorios, se iban a volver a poner en marcha e incluso se excavaron otras nuevas. La mayor fábrica de muerte de la Historia se preparaba así para llevar al límite su capacidad asesina.

Las nuevas víctimas procedían de un país que hasta entonces había escapado a la ocupación nazi: Hungría, donde vivían alrededor de 800.000 judíos. A pesar de la restricción drástica de sus derechos por parte del gobierno antisemita de Horthy, este se oponía a las exigencias alemanas de aplicación de la «Solución final» y los dirigentes de la comunidad judía confiaban en la capacidad del

gobierno para mantener su soberanía, evitando la suerte de sus hermanos de otros países.

Pero el 19 de marzo de 1944, como respuesta al intento de Horthy de retirarse de la alianza con Alemania después de la derrota del ejército alemán en Stalingrado, Hitler invadió Hungría y nombró un nuevo gobierno más fiel. Adolf Eichmann, encargado de aplicar la «Solución final», acudió a acompañar las tropas alemanas. Su plan era la deportación acelerada a Auschwitz y el asesinato inmediato de cientos de miles de judíos.

Rudolf Vrba pertenecía a la Resistencia en Auschwitz. Como ya se ha mencionado, era originario de Bratislava y había llegado a Auschwitz en 1942 después de haber estado preso en Majdanek. La decisión de huir del campo, que desde el inicio lo animó, adquirió una forma más concreta cuando lo destacaron para trabajar en la rampa de selección y «los números que tenía en la cabeza se convirtieron súbitamente en hombres, mujeres, niños, seres vivos a dos pasos de la muerte».[2] En Birkenau, Vrba se reencontró con su amigo de siempre Alfred Wetzler, también eslovaco y con funciones administrativas en el campo, lo que le permitía alguna libertad de movimientos. Wetzler y Müller, miembro del *Sonderkommando,* se convirtieron en fuentes de información fundamentales para Vrba, que así iba conociendo con más detalle el funcionamiento de la máquina de exterminio nazi. «Mi dossier aumentaba de día a día y yo estaba cada vez más decidido a huir». El objetivo era informar al mundo de lo que pasaba en Auschwitz-Birkenau. Debido a su dominio de varias lenguas fue nombrado secretario ayudante del campo de cuarentena y se convirtió en el «correo» de la Resistencia. Circulaba con mayor libertad, lo que le permitía conocer bien los diferentes campos del complejo de Auschwitz.

En 1944, cuando se enteró de la masacre inminente de los judíos húngaros, Vrba supo que había llegado el momento. «Desde hacía dos años quería huir, primero por un reflejo egoísta para recuperar lo

más rápido posible la libertad, después, de manera más inmediata, más objetiva, para contarle al mundo lo que pasaba en Auschwitz; ya tenía una razón imperativa, urgente. No se trataba únicamente de informar sobre los crímenes, sino de intentar impedir que hubiera más, de avisar a los húngaros, de levantar un ejército fuerte de un millón de hombres que se preparara para luchar en vez de morir». [3]

Vrba conocía las dificultades de la huida y el riesgo de muerte que corría en el caso probable de que lo capturaran. Auschwitz I y II estaban rodeados por un muro con alambrada de púas electrificada de cinco metros de altura, vigilado permanentemente por centinelas armados de las SS. A un kilómetro de distancia había más puestos de control adicionales. Poco antes, a Vrba lo habían obligado a presenciar el ahorcamiento de dos prisioneros polacos, descubiertos cuando se preparaban para huir. Su asesinato estuvo acompañado por un estrangulamiento prolongado para aumentar el suplicio de los dos hombres y para que sirviera de lección a todos los prisioneros.

Así y todo, la decisión estaba tomada. Vrba era joven, solo tenía dieciocho años, era robusto y estaba convencido de que nada podría sucederle. Creía firmemente que lograría huir y nunca perdió la convicción. Sin embargo, la disciplina de la Resistencia clandestina no le permitía una evasión sin autorización previa. Dado que el objetivo de las evasiones era sobre todo dar a conocer Auschwitz, revelar lo que pasaba allí y prevenir a los judíos de Europa del significado de las deportaciones, la organización buscaba el mejor plan, el momento más propicio y la persona más indicada. Vrba les parecía demasiado joven e impetuoso y, aunque lo consiguiese, dudaban de que alguien lo escuchase y creyese a un chaval de menos de veinte años. Sin embargo, Vrba no desistió. Con su amigo Wetzler, el único en quien confiaba plenamente y que se uniría a él, siguió concibiendo planes, estudiando al detalle la estructura

orgánica del campo, los posibles fallos en su sistema de defensa y los errores de las evasiones fracasadas anteriormente.

Por fin se eligió la hora y la fecha de la fuga; el 3 de abril de 1944. El plan estaba trazado y era sencillo, aunque muy arriesgado. En una primera fase consistía en esconderse durante unos cuantos días en un agujero excavado debajo de una pila de tablas de madera. Cuando se percataran de la desaparición de los fugitivos, las patrullas de vigilancia se movilizarían enseguida y el contingente de guardas se reforzaría —3.000 hombres y 200 perros— para rodear el campo. Dicho dispositivo permanecería en alerta máxima durante aproximadamente tres días y tres noches, tiempo durante el cual el campo se rastrearía minuciosamente. Si los prisioneros no se encontraban durante ese periodo, se suponía que habrían podido pasar al exterior y la búsqueda se realizaría, entonces, fuera de los límites del campo. La guarda interna se desmovilizaría y la búsqueda se entregaría a las autoridades externas a Auschwitz. Si conseguían permanecer escondidos durante esos tres días y tres noches, habría, según Vrba, una seria posibilidad de éxito.[4]

Tras varios intentos infructuosos que retrasaron la huida, Vrba y Wetzler consiguieron entrar juntos dentro del escondite el día 7 de abril. Dos prisioneros polacos les ayudaron a componer las tablas después de que los fugitivos entraran en el agujero para que nadie descubriese el escondite. Previamente se proveyeron de ropa civil, de un cuchillo y una navaja —para nunca dejarse atrapar vivos por los alemanes—, cerillas, sal y un reloj, instrumento esencial para calcular las etapas y servir de brújula. También tenían tabaco ruso empapado en gasolina y dejado secar porque el olor alejaba a los perros.[5]

En la penumbra del escondite, sin poder moverse, permanecieron en una angustia y terror constante, presintiendo las búsquedas meticulosas y escuchando la sirena de alarma sonar regularmente tres veces seguidas durante diez minutos, el ruido de las botas que

se acercaban y se alejaban, el ladrido de los perros, los berridos rabiosos de las SS. Para prevenir las evasiones, el comando del campo había tomado medidas drásticas de seguridad: la parte interior del campo donde se alojaban los prisioneros estaba rodeada por una doble barrera de alambrada de púas, recorrida por cables de alta tensión. Este sector estaba vigilado por muchos centinelas de las SS, situados en los puestos de vigilancia con ametralladoras en mano. Dichos centinelas integraban la red de vigilancia denominada «pequeña cintura del cuerpo de guardia», que se retiraba durante el día, momento en que la mayoría de los prisioneros trabajaba en el exterior bajo la vigilancia del cuerpo llamado «gran cintura de vigilancia».

Milagrosamente, a Vrba y Wetzler no los descubrieron. Como habían previsto, al cabo de tres días se dio la orden de retirada de los guardas de las torres de vigilancia. Así, el día 10 de abril de 1944 esperaron hasta las 21.00 h antes de adentrarse en la noche. Vrba miró atrás una última vez: «Vi Auschwitz desde el exterior como lo veían las víctimas a su llegada. Las luces intensas dibujaban un halo dorado que le otorgaban un aura de misterio, casi bella. Sabíamos lo que aquella belleza escondía: la gente muriendo en barracones, el hambre y la muerte rondando por doquier».[6]

La frontera eslovaca estaba a ciento veinte kilómetros de Auschwitz. Arrastrándose de noche y corriendo un riesgo constante, lograron atravesar el perímetro exterior de Auschwitz pasando por un pequeño bosque y un ancho arenal plagado de minas hasta que llegaron a un bosque frondoso donde poder esconderse durante el día. Diez días después todavía estaban a medio camino de la frontera y el peligro de que los atraparan los alemanes o los denunciaran los polacos era constante. Pero, en realidad, sucedió lo contrario: los aldeanos polacos los ayudaron a pesar del riesgo de que los nazis los descubrieran, les dieron comida, guarida, y les indicaron los mejores caminos para llegar a la frontera. «Si mis hijos

estuviesen aquí», les dijo una campesina, «os ayudarían mejor, pero uno murió y el otro está en un campo de concentración, de manera que os tendréis que apañar con mis consejos».[7]

Gracias al apoyo de los aldeanos y a pesar de las constantes patrullas alemanas, Vrba y Wetzler pisaron territorio eslovaco el 21 de abril. Entonces, cuatro días después, pudieron contactar con el consejo judío de Zilina. Presionados por la urgencia ante la inminente deportación de los judíos húngaros, contaron sin parar durante horas todo lo que estaba pasando en Auschwitz-Birkenau. Entre los dirigentes del consejo se encontraba Oskar Neumann, portavoz de todos los judíos de Eslovaquia. Su primera reacción fue de horror y, al mismo tiempo, de incredulidad. Entonces, pidieron a cada uno de los fugitivos que escribieran separadamente un informe lo más pormenorizado y completo posible. «Escribí mi informe durante horas. Les di estadísticas detalladas sobre la tasa de mortalidad. Describí cada etapa de aquella monstruosa y secreta trampa que había permitido asesinar a 1.760.000 personas en las cámaras de gas solo durante mi estancia en el campo.[8] Expliqué todo el mecanismo de la fábrica de exterminio y su aspecto comercial, el inmenso lucro que se derivaba del robo del oro, las joyas, el dinero, la ropa, las prótesis, las gafas, los carritos de los niños y del pelo que se utilizaba para calafatear las cabezas de los torpedos. Conté que hasta los niños servían de abono».[9]

Vrba y Wetzler describieron un cuadro de la realidad de Auschwitz con la información que habían recopilado cuidadosamente durante los años que pasaron allí, sobre todo por medio de los contactos con miembros del *Sonderkommando*. También reunieron mapas de Auschwitz y de Birkenau con la localización exacta de los diferentes campos y de las cámaras de gas con sus crematorios respectivos.

Sin embargo, toda esa información no llegó a tiempo. Unos días después, el 15 de mayo, dieron comienzo las deportaciones de los

judíos de las zonas del interior de Hungría hacia el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Hasta el 9 de julio se gaseó a 430.000 personas en una acción sin precedentes durante el Holocausto. En efecto, entre los grupos de las diferentes nacionalidades deportados a Auschwitz, fue de Hungría de donde llegó la mayor cantidad de judíos.

¿Resultaron inútiles todos los riesgos que corrieron Vrba y Wetzler? Cuando su informe llegó a manos del líder sionista y socialista Rudolf Kastner, dirigente del comité de salvación de los judíos de Hungría, este ya mantenía conversaciones con Adolf Eichmann para obtener la autorización de que 1.648 judíos abandonasen Hungría a cambio de dinero, oro y diamantes en lo que vino a llamarse el «tren de Kastner», en dirección a Suiza. Esta propuesta se enmarcaría en una negociación más amplia cuyo objetivo sería la salvación de un millón de judíos contra 10.000 camiones entregados por los británicos al ejército alemán por medio de la Agencia Judía. Los historiadores divergen en cuanto a la autenticidad de esta negociación, pero lo cierto es que Kastner, que accedió al informe de Vrba y Wetzler, no lo divulgó públicamente, puede que debido a la negociación en curso.

No se sabe lo que podrían haber hecho los judíos húngaros si hubiesen tenido conocimiento a tiempo del destino de su «desplazamiento al este». Lo más probable es que, igual que muchos otros judíos y no judíos, no hubiesen creído en semejante monstruosidad. En cambio, lo que sí sabemos a ciencia cierta es que medio millón de judíos húngaros alimentaron las cámaras de Birkenau al ritmo de 12.000 personas al día. Por su parte, Kastner, que emigró a Israel al final de la guerra, nunca se libró de la acusación de colaboración con los nazis y fue asesinado en 1957.

A pesar de que la declaración de Vrba y Wetzler no alcanzara el objetivo al que estaba destinada —impedir el asesinato de los judíos húngaros—, esta tampoco resultó en vano. Fue enviada a Ginebra y

llegó a manos del papa Pío XII, de Churchill y del presidente Roosevelt. Según Vrba, el 25 de junio de 1944, el nuncio apostólico en Hungría, Angelo Rotta, remitía una carta de Pío XII al regente Horthy que, «aunque ambigua, contenía una protesta contra la deportación de los judíos húngaros».[10] Vrba opina que esa protesta «por parte de un pontífice que hasta aquel momento nunca había condenado los crímenes de Hitler contra los judíos»,[11] contribuyó a que Horthy decretase en julio el fin de las deportaciones. «Finalmente», escribe Vrba, «el mundo entero se enteró de lo que era Auschwitz. Mi fuga no fue tan inútil».[12]

Desafortunadamente, las deportaciones no acabaron ahí: con el nombramiento, en octubre de 1944, del gobierno fascista de Szálasi y sus milicias nazis de la «Cruz de hierro», éstas se siguieron realizando. Pero el informe de Vrba y Wetzler fue, de hecho, la primera descripción pormenorizada de lo que pasaba realmente en Auschwitz-Birkenau.

Tras la evasión, Vrba se integró en la Resistencia eslovaca uniéndose a los *partisans* y participó empuñando las armas en la lucha contra el nazismo. Al final de la guerra, este hombre que solo había estudiado hasta los quince años, se licenció y se doctoró en Ciencias Químicas e impartió clases en Gran Bretaña, Francia, Dinamarca, Israel, Austria y la URSS. Aunque el número 44.070 permaneció tatuado en su brazo, Rudolf Vrba logró vencer las cicatrices mentales y físicas de los dos años atroces que pasó en Auschwitz.

La revuelta del *Sonderkommando*

En Auschwitz-Birkenau, el objetivo de la Resistencia era la destrucción de las instalaciones y de los equipamientos utilizados para el asesinato masivo y facilitar la fuga del máximo de

prisioneros. Kaminski, prisionero que en el *Sonderkommando* tenía funciones de mando, formaba parte de la Resistencia y era un hombre al que todos respetaban. Verdadero cerebro de la planificación de la insurrección, intentaba para tal efecto conseguir pólvora y otros materiales con la complicidad de algunas prisioneras judías que trabajaban en la fábrica de municiones Union. Así se desviaron pequeñas cantidades de explosivos de la fábrica y se enviaron clandestinamente a Auschwitz I y Birkenau que fueron a parar a manos de los miembros del *Sonderkommando* con contactos con la Resistencia. Mejor que nadie, los miembros de este comando especial sabían que estaban destinados a la aniquilación. A pesar de la progresión rápida del Ejército Rojo, nadie creía en su propia supervivencia: como testigos cotidianos de las masacres colectivas, estaban seguros de que ni uno solo de ellos quedaría con vida. Por eso, su única esperanza era la de un levantamiento general lo más rápido posible.

A finales de febrero de 1944, Filip Müller descubrió la preparación del gaseamiento inminente de los 5.000 prisioneros del «campo de las familias», llegados de Theresienstadt en septiembre de 1943. Contactó inmediatamente con otros miembros del *Sonderkommando* vinculados también con la Resistencia y juntos decidieron avisar urgentemente a los presos de ese campo, explicándoles que la única forma de salvarse era resistirse abiertamente incendiando los barracones e intentando huir. En ese plan desesperado contarían con la ayuda del *Sonderkommando,* que, a su vez, se encargaría de la destrucción de los crematorios y de la liquidación de la máxima cantidad de hombres de las SS.

Contrariamente a las expectativas de Müller y sus camaradas, los prisioneros del «campo de las familias» de Theresienstadt no creyeron en su aniquilación inminente. La situación relativamente

privilegia de la que disfrutaban en el campo, que les permitía conservar sus ropas de civiles, el pelo y otros «privilegios», hizo que la idea del gaseamiento les pareciese completamente absurda: ¿por qué razón los nazis les habrían ahorrado el destino de los demás presos si al final los iban a asesinar? La respuesta a esta pregunta ya se ha explicado en el capítulo IX: el «campo de las familias» dejó de interesar a los nazis en cuanto la Cruz Roja Internacional abandonó el proyecto de ir a Auschwitz y se contentó con lo que había visto en Theresienstadt. Pero eso, los prisioneros no lo sabían y la perspectiva de una más que probable masacre de las mujeres y los niños les aterrorizaba. El mismo Fredy Hirsch, líder indiscutible del campo, que en defensa de los prisioneros y muy especialmente de los niños se enfrentaba a los alemanes con gran valor, no se atrevió a tomar esa decisión: incapaz de arriesgar la vida de «sus» niños, se suicidó.

El gaseamiento de una parte del «campo de las familias» de Theresiensatdt se produjo el 8 de marzo de 1944. Müller vio llegar a las cámaras de gas los camiones cargados de hombres, mujeres y niños. Al ser empujados y golpeados brutalmente por los SS empezaron a entender que los avisos del *Sonderkommando* eran ciertos y que y que todo el comportamiento anterior de los nazis no había sido más que una cruel mistificación. A la angustia y la ansiedad le sucedió el terror y, a continuación, la ira: los prisioneros se agitaban con violencia, gritaban, suplicaban, los SS berreaban y los aporreaban, los perros policía les mordían brazos y piernas. «De repente», cuenta Müller, «en medio del pavoroso tumulto se empezó a oír un cántico que se transformó en un auténtico coro: era el himno nacional checo, al que siguió el cántico judío y sionista *Hatikvá* [*La Esperanza*, hoy himno nacional de Israel], última protesta contra el incontrolable destino que les era impuesto».[13]

El comportamiento de sus coterráneos impresionó de tal forma a Müller, que tomó la decisión más desesperada: aprovechando la confusión generada en la puerta de la cámara de gas, se introdujo en ella decidido a morir con sus correligionarios. «Al ver a mis compatriotas entrar con valor, dignidad y firmeza en la cámara de gas, me pareció absurdo obstinarme a vivir una existencia sin salida. ¿Qué valor tendría mi vida si por milagro consiguiese sobrevivir? Mis padres, mi hermano, toda mi familia exterminada, mis compañeros de colegio, mis amigos, mi profesor, los hombres de nuestra comunidad religiosa a los que nunca más volvería a ver, nada ni nadie podría sustituirlos… Ante mí no había más que una vida estéril y sin sentido…».[14] A pesar de su acto desesperado, Müller no fue gaseado. En su testimonio cuenta que los prisioneros que lo conocían no se lo permitieron: «Tu sacrificio es inútil, tienes que permanecer vivo para poder contar nuestros últimos momentos».[15] Lo agarraron con fuerza y lo sacaron de la cámara de gas.

Entretanto, la evasión exitosa de Vrba y Wezler dio un nuevo aliento a los miembros de la Resistencia del *Sonderkommando,* incluyendo a Filip Müller, con la esperanza de que por fin la verdad se revelase al mundo: «Ya me imaginaba los aviones aliados bombardeando los crematorios y las cámaras de gas, impidiendo los demás transportes de deportados con la destrucción de las vías férreas que los traían…».[16]

Como se sabe, eso no fue lo que pasó. Al contrario, se aceleraron los preparativos para recibir la última tanda de medio millón de condenados a muerte: vías férreas nuevas, barracas para los nuevos prisioneros, restauración de los crematorios, de los cuatro vestuarios y de las ocho cámaras de gas, creación de más cámaras en el llamado *Bunker V* —antiguo *Bunker II*—, disimulado en medio del pequeño bosque y separado del campo. También aumentó proporcionalmente el número de efectivos de los «comandos especiales»: el 30 de agosto de 1944, 878 hombres trabajaban en

dos brigadas diurnas y nocturnas. El objetivo global era aumentar al máximo la capacidad de la máquina de exterminio, sin olvidar el aumento de los efectivos que trabajaban en «Canadá», que alcanzó el número record de mil prisioneros. Los nazis ya salivaban ante el inminente saqueo de ropa, zapatos, carritos de bebé, posibles joyas y oro que los judíos húngaros traerían consigo.

Las deportaciones de Hungría se sucedían a un ritmo diabólico: casi diariamente varios trenes de cuarenta y cincuenta vagones llegaban a Birkenau junto a la nueva rampa de acceso. «Para transportar 10.000 hombres de Hungría a Bikenau», escribe Müller, «era necesario un tren con cien vagones. Sin embargo, una vez liquidados aquellos hombres, bastaban solo unos pocos camiones para lanzar sus cenizas al Vístula o al Soda».[17] Durante los meses de mayo y junio de 1944, el número de judíos gaseados al día sobrepasó los 10.000. Además de los húngaros, cuyo exterminio se extendió hasta mitad del verano, se produjo la liquidación total del último transporte de Grecia, que había llegado en junio de ese año. Sus 2.000 deportados fueron todos asesinados, sin excepción. En el mes de agosto también se liquidó el campo BIIe de los gitanos, asesinando a los últimos 3.000 que quedaban.

Para hacer desaparecer la totalidad de los cadáveres, los hornos no eran suficientes. Por orden del jefe de los crematorios, Otto Moll, descrito por los prisioneros como un sádico, se excavaron ocho o nueve fosas de incineración capaces de albergar 1.200 cuerpos cada una. En esas fosas se surcaban unos canales para que, durante la combustión de los cadáveres, el exudado de la grasa humana fuera a parar a unos depósitos. El objetivo era recuperar la grasa como combustible para alimentar el fuego que consumía los cuerpos de las víctimas. Los supervivientes cuentan que a veces arrojaban a los niños vivos a la hoguera…

A finales del verano de 1944, el número de transporte a Birkenau disminuyó. Poco después, el 23 de septiembre, se seleccionaron y se

liquidaron 200 hombres del «comando especial», lo que causó la desesperación en su seno. En efecto, la tragedia de los miembros del *Sonderkommando* consistía en el dilema atroz ya mencionado en capítulos anteriores: su supervivencia dependía directamente del funcionamiento de la máquina de exterminio. Cuando esta trabajaba a pleno rendimiento, sus vidas estaban relativamente a salvo. Pero si escaseaba el «material» humano con que alimentar la industria de muerte, era el comando el que se hacía innecesario.

A principios de octubre de 1944 se da una nueva orden de liquidación de 300 detenidos del *Sonderkommando*. Esta vez se obliga a los *kapos* del comando a que hagan ellos mismos la selección, pero cuando los aludidos se enteran de que constaban en lista, declararon que se rebelarían con o sin ayuda. La decisión llegó al comando de la Resistencia, que una vez más se opuso a un levantamiento violento. Su punto de vista era apostar por la liberación del campo por parte de los aliados y no a través de un levantamiento general. Con todo, la decisión ya estaba tomada y establecida para un sábado, el 7 de octubre: cuando los SS fueron a buscarlos, los recibió una lluvia de piedras. Al mismo tiempo, incendiaron el crematorio IV y cientos de detenidos se lanzaron contra la alambrada de púas en un intento de fuga bajo las balas de un contingente cada vez más numeroso de SS. Los prisioneros de los crematorios II y III también atacaron a los guardas con granadas que habían escondido, consiguiendo matar a algunos alemanes. No obstante, las fuerzas eran completamente desiguales y la mayoría de los fugitivos fueron atrapados y ejecutados.

Durante las veinticuatro horas que duró la revuelta, los alemanes mataron a 452 hombres: 280 prisioneros de los crematorios III y IV, 171 del crematorio I y una persona del crematorio II. Más tarde, el 6 de enero de 1945, fueron torturadas y ahorcadas cuatro jóvenes judías del campo de mujeres —Ella Gartner, Regina Spierstein,

Esther Weisbaum y Rosa Robota— que trabajaban en la fábrica de municiones, gracias a quienes el *Sonderkommando* obtuvo los explosivos que usó durante la revuelta.[18]

Fue una revuelta desesperada, sin ninguna ayuda ni colaboración por parte de la Resistencia central. A pesar de que el levantamiento neutralizó el crematorio IV, no impidió la continuación de los gaseamientos, que prosiguieron en los crematorios II, III y V. La verdad es que, para detener los gaseamientos, solo hubiera sido eficaz el sabotaje de las vías férreas de acceso a Auschwitz. Durante los meses anteriores, ante la inminencia de la llegada de los transportes de Hungría, la célula de resistentes del *Sonderkommando* intentó convencer a los líderes de la Resistencia central de que desencadenara una operación armada contra los alemanes. Pero las perspectivas eran diametralmente diferentes: el comando de la Resistencia estaba en contra de una acción precipitada porque contaba con la derrota alemana y la llegada del Ejército Rojo: cada día que pasaba los acercaba más a la liberación. Para el *Sonderkomando* y, de manera general para los judíos, era precisamente todo lo contrario: cada día que pasaba significaba un paso más hacia la muerte. Así pues, completamente aislados, los hombres del *Sonderkommando* solo pudieron contar con sus propias fuerzas. Sin embargo, como afirma Müller, aquellos hombres lucharon con valentía y prefirieron una muerte digna a una sumisión pasiva. «Defendieron su vida hasta el último suspiro, un ejemplo único en la historia de Auschwitz».

Los últimos gaseamientos en Birkenau

En otoño de 1944, Mengele decidió liquidar el campo BIIc donde estaban las mujeres húngaras. Todas las noches, escribe Miklós

Nyiszli, cincuenta camiones llevaban a las víctimas, 4.000 por noche, a los crematorios. «Una visión dantesca, aquellos camiones en caravana con sus faros tanteando la oscuridad, cada uno con un cargamento humano de 80 mujeres que llenaban el aire con sus gritos o que simplemente permanecían sentadas y enmudecidas, paralizadas por el miedo. En un desfile lento, los camiones llegaban y descargaban a las mujeres, ya totalmente desnudas, junto a las escaleras que las conducían a la cámara de gas. De allí eran rápidamente empujadas hacia abajo. Las prisioneras del campo vivieron durante cuatro meses a la sombra de los portones de los crematorios; solo se necesitaron diez días para que 45.000 cuerpos atormentados pasasen por ellos y dejasen allí su alma. Sobre el Campo C, cuya alambrada había rodeado tantas tragedias, se hizo un silencio sepulcral».

El último gaseamiento en Birkenau se produjo en noviembre de 1944. El ejército soviético se acercaba rápidamente y el nerviosismo de las SS crecía proporcionalmente. Todos los días ardían en los crematorios ya no solo vidas humanas, sino ficheros, listas de nombres de muertos, autos de acusación y todo tipo de documentos. A finales de noviembre se desmontaron los crematorios II y III y las selecciones se siguieron haciendo en las filas del *Sonderkommando*. Solo quedaba un centenar de detenidos en el «comando especial», entre los que estaba Müller, aunque sin la más mínima esperanza por sobrevivir, tanto más porque también se había acabado la fuente, si no de la supervivencia, al menos de la prolongación de sus vidas: los bienes pertenecientes a los muertos que conseguían hurtar y que les servían para corromper y sobornar a los SS. Así y todo, cuando se trata de supervivencia, la imaginación no tiene límites: los detenidos empezaron a fabricar dientes falsos que llenaban con yeso y cubrían con cobre brillante como el oro, lo que les permitió seguir traficando.

El 17 de enero se produjo la última llamada que reunió a los 70.000 prisioneros de Auschwitz, incluyendo Birkenau y Monowitz, que todavía quedaban. Y, al día siguiente, se dio la orden de evacuación del campo: 58.000 prisioneros fueron conducidos en una «Marcha de la Muerte» que los llevaría hasta el campo de Mauthausen, en Austria. Entre ellos se encontraban gran parte de los supervivientes del *Sonderkommando* que pudieron infiltrarse. Eran polacos en su mayoría, había veinticinco griegos y algunos eslovacos. En aquella caminata a pie bajo un frío polar y después en un vagón abierto, muchos prisioneros murieron o fueron abatidos. Los americanos liberaron Mauthausen el 9 de mayo. Filip Müller y Shlomo Venezia fueron de los pocos *Sonderkommando* que sobrevivieron a Auschwitz-Birkenau, a la «Marcha de la Muerte» y a Mauthausen.

Venezia pasó siete años en hospitales debido al mal estado de sus pulmones. Con ayuda del American Joint Committee pudo casarse y formar una familia, pero las huellas nunca desaparecieron en él: «En cuanto siento un poco de alegría», afirma, «algo en mí se bloquea inmediatamente. Es como una tara interior; yo la llamo "enfermedad de los supervivientes". No es tifus, no es tuberculosis ni ninguna otra dolencia que pueda superarse. Es una enfermedad que te corroe por dentro y que destruye todo sentimiento de alegría. Me acompaña desde el tiempo del sufrimiento del campo… Es un estado de espíritu que roe permanentemente mis fuerzas».[19] Venezia tardó cuarenta y siete años en poder hablar sobre su experiencia en el campo. Solo entonces pudo contárselo a la mujer con la que se casó y tuvo hijos. El «secreto» permaneció en él, como la memoria del campo: «Nunca se sale de verdad del crematorio».

[1]Levi Primo, *Se isto é um homem, op. cit.*, p. 40.

[2]Vrba, Rudolf, *Je me suis evadé d'Auschwitz*, Éditions Ramsay, 1986 para la traducción francesa, p. 236.

[3]*Ibidem*, p. 269.

[4]*Ibidem*, p. 273.

[5]*Ibidem*, p. 277.

[6]*Ibidem*, p. 317.

[7]*Ibidem*, p. 325.

[8]Número desvalorizado, estimado por Vrba.

[9]Vrba, Rudolf, *op. cit.*, p. 337.

[10]*Ibidem*, p. 349.

[11]*Ibidem*, p. 350.

[12]*Ibidem*, p. 350.

[13]Müller, Filip, *Trois ans dans une chambre à gaz d'Auschwitz*, Pygmalion para la traducción francesa, 1980, 2008, p. 151.

[14]*Ibidem*, p. 152.

[15]*Ibidem*, p. 155.

[16]*Ibidem*, p. 167.

[17]*Ibidem*, p. 194.

[18]*Des voix sous la cendre. Manuscrits des Sonderkommandos d'Auschwitz-Birkenau,* notas 45 y 46, p. 416.

[19]Venezia, Shlomo, *op. cit.*, pp. 158-159.

XV. SOBREVIVIR EN AUSCHWITZ

¿Existirá una respuesta a la pregunta de por qué razón algunos prisioneros pudieron sobrevivir y otros, la gran mayoría, no? ¿Se podrá definir algunas de las características o situaciones específicas de ciertos detenidos que posibilitaron su supervivencia?

Probablemente no: las personas y las situaciones objetivas y subjetivas son tan diversas que es prácticamente imposible sacar conclusiones, normas o respuestas únicas. Por otro lado, el análisis de este tema siempre será incompleto, pues los que mejor podrían atestiguarlo están muertos. Cuando se habla de los supervivientes hay que recordar que solo son un puñado con respecto a la inmensa masa de prisioneros de Auschwitz-Birkenau que no resistió, que sucumbió enseguida a las condiciones del campo o que simplemente fue asesinada nada más llegar. A pesar de ello, cuando observamos y comparamos la situación de los prisioneros en el universo de concentración nazi no podemos dejar de constatar que había elementos objetivos y subjetivos favorables a la supervivencia, aunque en aquel mundo imprevisible, arbitrario y caótico, esos factores nunca hayan sido por sí solos, suficientes o determinantes.

Entre los elementos objetivos que contribuyeron a la supervivencia de los prisioneros podemos apuntar, en primer lugar, las posiciones de relativo privilegio en el campo, de las que disfrutaban gran parte de los detenidos alemanes o los *kapos* de diferentes nacionalidades, que les permitió el acceso a más y mejor comida, trabajo menos duro, menos promiscuidad; también era un factor muy importante la cercanía, aunque relativa, a la familia y los amigos o al menos a saber que estaban vivos. Zina Lieberman, judía originaria de Lituania, que vive en Portugal, afirma que lo que la mantuvo viva durante su cautiverio en el campo de Stutthof fue el

hecho de que su grupo de amigas, detenidas a la vez, se mantuvo unido a lo largo de los años.[1] En realidad, una de las cosas que más debilitaba a los prisioneros era la separación brutal de los suyos, la incerteza de lo que les pasaría o, por el contrario, la convicción de que morirían. Otro elemento fundamental de abatimiento era el choque que provocaba el comportamiento agresivo de aquellos de los que se esperaba alguna ayuda: los prisioneros con cargo de jefatura. Como ya se ha referido en capítulos anteriores, muchos *kapos*, forzados o no, trataban a «sus» detenidos de forma brutal, lo que les afectaba dolorosamente. «Esta revelación brusca», escribe Primo Levi, «era tan dura que hacía desmoronarse toda la capacidad de resistencia. Para muchos fue mortal, directa o indirectamente: es difícil defenderse de un golpe para el que no se está preparado».[2]

En contrapartida, la capacidad subjetiva de mantener la dignidad y la solidaridad humana, o simplemente la intensa voluntad de vivir, pueden haber contribuido a la supervivencia. Hay ejemplos de mujeres y hombres que en medio de su infortunio encontraron las fuerzas y el coraje para resistir las humillaciones y la sistemática deshumanización, manteniendo la fuerza interior que los ayudó a no zozobrar. Si bien, lo contrario también se dio: quien se apropió de la moral salvaje del campo, no escatimando medios para mantenerse con vida, incluso robando el currusco de pan de su prójimo o denunciándolo, ese también era posible que sobreviviera. En su libro *Os que sucumbem y os que se salvam* (*Los hundidos y los salvados*), Primo Levi cita el testimonio de alguien que afirma: «¿Cómo pude sobrevivir en Auschwitz? Mi principio era: en primer lugar, yo, en segundo y en tercero, yo también. Después, nada más. Después yo de nuevo y luego los demás».[3]

Comprender enseguida y adaptarse rápidamente al sistema del campo era fundamental: lograr «organizar», traficar en el mercado

negro, hacer favores a cambio de una manzana o de una cucharada de comida suelta, eran «trucos» que ayudaban a sobrevivir. Langbein dice que los factores suerte, ánimo, voluntad de resistencia, aunque necesarios, no hubieran sido suficientes «si no hubiésemos comprendido con la velocidad del rayo que para no sucumbir inmediatamente sería necesario que nos asimiláramos por todos los medios a la sociedad de la que teníamos que formar parte».[4] La lengua era otro elemento importante: quien no entendiese nada de alemán, lengua en que se vociferaban las órdenes, teóricamente tenía menos probabilidades de sobrevivir porque, además de que difícilmente pudieran cumplirlas, el mundo alrededor se resumía en una inmensa, incomprensible y feroz babel caótica y ruidosa. En ese caso se encontraban, sobre todo, los prisioneros del sur, yugoslavos, griegos o italianos…

Si hay que sacar alguna conclusión es que no es posible definir una regla de supervivencia: factores físicos, psicológicos, éticos y, especialmente, externos podían ocasionalmente potenciarla o no. La única regla omnipresente en el campo era la casualidad, la imprevisibilidad, la arbitrariedad. Y la «vergüenza» o el sentimiento de culpa que muchas víctimas expresan por el hecho de haber sobrevivido, está relacionada, en gran parte, con la convicción de que la lógica de su destino era la muerte, porque esa era la lógica del sistema de los campos de concentración y, como consecuencia, no «merecían» sobrevivir más que los otros.

Primo Levi escribe que, según su experiencia, sobrevivían más fácilmente los peores, los egoístas, los violentos, los insensibles, los colaboradores, los chivatos. Creo, sin embargo, que es un juicio excesivamente duro, hecho por alguien que, como muchos otros prisioneros supervivientes se cuestiona: «¿Por qué yo?». Yo que no soy mejor que otros tantos que murieron, que no hice lo suficiente para ayudarlos, que nada hice contra el sistema que nos condenaba, que no arriesgué cuanto debía. «¿Por qué yo?». Esa es la pregunta

dolorosa y angustiosa que marcó a tantos supervivientes, llevando a algunos, como a Levi, al suicidio.

Pero este cuestionamiento torturador y la respuesta a la que llega Levi acaban por lanzar un anatema en los que sobrevivieron, una condena que no resiste a una mirada más neutra: muchos de los peores sobrevivieron, pero muy probablemente la mayoría de los supervivientes se salvó, no por ser mejores o peores, sino por un cúmulo de circunstancias en el que la suerte y la casualidad se solaparon o acompañaron características de comportamiento o de índole personal. Primo Levi es un ejemplo de eso mismo: sobrevivió no por ser mejor o peor, sino porque al ser químico, tuvo la suerte de que lo seleccionaran para trabajar desempeñando su profesión los últimos meses de su detención, lo que de alguna manera le ahorró el frío y el hambre extrema de los otros comandos de trabajo. La teoría según la cual solo sobrevivieron los más egoístas, los sin escrúpulos y los moralmente corruptos, se verifica realmente en algunos casos, pero está lejos de ser la norma.

El intelectual en Auschwitz

Hay una cuestión que fue tema de polémica en la posguerra entre dos supervivientes: ¿la cultura podría ser un elemento favorable a la supervivencia, como defiende Levi, o por el contrario, como afirma Jean Améry, no solo no servía para nada sino que podría ser incluso incapacitante? Levi y Améry pertenecían a la Resistencia antes de la guerra, el primero en Italia y el segundo en Bélgica. Ambos eran lo que se conoce como «intelectuales», el primero en el ámbito de las ciencias químicas y el segundo en las letras y la filosofía. Ambos eran judíos y fueron apresados y deportados a Auschwitz como miembros de la Resistencia y como judíos. Así y todo, las similitudes entre ellos acaban aquí: Primo Levi

era siete años más joven que Améry, su experiencia como miembro de la Resistencia en un grupo de *partigiani* era reciente. En diciembre de 1943, cuando tenía veinticuatro años, lo capturó la milicia fascista y lo envía al campo de internamiento de Fossoli, cerca de Módena, como «perteneciente a la raza judía» y, a continuación, la Gestapo lo deporta a Auschwitz en febrero de 1944.

La historia de Jean Améry, cuyo verdadero nombre era Hans Meyer, es diferente: nace en Viena en el seno de una familia judía, aunque totalmente asimilada. Sin embargo, el ascenso del nazismo no le permite olvidar un origen con el que nunca se sintió identificado de verdad: las vejaciones antisemitas empiezan en la universidad donde, a pesar de todo, consigue licenciarse, las leyes de Núremberg de 1935 y la anexión de Austria en 1938, echan por tierra todas las ilusiones de este joven vienense, lúcido y escéptico por naturaleza. Hans Meyer comprende desde muy pronto que ser judío es ser «un muerto en suspenso, un hombre que hay que abatir».[5]

Se refugia en Bélgica, donde adopta el nombre de Jean Améry y se adhiere a la Resistencia. No obstante, con la ocupación del país por el ejército alemán en 1940, Améry cae en manos de la Gestapo en julio de 1943. Es trasladado al Fuerte Breendonk, que era al mismo tiempo campo de concentración y de reagrupamiento de prisioneros, situado a medio camino entre Bruselas y Amberes, donde lo torturan de manera brutal. En su libro, traducido del alemán al francés con el título de *Par-delà le crime et le châtiment —Essai pour surmonter l'insurmontable*, escrito veinte años después del final de la guerra, Améry describe la tortura a la que lo sometieron y que marcará su alma de manera indeleble hasta su suicidio en 1978: para obligarlo a «confesar» los esbirros de la Gestapo lo colgaban con las manos atadas a la espalda y lo levantan con una polea a un metro del suelo al mismo

tiempo que otros lo azotaban violentamente por todo el cuerpo. «Fue ese instante cuando sentí en la parte superior del cuerpo un crujido y un desgarro que no he olvidado hasta hoy. Sentí que mis hombros se desarticulaban (…) y que todo mi cuerpo pendía de mis brazos dislocados y vueltos hacia arriba por la espalda hasta unirse por encima de mi cabeza».[6]

Améry nunca rebeló lo que le exigían sus torturadores: nombres, casas, cómplices. No porque fuera un héroe, como él mismo reconoce, sino porque no sabía las respuestas, debido a la compartimentación del combate clandestino. A pesar de ello, lo torturaron hasta que los verdugos entendieron que no le sonsacarían nada y lo dejaron en un estado de semiinconsciencia. «La tortura había acabado», dijo Améry, «aunque realmente nunca acabó (…). Quien ha sido torturado, sigue siendo un torturado (…) y será para siempre incapaz de sentirse en casa en el mundo».[7] En tanto que judío y miembro de la Resistencia, a Jean Améry lo deportan a Auschwitz-Monowitz al miso campo que a Primo Levi, donde permanece un año, y después a Buchenwald y a Bergen-Belsen, donde por fin fue liberado en abril de 1945 con la llegada del ejército inglés.

Al analizar su experiencia personal, Améry llega a la conclusión de que los prisioneros cuyo oficio era manual —mecánico, electricista, carpintero, cocinero o sastre— tenían más posibilidades de sobrevivir porque podían ocupar ocasionalmente un puesto de trabajo más soportable y en condiciones menos adversas. En cambio, los que, como él, ejercían una «profesión intelectual», inútil en el campo, estaban condenados a trabajos durísimos como excavar, instalar cableado, transportar sacos de cemento o vigas de hierro, para lo que no habían estado preparados en la vida, «lo que equivalía a una condena de muerte». Améry cita algunas excepciones de médicos o químicos cuyas funciones fueron «útiles» en algunos casos, como la de Primo Levi, sin embargo,

mayoritariamente, las profesiones intelectuales estaban, según él, en posición más desfavorable. Améry nombra, entre otros, al famoso psicólogo de Viena Viktor Frankl, que fue sepulturero en Monowitz: «Todos aquellos profesores universitarios, abogados, bibliotecarios, historiadores de arte, economistas o matemáticos, que transportaban vías de tren, cables y vigas de madera, tareas que desempeñaban con torpeza y sin fuerza física, los condenaba más o menos rápido a las cámaras de gas y a los hornos crematorios». En otras situaciones, aquellos hombres eran igualmente ineptos para hacer la «cama» como querían las SS, para descubrirse enseguida la cabeza ante los verdugos o simplemente para defenderse de los ladrones, y acababan por ser blanco de desprecio, mofa u hostilidad, tanto de los *kapos* como de los demás prisioneros. Améry cita también otro aspecto: la incapacidad de utilizar el argot del campo, principal medio de comunicación entre los prisioneros. Para el intelectual, palabras como «pirarse», «tío» o «jódete» eran casi impronunciables, lo que aumentaba su aislamiento frente a los demás prisioneros.

Esto lleva a Améry al meollo de la cuestión: ¿la cultura y el pensamiento intelectual sirvieron al recluso en los momentos cruciales? Su respuesta es esencialmente negativa: en Auschwitz la dimensión espiritual era un lujo no autorizado. No tiene ninguna relación con la realidad. Améry da como ejemplo el intento de mantener una conversación de cariz intelectual con uno de los prisioneros, un filósofo parisino famoso, de quien recibe a cambio un silencio entrecortado con algunos monosílabos. «Simplemente ya no creía en la realidad del mundo del espíritu y se resistía a dejarse mecer por un juego verbal intelectual exento aquí de toda referencia social».

En cierta manera, el intelectual era todavía más vulnerable porque todo su mundo se desmoronaba frente a la brutal realidad que lo rodeaba a no ser que aquellos hombres estuviesen armados

de sólidas convicciones religiosas o ideológicas: rabinos que, a pesar del hambre que los torturaba, todavía sacaban fuerzas para ayunar el Día del Perdón (el *Yom Kipur*); testigos de Jehová que se encaminaban a la muerte cantando; marxistas que luchaban por un mañana radiante… Frente a esto, los intelectuales escépticos no podían hacer nada. Estaban solos con su descreimiento. En Auschwitz, la cultura no ayudó a los intelectuales, concluye Améry, bastaban unas semanas para «desmitificar su inventario filosófico». En Auschwitz, «no nos hicimos más sabios y profundos, sino ciertamente más espabilados».[8]

Como suele ocurrir en la mayoría de las polémicas, no hay conclusiones que sacar. Levi está de acuerdo en que debido al trabajo al que los obligaban a hacer en el campo, el intelectual estaba en desventaja pero, contrariamente a Améry, considera que la cultura le fue útil porque le permitió restablecer su relación con el pasado y fortalecer su identidad: una forma de reencontrarse consigo mismo. Para Améry, el *Lager,* el campo, fue el desmoronamiento de casi todo lo que formaba parte de su identidad, la pérdida definitiva de confianza en el mundo; para Levi, «el *Lager* fue una universidad: le enseñó a mirar alrededor y a medir a los hombres». Al final, ambos acabaron suicidándose…

Así pues, los porqués de la supervivencia no tienen respuestas unívocas. Cada hombre o mujer entra en el campo con una determinada experiencia de vida, con sus propias características personales y únicas. Ambos factores influyen en gran medida en la forma en que se reacciona a la vivencia en el campo, pero esta última tampoco es igual para todos. Por tanto, se trata de una pregunta sin respuesta, pero que nos permite mirar más de cerca el mundo de los campos de concentración de los prisioneros.

«Nunca se está en el lugar del otro»

El sistema de los campos de concentración —y en especial el de los campos de exterminio, en los que las SS se liberan de las tareas más viles para transferírselas a los prisioneros— aceleró la descomposición de la solidaridad entre las víctimas, creando privilegiados, traficantes y chivatos, aunque también héroes intransigentes, resistentes que conseguían preservar los valores de la dignidad humana. Sería simplista reducir el universo de los campos de concentración de prisioneros a un bloque uniforme y homogéneo.

El objetivo del nazismo era reproducir su propio sistema entre los prisioneros, asimilándolos a su imagen y, en condiciones de lucha desesperada por la supervivencia, era muy difícil para estos últimos mantener sus valores morales: la ley de la selva se imponía, así como la indiferencia ante el sufrimiento ajeno, y se atenuaba la sensibilidad ante el dolor o incluso ante la muerte de camaradas y amigos. «El mayor crimen cometido por los nazis contra los prisioneros», afirma Olga Lengyel, que estuvo en Birkenau, «no fue, quizás, el exterminio en las cámaras de gas, sino el esfuerzo realizado —y a veces conseguido— de moldearlos a su imagen y semejanza».[9] Elie Wiesel, prisionero en Monowitz a los quince años junto a su padre, confiesa que el día en que el *kapo* pegó a su equipo de trabajo y a su padre, «el odio que sentí en aquel momento no fue contra el *kapo,* sino contra mi padre, que me irritó por su falta de reacción… Eso es lo que la vida en un campo de concentración provocó en mí…».

Los «privilegiados» eran una minoría en el campo, sin embargo, representan una parte significativa entre los supervivientes. Esclavos ante señores, señores ante esclavos, en Auschwitz constituían «la clase híbrida de los prisioneros-funcionarios, la zona gris de contornos mal definidos que separa y asocia los campos de los

señores y de los siervos».[10] Eran fundamentalmente los *kapos,* los jefes de barracones, los jefes de los equipos de trabajo, los administrativos y los que prestaban servicios a la red central del comando SS. Sobre todo, prisioneros alemanes, pero progresivamente también polacos, incluyendo algunos judíos. Las autoridades del campo intentaban sembrar la discordia y la rivalidad entre unos y otros, sobre todo el antisemitismo, al que ninguno de los dos campos era inmune.

Los «privilegiados» se reconocían porque llevaban una banda en el brazo. Esta les daba derecho a tener mejor ropa, más comida y más poder sobre los detenidos. A cambio, se les obligaba a mantener a «sus» detenidos bajo la misma disciplina cruel que la de sus jefes de las SS. En Auschwitz se reproducía la estructura jerárquica de un Estado totalitario en el que cualquier poder se inviste desde arriba y el control procedente de abajo es casi imposible. Este «casi» era nulo, dice Levi, el poder de los pequeños déspotas era absoluto. Pero, si bien, entre este grupo de prisioneros algunos se olvidaban de su condición y rivalizaban con sus maestros en sadismo, hubo otros que, por el contrario, supieron utilizar su situación privilegiada para proteger a sus camaradas.

Las diferencias se notaban también entre fuertes y débiles, entre jóvenes y viejos. En aquel mundo donde imperaba la ley del más fuerte, con frecuencia las tareas más duras se atribuían a los más débiles, las mejores a los más robustos, es decir, a los más jóvenes. Los viejos, condenados a muerte por naturaleza, eran objeto de desprecio, se los trataba como a un trapo, a veces incluso ante sus propios familiares. Un testigo cuenta que un día observó a un padre y un hijo en la distribución del pan: «El padre, completamente abatido, temblaba de manera descontrolada; el hijo, de casi dieciocho años, estaba en mejor estado. Devoró vorazmente su trozo de pan mientras el padre apretaba el suyo contra el pecho. Después de acabar, el joven fijó su mirada desorbitada en las manos

trémulas del padre y en un santiamén le arrancó el corrusco de pan y se lo comió… El ser humano reducido a dos maxilares que mastican. He aquí el resultado del proceso de envilecimiento de los campos nazis».[11]

En Auschwitz no se aplicaba ningún criterio de la vida normal. Vida y muerte coexistían lado a lado sin escandalizar a nadie. Shlomo Venezia cuenta que en el vagón en el que lo transportaban cuando los alemanes evacuaron Auschwitz, un hombre murió a su lado, pero el hacinamiento era tal que el cadáver se mantenía en pie, apoyado entre Shlomo y su hermano. «Mi primer reflejo fue registrarle los bolsillos con la idea absurda de que a lo mejor se hubiese podido guardar algo comestible. Solo encontré un crucifijo de madera y me lo guardé pensando que si por milagro consiguiese ser libre, los campesinos me acogerían mejor, pues no pensarían que sería judío».[12]

Moribundos vencidos por la inanición y *kapos* bien nutridos eran el reverso de la misma moneda. El endurecimiento ante las masacres, la avidez feroz por satisfacer una necesidad vital, las garras de la muerte que se apoderan del preso aún con vida, los riesgos suicidas para obtener unas mondas de patata, los medicamentos robados, el mercado negro, todo eso era Auschwitz. Pero, también, improbables gestos de amor, de cuidado hacia el amigo: «Cada uno de nosotros hizo algo relacionado con su dignidad como ser humano», afirma Grete Salus.

En Auschwitz se vio lo peor del ser humano, pero también lo mejor, como siempre sucede en condiciones límite. Decir que cualquier hombre «normal» es capaz de las mayores barbaridades en determinadas circunstancias es falso. Es confundir a la víctima con el agresor, es banalizar el mal. En Auschwitz, el mal existió, como el bien, pero entre los prisioneros lo primero fue obra de grupos restringidos. La gran mayoría eran hombres y mujeres que luchaban desesperadamente por sobrevivir y, por más torpes que

pudieran haber sido los medios a los que recurrían, en ningún momento se pudieron confundir con los de sus verdugos. En estos la bondad también existió, pero fue siempre una excepción, porque esa era la lógica interna del sistema.

Una de las preguntas que surgen con más frecuencia es la del porqué la escasa resistencia por parte de los prisioneros. En el capítulo anterior hemos visto que sí que existió, aunque de forma diferente a como tradicionalmente nos viene a la mente cuando hablamos de resistencia. La verdad es que la gran mayoría de los prisioneros, judíos, soviéticos, gitanos e incluso opositores políticos, concentró las pocas fuerzas que les quedaban en no luchar contra el sistema, sino en intentar sobrevivir, lo que de alguna manera, en aquel contexto en concreto, era también una forma de resistencia. Para Tadeusz Borowski, escritor polaco prisionero en Auschwitz,[13] fue precisamente ese intento desesperado por sobrevivir, esa esperanza imposible, la que convertía a los prisioneros en seres pasivos: «Es la esperanza la que conduce a los hombres pasivamente a las cámaras de gas, la que los impide planear la revuelta (…). La esperanza los lleva a luchar por cada día suplementario, porque podría ser precisamente ese día, el día de la libertad (…). No nos han enseñado a renunciar a la esperanza y por eso morimos por el gas». Así y todo, Borowski no escapó a la regla. Después de la guerra siguió viviendo en su Polonia natal, pero en 1951 se suicidó abriendo una espita de gas. Tenía veintiocho años, pero había perdido la esperanza…

En realidad, la pregunta de por qué era tan escasa la resistencia por parte de las víctimas subentiende, a veces, el punto de vista crítico que contiene la expresión «fueron como ganado al matadero». ¿Acaso podemos exigir a las víctimas un comportamiento frente a la muerte que haga su calvario más aceptable para nosotros? ¿Podemos exigir a las víctimas un comportamiento que no sabemos si nosotros podríamos tener?

Nunca está de más repetir que en Auschwitz hubo de todo, porque todo era posible. Y, sobre todo, existió lo «imposible», para lo que nadie está preparado. A todos aquellos que se apresuran a condenar a los que no se resistieron, a los que «aceptaron» sustituir a las SS en las tareas más innobles, a los que robaban, traficaban y no echaron una mano a sus hermanos, a todos esos que normalmente no estuvieron allí, hay que recordarles las palabras de Primo Levi: «Nadie sabe cuánto tiempo y a qué pruebas es capaz de resistir el alma antes de doblegarse o quebrarse. Todo ser humano posee una reserva de fuerza cuya medida le es desconocida: puede ser grande, pequeña o nula, y solo la adversidad extrema concede la posibilidad de evaluarlo».[14] Porque, en realidad, nunca se está en el lugar del otro.

[1]Entrevista concedida a la autora.

[2]Levi, Primo, *Os que sucumbem e os que se salvam*, Teorema, 2008, p. 35.

[3]*Ibidem*, p. 78.

[4]Simon Laks y René Coudy, citados por Langbein, p. 468.

[5]Améry, Jean, *Par-delà le crime et le châtiment. Essai pour surmonter l'insurmontable,* Actes-Sud, 1995 para la traducción francesa, p. 182.

[6]*Ibidem*, p. 81.

[7]*Ibidem*, pp. 88-95.

[8]*Ibidem*, p. 57.

[9]Langbein, Hermann, *op. cit.*, p. 75.

[10]Levi, Primo, *Os que sucumbem... op. cit.,* p. 39.

[11]Citado por Langbein, *op. cit.*, p. 92.

[12]Venezia, Shlomo, *op. cit.*, p. 135.

[13]Browski, Tadeusz, *This way for the gas, Ladies and Gentlemen*, Penguin Books, 1967.

[14]Levi, Primo, *Os que sucumbem... op. cit.*, p. 57.

XVI. SOBREVIVIR DESPUÉS DEL REGRESO

En el momento de la liberación, la gran mayoría de los supervivientes no pudo sentir alegría. Para Filip Müller, «ese instante en el que estaban concentrados todos mis pensamientos y todas mis esperanzas durante tres interminables años, me parecía en ese momento vacío de sentido (…). No era más que un destrozo en vida, una sombra de mí mismo. Ya no era capaz de sentir emoción alguna. Ni una lágrima de alegría corría por mis mejillas, ningún latido de entusiasmo en mi corazón. Cerrado a cualquier sentimiento, miraba a lo lejos, al vacío, incapaz de percibir que definitivamente me había liberado del comando especial».[1] A su vez, Primo Levi escribe que, en la mayoría de los casos, «el momento de la liberación no fue feliz, ni despreocupado: sobresalía por encima de todo un fondo trágico de destrucción, masacre y sufrimiento».[2] «Yacíamos en un mundo de muertos y larvas. El último vestigio de civilización había desaparecido a nuestro alrededor y en nuestro interior. La obra de animalización que empezaron los alemanes triunfantes, acabó con los alemanes derrotados».[3] También Stella Müller recuerda que no podía acompañar a su padre en la alegría del regreso a Cracovia: «En mí todo llora, me siento llena de tristeza y de amargura, pero finjo que comparto su alegría».[4] Jean Améry confirma: «Salíamos del campo absolutamente desnudos, despojados de todo, vacíos, desorientados, y fue necesario mucho tiempo para retomar el lenguaje cotidiano de la libertad».[5] En cuanto al joven Imre Kertész, de 16 años, lo único que le interesaba era la sopa y no entendía que en vez de eso le hablaran de libertad. «No podía hacer nada en contra de esa idea que se me imponía: la víspera, nada así podía suceder».[6]

Sería posible citar muchos más testimonios de esta especie de mezcla de incredulidad, amargura y ansiedad. Zina Lieberman resume bien este encuentro con la realidad: «En el momento de mi liberación, el peso de todo lo que pasó con mi familia, lo que pasó conmigo, se me cayó encima. Y mi amiga Margot y yo nos fuimos a un rincón las dos a llorar hasta que se acercó a nosotras un soldado ruso que nos dijo: "¿Por qué lloráis? ¡Sois libres!" Y yo le contesté: "¡Sí!" No hay palabras para expresar lo que sentí en aquel momento».[7]

En realidad no se puede hablar de la liberación como el final feliz de una terrible pesadilla. Fue simplemente el fin de la amenaza de muerte inmediata y de la intensa privación física. Los supervivientes salieron de los campos en un estado físico y psíquico profundamente deteriorado: la mayoría se encontraba en una situación de debilidad total y muchos habían contraído enfermedades graves y contagiosas. Los aliados no estaban preparados para lidiar con ese tipo de situaciones, sobre todo en cómo ayudar a los prisioneros a recuperar sus anteriores hábitos alimenticios. Así, privados durante largos años de todo tipo de alimentos, muchos supervivientes ingerían ansiosamente todo lo que se les ofrecía y para lo que no estaban preparados. Muchos murieron de colapso digestivo sin que nadie los pudiese ayudar.

Otros ni siquiera tenían fuerzas para seguir viviendo. El impulso de vida, la tensión de la voluntad de vivir es tan fuerte en el ser humano que le permite aguantar el infierno, pero una vez que este se acaba, también se acaba a veces la fuerza que le ha permitido resistir. Eso es lo que le ocurrió a muchos hombres y mujeres: soportaron un sufrimiento sin nombre, pero no resistieron a la liberación y murieron pocos días después. Según Tony Judt, cuatro de cada diez judíos liberados fallecieron pocas semanas después de la llegada de los ejércitos aliados. «Su condición sobrepasaba los conocimientos de la medicina occidental».[8]

Hermine Horvath sobrevivió a Auschwitz. Gitana, estuvo internada en el «campo de los gitanos», situado cerca de los crematorios. En 1958 contó que, a pesar de estar terminantemente prohibido, se escabulló una noche hasta una de las fosas donde se quemaban los cuerpos, algunos de ellos vivos, según su testimonio. «Desde entonces tengo crisis de epilepsia. En cuanto estoy al sol, me siento mal. Los médicos no lo comprenden. No imaginan lo que padecimos». Hermine murió poco después de su testimonio, antes incluso de cumplir los treinta y cinco años.

En aquel momento que debería de haber sido de intenso júbilo, la mayor parte de los supervivientes había perdido a sus familiares y amigos, y como rápidamente constataron, también sus patrias y sus casas, o sea, toda su vida anterior. Algunos prisioneros sedientos de venganza recurrieron a la violencia y mataron a antiguos guardas que todavía estaban en los campos. Abba Kovner fue uno de ellos. Escritor, poeta y *partisan,* líder de la revuelta del gueto de Vilnius, Lituania, al final de la guerra creó un grupo secreto de nombre *Revenge* (venganza) cuyo eslogan era «un alemán por cada judío». Asesinaron a más un centenar de criminales de guerra de las SS y planearon envenenar el agua de cinco ciudades alemanas, lo que no ocurrió debido al encarcelamiento de Kovner. En general, la venganza fue relativamente comedida, pues el estado físico de la mayoría de los supervivientes no se lo permitía. Muchos de estos hombres y mujeres habían perdido también la confianza en el mundo. Estaban solos y cargaban un fardo que no podían compartir, que no era comunicable ni audible. Muchas son las historias de aquellas personas que ya en los mismos campos intentaron contar todo lo que les había pasado a los soldados soviéticos, americanos o ingleses. Hablaban, hablaban, hablaban, pero enseguida comprendían que el soldado no los escuchaba. Se percataban entonces de que poseían un conocimiento monstruoso e intrasmisible cuyo peso les acompañaría toda la vida.

Muchos también sentían algo parecido a la vergüenza. Vergüenza y culpa. Culpa por haber sobrevivido cuando tantos otros —familiares, amigos, conocidos o desconocidos— habían muerto; vergüenza por encontrarse en un estado casi animal, dominado por el hambre, el frío, el cansancio y, sobre todo, por la humillación permanente. Vergüenza porque los obligaran a comportamientos que en el mundo «normal» rechazarían completamente: robar, mentir, traficar, sobornar. Vergüenza porque para sobrevivir se les obligó muchas veces a revertir el antiguo patrón moral, por haber sido desposeídos de su dignidad como seres humanos. «Quien esperó a que su vecino muriese para quitarle un cuarto de pan está, aunque sin culpa propia, más alejado del modelo de hombre pensante que del pigmeo más salvaje y del sádico más atroz».[9] La toma de conciencia de la extrema humillación a la que se puede llevar a un ser humano en situaciones límite es una herida que difícilmente cicatriza, porque está relacionada con la autoestima, con que la que la vida es un dolor permanente. Esa toma de conciencia llevó en muchos casos al suicidio después de la liberación.

Sin embargo, hay una diferencia entre el trauma sufrido por los prisioneros «raciales», sobre todo los judíos, y los opositores políticos no judíos. Para los últimos, el sufrimiento estuvo vinculado a una razón: una acción política, un régimen, un sistema de ideas, una ideología. Sin embargo, para la mayoría de los judíos, la causa de sus tormentos nada tenía que ver con lo que habían hecho o pensado, sino con lo que eran: el resultado fue para muchos la pérdida de confianza en la Humanidad, un sentimiento de soledad en un mundo hostil. «Nada me hará sumergirme de nuevo en el sueño tranquilizador del que me arrancaron en 1935», escribe Jean Améry, «todas las mañanas cuando me levanto, leo mi número de Auschwitz tatuado en el brazo (…) y cada día pierdo de nuevo la confianza en el mundo». Como ya se ha referido anteriormente,

Améry acabó por suicidarse, incapaz de sobrevivir a la amargura, a la desesperanza, al tormento de un pasado que no pasaba.

Volver… ¿dónde?

La mayoría de los supervivientes inició su camino hacia la libertad con gran dificultad. El dolor de la pérdida no los dejó de atormentar nunca, tanto en las horas de sueño como de vigilia y, a pesar de que gran parte de ellos reconstruyeran sus vidas, estas nunca compensaron verdaderamente las terribles experiencias que vivieron y las pérdidas irreparables durante el Holocausto.

Para los que intentaron volver a sus hogares, la llegada fue con frecuencia un choque y un sufrimiento añadido. En los países en los que todos se querían identificar como héroes —como forma de rescatar su propia pasividad—, los deshechos humanos que aparecían eran una imagen que muy pocos querían ver, escuchar y recibir. «Teníamos la sensación de que nuestras vidas no tenían ningún valor», escribe Simone Weil, «y sin embargo, éramos muy pocos». Sus casas estaban ocupadas y su presencia recordaba un periodo que todos querían olvidar. Imre Kertész cuenta: «Al cabo de unos pasos reconocí nuestra casa. Estaba allí, intacta, completamente normal (…). Al llegar al piso, llamé a la puerta (…). Por la puerta entreabierta, un rostro desconocido, el rostro amarillo y huesudo de una mujer de mediana edad, me miraba. Me preguntó a quién buscaba y le dije que vivía allí. "No", respondió ella, "aquí vivimos nosotros" y hubiera cerrado la puerta, pero no pudo porque la retuve con el pie. Intenté explicarle que era un error, que me había ido de allí estando segurísimo de que vivíamos allí, pero me aseguró que estaba equivocado meneando la cabeza con aire delicado, educado pero desolado, intentando cerrar la puerta a la vez que yo intentaba impedírselo. En un momento dado levanté la

vista al número para comprobar si no me había equivocado de puerta y, manifiestamente, mi pie aflojó en ese instante. El esfuerzo de la mujer se reveló más eficaz y oí la llave girar dos veces en la cerradura».[10]

La historia de Icek Erlichson es más trágica. De regreso a su Polonia natal procedente del infierno de los *gulags* soviéticos y de las persecuciones de la NKVD —la temible policía secreta—, supo que sus padres habían sido deportados a Treblinka en 1942 y que sus cuatro hermanos habían sido asesinados, tres de ellos en Auschwitz. Aparentemente sobrevivió una niña, hija de una de las hermanas cuya custodia se entregó a una polaca cristiana que aceptó correr el riesgo. Así que, Icek decide ir a Wierzbnik, nombre de su *shtetl** para rescatar a la niña. Al llegar a la aldea, a primera vista estaba toda igual, las mismas calles, las mismas casas, el mismo mercado… Pero poco a poco la diferencia abismal le saltó a la vista: todos los judíos habían desaparecido, incluyendo la sobrina que buscaba. Solo encontró las «miradas de odio de los polacos» y el silencio de los que fingían no reconocerlo. Icek percibió que el único camino que le quedaba era alejarse de aquella tierra lo más rápidamente posible, pero sus pies lo condujeron a su antigua casa, la casa de donde había salido en septiembre de 1940, cuatro años antes: «Llamé a la puerta. La mujer que me abrió me era totalmente desconocida. Me preguntó que a quién buscaba y no fui capaz de responderle. Pude ver que todas las piezas del mobiliario estaban donde solían estar. Aquella mujer dormía tranquilamente en la cama de mi madre, comía buenas comidas en nuestros platos. Su familia se mantenía abrigada con la ropa de mis hermanos y de mi hermana. Solo faltaba una cosa: en la pared donde antes estaban los retratos de mis padres, había ahora las figuras de Jesús y de la virgen María (…). Le di la espalda y corrí al patio… tenía los ojos nublados. Quería irme de allí lo más rápido posible. Eché a correr y

no paré hasta llegar a la estación. Cuando el tren empezó a andar cerré los ojos… mi corazón se convirtió en una tumba…».[11]

Muchos supervivientes, con frecuencia recibidos como intrusos en los países que habían sido los suyos, expoliados de las casas donde habían vivido, rechazados por el recelo de la competencia profesional o blancos de violencia e incluso de pogromos —como sucedió el 4 de julio de 1946 en Kielce, Polonia, donde murieron cuarenta y dos judíos—, permanecieron largos meses, a veces años, en campos aliados en la misma Alemania, casi todos en las zonas de ocupación americana y británica o deambulando por una Europa destrozada con las ciudades destruidas, la agricultura arrasada y la demografía completamente alterada.

Por el continente europeo violentado deambulaban millones de refugiados, enfermos, hambrientos, exhaustos, producto de las expulsiones, deportaciones y limpieza étnica operadas durante la guerra. En 1945, William Byford-Jones, oficial del Ejército británico, describió así la situación en Europa:

«¡Náufragos! Mujeres que han perdido a sus maridos y a sus hijos, hombres que han perdido a sus mujeres, mujeres y hombres que han perdido sus casas y a sus hijos, familias que han perdido sus vastas explotaciones agrícolas y propiedades, tiendas, destilerías, fábricas, molinos y mansiones. También hay niños solos que cargan un pequeño atado de ropa y un patético cartel colgado. De alguna manera se han separado de sus madres, o bien estas han muerto y han sido sepultadas por otros desplazados en cualquier lugar a la orilla de una carretera».[12]

En septiembre de 1944 había en Alemania 7.487.000 de extranjeros, la mayoría trabajadores forzados y obligados a trabajar en el esfuerzo de guerra alemán, lo que representaba el 21 por ciento de la fuerza total del trabajo.[13] El regreso a casa de esa inmensa marea humana —la mayoría de la Unión Soviética, Polonia y Francia, pero también de Bélgica, Holanda, Italia y Yugoslavia—, a

pesar de ser difícil por las terribles condiciones en que se procesó, acabó por salir relativamente bien. Aunque con mayor sufrimiento, debido al estado físico y psíquico, la inserción de los supervivientes no judíos de los campos de concentración —miembros de la Resistencia, opositores políticos y religiosos, criminales verdaderos o ficticios— también acabó por hacerse en sus países de origen del Occidente europeo.

En el este fue muy diferente. No solo porque la destrucción de las sociedades y fuentes de supervivencia fue mucho mayor, sino porque muchos bálticos, polacos, ucranianos, cosacos, húngaros, rumanos y de otros países huyeron a Occidente, negándose a regresar a sus países ahora bajo regímenes comunistas. Sin embargo, a pesar de las dificultades, entre los meses de mayo y diciembre de 1945, los militares, junto con los equipos civiles de rescate de la Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación (UNRRA), repatriaron con éxito a más de seis millones de «desplazados» (DO).[14] Aproximadamente un millón y medio, sobre todo de Europa del Este, rechazaron la repatriación.

Para los judíos, la situación era todavía más compleja: sencillamente no tenían dónde regresar y de ninguna manera querían volver a los países en los que sus comunidades habían sido destruidas y sus familias diezmadas. En 1947, los judíos «desplazados» en los campos de Alemania, Austria e Italia todavía sumaban 250.000 personas.[15] Este número incluía a 150.000 judíos polacos repatriados de la Unión Soviética. Al principio, todos se mantuvieron juntos con otros supervivientes no judíos —incluyendo trabajadores forzados, refugiados étnicos alemanes, fugitivos del ejército soviético e incluso colaboradores del nazismo de la Europa central y oriental— pero rápidamente, debido a la sucesión de incidentes antisemitas y al reconocimiento de la especificidad de su vivencia bajo el nazismo, se crearon campos exclusivos para judíos.

La ayuda exterior empezó a llegar lentamente: primero la American Joint Distribution Committee (Joint) a partir de los EUA y, después, la Jewish Relief Unit de Gran Bretaña, entre otras. Esta ayuda contribuyó a la recuperación de los supervivientes no solo desde el punto de vista físico, sino también psicológico: se establecieron sistemas de salud y se asistencia social y se desarrolló también una vida cultural con prensa en yidis, teatro… En los campos había muchos niños y huérfanos cuya educación se convirtió en una prioridad, retomándose los estudios judaicos. En esos campos, el movimiento sionista tuvo un papel determinante. Cuando en abril de 1946 la Comisión Anglo-Americana de investigación sobre la cuestión de Palestina encuestó a 138.320 desplazados judíos para saber dónde querían establecerse, la respuesta fue unívoca: 118.570 respondieron «Palestina». Esta respuesta era evidente, no solo porque ningún país se mostraba interesado en recibirlos, sino porque a la luz de todo lo que habían sufrido, gran parte de los supervivientes judíos se reconocía en el mensaje sionista: solo una patria judaica podría garantizarles la libertad y hasta la propia vida. Antes incluso del final de la guerra, Israel Goldstein daba voz a esa idea de Israel como consolación del judaísmo: «Por todos nuestros ríos de lágrimas y océanos de sangre, por nuestras vidas destruidas y nuestros rollos sagrados profanados, por todos nuestros insoportables sufrimientos y por todo el martirio de esos años negros, encontraremos consuelo cuando en la Tierra de Israel se restablezca el Estado Judaico (…)».[16]

Entre 1945 y 1948, Estados Unidos mantuvo sus cuotas e inmigración y en Palestina, bajo mandato británico, el *Libro blanco*[17] de 1939 fijó en 75.000 el número total de judíos autorizados a inmigrar durante un periodo de cinco años. Bajo presiones muy fuertes al final de la guerra, los ingleses autorizaron la entrada de 1.500 personas al mes, pero esa apertura a cuentagotas significaba, para los cientos de miles de supervivientes

repartidos por todas partes, una espera imposible. Miles de judíos de Polonia, Checoslovaquia y Hungría intentaron entrar clandestinamente en Palestina. Muchos lo lograron, otros murieron por el camino. Solo en 1948 el Estado de Israel recién creado pudo empezar a acoger libremente a los judíos refugiados: entre 1948 y 1953 llegaron al país más de 150.000 supervivientes de Europa, muchos de los cuales perdieron la vida en la Guerra de Independencia de 1948-1949. Los Estados Unidos acogieron alrededor de 80.000 judíos, Canadá, Australia y Sudáfrica más de 20.000. Pocos fueron los que regresaron a sus países de origen en Europa, especialmente a los países de este europeo.

Familias destrozadas

Tras la liberación, el esfuerzo de muchos supervivientes se concentró en buscar a sus familiares, aunque las posibilidades de éxito fuesen pocas. «En 1945», escribe Keith Lowe, «mientras la mayoría de la gente contaba a los familiares y amigos que había perdido durante la guerra, los supervivientes judíos solían contar los que les quedaban».[18] El caso de Alice Lok Cahana y de su hermana Edith es uno de esos muchos casos con final triste. Durante el cautiverio en Auschwitz pudieron permanecer siempre juntas y Alice protegió a la hermana al máximo, corriendo ella todos los riesgos. Consiguieron escapar *in extremis* a las cámaras de gas y cuando los alemanes evacuaban Auschwitz, ambas fueron llevadas a Bergen-Belsen en un momento en que ese campo, a reventar por las costuras, era el foco de una terrible epidemia de fiebre tifoidea. Cuando los ingleses lo liberaron, el estado de salud de Edith era tan dramático que la trasladaron a un hospital de la Cruz Roja sin atender las súplicas de Alice de que no las separaran. Entonces, esta empezó la búsqueda de la hermana, una búsqueda

que duró cincuenta y tres años. Alice nunca la encontró: solo al cabo de más de medio siglo después supo que había muerto en junio de 1945.

La historia de Shlomo Venezia fue diferente. Como ya se ha referido, a la salida del campo estaba enfermo de tuberculosis y fue obligado a pasar siete años en diferentes hospitales de Italia. Era el único que no recibía visitas y «por miedo a que todo volviese a empezar», ocultó su identidad judía hasta que lo trasladaron a un hospital en Merano gestionado por el American Joint Distribution Committee (Joint), que también ayudaba a la inserción en la vida activa o en la emigración a Israel, EUA y Canadá. Por medio de un amigo griego se enteró de que su hermano estaba vio, aunque enfermo, y que había pasado tres meses en coma. Shlomo solo pudo verlo siete años después de la liberación. «Estaba de paso por Italia e iba a emigrar a Estados Unidos. Nos vimos en el puerto, pasamos juntos algunas horas y se marchó. A mi hermana la volví a ver en Israel, en 1957, doce años después de la liberación. Había encontrado mi rastro en el hospital gracias a mi cuñado, Aaron Mano, con quien se había casado antes de irse a vivir a Israel. En el taxi que nos llevaba a su casa, empecé a llorar. En doce años, desde mi deportación, nunca había llorado (…), pero la emoción de volver a ver a mi hermana se me cayó encima con todo lo que había acumulado dentro de mí durante aquellos años (…). De toda nuestra familia, habíamos sobrevivido solo tres. Un milagro si tenemos en cuenta aquellas familias en las que murieron todos y de las que no queda nadie para preservar la memoria. Por ejemplo, los hermanos de mi madre, con sus mujeres y sus hijos… Nadie ha regresado. El apellido de la familia Ángel desapareció con ellos».[19]

Shlomo Venezia se quedó en Italia, cerca de Roma, se casó y tuvo tres hijos. Gracias a la Joint estudió hostelería y trabajó en el ramo el resto de su vida. Solo pudo empezar a hablar de Auschwitz en 1992, cuarenta y siete años después de su liberación. «No era

que no quisiese hablar, sino que la gente no me quería escuchar». Venezia cuenta que cuando salió del hospital se encontró con un judío y que empezó a hablar con él sobre lo que le había sucedido, pero, de repente, se dio cuenta de que en vez de mirarlo, su interlocutor mirada a alguien que había detrás de él. «Me di la vuelta y sorprendí a uno de sus amigos haciéndole gestos y dando a entender que yo estaba completamente loco. A partir de ese momento me cerré, no quise contar más. Para mí era un sufrimiento hablar, así que, cuando me encontraba ante gente que no me creía, llegaba a la conclusión de que era inútil insistir». A pesar de haber rehecho su vida, Shlomo Venezia reconoce que nunca más tuvo una vida «normal». «Nunca pude afirmar que todo estaba bien e ir, como las demás personas a bailar y a divertirme despreocupadamente. Todo me remite al campo. Haga lo que haga, vea lo que vea, mi espíritu siempre vuelve al mismo sitio. A la visión diaria de todas aquellas víctimas gaseadas…».[20]

La historia de Venezia es una historia dolorosa relacionada con las funciones del *Sonderkommando* al que estuvo sometido en Auschwitz-Birkenau. Igual que la de Filip Müller, también miembro de ese terrible «comando especial». Filip ofreció su testimonio justo después de la liberación, cuando aún estaba hospitalizado, pero su declaración, editada en una oscura publicación de Checoslovaquia, pasó desapercibida. Más tarde se convirtió en uno de los principales testimonios de la película *Shoah* de Claude Lanzmann entre 1978 y 1981.

Vrba y Langbein cuentan historias diferentes de su supervivencia tras la liberación: como miembros de la resistencia en Auschwitz, su inserción en las sociedades de acogida fue relativamente más fácil. No solo porque la gente los miraba diferente, sino porque ellos mismos se veían de manera más positiva. Vrba se doctoró en química, Langbein se hizo historiador. Así y todo, la gran mayoría de los que salieron vivos de los campos nunca pudo liberarse

totalmente del universo de concentración nazi. Durante mucho tiempo solo pudieron aliviarse del pesado fardo que cargaban en compañía unos de otros, con quienes les unía una afinidad, imposible en compañía de otros seres humanos, incluso de su propia familia: «Los hombres normales no saben que todo es posible», escribió David Rousset. «Los prisioneros de los campos de concentración lo saben. Vivieron la inquietud como una obsesión permanente. Conocieron la humillación de los golpes, la debilidad del cuerpo bajo el látigo. Sintieron la devastación del hambre. Caminaron durante años en el escenario fantasmagórico de todas las dignidades arruinadas. Están separados de los demás por una experiencia imposible de transmitir».[21]

Y, sin embargo, poder hablar era un acontecimiento único y memorable, el acontecimiento aguardado desde el día de la liberación y el que le daba un sentido. Robert Antelme confirma: «Traíamos con nosotros nuestra memoria, nuestra memoria vivísima, y sentíamos un deseo frenético de decir esto y aquello (…). No obstante, desde los primeros días, nos parecía imposible eliminar la distancia que descubríamos entre el lenguaje de que disponíamos y la experiencia que, mayoritariamente, todavía experimentábamos en nuestro cuerpo (…). En cuanto empezábamos a contar alguna cosa, nos ahogábamos».[22]

Inicialmente sofocada por el silencio, la voz de los supervivientes y testigos fue *in crescendo* hasta convertirse en las últimas dos décadas en un eco obsesivo, doloroso y lancinante. Probablemente tenga que ser así. De la misma manera que el ser humano necesita un tiempo para integrar su tragedia individual y aprender a vivir con ella, también los pueblos necesitan un periodo de omisión por el silencio para reconstruir su presente. *Tempo para falar* (tiempo para hablar) es el título del testimonio de Helen Lewis, publicado inicialmente en 1992 y ahora editado en Portugal. Yo añadiría: «Tiempo para escuchar»…

Niños del silencio

Una de las historias más trágicas del Holocausto fue la de los niños escondidos y el reencuentro o desencuentro con sus familias. En un intento desesperado por salvar a sus hijos, muchos padres los entregaban a conventos, orfanatos o familias que aceptaban correr el riesgo de custodiarlos. En el momento de la liberación, los pocos que sobrevivieron, o sus familiares, iniciaron una búsqueda que en muchos casos tardó años debido a la guerra, a los desplazamientos en masa de millones de personas de Europa Central y Oriental, o simplemente por estar en prisión o desaparecidos los que habían custodiado a los niños.

Muchas veces, dicha búsqueda terminaba en tragedia al descubrir que los niños habían muerto o que estaban desaparecidos. Con todo, el terror de que los padres no volvieran a recogerlos al final de la guerra acompañó a las criaturas durante muchos años. No obstante, sobre todo para los más pequeños, el reencuentro con sus progenitores y sus familiares también podía significar el traumático descubrimiento de una identidad que desconocían. Los que aún eran bebés cuando fueron entregados al cuidado de personas o instituciones no conservaban ningún recuerdo de sus padres biológicos y ni siquiera sabían que eran judíos; la única familia que conocían era la familia con la que habían convivido durante los años de guerra. Así que, cuando familiares o instituciones los encontraban, muchos niños estaban desnortados y se resistían al cambio.

También se dio el caso de que familias e instituciones se negaran a devolver a los niños, lo que supuso disputas encarnizadas en tribunales durante mucho tiempo, causando un intenso sufrimiento. El caso de los hermanos Finaly fue uno de los más conocidos. Ante su inminente deportación, los padres de estos dos niños, judíos austriacos refugiados en Grenoble, confiaron su custodia a una

institución católica. Ambos murieron en Auschwitz, pero una hermana del padre sobrevivió y al final de la guerra reclamó la guarda y custodia de los niños que, entretanto, habían sido entregados a Antoinette Brun, directora del orfanato municipal del Grenoble. Católica ferviente, Antoinette decidió bautizarlos —pese a haber sido ya circuncidadas por los padres— y se negó a entregarlos. Ante la negación, rabinos y comunidades judías se pusieron en marcha: solicitaron su custodia a autoridades políticas y religiosas, llevaron a cabo una campaña en la prensa, interpusieron acciones en los tribunales. El proceso se alargó durante años y, tras varios recursos, la Justicia francesa ordenó el 29 de enero de 1953 que la guarda y custodia de los niños fuese devuelta a la familia y el encarcelamiento de Antoinette Brun por secuestro de menores. Mientras tanto, los niños habían sido trasladados a Marsella, Bayona y, finalmente, a España para sustraerlos a la decisión de la justicia francesa. Solo en junio de ese año, dos religiosos vascos los entregaron por fin a la familia tras un complejo proceso de negociación.

No todos los casos fueron tan dramáticos, así y todo, la historia de los «niños del silencio» casi siempre fue dolorosa. Algunos pudieron vivir relativamente felices en familias de acogida o en instituciones en las que recibieron una parte del amor del que tanto carecían. Otras, explotadas por unos «anfitriones» poco escrupulosos, vivieron un auténtico calvario. El momento de la liberación, aunque feliz para los que se reencontraron con la familia, fue a la vez dilacerante para los que se despidieron de unos padres «adoptivos» que los querían y con los que habían creado estrechos lazos afectivos: fue trágico para los que se percataron de que nunca más volverían a ver a sus padres adoptivos y se reencontraron con una madre o un padre biológico irreconocible y destrozado.

El caso de Aarón Lustiger, el «cardenal judío», es excepcional. Nació en 1926 en el seno de una familia judía polaca que había

emigrado a Francia durante la Primera Guerra Mundial. El abuelo fue rabino ortodoxo en Bedzin, Polonia, y los padres, aunque no practicantes, educaron a sus hijos en la conciencia de su identidad judía. Tras la ocupación de Francia por Alemania en 1940, Aarón y su hermana Arlette fueron enviados de París a Orleans a casa de una familia católica para garantizar su protección, así como miles de otros niños judíos de la época. Entonces, Aarón se convierte al catolicismo contra la voluntad de sus padres y añade Jean-Marie a su nombre propio: tenía catorce años. Dos años más tarde, en París, la madre, Giselle, denunciada por un vecino, es detenida y deportada a Auschwitz donde muere gaseada. El padre sobrevive a la guerra e intenta, sin éxito, anular la conversión del hijo. En 1954 asistirá, en los bancos de atrás, a su ordenación como sacerdote. Aaron Jean-Marie Lustiger nunca habló de su proceso de conversión, pero su vida es testigo de una firme fe cristiana.

Jean-Marie fue capellán en la Sorbona, donde estudió literatura antes de entrar en el seminario; a continuación, sirvió como sacerdote en la parroquia de Sainte Jeanne de Chantal de París y regresó a Orleans ya como obispo. En 1981, el papa Juan Pablo II, con quien tenía afinidades profundas que no se limitaban a sus orígenes polacos comunes, lo nombra arzobispo de París y en 1983 cardenal, cargo que ocupará hasta 2005.

Aaron Jean-Marie Lustiger reafirmó durante toda su vida su identidad judía paralela a la cristiana: «Nací judío y eso sigo siendo, aunque para muchas personas sea inaceptable. Para mí, la vocación de Israel es aportar luz a los *goim* [paganos]. Esa es mi esperanza y creo que el cristianismo es el medio para conseguirlo», afirmó en una entrevista cuando todavía era arzobispo. El cardenal asumió pública y abiertamente su doble pertenencia hasta su muerte, donde, además de las exequias cristianas, se rezó a petición suya el *kadish* (oración judía de los difuntos). Todos los años, con motivo del servicio religioso en memoria de los deportados, Lustiger se

desplazaba a la Gran Sinagoga de París. Fue el inspirador de la declaración de arrepentimiento de la Iglesia de Francia en 1997 en el antiguo campo de tránsito de Drancy y hasta el final de su vida fue un obrero incansable de las relaciones más fraternas entre judíos y cristianos.

En 2005, en Bruselas, el cardenal Lustiger tuvo ocasión de participar en la Asamblea General del Congreso Judío Mundial donde fue invitado de honor. En su intervención, reafirmó: «Soy tan judío como todos los miembros de mi familia asesinados en Auschwitz… Tenemos, cristianos y judíos, una responsabilidad mutua: la lucha sin tregua contra el antisemitismo…».

Aaron Jean-Marie Lustiger murió el 10 de agosto de 2007. En el homenaje fúnebre que se le dedicó, Maurice Druon, de la Academia Francesa, declaró: «Fuiste una forma de milagro, lo imposible existente, fuiste el "cardenal judío"».[23]

Complacencia e impunidad

Al final de la guerra, por acuerdo entre los aliados, se constituyeron varios tribunales para juzgar los crímenes de guerra, crímenes contra la Humanidad y crímenes contra la paz. Algunos de los mayores criminales fueron juzgados en el Tribunal Militar Internacional de Núremberg. Entre el 18 de octubre de 1945 y el 1 de octubre de 1946 se juzgó a veintidós grandes criminales de guerra, doce de los cuales fueron condenados a muerte, el resto a cadena perpetua o a detenciones de entre diez y veinte años. Tres fueron absueltos.

Además del Tribunal de Núremberg, también se constituyeron otros tribunales, unos en las zonas ocupadas de los aliados en Alemania y Austria, otros en los mismos países invadidos por los nazis: Polonia, Checoslovaquia, URSS, Hungría, Rumanía y Francia,

entre otros. Hubo tres tribunales nacionales y sus respectivos juicios que se revistieron de una importancia particular: el tribunal de Cracovia, que en 1947 llevó a cabo el juicio de cuarenta guardas y dirigentes de Auschwitz, de los cuales veintidós fueron condenados a muerte; el juicio de Eichmann en Jerusalén, en 1961, que por primera vez en la historia permitió que más de cien víctimas asumiesen el papel de testigos en la acusación. Por el dramatismo y dimensión del horror desvelado, el juicio de Eichmann produjo un choque en la conciencia de la gente con una gran repercusión más allá de la población judía. Y, finalmente, entre 1963 y 1965, el juicio en Frankfurt a veintidós guardas de Auschwitz. Además de las condenas de algunos torturadores como Boger, Mulka o Kaduk, este último conocido también como el «satanás de Auschwitz», el juicio de Frankfurt supuso un giro en la actitud alemana frente al Holocausto. Veinte años y un cambio generacional después, Alemania empezada a encarar y enfrentarse a su pasado…

En el juicio de Cracovia de 1947 fueron condenados a muerte: Max Grabner, de la Gestapo, jefe del departamento político de Auschwitz cuya función era combatir la resistencia del campo y castigar las evasiones. Fue condenado por crímenes contra la Humanidad y ahorcado en 1948; Rudolf Hoess, el primero y principal comandante de Auschwitz. En los primeros días de guerra, Himmler le aconsejó que se escondiera entre el personal de la marina alemana. Así pasó desapercibido durante un año, pero acabó por ser capturado por las tropas británicas en marzo de 1946. En aquel momento se hacía pasar por agricultor y se había cambiado de nombre, adoptando el de Franz Lang, aunque rápidamente confesó su identidad verdadera. Después de declarar en el Tribunal Militar Internacional de Núremberg el 15 de abril de 1946, Rudolf Hoess fue entregado a las autoridades polacas para ser juzgado en Cracovia por los crímenes de Auschwitz. Fue condenado a muerte por ahorcamiento y ejecutado el 16 de abril de 1947 en el mismo

espacio en el que estuvo la sede del cuartel general de la Gestapo, adyacente al crematorio del campo de Auschwitz. También en el marco del mismo juicio de 1947, fue condenado y ejecutado Karl Möckel, responsable del abastecimiento y reparto de la comida en el campo y de la confiscación de los bienes de los prisioneros.

Entre septiembre y noviembre de 1945 se celebró el juicio de Belsen, oficialmente denominado «juicio de Josef Kramer y otros cuarenta y cuatro», llevado a cabo por un tribunal militar británico contra 45 hombres y mujeres de las SS y *kapos* de los campos de concentración de Auschwitz y Bergen-Belsen. Por tanto, se condenó a muerte y se ejecutó a: Josef Kramer, comandante de Birkenau y después de Bergen-Belsen; Fritz Klein, médico que en Auschwitz seleccionaba a los prisioneros a la llegada y llevaba a cabo experimentos con ellos; y Franz Hössler. Antes de llegar a Auschwitz, Hössler había enviado a las cámaras de gas de Sonnestein a más de quinientos prisioneros deficientes en el marco del siniestro programa T4, denominado «eutanasia» que tuvo lugar entre 1939 y 1941. En Auschwitz, entre muchos otros crímenes, Hössler fue el responsable del asesinato en las cámaras de gas de 1.600 judíos holandeses y, en 1943, supervisó las operaciones de las cámaras de gas del campo femenino de Birkenau al que fue transferido. Irma Grese, una de las guardas más crueles de Auschwitz y más tarde de Bergen-Belsen, también fue condenada a muerte y ahorcada en diciembre de 1945 junto con Elisabeth Volkenrath, también guarda en Auschwitz y Bergen-Belsen.

Sin embargo, la gran masa de los agentes del crimen nazi permaneció impune. Aproximadamente el 85 por ciento de los miembros de las SS que estuvieron en Auschwitz y que sobrevivió a la guerra nunca fue acusado de nada. Algunos se establecieron en España y Argentina, otros se refugiaron en países árabes de Oriente Medio. Otros, incluso, se escondieron en monasterios italianos, pero un número mucho mayor permaneció en sus propios países sin que

nadie les molestara. Algunos fueron condenados a pequeñas penas de prisión, pudiendo retomar después sus carreras profesionales. Los industriales y hombres de negocios, muchos de los cuales tuvieron una gran responsabilidad en el funcionamiento de la máquina de muerte, fueron de los primeros que escaparon a su pasado: Alfreid Krupp recuperó el control de su imperio industrial tras una condena de doce años de la que solo cumplió una parte; Otto Ambros, dirigente de la I. G. Farben y de la I. G. Auschwitz, después de cumplir una pena de ocho años, se hizo director de seis sociedades alemanas y presidente de Knoll, filial de BASF, además de consultor de otras empresas en Gran Bretaña, Francia y Suiza. Entrevistado en 1981 por un periodista americano sobre sus actividades durante la guerra, Ambros respondió: «Todo eso sucedió hace mucho. Entonces había judíos. Ahora ya no pensamos en eso».[24]

Otros nunca llegaron a ser detenidos. El caso más flagrante es el de Josef Mengele, el «carnicero de Auschwitz». Gracias al apoyo de su familia, logró refugiarse en Argentina. Más tarde, ante la emisión de una orden de prisión en 1959, seguida de una petición de extradición, y alarmado por la captura y el juicio de Eichmann, Mengele se fuga a Paraguay y después a Brasil. La justicia nunca lo atrapó: murió en 1979 mientras se bañaba en la playa, probablemente de un paro cardiaco. Fue enterrado en un suburbio de São Paulo con el nombre falso de Wolfgang Gerhard; la policía alemana logró exhumar su cadáver en 1985 y en 1992 se confirmó, por fin, su identidad por medio de una prueba de ADN.[25] También escapó a la justicia Richard Baer, comandante de Auschwitz entre mayo de 1944 y enero de 1945. Detenido en 1960 tras el anuncio de una recompensa por su captura, acabó muriendo en 1963 antes del juicio. El caso de Walter Dejaco fue diferente: arquitecto de los crematorios —cámaras de gas + hornos crematorios— de Auschwitz-Birkenau, fue absuelto por un tribunal austriaco en 1972 por pruebas consideradas no determinantes.

El inicio de la Guerra Fría tuvo un impacto significativo en la complacencia con la que se trató a muchos agentes del nazismo. El caso de la «operación *Paperclip*» es, de alguna manera, un ejemplo de eso mismo: en el ámbito de dicha operación, aproximadamente 1.500 científicos nazis no llegaron a ser juzgados y fueron reclutados por el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de los EUA, aparentemente en contra de la voluntad del presidente Roosevelt. Estos hombres eran los responsables en el campo de Dora-Mittelbau, en concreto, del desarrollo de los misiles V1 y V2 destinados a combatir a la aviación militar británica, la RAF, y a destruir Londres. Estaban dirigidos por el científico Wernher von Braun, que se unió a Himmler y a las tropas nazis alcanzando el grado de comandante. En Dora-Mittelbau trabajaban 60.000 prisioneros de aproximadamente 21 países en túneles subterráneos para la construcción de los misiles, las «armas de represalia», como las llamó Goebbels. Las atroces condiciones de trabajo de los prisioneros, encerrados de noche y de día en los túneles a temperaturas gélidas, provocaron la muerte de más de un tercio. El campo fue liberado en abril de 1945 por el ejército americano y muchos de sus científicos reclutados por los EUA. La Unión Soviética también utilizó a muchos de estos científicos en el desarrollo de su programa espacial.

Los debates en los juicios celebrados al final de la guerra revelaron que los recuerdos del campo perturbaban y atormentaban mucho más a las víctimas que a los verdugos: además de que les resultaba insoportable encarar de nuevo a sus verdugos, algunos tenían dificultades para expresar por lo que habían pasado, otros no resistían a la emoción y perdían el conocimiento, y otros tenían dificultades para contener el dolor, la rabia y la desesperación. En cambio, la mayoría de los presos de las SS no se sentían culpables ni mostraron arrepentimiento alguno. En los juicios afirmaban simplemente haber cumplido órdenes y cuando se les acusaba de

hechos concretos, invocaban fallos de memoria o negaban las acusaciones. Josef Kramer, que como ya se ha referido anteriormente fue comandante en Birkenau y después en Bergen-Belsen, empezó negando la existencia de las cámaras de gas. Más tarde, ante la evidencia, acabó por decir que estaba vinculado a un pacto de silencio con Hitler y Himmler. Pocos osaban justificar sus actos. Otto Ohlendorf, alto comandante de un *Einsatzgruppen* en Ucrania y Crimea, fue uno de ellos, reafirmando que era necesario destruir a los judíos. Cuando el procurador americano Heath le preguntó por qué a los niños, Ohlendorf respondió: «Era necesario matarlos por las mismas razones que era necesario matar a los padres (…) porque cuando creciesen, al ser hijos de padres que habían sido asesinados, constituirían, sin duda alguna, un peligro tan grande como el de sus padres».[26]

Setenta años después, las heridas todavía no han cicatrizado: el tiempo de la historia no se compadece del sufrimiento de los hombres.

[1]Müller, *op. cit.*, p. 242.

[2]Levi, Primo, *Os que sucumbem... op. cit.*, p. 69.

[3]Levi, Primo, *Se isto é um homem, op. cit.*, p. 175.

[4]Müller-Madej, Stella*, op. cit.*, p. 352.

[5]Améry, *op. cit.*, p. 56.

[6]Kertész, Imre, *op. cit.*, p. 165.

[7]Entrevista realizada por la autora.

[8]Judt, Toy, *Pós-guerra, Historia da Europa desde 1945*, Edições 70, 2006, p. 45.

[9]Levi, Primo, *Se isto é um homem*, *op. cit.*, p. 176.

[10]Kertész, *op. cit.*, p. 176.

[11]Erlichson, Icek, *O sabor do paraíso, do terror nazi aos gulags soviéticos*, Bertrans Editora, 2013, pp. 246-247.

[12]Judt, Tony, *op. cit.*, p. 44.

[13]*Ibidem*, p. 36.

[14]*Displaced Persons* (DP), personas desplazadas.

[15]Los *displaced persons* judíos (conocidos como *Sh'erit ha-Pletah*, «supervivientes renacientes», pasaron a ser tutelados por la UNRRA y por las fuerzas de ocupación, especialmente de los ejércitos norteamericano y británico durante un largo periodo de tiempo.

[16]Hilberg, Raul, *op. cit.*, p. 1953.

[17]Publicado el 17 de mayo de 1939 por el gobierno británico de Neville Chamberlain, el llamado *Libro blanco* trataba de tres cuestiones: a) el futuro político del mandato, que preveía un Estado asociando árabes y judíos; b) restricción a la inmigración judía, limitándola a 75.000 personas al año durante un periodo de cinco años, tras los cuales se cerraría; c) prohibición o restricción de compra de tierras por parte de los judíos.

[18]Lowe, Keith, *Continente Selvagem, a Europa no rescaldo da Segunda Guerra Mundial*, Bertrand, 2013, p. 43.

[19]Venezia, Shlomo, *op. cit.*, p. 43.

[20]*Ibidem*, pp. 154-159.

[21]Rousset, David, *L'univers concentrationnaire*, Éditions du Pavois, París, 1946.

[22]Antelme, Robert, *L'espèce humaine*, Gallimard, 1957, p. 9.

[23]La película *Le métis de Dieu*, de Ilan Duran Cohen, 2012, ofrece el testimonio de la vida de Lustiger. La película cerró el festival «judío» en marzo de 2014 en el cine São Jorge de Lisboa.

[24]Hilberg, *op. cit.*, p. 2021.

[25]Sobre este tema, véase la película *El médico alemán*, de Lucía Penzo, 2013.

[26]Hilberg, Raul, *op. cit.*, p. 1998.

Epílogo. «¡NO NOS OLVIDEN!»

En enero del año 2000 se celebró en Estocolmo el primer Fórum Internacional del siglo, dedicado simbólicamente al Holocausto. Entre los seiscientos delegados que representaban alrededor de cuarenta países —en cuya delegación participé— había muchos supervivientes. Estos no fueron los oradores principales. Se mantuvieron juntos, la mayor parte del tiempo en silencio, escuchando a los delegados garantizar la memoria, la educación y la investigación del Holocausto en sus países, proclamando la frase: «¡Nunca más!». En un momento dado, uno de aquellos supervivientes se levantó y dijo: «Si en diez años se vuelve a celebrar una conferencia como esta, la mayor parte de nosotros ya no estará aquí. ¡No nos olviden!».

Efectivamente, catorce años más tarde la mayoría de ellos ya no está. ¿Hemos respondido a su llamada? ¿Hemos cumplido las promesas de Estocolmo? En parte creo que sí. Durante estos años se han multiplicado los días conmemorativos, las placas, los museos, los memoriales y los testimonios. Las Naciones Unidas han instituido el Día Internacional de la Memoria de las Víctimas del Holocausto y los parlamentos nacionales europeos dedican anualmente un minuto de silencio en su memoria. Aunque de manera desigual, los programas escolares incluyen el estudio del Holocausto y muchas escuelas organizan visitas a Auschwitz o a otros campos. A lo largo de las últimas décadas, sobre todo en Europa y en Estados Unidos, se ha construido una memoria pública que permite a los supervivientes el reconocimiento del que han carecido durante demasiado tiempo.

Entonces, ¿por qué este sentimiento de malestar, de tristeza, al acabar este libro? En primer lugar, por la conciencia de que la

verdadera voz de Auschwitz, la de Treblinka o la de Sobibor no nos llegará nunca en primera persona: yace en la las cenizas de la inmensa multitud de hombres, mujeres y niños que bebieron el «cáliz» hasta el final, de aquellos que fueron los testigos más genuinos del tenebroso funcionamiento de la máquina de exterminio de un Reich enloquecido. Como recuerda Levi, ellos son la regla y los supervivientes la excepción: quien tocó fondo no regresó…

Pero hay otra razón. En el Fórum de Estocolmo de 2000, el superviviente que he citado anteriormente y cuyo nombre, por desgracia, no retuve, añadió una frase más a su reivindicación: «Recuerden hasta dónde el racismo, el antisemitismo y la intolerancia pueden llegar». Y la verdad es que no nos acordamos: ¿valdrá la pena citar todos los conflictos, todas las tragedias que ocurrieron y ocurren por todo el mundo desde la Segunda Guerra Mundial? ¿Valdrá la pena decir que la hidra vuelve a erguir la cabeza cuando el terreno le es propicio? En realidad, ignoramos la principal «lección» de Auschwitz: la de lo destructivas que pueden ser las guerras en nuestras sociedades tan evolucionadas desde el punto de vista científico, tecnológico e industrial. El Holocausto, escribe Geneviève Decrop, demostró de manera insólita en la historia que las mayores masacres no se producen en los campos de batalla, sino en los bastidores de las administraciones públicas y privadas, o como dijo Kafka, que «los grilletes de la Humanidad torturada están en los papeles de los ministerios».[1]

A lo largo de la historia, la humanidad ha conocido guerras y masacres atroces. Pero el Holocausto surge en el seno de una sociedad moderna, culta y sofisticada, en un mundo donde la barbarie se suponía superada. Ahora bien, no solo ocurrió eso, sino que los propios instrumentos de la modernidad fueron los que permitieron la catástrofe con la dimensión y características que adoptó. Es, por tanto, en ese contexto histórico y civilizatorio donde se tiene que hacer la reflexión sobre el Holocausto. Y si se juzga en

el contexto de la Europa del siglo xx y de su cultura sofisticada, lo que rebela la historia del genocidio nazi es que vivimos en un mundo que contiene en sí mismo la posibilidad de «Auschwitz». La historia nunca se repite de la misma manera, porque el contexto que la determina es irrepetible. Pero la barbarie nazi ocurrió, no como un paréntesis histórico, sino como una posibilidad de nuestra civilización.

Auschwitz, como símbolo de un proyecto de exterminio sin precedentes de una parte de la humanidad, fue un cataclismo cuyo impacto traumático se mantiene hasta hoy. Para los judíos supuso una catástrofe cuyas secuelas perduran en el tiempo y en todos los ámbitos. Desde un punto de vista físico, su población disminuyó en un tercio a nivel mundial y en dos tercios en Europa, lo que alteró radicalmente su demografía y quizás, definitivamente, su reparto geográfico y cultural. La secular y pujante cultura yidis, con su humor ingenuo, su lengua, su teatro y su literatura, se quedó enterrada en suelo polaco o en la arenas de los ríos Sola y Vístula. Desde el punto de vista psicológico, las consecuencias también son profundas. Como muchos pueblos europeos, el mundo judaico hizo suya la causa de los aliados durante la guerra y contribuyó a su victoria final, sobre todo los judíos de Estados Unidos, Gran Bretaña o Palestina. Pero los países aliados en guerra con Alemania nunca los socorrieron. El mundo judío europeo no tenía aliados. En su momento más difícil, el judaísmo estaba solo, y la constatación de ese abandono representó un choque traumático para los judíos de todo el mundo, con consecuencias futuras en su comportamiento. En diciembre de 1944 en la segunda sesión de la American Jewish Conference, Joseph Tenenbaum declaraba: «No contemos con los otros para defender nuestros intereses. Cuando acusaron a Japón de emplear gas contra los chinos, hubo una advertencia solemne de Estados Unidos, que los amenazó con represalias por el uso de gases tóxicos. Millones de judíos fueron asfixiados en las cámaras de

gas, sin embargo, nadie amenazó a los alemanes con represalias; no les amenazaron con gasear sus ciudades. Los judíos tienen que parar de ser siempre los sacrificados entre las naciones».[2]

En la tercera sesión de la conferencia, celebrada en febrero de 1946, el tono es todavía más amargo, como revelan las palabras de un superviviente, presidente de los judíos liberados del sector americano en Alemania: «Señoras y señores, me doy cuenta de que vivimos en un mundo cínico. Soy consciente de que la humanidad está habituada a la brutalidad. Pero, por mi parte, nunca hubiese aceptado que el mundo civilizado del siglo xx pudiese manifestar tanta insensibilidad ante la aniquilación del pueblo judío en Europa. Me siento obligado a pensar que estas cosas le ocurrieron al pueblo judío y no a cualquier otro solo por el hecho de serlo».[3]

La indiferencia, la hostilidad, muchas veces agresiva e incluso violenta, con las que fueron recibidos al intentar regresar a sus países, a sus casas y a sus antiguas propiedades, acentuó el sentimiento de soledad y de marginalidad con respecto a otros pueblos. El resultado fue, en primer lugar, un auténtico éxodo de los supervivientes hacia el nuevo Estado judío —que afrontaban como el único espacio del planeta donde podrían «vivir libremente y morir en sus propias casas»[4], y, en segundo lugar, la construcción obstinada, persistente y continua de una memoria del Holocausto, documento a documento, testigo a testigo, archivo a archivo. Una memoria que lentamente se ha vuelto parte integrante de la identidad judía que ha configurado la conciencia y el comportamiento del judío post-holocausto: una de las paradojas de ese comportamiento es el hecho de asumirlo como tal, pública y claramente. «El judío post 1945», escribe Hilberg, «raramente se comporta como un cerdo en el plano social o político».[5] En realidad, esa es una de las lecciones del Holocausto: cuanto más asimilado, más vulnerable…

Para los supervivientes de los otros grupos humanos perseguidos por los nazis, los procesos de recuperación, especialmente entre los gitanos y los homosexuales, también fueron dolorosos y traumáticos, como así atestiguan los testigos, con el agravante de que su sufrimiento se reconoció más tardíamente. En lo que respecta a los gitanos, sinti y rom, solo recientemente se ha hecho pública la memoria de su sufrimiento, principalmente en Auschwitz. En el caso de los homosexuales, el reconocimiento, además de tarde, es en cierto modo «vergonzoso». Durante mucho tiempo fue un tema tabú para ellos mismos, que ni siquiera se atrevían a manifestar. El memorial a las víctimas homosexuales en Berlín, inaugurado en 2008, refleja precisamente ese tabú: prácticamente escondido en uno de los laterales del parque Tiergarten, es un bloque de hormigón de casi tres metros de altura en el que solo por una pequeña abertura se puede visualizar imágenes de un abrazo entre dos hombres.

Respecto a los prisioneros de guerra soviéticos, su destino fue mucho peor: Para Stalin no existían prisioneros de guerra, solo «traidores a la patria». Por el «delito» de haber sido capturada por las tropas alemanas cuando cercaron el hospital en el que trabajaba, a Tatiana Nanieva se la condenó a seis años de detención en un *gulag* y al exilio en Siberia para el resto de su vida.[6]

En realidad, por diferentes motivos, ni Alemania, ni los países ocupados, ni incluso los aliados, estaban interesados en recordar el pasado y sobre todo a sus víctimas. Alemania se resistió durante décadas a asumir sus actos y especialmente sus consecuencias. Para los aliados, la doctrina «la victoria primero», que los llevó a desvalorizar todo plan de salvamento de las víctimas, tuvo como consecuencia, en una primera fase, la ausencia de reconocimiento de la dimensión inédita y específica de la ejecución nazi y de su principal destinatario —lo que llevó, por ejemplo, a tratar a numerosos judíos alemanes como simples prisioneros y no como

supervivientes. En 1944, las autoridades británicas establecidas en Bélgica internaron a alrededor de dos mil prisioneros judíos alemanes como «enemigos extranjeros»…

Al final de la guerra, lo que más tarde se conocería como «Holocausto», era uno de tantos acontecimientos de guerra, igual que otros muchos crímenes y tragedias. De manera general, la gente tuvo su dosis de sufrimiento y fue blanco de bombardeos, perdió seres queridos y muchas personas acabaron con su vida destrozada. No querían, ni tenían disponibilidad psicológica para escuchar otros sufrimientos que eran incluso mayores. Pero la verdadera historia acaba cayendo por su propio peso. Dubitativa al principio, tanteando el terreno, irrumpe de forma incontrolable y conquista cada vez más espacio. Hoy, la memoria del Holocausto no está solo escrita en las piedras, está en la literatura como cuestionamiento interminable, en la ética como referencia del mal absoluto, en las leyes que castigan su negación. Omnipresente, se ha convertido en pasto, también, de todas las analogías, normalmente abusivas, en instrumento político y, demasiadas veces, en confluencia de sufrimientos. ¿Es inevitable? Puede que sí…

«La historia enseña, pero no tiene alumnos», escribió Ingeborg Bachmann, lo que no significa que no aprendemos con ella. A pesar de ser omnipresente, la memoria del Holocausto nos ha ayudado muy poco a detectar en otros conflictos las señales de la tragedia… ¿Por qué? Porque no basta con el «Nunca jamás». Como afirmó Keerstéz, citado en la introducción, el problema de Auschwitz no es su memoria, es su propia existencia, y si quisiéramos reflejar y aprender las enseñanzas que nos puede traer, no son suficientes las proclamas y un desconocimiento vago, es necesario un conocimiento profundo de lo que sucedió. La memoria no es una virtud, ni un deber, es una facultad. Sin embargo, es una facultad engañosa, sujeta a manipulaciones permanentes.

No obstante, la solución no pasa por el olvido. No solo porque no sea posible —vemos con qué fuerza resurge, décadas después, la memoria inicialmente sofocada de los acontecimientos— sino porque si quisiéramos comprender la Europa de hoy, entonces tendríamos que conocer el dramático periodo de guerra, sus antecedentes y la inmediata postguerra.[7] Y darse cuenta de que de nada le sirve a una nación conquistar el mundo, si tiene que perder el alma…

El 28 de febrero de ese mismo año 2000, el *Times* publicó un artículo de un profesor universitario de Berlín, Michael Blumenthal, que al ser confrontado con lamentaciones sobre el «cansancio del Holocausto», decidió hacer una pequeña encuesta entre sus alumnos. Al analizar los resultados, Blumenthal llegó a la conclusión de que dicho cansancio estaba relacionado directamente con la ignorancia. Es decir, ninguno de sus alumnos (estudiantes universitarios) había leído nada a propósito de los testimonios más importantes de los campos de concentración, ninguno conocía los nombres de los principales torturadores nazis, nadie había leído a historiadores, escritores o poetas que hubiesen tratado el tema. Y, sin embargo, estaban cansados, saturados…

¿Qué significa ese cansancio, que probablemente siente y no se atreve a expresar parte de la opinión pública de Europa e de Estados Unidos? Muy sencillo, que el conocimiento sobre el genocidio nazi se ha sustituido por su banalización en el sentido literal de la palabra: vaciarlo de contenido a través de la repetición mecánica. Significa que hechos y acontecimientos se presentan fuera de su contexto histórico, como producto de voluntades maléficas o bondadosas, según los puntos de vista, con lss que las jóvenes generaciones ya no se reconocen.

Hoy, los supervivientes están desapareciendo, mañana serán sus hijos y nietos. Con ellos partirá también la memoria viva del Holocausto. Dentro de unas décadas, quizás menos, no habrá nadie que pueda testimoniar una vivencia familiar. Y cuando el tiempo

cicatrice las heridas causadas por el exterminio, existe el peligro de que esa historia se desvanezca en el pasado y de que de ella apenas queden fechas, números y hechos. Lo que hoy entendemos como una catástrofe sin precedentes, será un acontecimiento histórico más entre otros muchos. Puede que sea inevitable, pero contra la banalización, el olvido y la manipulación histórica solo existe una alternativa, incluso incierta: el conocimiento. Únicamente el conocimiento profundo de la máquina de muerte nazi y, en la medida de lo posible, de sus causas y su contexto, permitirá eventualmente mantener y perpetuar la memoria del Holocausto, no como una simple repetición de vagos conceptos, sino como un instrumento de educación cívica. Como escribe Michael Blumenthal: «La medicina para el cansancio no es la ceguera, sino la curiosidad…».

Paul Ricoeur afirmó un día la necesidad de reconocer «en las víctimas de Auschwitz a los delegados, en nuestra memoria, de todas las víctimas de la historia». En realidad, eso no es posible ni deseable, porque ningún sufrimiento humano se puede delegar ni comparar. Desde el punto de vista de la víctima, todo sufrimiento es único y no hay ni puede haber ningún criterio que pueda evaluar la mayor o menor cantidad de sufrimiento individual. Con todo, el contexto histórico, los acontecimientos y los comportamientos individuales y colectivos, estos sí, son susceptibles de comparación en la condición *sine qua non* de estudiarse y de conocer a fondo lo que se pretende comparar. Todas las analogías apresuradas que obedecen a criterios políticos e ideológicos inmediatos y no a la búsqueda de la verdad histórica, no nos vuelven más sabios, sino más resentidos.

En el momento en que celebramos el 70 aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial y de la liberación de Auschwitz, este libro pretende ser un grano de arena más en el conocimiento de lo que fue la peor tragedia del siglo XX. Incompleto e inacabado, tiene una

ambición probablemente desmedida: contribuir al reconocimiento de las señales de la tragedia para detectar los indicios de la terrible continuidad histórica que condujo al Holocausto, a la catástrofe, a la Shoah.

Se lo dedico a la memoria de aquellos de quienes solo nos llega el más doloroso de los silencios…

[1]Decrop, Geniève, prefacio de Hoess,Rudolf, *Le Commandat d'Auschwitz parle*, *op. cit.*, p.25

[2]Hilberg, Raul, *op. cit.*, p. 1949.

[3]*Ibidem,* p. 1950.

[4]Herzl, Theodor, *Der Judenstaat* (El Estado judío), 1896.

[5]Hilberg, Raul, *op. cit.*, p. 1957.

[6]Rees, Laurence, *op. cit.*, p. 373.

[7]Respecto a esto, éase la obra de Keith Lowe, traducida al portugués con el título *Continente Selvagem, a Europa no Rescaldo da Segunda Guerra Mundial*, Bertrand Editora, 2013.

Cronología general del complejo de Auschwitz[1]

1939

15 de marzo: invasión alemana de Checoslovaquia.
22 de mayo: Pacto de Acero con la Italia fascista.
23 de agosto: Pacto de no agresión con la URSS.
1 de septiembre: invasión de Polonia, inicio de la Segunda Guerra Mundial.
20 de diciembre: la región de Oswiecim es anexada al Reich. La ciudad retoma el mismo nombre de que tenía en la época en que pertenecía al Imperio austrohúngaro: Auschwitz.

1940

21 de febrero: inicio de las obras para crear un campo de concentración.
29 de abril: Rudolf Hoess es nombrado comandante del futuro campo de Auschwitz *(Konzentrationslager,* KL).
20 de mayo: llegada de 30 criminales alemanes de delito común para integrarse con los primeros detenidos polacos, oriundos del campo de Sachsenhausen.
Mayo, junio y julio: por orden del burgomaestre alemán de Auschwitz, la comunidad judía local pone a disposición de los alemanes a 300 hombres para las obras de transformación y construcción del campo; primeras expulsiones de familias polacas de las zonas reservadas al campo de concentración y para el alojamiento de las SS; creación de la «zona de interés del campo de Auschwitz» de alrededor de 40 km2.

14 de junio: llegada de 728 prisioneros políticos polacos procedentes de Tarnow.

28 de junio-5 de julio: construcción del primer horno crematorio por la empresa de Erfurt J. A. Topf & Söhne en la antigua caserna militar (crematorio I).

15 de agosto: primera incineración de un detenido en el crematorio I del campo de concentración de Auschwitz.

Noviembre:

— Primeras ejecuciones en el campo. Himmler decide la creación de una vasta zona de experimentación agronómica, de cría de ganado y piscicultura.

— Negociaciones a nivel gubernamental con la I.G. Farben para la implantación de una fábrica de Buna (caucho sintético).

Diciembre: privados de alimentación durante veiticuatro horas y de pie en la plaza de la señal de llamada por la ausencia de un prisionero, el 10 por ciento de los prisioneros muere en un solo día. A finales de año, el número de prisioneros registrados es de 8.000.

1941

Enero:

— La orquesta de los prisioneros del campo toca por primera vez ante la entrada del campo, a la salida y a la llegada de los comandos de trabajo.

— Otto Ambros, miembro del consejo de administración de la I. G. Farben, declara que Auschwitz es el lugar adecuado para la instalación de fábricas químicas. Los detenidos serán la mano de obra de las brigadas de construcción, así como de las fábricas de la I. G. Farben.

Marzo:

— Primera inspección de Heinrich Himmler a Auschwitz (día 1). Decide aumentar el campo a 30.000 prisioneros y construir en el terreno adyacente de Birkenau un campo para 100.000 prisioneros de guerra.

— El profesor Zunker, especialista en higiene, declara en un informe que el agua del campo está completamente contaminada hasta para lavarse los dientes.

Abril: después de un malogrado intento de fuga, diez prisioneros son encerrados en el *Bunker,* donde mueren de hambre.

Junio:

— Llegada (6) del primer transporte procedente de Checoslovaquia.

— Invasión alemana (22) de la Unión Soviética e inicio del exterminio sistemático de los comisarios bolcheviques y de los judíos, sobre todo por parte de los *Einsatzgruppen.*

Julio, 28: primera selección, por parte del Dr. Horst Schumann, de 575 detenidos considerados no aptos para el trabajo en el marco del programa de «eutanasia». Son transferidos al hospital psiquiátrico de Königstein, donde serán gaseados con monóxido de carbono.

Agosto:

— Visita a Auschwitz de Adolf Eichmann, encargado de los «asuntos judíos, de la migración y evacuación» en el RSHA – Gabinete Central de Seguridad del Reich.

— Los detenidos enfermos o considerados no aptos para trabajar son asesinados por medio de una inyección de fenol directamente en el corazón.

Septiembre: primeros gaseamientos de enfermos y prisioneros de guerra soviéticos con el gas Zyklon B en Auschwitz, en los subterráneos del Bloque 11 y después en la morgue del crematorio I.

Octubre:

— Karl Bischoff es nombrado director de la construcción del nuevo campo de Birkenau.
— Llegada de 10.000 prisioneros soviéticos.
— Primeros planos de los grandes crematorios previstos en Birkenau de autoría del arquitecto de las SS Walter Dejaco.

Otoño: inicio de la construcción del campo de Birkenau por parte de los prisioneros soviéticos; los cuerpos de los muertos de agotamiento (más de 8.200) serán quemados en el crematorio I y sus cenizas enterradas en fosas en Birkenau.

Diciembre: hasta final de año se registró a 25.000 detenidos, pero en la misma fecha ya solo quedaban 10.000.

1942

20 de enero: Conferencia de Wannsee destinada a organizar y coordinar la «Solución final de la cuestión judía». Inicio del exterminio sistemático de los judíos, gitanos y otros deportados en los campos de muerte de Polonia (Auschwitz-Birkenau, Majdanek, Chelmno, Belzec, Sobibor, Treblinka).

15 de febrero: llegada del primer transporte de judíos de la Alta Silesia.

Marzo:

— Traslado a Birkenau de los prisioneros de guerra soviéticos supervivientes. El campo de prisioneros de guerra de Auschwitz es oficialmente disuelto.
— Inicio del tatuaje de los prisioneros con el número de registro en el brazo izquierdo.
— Llegada a Birkenau del primer transporte de 1.112 judíos de Francia exclusivamente masculino.
— Después de la llegada de 999 mujeres judías de Poprad, en Eslovaquia, y más o menos el mismo número de alemanas

procedentes del campo de Ravensbrück, se crea la sección femenina del campo de Auschwitz en los bloques de 1 a 10.

— Creación de las dos primeras cámaras con gas Zyklon B en Birkenau, en el *Bunker I.*

29 de abril: primera selección en la recién inaugurada rampa *(Judenrampe)* de un transporte de judíos de Eslovaquia.

Mayo:

— Inicio de la construcción del crematorio II de Birkenau por un comando de 100 detenidos y aceleración de los gaseamientos en Birkenau.

— El profesor Carl Clauberg pide oficialmente a Himmler autorización para proceder a experimentos de esterilización.

Junio:

— Convocatoria de Hoess a Berlín y encuentro con Himmler para informarlo de que Auschwitz es elegido como el principal centro de liquidación de judíos.

— Construcción en el *Bunker II* de cuatro cámaras de gas.

— Fuga con éxito de cuatro detenidos polacos vestidos con uniformes nazis. Su osadía y su éxito se hicieron legendarios en el campo.

— Gaseamiento en las cámaras de gas de Birkenau de 566 prisioneros del hospital psiquiátrico de Kobierzyn, cerca de Cracovia.

Julio:

— Debido a la contaminación del agua con el bacilo de Eberth, se desencadena la primera epidemia de tifus que causará 20.000 víctimas entre julio y noviembre. Como medida de precaución se prohíbe a las SS entrar en la zona más afectada.

— Segunda y última visita de Himmler a Birkenau los días 17 y 18 durante la que asiste a una operación de gaseamiento.

— Himmler ordena la desaparición de las fosas comunes de Birkena; como consecuencia va a Auschwitz el SS Paul Blobel, especialista en la quema de las víctimas en los camiones de gas de Chelmno.

Agosto:

— Decisión del departamento central de la administración económica alemana de aprovechar el pelo de las mujeres de los campos de concentración para fines militares.

— El campo de las mujeres de Auschwitz se transfiere a Birkenau.

Septiembre:

— Inicio de los trabajos de construcción del crematorio III.

— Punto culminante de muertes debido a la epidemia de tifus: 375 muertos al día.

— Hoess va a Chelmno para estudiar a forma de quemar los cadáveres.

— Entre septiembre y noviembre, se desentierran 50.000 cuerpos de las fosas y se queman en grandes hogueras.

— Primera visita de Oswald Pohl, jefe de la Administración Central de Economía (WVHA), a Auschwitz. Orden de inventariar los bienes de los deportados judíos para suministrárselos a las SS.

Octubre:

— Llegan los primeros deportados al campo de Monowitz.

— Creación del Instituto de Higiene SS de Rajsko, de investigación y experimentación científica.

— Primeros transportes procdentes de Theresienstadt.

Noviembre:

— Inicio de las obras de construcción de los crematorios IV y V.

— Hasta finales del año 1942, los judíos se convierte en el grupo de prisioneros más numeroso de Auschwitz (50 por ciento), sobrepasando a los polacos.

— Experimentos de esterilización por medio de rayos X por los médicos SS Carl Claubert y Horst Schumann en el Bloque 30 del «hospital» del campo de las muejres de Birkenau.

3 de diciembre: liquidación en la cámara de gas del crematorio I de casi todos los miembros del *Sonderkommando* (400 hombres) y creación de un nuevo comando especial bajo la dirección de Otto Moll.

1943

Enero:

— Asesinato de los niños polacos y judíos de la región de Zamosc internados en Birkenau con inyecciones de fenol directamente en el corazón.

— Capitulación alemana en Stalingrado (31). El 18 de febrero, Goebbels proclama la «guerra total». Inicio de ocupación de Italia. Se acelera el ritmo del exterminio judío.

Febrero:

— Apertura del «campo de las familias gitanas» en Birkenau. Llegada de los primeros transportes de gitanos del Reich.

— Decisión de tatuar a todos los detenidos, incluyendo a las mujeres, en el antebrazo izquierdo excepto a los prisioneros alemanes.

Marzo:

— Entre marzo y junio se activarán los crematorios II, III, IV y V.

— Pico de la segunda epidemia de tifus: 250 a 300 muertos diarios.

— Gaseamiento en la cámara de gas del crematorio II de 1.492 judíos de Cracovia.

— Llegada de los primeros transportes de Salónica y gaseamiento de 2.191 judíos griegos en el crematorio II.

Abril:

— El médico jefe Eduard Wirths decide que las selecciones de los deportados a la llegada deben hacerse en presencia de médicos SS.
— Instalación de los médicos SS Carl Claubert y Horst Schumann para llevar a cabo a sus experimentos «médicos» en el Bloque 10 de Auschwitz. En el primer piso del mismo bloque se alojan entre 150 y 400 mujeres judías de diferentes nacionalidades para servir de cobayas.

Mayo:

— Tercera epidemia de tifus, especialmente virulenta en el «campo de los gitanos», que cuenta con 15.000 detenidos.
— Llegada a Auschwitz de Josef Mengele, que se convierte en médico jefe del «campo de los gitanos».
— Entre marzo y mayo mueren gaseados aproximadamente 2.000 gitanos, parte de ellos por orden de Mengele «como forma de evitar la contaminación de la fiebre tififoidea».
— Liquidación de todos los guetos judíos de Polonia.

Junio: prisioneros del campo de Monowitz empiezan a trabajar en la fábrica de armamento Krupp de Dwory, instalada entre los campos de Auschwitz y Birkenau.

Julio: creación del «hospital» de los hombres con 2.500 camas y literas comunes.

Agosto:

— Franz Hössler se convierte en comandante del campo de las mujeres.
— Creación del campo de cuarentena de 4.000 a 6.000 detenidos.
— Segunda inspección de Oswald Pohl a toda la zona de Auschwitz.
— Selección y gaseamiento por parte de los médicos de 4.000 judíos del campo de los hombres considerados no aptos para

el trabajo.

Septiembre: creación del «campo de las familias de Theresienstadt» en Birkenau, con un primer transporte de alrededor de 5.000 deportados.

Octubre:

— El día de la celebración judía del Día del Perdón, el *Yom Kipur,* miles de judíos son seleccionados para las cámaras de gas de Birkenau.

— Llegada de los primeros transportes de judíos de Italia.

— Llegada de judíos procedentes de Bergen-Belsen; en este último transporte una revuelta de los prisioneros, sobre todo de una de las mujeres, llevó a la muerte a uno de los SS e hirió a otro.

Noviembre:

— La fábrica Krupp es absorbida por la empresa Union Werke, que es obligada a salir de Ucrania después de las derrotas de la Wehrmacht.

— Rudolf Hoess es sustituido en el mando de Auschwitz por Arthur Liebehensechel. Este último anuncia la división oficial de los diferentes campos: KL Auschwitz I – Stammlager (campo dentral); KL Auschwitz II – Birkenau y los campos exteriores, sobre todo agrícolas, de creación de ganado y piscicultura; KL III – Monowitz y diez campos exteriores, en su mayoría de explotación industrial.

Diciembre: se crea «Canadá II», compuesto por treinta barracones donde se almacenan los bienes confiscados a las víctimas.

1944

Enero:

— El número de prisioneros de Auschwitz alcanza las 80.839 personas: 18.437 en Auschwitz I, 49.114 en Birkenau (Auschwitz II) y 13.288 en Auschwitz III.

— Inicio del funcionamiento de la *Zentral Sauna* para la desinfección de los detenidos a la llegada junto al *Effektenlager* o «Canadá», donde se almacenan los bienes de los detenidos.

Febrero:

— Llegada de un transporte de 650 judíos de Italia venidos del campo de Fossoli. Solo 29 mujeres y 95 hombres, entre los que está Primo Levi, fueron seleccionados para trabajar, los otros 526 son gaseados de inmediato.

— Nueva inspección de Eichmann a Auschwitz, que se centra en el campo de las familias de Theresiensatdt.

8 de marzo: gaseamiento de cerca de 3.800 judíos llegados de Theresiensatdt en septiembre de 1943.

Abril:

— Primeras fotos aéreas del complejo de Auschwitz por la aviación militar americana.

— Evasión de Rudolf Vrba y Alfred Wetzler, que transmitirán a los aliados un informe sobre Auschwitz.

— Llegada al campo de tránsito de Drancy del transporte de 34 niños de Izieu.

— Llegada de Compiège de 1.655 miembros de la Resistencia francesa que más tarde serán conocidos con el nombre de «Los tatuados».

Mayo:

— Primera deportación de los judíos de Hungría.

— Sustitución de Liebehenschel en el mando de Auchwitz por Richard Baer.

— Nombramiento de Rudolf Hoess como comandante de la guarnición militar SS de Auschwitz con vistas al exterminio de

los judíos de Hungría.

— Establecimiento de una vía férrea con entrada directa a Birkenau *(Bahnrampe)* para los transportes de judíos de Hungría.

— El *Sonderkommando* cuenta con 903 detenidos, mayoritariamente judíos polacos, húngaros y griegos.

— Resistencia en el «campo de los gitanos» ante el intento de liquidación de sus 6.000 detenidos, liquidación que se acabará aplazando.

— Llegada de dos transportes más de 7.449 personas al campo de las familias de Theresienstadt.

Junio:

— «Día D»: el 6 de junio se produce el desembarco de las tropas aliadas en Normandía.

— Después de varios intentos de revuelta y evasión de los judíos de Hungría a su llegada, las barreras de alambre de púas de Birkenau se electrifican en permanencia.

— Tercera inspección de Oswald Pohl a Auschwitz-Birkenau.

Julio:

— Último transporte de Hungría: entre el 3 de mayo y el 8 de julio se deportan a Auschwitz 434.351 judíos en 147 trenes. Un tercio de los judíos muertos en Auschwitz eran húngaros.

— 3.080 personas con buena salud del campo de las familias de Theresienstadt son seleccionadas por Mengele para trabajar en otros campos. Otras 7.000 son gaseadas la noche del día 11 el campo es liquidado.

Agosto:

— Liquidación, la noche del 2 de agosto, del «campo de los gitanos», donde mueren 2.897 víctimas.

— Borbardeo aliado de la fábrica de Buna-Werke en Monowitz.

— El número total de prisioneros de los campos de Auschwitz sobrepasa los 135.000 y los efectivos de la guarnición militar

SS ascienden a 3.345 hombres.

Septiembre:

— Llegada de un transporte de Holanda del campo de tránsito de Wetersbork, con 1.019 judíos, entre los que está la familia de Ana Frank.

— Bombas aliadas matan, por error, a 15 SS, 40 detenidos y 30 trabajadores civiles.

— Eliminación en Auschwitz de los últimos judíos del gueto de Lodz.

Octubre:

— Llegada de familias polacas a Auschwitz-Birkenau después del aplastamiento de la insurrección de Varsovia (1 de agosto – 2 de octubre).

— Revuelta del Sonderkommando dirigida por Zalmen Gradowski del crematorio IV. Este es destruido.

— Gaseamiento en el crematorio V de 800 niños y adolescentes gitanos de vuelta de Buchenwald a donde los habían enviado desde Auschwitz.

— Gaseamiento de 6.000 detenidos judíos enfermos, seleccionados en el hospital del campo de los hombres de Birkenau.

— Llegada del último transporte de 2.038 judíos de Theresienstadt: 1.689 personas, de las que son gaseadas todas las mujeres y niños.

Noviembre:

— Transferencia a Bergen-Belsen de 634 detenidas judías, entre las que están Anne y Margot Frank.

— Fin de los gaseamientos por orden de Himmler.

— Llegada del último transporte de Eslovaquia.

— Inicio de la demolición de los crematorios II y III.

1945

Enero:

— Cuatro jóvenes mujeres son ahorcadas por su colaboración en la revuelta del *Sonderkommando* de octubre de 1944 por el desvío de explosivos de la fábrica Union.

— Última llamada de los cerca de 70.000 prisioneros el día 17; el último tatuaje tiene el número 202.499.

— Evacuación de 58.000 prisioneros e inicios de las «Marchas de la muerte»; 9.000 enfermos incapaces de andar, entre ellos Primo Levi, permanecen en Auschwitz.

— Destrucción los días 20, 22 y 26 de lo que queda de los últimos crematorios II, III y V.

— El 27 de enero, llegada del ejército soviético a Auschwitz.

4-11 de febrero: Conferencia de Yalta. Roosevelt, Churchill y Stalin deciden la ocupación cuatripartita de Alemania (EEUU, Gran Bretaña, URSS y Francia).

30 de abril: Hitler se suicida en su Bunker de la cancillería.

8 de mayo: capitulación incondicional de Alemania.

[1]Elaborada en base a: *Guide historique d'Auschwitz,* de J. F. Forges y P. J. Biscarat; *Enciclopedia del Holocausto*, *SHOÁ*, dir. Efraim Zadoff y David Bankier, Yad Vashem. E. D. Z Nativ Ediciones, Jersusalén*; Encyclopedia of Camps and Ghettos*, 1933-1945, The United States Holocaust Memorial Museum-Indiana University Press.

Glosario[1]

AKTION: eufemismo del léxico nazi referente a una acción de deportación o de exterminio.

***BLOCK,* BLOQUE:** en la jerga del campo, «bloque» es la barraca numerada donde viven los detenidos. Oficialmente se trata de una sección del campo que incluye varios barracones de madera o de ladrillo.

***BLOCKÄLTESTER*:** detenido que ocupa las funciones de jefe de bloque.

***BLOCKFÜHRER*:** jefe de bloque de las SS.

***BLOCKOWA*:** en polaco, jefe de bloque de sexo femenino, en Auschwitz-Birkenau (en alemán *Blockälteste*).

BUNKER: subterráneo del bloque 11 en Auschwitz (prisión del campo). La palabra designa también las casas que sirvieron de primeras cámaras de gas en Birkenau: *Bunker I* y *Bunker II.*

CANADÁ, *KANADA*: designa, en lenguaje del campo, el espacio donde se almacenaban los bienes confiscados a las víctimas a la llegada del campo. Debido a la cantidad de bienes, ropas, joyas, dinero y comida, el nombre surge por comparación con la supuesta abundancia de Canadá. El nombre oficial de «Canadá» en Birkenau era *Effektenlager* o *Effektenkammer.*

COMANDO, *KOMMANDO*: unidad de trabajo compuesta por detenidos a la que se le atribuye una tarea específica.

***COYA*:** palabra de origen polaco que designa las literas de tres camas, en cada una de las cuales varios prisioneros estaban obligados a compartir el mismo jergón.

CREMATORIO, *KREMATORIUM*: horno crematorio. En Birkenau, los crematorios eran de espacios de exterminio de seres humanos

compuestos por morgues, vestuarios, cámaras de gas con Zyklon B y hornos crematorios.

CUARENTENA: aislamiento, entre agosto de 1943 y noviembre de 1944 existió en Birkenau un campo de cuarentena para los detenidos a la llegada. El objetivo era detectar eventuales enfermedades contagiosas y someterlos a un periodo de «aprendizaje» para romperlos psicológicamente. Era un instrumento de selección eficaz entre los «aptos» para trabajar y aquellos cuyo destino era la muerte inmediata.

***EINSATZGRUPPEN*:** grupos de intervención de las SS y de la policía destinados a liquidar toda la oposición real o ficticia en los territorios entre el frente de combate y las fronteras del Reich. Fueron responsables de las masacres masivas de judíos y soviéticos en los países bálticos y en la URSS.

***ENDLÖSUNG*:** Solución final.

***KAPO*:** detenido encargado por las SS de la disciplina de los prisioneros, sobre todo de los comandos de trabajo. Normalmente tenía prendido en el pecho un «triángulo» cerde o rojo.

***KONZENTRATIONSLAGER*:** campo de concentración, KL o KZ.

LADINO: lengua de los judíos ibéricos basada en el español, portugués y hebreo. En los países de la diáspora donde se refugiaron, se integraron elementos del árabe o del turco, según los destinos.

***LAGER*:** campo.

***LAGERFÜHRER*:** SS jefe de un campo.

***MUSELMANN*:** en el lenguaje del campo designa al detenido en un estado extremo de agotamiento físico y psíquico.

«ORGANIZAR»: en la jerga del campo, significaba obtener por medios «irregulares» bienes o alimentos para el consumo propio o para el mercado negro del campo.

PROEMINENT: detenidos que gozaban de privilegios debido a su situación en el campo, jefes de bloques, jefes de barracones, *kapos* y afines.

***PROGROM*:** ataque violento o masacre, en ruso. Históricamente el término se refiere a los ataques perpetrados, sobre todo en Ucrania, contra los judíos en el siglo XIX, pero el término se generalizó y se internacionalizó.

RAMPA: lugar de llegada de los prisioneros. En Auschwitz-Birkenau existieron tres rampas: la primera, a la llegada al campo de Auschwitz; la segunda, la *Judenrampe,* entre la primavera de 1942 y mayo de 1944; y la *Bahnrampe,* que se situava en el interior del propio campo de Birkenau a partir de mayo de 1944 hasta el final.

REVIER: enfermería, hospital. En Auschwitz era poco más que una antesala de muerte por las condiciones de hacinamiento, de higiene y falta de medicamentos.

RSHA: *Reichssicherheitshauptamt,* Departamento Central de Seguridad del Reich, dirigido por Heydrich hasta mayo de 1942 y después por Kaltenbrunner, bajo el control de Himmler.

SAUNA: en Birkenau era una sala de duchas, de desinfección y de despioje de los detenidos y la ropa.

SELECCIÓN: *Aussonderung;* se trataba de una acción de selección de los prisioneros considerados por los nazis no aptos, débiles, inútiles, enfermos, viejos o demasiado jóvenes, para enviarlos directamente a la muerte. A la llegada a las rampas, la selección de los condenados a muerte inmediata y de los «aptos» para trabajar se llevada a cabo exclusivamente entre los deportados judíos. La primera selección tuvo lugar en abril de 1942 en la *Judenrampe*. Sin embargo, las selecciones no se hacían solo a la llegada, sino en cualquier momento, en los

«hospitales», en los barracones o en la plaza de la señal de llamada, de la que cualquier prisionero podía ser el blanco.

***SHTETL*:** en yidis, pequeña aldea o pueblo de población mayoritariamente judía en Europa Central y Oriental, en Galitzia, Ucrania, Bielorrusia y Lituania, antes de la Segunda Guerra Mundial.

***SONDERBEHANDLUNG*:** SB, «tratamiento especial», eufemismo del léxico nazi referente a la condena a muerte, sobre todo en las cámaras de gas.

***SONDERKOMMANDO*:** comando especial, compuesto esencialmente por detenidos judíos encargados de ayudar a los deportados en los vestuarios, de cortar el pelo o extraer los dientes de oro de las víctimas, evacuar los cuerpos de las cámaras de gas y de quemar los cadáveres en los hornos crematorios o en las fosas comunes.

SS: *Schutztaffel* (escuadrón de protección); organización responsable de la policía y de los campos de concentración. Su versión militar Waffen-SS estaba presente en Auschwitz, considerado como frente de guerra.

***VERNICHTUNGSLAGER*:** campo de exterminio.

WVHA: *SS-Wortschafts-Verwaltungshauptamt,* Departamento Central SS de Administración de la Economía, creado en 1942. Se situaba en Oranienburg y estaba dirigido por Oswald Pohl.

YIDIS: lengua común de los judíos originarios de Europa Central y Oriental. La base es el alemán e integra palabras hebreas y de idiomas locales, como el polaco. Se escribe con caracteres hebreos.

[1]Elaborado en base a los glosarios del Cercle d'Études de la Déportation et de la Shoah – Amicale des Déportés d'Auschwitz; *Guide historique d'Auschwitz; L'expérience concentrationnaire*, de Michael Pollack.

Nota final

¡Un libro más sobre Auschwitz! Confieso que eso fue lo primero que pensé cuando la editorial La Esfera de los Libros me propuso escribir sobre el tema. ¿Qué podía añadir yo a todo lo que ya se había escrito, filmado, expuesto? Así y todo, acepté el reto, no solo para intentar corresponder a la petición de una escritora cuya profesionalidad y competencia he aprendido a apreciar a lo largo de los últimos cuatro años de nuestra colaboración, sino también porque Auschwitz, como realidad y como concepto, es inagotable: sus muertos siguen atormentando nuestras conciencias y su existencia se sigue cuestionando de manera interminable.

Una vez aceptado el reto, lo peor estaba por llegar. Porque Auschwitz no solo supone un justamente sobre qué: ¿sobre el universo de los campos de concentración nazi en su conjunto? ¿Sobre el/los campo/s de Auschwitz propiamente dichos? Y escribir, ¿cómo, bajo qué punto de vista?

Mi primera idea fue la de escribir sobre los campos más representativos de la propia evolución cronológica de la guerra y del Holocausto: empezar con Dachau, creado durante 1933, y acabar con Auschwitz, el último campo que cerró las operaciones de exterminio en noviembre de 1944. Sin embargo, a menos que me limitase a una descripción sumaria y superficial, dicho objetivo hubiera sido más propio de una obra enciclopédica. Así que decidí centrar el trabajo en Auschwitz, que contiene en sí mismo todos los principales tipos de campos del universo concentracionario alemán: campo de trabajo y concentración, campo de prisioneros de guerra, campo de exterminio. Auschwitz que, mejor que cualquier otro, refleja la política racial nazi y su megalómana y apocalíptica ambición de poder simbolizada por la presencia de prisioneros de

todas las lenguas de Europa. Que, con sus cerca de un millón y medio de muertos, simboliza en una única palabra y en un único espacio, toda la criminalidad del régimen nazi. Auschwitz, en definitiva, porque más que cualquier otro campo, es el fruto monstruoso del odio mortal de Hitler contra su principal punto de mira: el pueblo judío.

Para describir su funcionamiento, la vida y la muerte de sus prisioneros, la extorsión abrumadora de sus bienes y el proceso de destrucción humana, ya se ha dado tanto como se ha podido la voz a los supervivientes, hoy en rápida desaparición. Gracias sobre todo a sus testimonios, en este libro cuento la historia de Auschwitz. Se trata de una elección deliberada: en primer lugar, porque el Holocausto, la *Shoah,* es una catástrofe humana, sus protagonistas, víctimas y verdugos, son hombres, mujeres; y también para honrar el compromiso asumido por los supervivientes ante las cenizas de sus muertos de eternizarlos en nuestra memoria.

Solo me queda agradecer a la editorial La Esfera de los Libros, sobre todo a Sofia Monteiro, exdirectora editorial, y a Rita Veiga, la confianza depositada en mí y el estímulo que siempre me ofrecieron, ambos indispensable para cualquier autor.

Bibliografía

AMÉRY, Jean, *Par-delà le crime et le châtiment – Essai pour surmonter l'insurmontable*, Actes-Sud, 1995 para la traducción francesa.

ANTELME, Robert, *L'espèce humaine,* Gallimard, 1957.

ARAD, GUTMAN Y MARGALIOT, *El Holocausto en documentos,* Yad Vashem, Jerusalén, 1996.

—, Auschwitz vu par les SS, Le Musée d'Etat d'Auschwitz-Birkenau, Oswiecim, 2007.

BARTOV, Omer, *L'armée d'Hitler, la Wehrmacht, les nazis et la guerre,* Hachette, 1999. [Traducción en español: *El ejército de Hitler. Soldados, nazis y guerra en el Tercer Reich*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017].

BAUMAN, Janina, *A rapariga do gueto,* Pedra da Lua, 2008.

BINET, Laurent, *HHhH* (Sobre el atentado a Heydrich por la Resistencia checa), Grasset & Fasquele, 2009. [Traducción en español: *HHhH*, Seix Barral, Barcelona, 2013].

BLATTMAN, André, *Notre liberté est la vôtre. Le mouvement ouvrier juif BUND en Pologne, 1939-1949,* Les Éditions du Cerf, 2002.

BONDY, Ruth, *Women in Theresienstadt and the Family Camp in Birkenau, Women in the Holocaust,* Edición de Dalia Ofer y Leonor J. Weitzman, Yale University Press.

BOROWSKI, Tadeusz, *This way for the gas, Ladies and Gentlemen*, Penguin Books, 1967.

Buber-Neumann, Margarete, *Deportée à Ravensbrück*, Éditions du Seuil, 1988.

Bulawko, Henri, *Les yeux de la mort et de l'espoir, Auschwitz/Jaworzno, Auschwitz – 50 ans après,* Éditions Montorgueil, 1993.

Browning, Christopher R., *Des hommes ordinaires, le 101*e *bataillon de réserve de la police alemande et de la Solution Finales en Pologne*, Éditions Tallandier, 2007. [Traducción en español: *Aquellos hombres grises. El batallón 101 y la Solución final*, Edhasa, Barcelona, 2002].

Burpin, Philippe, *Hitler et les juifs, Genèse d'un génocide*, Éditions du Seuil, 1989.

Des Pres, Terrence, *The survivor, An Anatomy of life in the death camps,* Oxford University Press, New York, 1976.

Des Voix Sous La Cendre, *Manuscrits des Sonderskommandos d'Auschwitz-Birkenau, Mémorial de la Shoah/Calmann-Levy*, 2005.

Eaglestone, Robert, *The Holocaust and the Postmodern*, Oxford University Press, 2004.

Enciclopedia del Holocausto, *SHOÁ,* dir. Efraim Zadoff y David Bankier, Yad Vashem. E. D. Z Nativ Ediciones, Jerusalén.

Encyclopedia of camps and ghettos, *1933-1945,* The United States Holocaust Memorial Museum-Indiana University Press.

Ehrenburg, Ilya y Grossman, Vassili, *Le livre noir, textes et témoignages*, Actes du Sud, 1995. [Traducción en español: *El libro negro*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011].

ERLICHSON, Icek, *O sabor do paraíso – do terror nazi aos gulags soviéticos*, Bertrand Editora, 2013.

FINKIELKRAUT, Alain, *L'interminable écriture de l'extermination,* Gallimard, 2010.

FORGES, J. F. y BISCARAT, P. J., *Guide historique d'Auschwitz*, Éditions Autrement, 2011.

FRIEDLÄNDER, Saul, *Les années d'extermination, l'Allemagne nazie et les juifs*, *1939-1945,* Éditions du Seuil, 2008. [Traducción en español: *El Reich y los judíos. 1939-1945. Los años de persecución*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2009].

GAULLE-ANTHONIOZ, Geneviève de, *A Travessia da noite*, Editorial Notícias, 1999.

GOLDENSOHN, Leon, *Les entretiens de Nuremberg*, Éditions Flammarion, 2005, 2009.

GROSS, Jan Tomasz, Vizinhos, *A história do massacre dos judeus de Jedwabne na Polonia*, Pedra da Lua, 2010. [Traducción en español: *Vecinos*, Crítica, Barcelona, 2016].

GUTMAN, Israel, *Holocausto y memoria*, Centro Zalman Chazar de Historia Judía, Yad Vashem, Jerusalén, edición española, 2003.

HAFFNER, Sebastian, *História de um alemão, Memórias 1914-1933,* Dom Quixote, 2004. [Traducción en español: *Historia de un alemán. Memorias 1914-1933*, Destino, Barcelona, 2005].

HILBERG, Raul, *La politique de la mémoire*, Arcades, Gallimard, 1996.

—, La destruction des juifs d'Europe, Éditions Gallimard, 2006. [Traducción en español: *La destrucción de los*

judíos en Europa, Akal, Madrid, 2005].

HILLESUM, Etty, *Diario, 1941-1943,* Assírio & Alvim, 2008. [Traducción en español: *Diario de Etty Hillesum. Una Vida Conmocionada*, Antrophos, Madrid, 2013].

HOESS, Rudolf, *Le commandant d'Auschwitz parle,* Éditions La Découverte, París, 1995, 2005. [Traducción en español: *Yo, comandante de Auschwitz*, Ediciones B, Barcelona, 2009].

HOLLANDER-LAFON, Magda, *Quatre petits bouts de pain, des ténèbres à la joie*, Albin-Michel, 2012.

ITURBE, Antonio G., *La bibliotecaria de Auschwitz,* Planeta, Barcelona, 2012.

JACOBSEN, Johanna Micaela, *Women's Sexuality in WWII concentration camps… Tool for survival… Tool for oppression.* An oral History Project for UC Berkeley's English 1B, Section 7.

JUDT, Tony, *Pós-Guerra, História da Europa desde 1945*, Edições 70, 2006. [Traducción en español: *Postguerra,* Taurus, Madrid, 2012].

KARSKI, Jan, *O meu testemunho perante o mundo*, Editorial Bizâncio, Lisboa, 2011. [Traducción en español: *Historia de un estado clandestino*, Acantilado, Barcelona, 2011].

KERTÉSZ, Imre, *Sem destino,* Editorial Presença, 2003. [Traducción en español: *Sin destino,* Acantilado, Barcelona, 2016].

KERSHAW, Ian, *L'opinion allemande sous le nazisme, Bavière 1933-1945*,CNRS Editions, 1995.

KLEMPERER, Victor, *Diários de Victor Klemperer, testemunho clandestino de um judeu na Alemanha nazista,*

1933-1945, Companhia das letras, São Paulo, 1999. [Traducción en español: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003].

KLÜGER, Ruth, *Refus de témoigner, une jeunesse,* Éditions Vivianne Hamy, 1997.

KULKA, Otto Dov, *Paisagens da metrópole da morte. Reflexões sobre a memória e a imaginação*, Temas e Debates, Círculo de Leitores, 2013.

KUZNETSOV, Anatoly, *Babi Yar,* Livros do Brasil, 1966.

LANGBEIN, Hermann, *Hommes et femmes à Auschwitz*, Texto, 2011.

LANZMANN, Claude, *Shoah*, Fayard, 1985.

LEVI, Primo, *Se isto é um homem*, Editorial Teorema, 1988.

—, *Os que sucumbem e os que se salvam*, Teorema, 2008.

—, *O dever de memória,* Contexto Editora, 1997, Edições Cotovia, 2010.

[Traducción en español: *Trilogía de Auschwitz*, Península, Barcelona, 2015].

Les archives de la Shoah, dir. Jacques Fredj, org. Centre de Documentation Juive Contemporaine, L'Harmattan, 1998.

LEWIS, Helen, *Tempo para falar*, Planeta, 2013.

LITTELL, Jonathan, *Les Bienveillantes*, Gallimard, 2006.

LOWE, Keith, *Continente selvagem, a Europa no rescaldo da Segunda Guerra Mundial*, Bertrand, 2013. [Traducción en español: *Continente Salvaje*. *Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2016].

MORAIS, Fernando, *A vida de Olga Benário Prestes, judea comunista entregue a Hitler pelo governo de Getúlio Vargas, Editora Alfa-Omega*, São Paulo, 1986.

MÜLLER, Filip, *Trois ans dans une chambre à gaz d'Auschwitz*, presentación de Claude Lanzmann, Pygmalion, 2008.

MÜLLER-MADEJ, Stella, *Le livre de Stella, jeune fille de la liste de Schindler*, Éditions Le Félin et Arte Editions, 1997, Poche, 2002.

NYISZLI, Miklós, Auschwitz, *A doctor's Eyewitness Account*, Penguin Books, 1960, 2011.

OZICK, Cynthia, *O xaile*, Dom Quixote, 1993.

PANKIEWICZ, Tadeusz, *La pharmacie du gueto de Cracovie*, Éditions Actes-Sud, 1998.

PISAR, Samuel, *Le sang de l'espoir*, Laffont, 1979. [Traducción en español: *La sangre de la esperanza,* Planeta, Barcelona, 1990].

POLIAKOV, Léon, *Auschwitz,* Julliard, 1964, Gallimard/Julliard, 1990, 2006.

POLLACK, Michael, *L'expérience concentrationnaire*, Éditions Metailié, Paris, 2000.

REES, Laurence, *Auschwitz, os nazis e a Solução Final,* Dom Quixote, 2010. [Traducción en español: *Auschwitz, los nazis y la Solución final*, Booket, Barcelona, 2007].

ROSENBERG, Otto, *A lente de aumento, os ciganos no Holocausto*, organización de Ulrich Enzensberger, Âncora Editora, 2001.

ROTH, Phillip, *A conspiração contra a América*, Dom Quixote, 2005. [Traducción en español: *La conjura contra América*, DeBolsillo, Madrid, 2012].

ROUSSET, David, *L'univers concentrationnaire*, Éditions du Pavois, París, 1946.

SCHLINK, Bernhard, *O leitor*, ASA, 1998. [Traducción en español: *El lector,* Anagrama, Barcelona, 2017].

SEGUEV, Tom, *Simon Wiesenthal, O maior caça-nazis da história*, Matéria-Prima Ediçoes, 2011.

SEMPRUN, Jorge, *L'écriture ou la vie*, Gallimard, 1994. [Traducción en español: *La escritura o la vida*, Austral, Madrid, 2012].

SEM-SANDBERG, Steve, *O imperador das mentiras* (novela sobre el gueto de Lodz), Dom Quixote, 2012.

SESSI, Frediano, Auschwitz, 1940-1945, BUR Storia, 2010.

STARGARDT, Nicholas, *Testemunhas da guerra, as crianças no regime nazi*, Edições Tinta da China, 2005. [Traducción en español: *La guerra alemana,* Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2017].

STOESSINGER, Caroline, Alice, *Lições de vida, fé e coragem da mais antiga sobrevivente do Holocausto*, Matéria-Prima Edições, 2012.

The Holocaust and Other Genocides, Na Introduction, NIOD, Institute for War, Holocaust and Genocide Studies, Amsterdam University Press, 2012.

The Holocaust, Voices of Scholars, Centre for Holocaust Studies, Jagiellonian University, Auschwitz-Birkenau State Museum, Cracow, 2009.

VEIL, Simone, *Une vie*, Stock, 2007. [Traducción en español: *Una vida,* Clave Intelectual, Madrid, 2011].

VENEZIA, Shlomo, *Sonderkommando*, A Esfera dos Livros, 2008. [Traducción en español: *Sonderkommando*, RBA, Madrid, 2010].

VRBA, Rudolf, *Je me suis évadé d'Auschwitz*, Éditions Ramsay, 2004.

— y WETZLER, Alfred, *Rapport sur les camps de concentration d'Auschwitz, Birkenau et Maïdanek redigé par Rudolf Vrba et Fred Wetzler le 25 avril 1944.*

WAXMAN, Zoë Vania, *Writing the Holocaust, Identity, Testimony, Representation*, Oxford University Press, 2006, 2008.

WEISS, Helga, *O diário de Helga, A vida num campo de concentração pelos olhos de uma jovem*, Bertrans Editora, 2013. [Traducción en español: *El diario de Helga*, Sexto Piso, Madrid, 2013].

WIEVIORKA, Annette, *Auschwitz, La mémoire d'un lieu*, Robert Laffont, 2005.